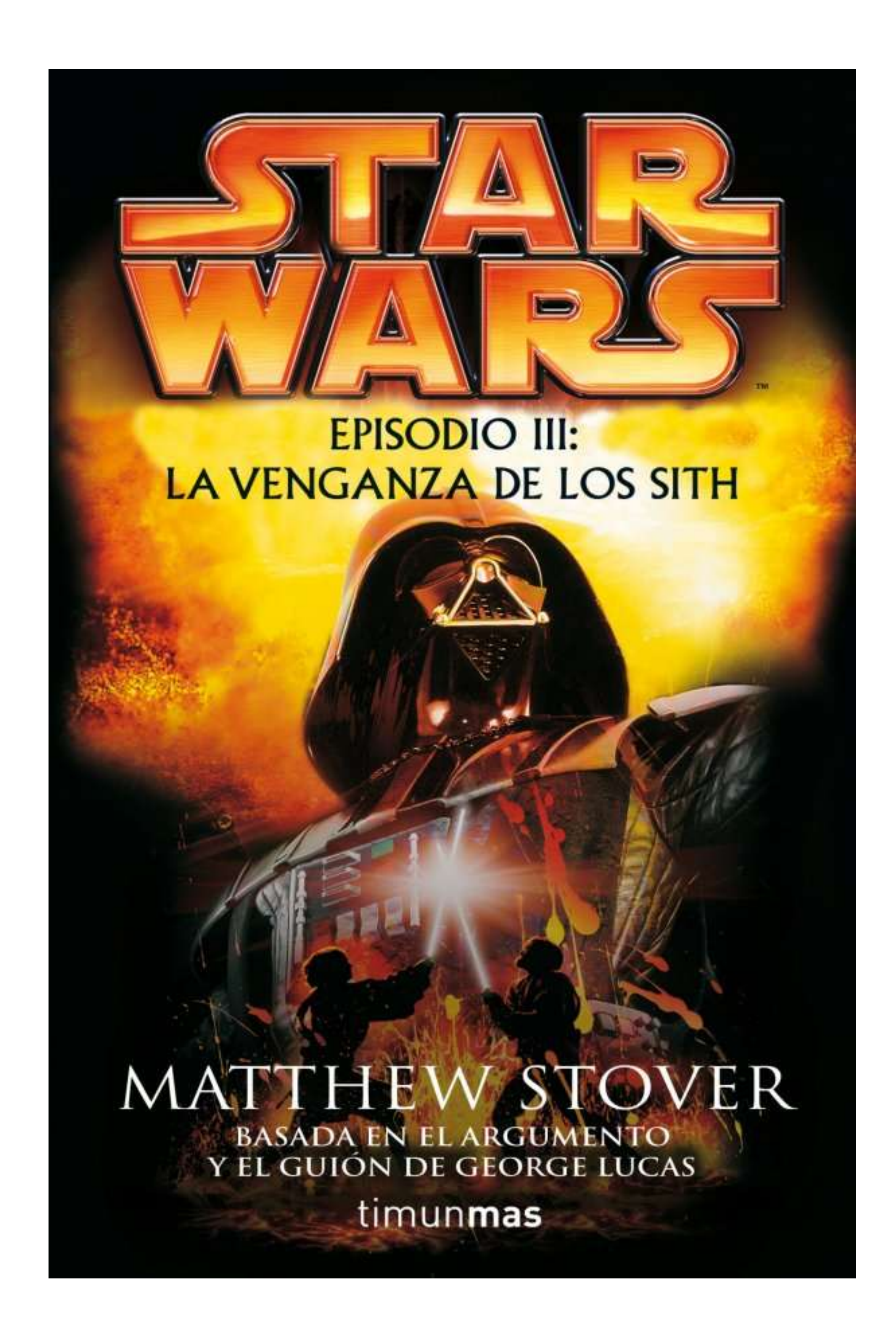

STAR WARS
EPISODIO III:
LA VENGANZA DE LOS SITH
MATTHEW STOVER
BASADA EN EL ARGUMENTO
Y EL GUIÓN DE GEORGE LUCAS
timunmas

Tras muchos años de guerra civil, los separatistas han llevado a la castigada República al borde del colapso. En Coruscant, el senado contempla como el canciller supremo Palpatine va anulando progresivamente las libertades civiles, buscando así proteger a la República. Yoda, Mace Windu y sus compañeros se oponen al deseo del Canciller de controlar el Consejo Jedi. Y Anakin Skywalker, el elegido del cual se profetizo que traería el equilibrio a la Fuerza, está cada vez más atenazado por el miedo a que muera su amor secreto: la senadora Padmé Amidala.

A medida que la guerra se recrudece por toda la galaxia se prepara el escenario para un final explosivo: Obi-Wan asume la peligrosa misión de acabar con el General Grievous, temido líder militar de los separatistas; Palpatine, deseoso de asumir un control aún mayor, manipula sutilmente la opinión pública para que se vuelva contra los Jedi; y el dolido Anakin, atormentado por indescriptibles visiones, esta peligrosamente cerca de tomar una decisión que cambiara a la galaxia para siempre. Y Darth Sidious, cuya sombra se alarga más y más sobre la República, solo necesita dar un último golpe demoledor contra la República… y ordenar a un nuevo y temible Señor Sith: Darth Vader.



Episodio III

La venganza de los Sith

Matthew Stover





Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

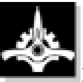
Título original: *Episode III: Revenge of the Sith*

Autor: Matthew Stover

Editor: Alberto Santos

Traducción: Lorenzo F. Díaz

Publicación del original: 2005

19 años antes de la batalla de Yavin

Revisión: LittleAngel

Maquetación: Bodo_Baas

Versión 1.5

21.04.15

Base LSW v2.21

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

El autor dedica respetuosamente esta adaptación
A George Lucas
Con gratitud por los sueños que dio a una generación,
y a generaciones venideras,
durante veintiocho años, y los que vendrán...
Gracias, señor.

HACE MUCHO TIEMPO, EN UNA GALAXIA MUY, MUY LEJANA...

Esta historia ocurrió hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana.

Ya tuvo su fin. No se puede cambiar.

Es una historia que habla de amor y pérdida, de hermandad y traición, de valor y sacrificio, y de la muerte de los sueños. Es una historia sobre la difusa frontera que separa lo mejor de nuestro ser, de lo peor.

Es la historia del final de una era. Con las historias pasa algo extraño...

Aunque todo esto pasó hace tanto y tan lejos que las palabras no pueden describir ese tiempo o esa distancia, también está pasando ahora mismo.

Aquí mismo. Mientras lees estas palabras.

Así acabaron veinticinco milenios. La corrupción y la traición acabaron con mil años de paz. Éste no es sólo el final de una república, es el anochecer de la civilización.

Es el crepúsculo de los Jedi. Su final empieza ahora.

Introducción
La Edad de los Héroes

Los cielos de Coruscant resplandecían de guerra.

La luz del día artificial, propagada por los espejos orbitales de la capital, se fraccionaba con las llamas de los motores iónicos que la cruzaban y se veía puntuada por explosiones estelares e hileras de restos que llovían hasta la atmósfera y se convertían en enmarañados lazos nubosos. El cielo nocturno era un encaje infinito de resplandecientes líneas que unían planetoides y trazaban erráticas espirales de mosquitos luminosos. Los seres que lo contemplaban desde los tejados del interminable paisaje urbano de Coruscant podrían encontrarlo hermoso.

Pero desde dentro es diferente.

Los mosquitos son el brillo de las toberas de los cazas estelares. Las resplandecientes líneas son descargas perdidas de turboláser lo bastante potentes como para desintegrar un pueblo pequeño. Los planetoides son cruceros estelares.

Desde dentro, la batalla es una tormenta de confusión y pánico, de rayos de partículas galvanizadas que pasan junto a tu caza en un fogonazo tan cercano que la carlinga resuena como un altavoz roto, de impactos que se sienten en las suelas de las botas cuando los misiles de impacto aciertan a tu crucero, matando a seres con los que te has entrenado, comido, jugado, reído y discutido. Desde dentro, la batalla es desesperación, terror y una certeza que te carcome el estómago de que la galaxia entera intenta matarte.

Por todos los restos de la República, seres desconcertados contemplan horrorizados y en directo por la HoloRed la batalla que se libra. Todos saben que la guerra ha ido muy mal. Todo el mundo sabe que cada día se mata o se captura a más Jedi, y que el Gran Ejército de la República ha ido perdiendo un sistema tras otro, pero esto...

¿Un ataque al mismo corazón de la República?

¿Una invasión a la propia Coruscant?

¿Cómo ha podido pasar esto?

Es una pesadilla, y nadie puede despertar de ella.

Todos contemplan en directo cómo el ejército droide separatista invade los barrios gubernamentales. La transmisión está llena de imágenes de soldados clon que, en clara inferioridad numérica, son abatidos en los salones del mismísimo Senado Galáctico por droides destructores implacablemente poderosos.

Un sobresalto de alivio: los soldados parecen repeler el ataque. En las salas de estar de toda la galaxia hay abrazos y hasta exclamaciones silenciosas cuando las fuerzas separatistas se retiran hasta sus naves de desembarco y vuelven a la órbita...

"¡Hemos ganado!", se dicen unos a otros. "¡Los hemos rechazado!"

Pero entonces van llegando los boletines. Al principio sólo son rumores que cuentan que el ataque no era una invasión, que los separatistas no pretendían tomar el planeta y que todo había sido un golpe relámpago contra el Senado.

La pesadilla empeora: el Canciller Supremo ha desaparecido.

Palpatine de Naboo, el hombre más admirado de la galaxia. Aquel cuya habilidad política sin rival ha mantenido unida a la República, cuya integridad y valor personal prueban que la propaganda separatista de corrupción en el Senado es una mentira, y cuyo carismático liderazgo proporciona a toda la República voluntad para seguir luchando.

Palpatine es más que respetado. Es querido.

El simple rumor de su desaparición hunde una daga en el corazón de todos los amigos de la República. Todos lo saben en su corazón, en sus tripas, en sus propios huesos...

Sin Palpatine, la República caerá.

Por fin les llega la confirmación, y las noticias son peores de lo que nadie podría imaginar. El Canciller Supremo Palpatine ha sido capturado por los separatistas, y no sólo por ellos.

Está en poder del general Grievous.

Grievous no se parece a los demás líderes separatistas. Nute Gunray es traicionero y corrupto, pero es un neimoidiano, y en él son previsibles la traición y la corrupción, características éstas que incluso son consideradas virtudes para un Canciller de la Federación de Comercio. Poggle *El Menor* es archiduque de los maestros armeros de Geonosis, donde empezó la guerra. Es analítico e implacable, pero también pragmático. Y razonable. El Conde Dooku, alma política de la Confederación Separatista, es conocido por su integridad y por enfrentar sus principios contra lo que él considera corrupción en el Senado. Aunque le consideran equivocado, muchos lo respetan por el valor de sus erróneas convicciones.

Son seres valientes. Seres peligrosos. Implacables y agresivos.

Pero el general Grievous...

Grievous es un monstruo.

El comandante supremo de los separatistas es una abominación de la naturaleza, una fusión de carne y droide. Y sus partes mecánicas son más compasivas que las de carne alienígena que le quedan. Esta criatura medio viva ha asesinado a cientos de millones de personas. Planetas enteros han ardido por orden suya. Es el genio maligno de la Confederación. El arquitecto de sus victorias.

El responsable de sus atrocidades.

Y su garra de duracero se ha cerrado sobre Palpatine. Él mismo ha confirmado la captura con una transmisión de banda ancha desde su crucero insignia, en medio de la batalla orbital. Seres de toda la galaxia lo miran, tiemblan y rezan para despertar de tan espantoso sueño.

Porque saben que lo que están contemplando en directo por la HoloRed es la muerte de la República.

Muchos de esos seres rompen a llorar. Muchos más buscan consolar a sus maridos, esposas, compañeros de nido o triadas de especie; y a sus retoños de toda clase, desde niños a cachorros, pasando por proles en huevo.

Pero entonces sucede algo extraño. Muy pocos jóvenes necesitan su consuelo. En vez de eso, son ellos los que consuelan a sus mayores. El mensaje es el mismo por toda la

República y se transmite en palabras, feromonas, pulsaciones magnéticas, trenzas tentaculares o telepatía mental: "No os preocupéis. Todo se arreglará. Anakin y Obi-Wan llegarán en cualquier momento."

Lo dicen como si esos nombres pudieran conjurar milagros.

Anakin y Obi-Wan. Kenobi y Skywalker. La frase "Kenobi y Skywalker" se ha convertido en una sola palabra desde el principio de las Guerras Clon. Están en todas partes. Las películas de la HoloRed sobre sus misiones contra el enemigo separatista los han convertido en los Jedi más famosos de la galaxia.

Jóvenes de toda la galaxia conocen su nombre, lo saben todo sobre ellos y siguen sus hazañas como si fueran héroes del deporte en vez de guerreros librando una batalla desesperada por salvar la civilización. Ni siquiera los adultos son inmunes a ello; no es raro que un padre, exasperado al enfrentarse a un retoño que acaba de realizar una de esas locuras espectacularmente peligrosas propias de los infantes de todas partes, pregunte: "¿Quién te crees que eres, Kenobi o Skywalker?"

Kenobi prefiere hablar a luchar, pero cuando hay que luchar, pocos son rivales para él. Skywalker es el maestro de la audacia. Su intensidad, su arrojo y su pasmosa suerte son el complemento ideal de la deliberada calma y equilibrio de Kenobi. Juntos forman el martillo Jedi que ha aplastado la infección separatista en docenas de mundos.

Todos los jóvenes que contemplan la batalla de los cielos de Coruscant saben que cuando lleguen Anakin y Obi-Wan, esos sucios separatistas desearán no haberse levantado hoy de la cama.

Los adultos saben que no es así. Es parte de lo que significa ser adulto, darse cuenta de que los héroes son creaciones de la HoloRed, y que, después de todo, los verdaderos Kenobi y Skywalker son sólo humanos.

Y en el supuesto de que sean todo lo que las leyendas dicen que son, ¿quién dice que aparecerán a tiempo? ¿Quién sabe dónde están ahora? Podrían estar atrapados en algún mundo separatista de tercera. Podrían haber sido capturados o heridos. Incluso estar muertos.

Algunos de los adultos hasta se susurran a sí mismos: "Podrían haber caído."

Porque hay historias. No en la HoloRed, claro, ya que las noticias de la HoloRed se controlan desde el Despacho del Canciller Supremo, y ni siquiera el reputado candor de Palpatine permitiría la difusión de esas historias. Pero la gente oye rumores. Rumores de nombres que los Jedi preferirían que no hubieran existido nunca.

Sora Bulq. Depa Billaba. Jedi que han caído presa de la oscuridad, que se han unido a los separatistas o, lo que es peor, que han masacrado civiles, o incluso asesinado a sus camaradas. Los adultos tienen la dolorosa sospecha de que no se puede confiar en los Jedi. Ya no. Que hasta el más grande de ellos puede llegar a... romperse.

Esos adultos no obtendrán consuelo de sus retoños. Palpatine ha sido capturado. Grievous escapará. La República caerá. Los simples seres humanos no pueden cambiar el curso de esta marea. Los simples seres humanos no pueden ni empezar a intentarlo. Ni siquiera Kenobi y Skywalker.

Y por eso esos adultos de toda la galaxia miran la HoloRed con cenizas llenando el hueco donde debería estar su corazón.

Porque no pueden ver los dos estallidos prismáticos de reversión al espacio real, muy lejos del campo de gravedad del planeta. Porque no pueden ver a la pareja de cazas estelares expulsar sus anillos de hiperimpulso y sumergirse, disparando todos sus cañones, en la tormenta de cazas buitre separatistas.

Una pareja de cazas estelares. Cazas Jedi. Sólo dos.

Basta con dos.

Basta con dos porque los adultos se equivocan, y sus retoños tienen razón.

Porque aunque aquí se acaba la Edad de los Héroes, ha dejado lo mejor para el final.

Primera Parte
Victoria

La oscuridad es generosa.

Su primer don es ocultarte. Nuestro verdadero rostro yace en la oscuridad que hay bajo nuestra piel. Nuestro verdadero corazón está sumido en sombras aún más profundas. Pero cuando más nos oculta no es al proteger nuestra secreta verdad, sino al ocultarnos a la verdad de los demás.

La oscuridad nos protege de lo que no nos atrevemos a saber.

Su segundo don es la ilusión de consuelo, la paz de sueños agradables al abrazo de la noche, la belleza con que la imaginación dota a aquello que nos repelería a la cruda luz del día. Pero el más grande de sus consuelos es la ilusión de que la oscuridad es temporal, que a cada noche le sigue un nuevo día. Porque lo temporal es el día.

El día es la ilusión.

Su tercer don es la propia luz. Tal y como los días están definidos por la noche que los divide, y las estrellas por la negrura infinita en la que giran, la oscuridad abraza la luz y la hace destacar desde el mismo centro de su ser.

Con cada victoria de la luz, quien gana es la oscuridad.

1
Obi-Wan y Anakin

Los fogonazos del fuego anticaza estaban por todas partes. La cercanía de las explosiones de los disparos de turboláser procedentes de los cruceros que atestaban el espacio que le rodeaba hacía zumbar y resonar la carlinga con más fuerza que el estrépito de la metralla y el ladrido de los motores subluz. A veces, sus descensos en barrena le hacían pasar tan cerca de las explosiones esquivadas que la liberación de energía golpeaba el caza estelar con fuerza suficiente para que la cabeza le rebotara contra los arreos de sujeción de su silla de piloto.

En ese momento, Obi-Wan Kenobi envidiaba a los clones. Ellos al menos llevaban casco.

—Errecuatro —dijo por el comunicador interno—, ¿puedes hacer algo con los inerciales?

El droide insertado en el alveolo del ala izquierda del caza silbó algo que se parecía sospechosamente a una disculpa humana. Obi-Wan frunció el ceño. R4-P17 pasaba demasiado tiempo con el excéntrico astromecánico de Anakin, y los malos hábitos de R2-D2 se le estaban pegando.

Nuevas descargas de fuego antiaéreo le bloquearon el paso. Recurrió a la Fuerza, buscando un camino seguro por entre los enjambres de metralla y las chisporroteantes redes de rayos de partículas.

No había ninguno.

Contuvo un rugido tras los dientes, sorteando otra explosión que podría haber pelado el blindaje de su caza como si fuera una fruta estelar ithoriana madura. Odiaba esta parte. La odiaba.

Volar es para los droides.

Los altavoces de la carlinga crujieron.

—No existe ningún droide que pueda ganarte pilotando, Maestro.

Todavía le sorprendía la nueva profundidad de esa voz. La confianza calmada. La madurez. Le parecía que sólo había pasado una semana desde que Anakin era un niño de diez años que no paraba de incordiarle con preguntas sobre la Forma I de combate con sable láser.

—Perdona —murmuró, iniciando un descenso que esquivó una explosión de turboláser por no más de un metro—. ¿Estaba pensando en voz alta?

—Habría dado igual que no lo hubieras hecho. Sé lo que piensas.

—¿De verdad? —Miró por el techo transparente de la carlinga y se encontró con su antiguo padawan volando boca abajo, siguiendo su vuelo tan de cerca que, de no ser por el transpariacero que los separaba, podrían haberse estrechado la mano. Obi-Wan le sonrió—. ¿Por algún nuevo don de la Fuerza?

—De la Fuerza no, Maestro. De la experiencia. Es lo que piensas siempre.

Obi-Wan seguía esperando captar la vieja sonrisa presumida de Anakin en su voz, pero no la oía. No desde lo de Jabiim. Puede que desde Geonosis.

La guerra le había quitado eso.

De vez en cuando, Obi-Wan seguía intentando despertar una sonrisa auténtica en su antiguo padawan. Y Anakin seguía intentando corresponderle.

Los dos seguían intentando simular que la guerra no los había cambiado.

—Ah. —Obi-Wan apartó una mano del manillar de control para dirigir al frente la atención de su amigo boca abajo. Justo ante ellos, un punto de luz blanquiazulada se astillaba en cuatro estelas de motor iónico rectas como láseres—. ¿Y qué te dice la experiencia que debemos hacer con esos tri-cazas que se acercan?

—Que debemos separarnos... ¡ahora!

Obi-Wan ya realizaba esa maniobra mientras Anakin hablaba. Volaban invertidos, por lo que esa separación lo envió a él hacia un lado, mientras Anakin giraba hacia el otro. Los cañones de los tri-cazas rasgaron el espacio que había entre ellos con más velocidad de la que podían generar los cazas.

El localizador de fuego enemigo tintineó una alarma: dos de los cazas droides lo habían centrado en sus sensores remotos. Los otros dos debían de ir a por su compañero.

—¡Anakin! ¡Una barrena-mandíbulas!

—Estaba pensando lo mismo.

Pasaron junto a los tri-cazas, trazando espirales de evasivas. Las naves droides realizaron maniobras de persecución que habrían matado a cualquier piloto orgánico.

La maniobra barrena-mandíbulas recibía ese nombre por las mandíbulas como navajas de la araña cortadora de Kashyyyk. Las naves droides se acercaron rápidamente a ellos, los disparos de sus cañones cosieron el espacio que les rodeaba y los dos Jedi sumieron sus naves en sendos giros, uno perfecto reflejo del otro, que les llevaron a extremos opuestos de un enorme crucero de la República. Luego se dirigieron el uno hacia el otro.

La maniobra habría sido suicida para cualquier piloto simplemente humano, ya que, cuando pudiera ver el caza de su compañero dirigiéndose hacia él a una respetable fracción de la velocidad luz, ya sería demasiado tarde para que los reflejos de un simple humano reaccionaran.

Pero estos pilotos en concreto eran mucho más que simples humanos.

La Fuerza controló las manos en los manillares de control, y los cazas Jedi giraron y pasaron con un fogonazo el uno al lado del otro, vientre contra vientre, lo bastante cerca como para chamuscar la pintura del otro. Los tri-cazas eran lo último en droides de superioridad espacial de la Federación de Comercio. Pero hasta los reflejos electrónicos de los cerebros droides de los tri-cazas eran demasiado lentos para imitar a los Jedi. Uno de los que perseguían a Obi-Wan se vio de pronto ante otro que perseguía a Anakin. Los dos desaparecieron en una flor de llamas.

La onda de restos y gas en expansión agitó a Obi-Wan, que luchó con el manillar de control y escapó a duras penas de una barrena que lo habría convertido en una mancha en

el casco ventral del crucero. Antes de que pudiese enderezarlo, volvió a tintinear la alarma de su localizador de peligros.

—Oh, maravilloso —musitó entre dientes. El tri-caza superviviente que perseguía a Anakin había cambiado de blanco—. ¿Por qué me toca siempre a mí?

—Perfecto —la voz de Anakin sonó por los altavoces de la carlinga con hosca satisfacción—. Tienes a los dos en tu cola.

—"Perfecto" no es la palabra que usaría yo —Obi-Wan giró el manillar, haciendo bailar la nave mientras el espacio que lo rodeaba se llenaba de rayos escarlata—. ¡Tenemos que separarlos!

—Gira a la izquierda —Anakin sonaba tan calmado como una piedra—. Hacia la torreta de turboláseres de babor del crucero. Pasa entre sus cañones. Yo me ocupare del resto desde aquí.

—Para ti es fácil decirlo. —Obi-Wan ladeó la nave para pasar junto a la superestructura del crucero. Los disparos de los tri-cazas que lo perseguían arrancaron ardientes pedazos del blindaje del crucero—. ¿Por qué me toca siempre a mí ser el cebo?

—Estoy justo detrás de ti. Erredós, centra el blanco.

Obi-Wan hizo girar el caza entre los turbocañones lo bastante cerca como para que la dispersión de energía hiciera vibrar la carlinga como si fuera un gong, pero, aun así, los brillantes disparos de los tri-cazas siguieron pasando por su lado.

—¡Anakin, los tengo encima!

—Os tengo justo delante. Muévete a la derecha para que tenga un blanco limpio. ¡Ahora!

Obi-Wan conectó los cohetes de babor, y el caza se desvió a la derecha. Uno de los tri-cazas que le seguían decidió que no podía imitarlo, y optó por un giro ventral que lo situó directamente en la línea de disparo de Anakin.

Desapareció en una vaharada de gas supercaliente.

—Buen disparo, Erredós.

El estrépito causado por los láseres al reventar los escudos del ala izquierda de Obi-Wan desintegró la risa seca de Anakin en los altavoces de la carlinga.

—Me estoy quedando sin trucos...

Alejarse del enorme crucero de la Republica lo puso rumbo al casco curvado de uno de los acorazados de la Federación de Comercio. El espacio entre las dos enormes naves enemigas relampagueó con el fuego cruzado de los turboláseres. Algunos de los fogonazos de las descargas eran tan grandes como su propia nave; el menor roce lo reduciría a átomos.

Obi-Wan condujo su nave hacia ellos.

Tenía la Fuerza para guiarle, y el tri-caza sólo sus reflejos electrónicos, pero eran reflejos electrónicos que operaban casi a la velocidad de la luz. El tri-caza se mantuvo pegado a su cola como si lo estuviera remolcando con un cable.

Cuando Obi-Wan se desviaba a la izquierda, y Anakin a la derecha, el tri-caza procuraba dividir la distancia y mantenerse en medio de los dos. Hacía lo mismo cuando

ascendían o descendían. Estaba equiparando sus movimientos a los de Anakin. De algún modo, su cerebro droide estaba comprendiendo que mientras se mantuviera entre los dos Jedi, Anakin no podría disparar sin alcanzar a su compañero. El tri-caza, por su parte, carecía de semejante restricción, y Obi-Wan volaba entre una tormenta de agujas escarlata.

—No me extraña que estemos perdiendo la guerra —murmuró—. Se están haciendo más listos.

—¿Que has dicho, Maestro? No te he entendido.

Obi-Wan metió su caza en una espiral muy cerrada, rumbo al crucero de la Federación.

—¡Me dirijo a la cubierta!

—Buena idea. Necesito espacio para maniobrar.

Los cañonazos le siguieron de cerca. Los altavoces de la carlinga de Obi-Wan zumbaron:

—¡A la derecha, Obi-Wan! ¡Todo a la derecha! ¡No dejes que te apunte con sus armas! ¡Erredós, fíjalo!

El caza de Obi-Wan recorrió toda la curva del casco dorsal del crucero separatista. Los disparos de los anticazas estallaron en todas partes cuando los cañones del crucero intentaron alcanzarlo. Giró a la izquierda para introducirse en la trinchera de servicio que recorría toda la longitud del casco. Tan bajo y tan cerca del casco, los cañones anticaza del destructor no podían reducir su ángulo de tiro lo bastante como para darle, pero el tri-caza se mantuvo pegado a su cola.

En el otro extremo de la trinchera de servicio, la separación de los enormes contrafuertes que sostenían el enorme puente del destructor no dejaba sitio para que pasara ni una nave tan pequeña como la de Obi-Wan. El Jedi trazó una media curva que sacó al caza de la trinchera y lo hizo ascender directamente hacia arriba, siguiendo el inclinado borde de la torre. Un acelerón de los cohetes inferiores le hizo pasar con apenas metros de margen ante los miradores delanteros del puente. El tri-caza seguía sus pasos con precisión.

—Pues claro —murmuró—. Eso habría sido demasiado fácil. Anakin, ¿dónde estás?

Una de las superficies de control de su ala izquierda se hizo añicos en un estallido de plasma. Lo notó como si le hubieran acertado en un brazo. Se tambaleó de un lado a otro, luchando con el manillar. R4-P17 chilló. Obi-Wan tecleó el comunicador interno.

—No intentes arreglarlo, Errecuatro. Lo he apagado.

—¡Lo tengo en la mira! —dijo Anakin—. ¡Ahora! Dispara... ¡ya!

Obi-Wan dio plena potencia a su ala intacta, y su caza ascendió en un arco apenas controlado, mientras los cañones de Anakin vaporizaban al último tri-caza.

Obi-Wan conectó los retropropulsores para estacionar el caza en la zona ciega situada detrás del puente del crucero separatista. Permaneció allí unos segundos, mientras recuperaba el aliento y controlaba los latidos de su corazón.

—Gracias, Anakin. Eso ha sido... Gracias. Sólo eso.

—No me lo agradezcas a mí. El que disparaba era Erredós.

—Sí, supongo que sí. Si quieres da las gracias a tu droide por mí. Y, Anakin...

—¿Sí, Maestro?

—La próxima vez, tú serás el cebo.

***

Éste es Obi-Wan Kenobi:

Un piloto fenomenal al que no le gusta volar. Un guerrero devastador que preferiría no luchar. Un negociador sin rival que preferiría permanecer solo en una cueva tranquila y dedicarse a meditar.

Maestro Jedi. General del Gran Ejército de la República. Miembro del Consejo Jedi. Pero, en su interior, se siente como si no fuera ninguna de esas cosas.

En su interior aún se siente como si fuera un padawan.

En la Orden Jedi se dice que la educación de un Caballero Jedi sólo empieza de verdad cuando se convierte en Maestro, que lo más importante de ser un Maestro se aprende de tu estudiante. Obi-Wan siente cada día esa verdad.

A veces sueña con cuando era de verdad un padawan, además de sentirse como uno. Sueña que su Maestro, Qui-Gon Jinn, no murió en el generador de plasma de Theed. Sueña que la mano sabia de su Maestro todavía le acompaña y le guía. Pero la muerte de Qui-Gon ya es un dolor antiguo, un dolor que asimiló hace mucho.

Un Jedi no se aferra al pasado.

Y Obi-Wan sabe también que, de haber vivido sin ser el Maestro de Anakin Skywalker, habría sido otro hombre. Un hombre inferior.

Anakin le ha enseñado tanto.

Obi-Wan ve en Anakin tanto de Qui-Gon que a veces se le encoge el corazón. Como mínimo, Anakin tiene la misma afición de Qui-Gon por lo teatral, así como su desprecio casual por las normas. Entrenar a Anakin y luchar a su lado durante tantos años ha despertado algo en Obi-Wan. Como si la cercanía de Anakin hubiera aflojado su insistencia a mandíbula apretada sobre lo que es correcto, algo que, según siempre sostuvo Qui-Gon, era su mayor defecto.

Obi-Wan Kenobi ha aprendido a relajarse.

Ahora sonríe, y a veces hasta gasta bromas, y es conocido por el humor con que transmite su sabiduría. Aunque no sea consciente de ello, su relación con Anakin lo ha moldeado para ser el gran Jedi que Qui-Gon siempre dijo que podía ser.

Es muy propio de Obi-Wan que él mismo no sea completamente consciente de ello.

Ser nombrado miembro del Consejo fue una completa sorpresa para él. Incluso ahora, a veces se asombra de la fe depositada por el Consejo Jedi en sus habilidades, y del crédito que concede a su inteligencia. Nunca ambicionó la grandeza. Sólo desea realizar las tareas que le encomiendan lo mejor posible.

Es respetado en toda la Orden Jedi por su perspicacia, además de por su habilidad como guerrero. Se ha convertido en el héroe de la siguiente generación de padawan. Es el Jedi que sus Maestros muestran como modelo. Es la persona a la que el Consejo asigna las misiones más importantes. Es modesto, equilibrado y siempre amable.

Es el Jedi definitivo.

Y está orgulloso de ser el mejor amigo de Anakin Skywalker.

***

—Erredós, ¿dónde está esa señal?

R2-D2 silbó y pitó desde su alveolo situado junto a la carlinga. Una traducción se dibujó en el monitor de Anakin: "ESCANEANDO. MUCHAS SEÑALES BLOQUEADORAS DE CONTRAMEDIDAS ELECTRÓNICAS."

—Sigue intentándolo. —Miró cómo renqueaba el caza de Obi-Wan entre la batalla, a apenas cien metros de su ala izquierda—. Puedo notar sus nervios desde aquí.

Un pitido: "UN JEDI SIEMPRE MANTIENE LA CALMA."

—No creo que eso le parezca gracioso. Y a mí tampoco. Menos bromear y más escanear.

Para Anakin Skywalker, las batallas con caza estelar eran lo más parecido a la diversión que podía encontrar.

Ésta no era divertida.

Pero no porque todo pareciera estar abrumadoramente en contra, o por el peligro que corría. No le importaba tenerlo todo en contra, ni creía estar corriendo un peligro especial. Unos cuantos escuadrones de cazas droides no asustaban mucho a un hombre que había sido corredor de vainas a los seis años y que había ganado la Copa Boonta a los nueve. A alguien que, de hecho, era el único humano que había conseguido acabar una carrera de vainas, por no decir ganarla.

En aquellos tiempos había utilizado la Fuerza sin saberlo. Creía que la Fuerza era algo de su interior, una simple sensación, un instinto, una racha de conjeturas afortunadas que le permitían realizar maniobras que los demás pilotos ni se atrevían a intentar. Pero ahora...

Ahora...

Ahora podía recurrir a la Fuerza y sentir el combate que se libraba en todo el espacio de Coruscant como si la batalla entera ocurriera dentro de su cabeza.

Su vehículo se convertía en su cuerpo. Las pulsaciones de los motores eran los latidos de su corazón. Cuando volaba podía olvidarse de su esclavitud, de su madre, de Geonosis y de Jabiim, de Aargonar y de Muunilinst, y de todas las catástrofes de esta guerra brutal. De todo lo que le habían hecho.

Y de todo lo que él había hecho.

Mientras la batalla rugiese a su alrededor, podía olvidarse por un momento hasta del fuego de su amor por la mujer que le esperaba en el mundo de abajo. La mujer cuyo

aliento era su único aire, cuyo latido era su única música, cuyo rostro era la única belleza que podían ver sus ojos.

Podía dejar todo eso al margen porque era un Jedi. Porque era el momento de hacer el trabajo de un Jedi.

Pero esta vez era diferente.

Hoy no se trataba de esquivar láseres y reventar naves droides. Hoy estaba en juego la vida de un hombre que bien podría haber sido su padre. Un hombre que podía morir si los Jedi no llegaban a tiempo hasta él.

Anakin ya había llegado tarde una vez.

La voz de Obi-Wan, tensa y pausada, le llegó por los altavoces de la carlinga:

—¿Ha captado algo tu droide? Errecuatro no consigue nada. Creo que el último impacto le coció el motivador.

Anakin podía imaginarse a la perfección la expresión de su antiguo Maestro: una máscara de calma desmentida por una mandíbula tan tensa que apenas movía la boca al hablar.

—No te preocupes, Maestro. Si aún le funciona el señalizador, Erredós lo encontrará. ¿Has pensado en cómo encontraremos al Canciller si...?

—No —Obi-Wan sonaba completamente seguro—. No es necesario pensar en eso. No mientras esa posibilidad no se haga real. Sólo conseguiría distraernos. Mantente atento a lo que es, no a lo que podría ser.

Anakin tuvo que contenerse para no recordar a Obi-Wan que ya no era un padawan.

—Yo —dijo entre dientes—. Te lo dije. Debería haber estado aquí.

—Anakin, lo protegían Stass Allie y Shaak Ti. Si dos Maestros no pudieron impedir que pasara, ¿cómo crees que lo habrías impedido tú? Stass Allie es astuto y valiente, y Shaak Ti es la Jedi más hábil que he conocido nunca. Hasta me enseñó unos cuantos trucos.

Anakin asumió que se suponía que debía estar impresionado.

—Pero el general Grievous...

—La Maestra Ti se había enfrentado antes a él, Anakin. Después de Muunilinst. Ella no sólo era sutil y experimentada, sino muy capaz. Los asientos en el Consejo Jedi no se conceden como favor.

—Lo he notado.

Lo dejó correr. Ese lugar, en medio de una batalla espacial, no era el más adecuado para tocar un tema especialmente doloroso.

Si él hubiera estado aquí, en vez de Shaak Ti y Stass Allie, fueran o no miembros del Consejo... De haber estado, el Canciller Palpatine estaría en casa sano y salvo. En vez de eso, Anakin se había pasado meses corriendo por el Borde Exterior como un padawan inútil, y Palpatine sólo había tenido la protección de Jedi hábiles y sutiles.

Hábiles y sutiles. Podía vencer sin problemas, y con el sable láser atado a la espalda, a diez Jedi hábiles y sutiles.

Pero sabía que no debía decirlo.

—Concéntrate en el momento, Anakin. Enfoca.

—Entendido, Maestro —dijo Anakin con sequedad—. Ya enfoco.

R2-D2 silbó, y Anakin examinó la lectura de su monitor.

—Lo tenemos, Maestro. Es el crucero que tenemos delante. Es la nave insignia de Grievous, el *Mano Invisible*.

—Anakin, tenemos docenas de cruceros delante.

—El que está cubierto de cazas buitre.

Los cazas buitre que se aferraban a las largas curvas del crucero de la Federación de Comercio señalado por el señalizador de Palpatine dotaban a la nave de una vibración siniestramente semejante a la de un ser vivo, como si fuera un enorme y metálico depredador marino erizado de mejillones ambulantes alderaanianos.

—Ah. Ése. —Casi pudo oír cómo se le encogía el estómago a Obi-Wan—. Oh, esto va a ser de lo más fácil...

Algunos cazas buitre se desprendieron del crucero, conectaron los motores y se dirigieron hacia los dos Jedi.

—¿Fácil? No. Pero sí que va a ser divertido. —A veces, una ligera pulla era la única forma de hacer que Obi-Wan se relajara—. Me juego un almuerzo en Dex a que yo me cargo a dos por cada uno de los tuyos. Erredós puede llevar la cuenta.

—Anakin...

—De acuerdo, una cena. Y te prometo que esta vez no dejaré a Erredós hacer trampas.

—Nada de juegos, Anakin. Arriesgamos demasiado. —Ése era el tono que esperaba Anakin: ligeramente hiriente, con un toque de maestro de escuela. Obi-Wan volvía a estar en forma—. Haz que tu droide envíe un informe al Templo. Y lanza una llamada a cualquier Jedi que pueda estar pilotando un caza. Atacaremos al crucero desde todas partes.

—Ya me he adelantado a ti. —Pero negó con la cabeza al examinar la pantalla de su comunicador—. Hay demasiadas contramedidas electrónicas. Erredós no puede contactar con el Templo. Creo que el único motivo por el que podemos hablarnos ahora es porque volamos prácticamente codo con codo...

—¿Y señalizadores Jedi?

—No hay suerte, Maestro —el estómago de Anakin se encogió, pero luchó para que la tensión no se reflejara en su voz—. Quizá seamos los únicos Jedi de por aquí.

—Entonces tendrá que bastar con nosotros. Cambio al canal de los cazas clon.

Anakin pasó el dial a la nueva frecuencia, a tiempo de oír a Obi-Wan decir:

—¿Me recibe, Oddball? Necesitamos ayuda.

El altavoz del casco del capitán clon despojaba de humanidad a su voz.

—Recibido, Jefe Rojo.

—Marque mi posición y forme su escuadrón detrás de mí. Vamos a atacar.

—Vamos hacia allá.

Los cazas droides estaban desperdigados contra el fondo de batalla, pero R2-D2 los mantenía en su escáner. Anakin desplazó el manillar de control de su caza estelar.

—Se acercan diez buitres, arriba y a la izquierda desde donde yo estoy. Les siguen más.

—Los veo. Anakin, espera... ¡El crucero ha bajado los escudos de la cubierta de transporte! Capto cuatro, no, seis naves saliendo de él —Obi-Wan alzó la voz—. ¡Tri-cazas! ¡Y acercándose a toda potencia!

La sonrisa de Anakin se tensó. Esto iba a ser interesante.

—Primero los tri-cazas, Maestro. Los buitres pueden esperar.

—Coincido. Retrocede y desvíate a mi derecha. Ponte detrás de mí. Los atacaremos en diagonal.

¿Y dejar que Obi-Wan fuera primero? ¿Con el control de superficie izquierdo reventado y una unidad R medio inutilizada? ¿Estando en juego la vida de Palpatine?

Más bien no.

—Negativo —dijo Anakin—. Los voy a recibir de frente. Nos vemos al otro lado.

—Tómatelo con calma. Espera a Oddball y al Escuadrón Siete. Anakin...

Notó la frustración en la voz de Obi-Wan mientras pasaba el caza a subluz y lo adelantaba. Su antiguo Maestro aún no se había acostumbrado a no poder dar órdenes a Anakin.

Tampoco es que Anakin tuviera mucha costumbre de obedecer órdenes. Ni de Obi-Wan ni de nadie.

—Sentimos llegar tarde —la voz digitalizada del clon cuyo indicativo de llamada era Oddball sonó tan calmada como si pidiera la cena—. Estamos a su derecha, Jefe Rojo. ¿Dónde está Rojo Cinco?

—¡Anakin, a formación!

Pero Anakin ya se dirigía al encuentro de los cazas de la Federación de Comercio.

—¡A por ellos!

El familiar suspiro de Obi-Wan se oyó con claridad en el comunicador. Anakin sabía con precisión lo que estaría pensando el Maestro Jedi: lo mismo que pensaba siempre.

Aún tiene mucho por aprender.

Cuando los cazas enemigos lo rodearon como si fueran un enjambre, la sonrisa de Anakin se afinó hasta formar una decidida línea recta. Y pensó lo mismo que pensaba siempre.

Eso lo veremos.

Se entregó al combate. Su caza giró y sus cañones resonaron. Droides a todo su alrededor empezaron a estallar en nubes de restos y gas supercaliente.

Así era como él se relajaba.

***

Éste es Anakin Skywalker:

El Jedi más poderoso de su generación. Puede que de cualquier generación. El más ágil. El más fuerte. Un piloto imbatible. Un guerrero imparable. Nadie se acerca a ser su igual en tierra, aire, mar o espacio. No tiene sólo poder y habilidad, sino arrojo, esa rara y valiosa combinación de atrevimiento y gracia.

Es el mejor en lo que hace. El mejor que ha habido nunca. Y lo sabe.

Los programas de la HoloRed lo llaman *El Héroe Sin Miedo*. ¿Y por qué no? ¿A qué podría tenerle miedo?

Salvo a...

A pesar de eso, el miedo sí vive en su interior, carcomiendo los corta-fuegos que rodean su corazón.

Anakin suele ver al temor que le carcome el corazón como si fuera un dragón. Los niños de Tatooine suelen contarse historias sobre los dragones que viven dentro de los soles, primos más pequeños de los dragones solares que se supone viven dentro de los hornos de fusión que dotan de energía a todo, desde las naves estelares a las vainas de carreras.

Pero el miedo de Anakin es otra clase de dragón. Es de una especie fría. De una especie muerta.

Pero no lo bastante muerta.

Hace muchos años, no mucho después de convertirse en padawan de Obi-Wan, una misión intrascendente los llevó hasta un sistema muerto, uno tan inmensamente viejo que hacía mucho que su estrella se había convertido en una enana helada de metales hipercompactos, flotando en el espacio a una fracción cuántica de grado por encima del cero absoluto. Anakin no podía recordar el objetivo de aquella misión, pero nunca había olvidado esa estrella muerta.

Le había asustado.

"¿Las estrellas pueden morir...?"

"Así es el universo, que es otra forma de decir que ésa es la voluntad de la Fuerza", le había dicho Obi-Wan. "Todo muere. Con el tiempo, se consumen hasta las estrellas. Por eso los Jedi no tienen ataduras. Todas las cosas pasan. Aferrarse a algo, o a alguien, más allá del momento presente es enfrentar tus deseos egoístas a la Fuerza. Ése es un camino de sufrimiento, Anakin, y los Jedi no lo recorren."

Ésa es la clase de miedo que vive en Anakin Skywalker: el dragón de la estrella muerta. Es una voz anciana, fría y muerta que susurra en el interior de su corazón que todas las cosas mueren...

No puede oírla a pleno día. Una batalla, una misión, incluso un informe ante el Consejo Jedi pueden hacerle olvidar su presencia. Pero por la noche...

A veces, por la noche, los muros que se ha construido se escarchan. A veces hasta se resquebrajan.

A veces, por la noche, el dragón de la estrella muerta se desliza entre las grietas, repta hasta su cerebro y le carcome el interior del cráneo. El dragón susurra lo que Anakin ha perdido. Y lo que perderá.

Cada noche, el dragón le recuerda cómo abrazó a su madre moribunda y cómo ella dedicó sus últimas energías a decir: "Sabía que vendrías a por mí, Anakin..."

Cada noche, el dragón le recuerda que algún día perderá a Obi-Wan, y a Padmé, o que ellos le perderán a él.

Todas las cosas mueren, Anakin Skywalker. Hasta las estrellas se consumen...

Y la única respuesta que puede ofrecer a esos susurros fríos y muertos son sus recuerdos de la voz de Obi-Wan, o de Yoda.

Pero a veces no puede recordarlos.

Todas las cosas mueren...

Apenas puede pensar en eso.

Pero en este momento no tiene otra opción. El hombre a cuyo rescate vuela es el amigo más íntimo que esperaba poder tener. Eso es lo que tiñe su voz de tensión cuando intenta hacer un chiste. Eso es lo que alisa su boca y tensa la cicatriz de la quemadura que le cruza la mejilla derecha.

El Canciller Supremo ha sido para Anakin como un familiar. Siempre presente, siempre preocupado, siempre dispuesto a darle un consejo, un apoyo desinteresado o un oído compasivo. Dispuesto a aceptar a Anakin de forma cariñosa, amable y sin condiciones tal y como es. La clase de aceptación que Anakin nunca obtendrá de otro Jedi. Ni siquiera de Obi-Wan. Sabe que puede contar a Palpatine cosas que nunca podría compartir con su Maestro.

Puede contarle cosas que no podría ni contar a Padmé.

Ahora, el Canciller Supremo corre la peor clase de peligro. Y Anakin va a por él pese al temor que hierve en su sangre. Eso es lo que le convierte en un verdadero héroe. No la forma en que lo etiqueta la HoloRed, ni que no tenga miedo, sino que él es más fuerte que el miedo.

Porque mira al dragón a los ojos y no aminora el paso.

Si alguien puede salvar a Palpatine, Anakin lo hará. Porque ya es el mejor, y cada vez es mejor aún. Pero, encerrado tras los muros de su corazón, el dragón de su miedo se enrosca, se estremece y sisea.

Porque su verdadero miedo, en un universo donde pueden morir hasta las estrellas, es que ser el mejor quizá no sea lo bastante bueno.

***

El caza de Obi-Wan se echó a un lado, estremeciéndose. Anakin pasó junto a él y usó los cohetes delanteros de altitud para dar un vuelco hacia atrás y acabar con el último tri-caza que lo perseguía. Ya sólo quedaban cazas buitre.

Muchos cazas buitre.

—¿Te ha gustado eso, Maestro?

—Muy bonito —los cañones de Obi-Wan cosieron con plasma el casco de un caza buitre hasta que explotó—. Pero aún no hemos acabado.

—Mira esto. —Anakin volvió a inclinar el caza y se zambulló, girando, directamente en medio de la bandada de cazas buitre. Luego los guió hacia la cubierta superior de un crucero separatista muy castigado por los láseres—. Voy a hacerles pasar por el ojo de la aguja.

—No los guíes por ninguna parte —el radar de Obi-Wan contabilizó los buitres que perseguían a Anakin. Eran doce. Doce—. Sigue el primer principio Jedi del combate: sobrevivir.

—No hay opción —Anakin deslizó su caza por entre la tormenta de cañonazos—. Baja aquí y reduce un poco su número.

Obi-Wan empujó hacia delante el manillar de control, como si empujarlo contra su tope pudiera acelerar la velocidad de su castigada nave.

—Sin florituras, Errecuatro. —Como si el dañado droide fuera capaz de hacer alguna floritura—. Limítate a mantenerme estabilizado.

Se sumió en la Fuerza y buscó su disparo.

—A mi señal, a la izquierda... ¡Ahora!

La inutilizada superficie de control de su ala izquierda convirtió el giro a la izquierda en una estrecha espiral ascendente que hizo que los cañones de Obi Wan se cruzaran en el camino de cuatro buitres...

Flash flash flash flash

...y los cuatro desaparecieron.

Voló a través de las nubes de brillante plasma. No podía entretenerse allí. Anakin seguía teniendo ocho más en la cola.

¿Y qué era eso? Obi-Wan frunció el ceño.

El crucero le resultaba familiar.

¿El ojo de la aguja?, pensó. *Oh, por favor, dime que estás de broma.*

El caza de Anakin sobrevoló el casco dorsal del crucero con sólo unos metros de margen. Los disparos errados de los cazas buitre arrancaban del crucero trozos del blindaje que giraban despedidos hacia él.

—A ver, Erredós. ¿Dónde está esa trinchera?

El monitor delantero se iluminó con un mapa tipográfico del casco del crucero. Ante él estaba la trinchera por la que Obi-Wan había conducido a los tri-cazas. Anakin hizo girar la nave sobre sí misma y descendió hasta el borde. Las paredes de la trinchera de servicio pasaron por su lado en un fogonazo, mientras se dirigía hacia la torre del puente que había al final. Desde donde estaba, apenas podía ver la minúscula rendija entre los contrafuertes de apoyo.

Con ocho cazas buitre persiguiéndolo, no podría realizar un ascenso siguiendo la curva de la torre, tal y como había hecho Obi-Wan. Pero eso no importaba.

No pensaba hacerlo.

El comunicador de su carlinga crepitó.

—No lo intentes, Anakin. Es demasiado estrecho.

Puede que demasiado estrecho para ti.

—Podré pasar.

R2-D2 silbó en nervioso acuerdo con Obi-Wan.

—Calla, Erredós —dijo Anakin—. Ya lo hemos hecho antes.

Los disparos pasaron por su lado y dieron en los contrafuertes que tenía delante. Ya era demasiado tarde para cambiar de idea: estaba atrapado. Haría pasar su nave por el hueco, o moriría.

Extrañamente, en ese momento no le importaba el resultado.

—Utiliza la Fuerza —dijo Obi-Wan, sonando preocupado—. Piensa en ti mismo atravesándola, y la nave te seguirá.

—¿Qué esperas que haga yo? ¿Cerrar los ojos y ponerme a silbar? —murmuró Anakin entre dientes. A continuación habló en voz alta—: Recibido. Ya estoy pensando.

El gemido de R2-D2 era lo más parecido al terror que podía emitir un droide. Letras brillantes se dibujaron en el monitor de Anakin: "¡ABORTAR! ¡ABORTAR! ¡ABORTAR!"

Anakin sonreía.

—Idea equivocada.

Obi-Wan, boquiabierto, sólo podía mirar cómo el caza de Anakin se ponía de costado y se introducía por la rendija con apenas centímetros de margen. Esperaba que uno de los contrafuertes arrancase la cabeza a R2.

Los cazas buitre intentaron seguirle..., pero eran demasiado grandes, sólo un poco, pero lo eran.

Cuando los dos primeros chocaron, Obi-Wan disparó sus cañones en una pasada descendente. Las maniobras evasivas preprogramadas en los cerebros droides de los buitres les alejaron de los láseres de Obi-Wan, directos a la bola de fuego que se expandía desde los contrafuertes.

Obi-Wan alzó la mirada y vio que Anakin se alejaba del crucero en una victoriosa curva ascendente, girando sobre sí mismo. Obi-Wan imitó su rumbo, prescindiendo de la floritura.

—Te concederé los primeros cuatro —dijo Anakin por el comunicador—, pero los otros ocho son míos.

—Anakin...

—De acuerdo, nos los repartimos.

A medida que se alejaban del crucero, sus sensores indicaron que tenían delante al Escuadrón Siete. Los pilotos clon estaban enzarzados en una batalla aérea tan cerrada que sus rastros de iones parecían formar una brillante bola de cordel.

—Oddball tiene problemas. Voy a ayudarle a salir.

—No. Él hace su trabajo. Nosotros tenemos que hacer el nuestro.

—Maestro, se los están comiendo vivos...

—Cualquiera de ellos daría encantado su vida por la de Palpatine. ¿Cambiarías tú la vida de Palpatine por la de ellos?

—No, claro que no, pero...

—Anakin, comprendo que quieras salvar la vida de todo el mundo. Siempre quieres hacerlo. Pero no puedes.

La voz de Anakin se tensó.

—No me lo recuerdes.

—Iré delante, hacia la nave insignia.

Obi-Wan se dirigió al crucero sin esperar una respuesta y poniendo los motores a máxima potencia.

La quemadura que Anakin tenía junto al ojo empalideció cuando desplazó el caza tras el de su Maestro. Obi-Wan tenía razón. Casi siempre la tenía.

No puedes salvar a todo el mundo.

El cuerpo de su madre, roto y ensangrentado en sus brazos...

Sus abatidos ojos luchando por abrirse...

El roce de sus destrozados labios...

"Sabía que vendrías a por mí... Te he echado tanto de menos..."

Eso era lo que significaba no ser lo bastante bueno.

Podía pasar en cualquier momento. En cualquier lugar. Si llegaba unos minutos tarde. Si dejaba que su atención se distrajera por un único segundo. Si era una pizca demasiado débil.

En cualquier lugar. En cualquier momento.

Pero no aquí, no ahora.

Se esforzó por sumergir el rostro de su madre bajo la superficie de su conciencia.

Era hora de actuar.

Volaron por entre la batalla, esquivando andanadas y rayos de turboláser, deslizándose entre los cruceros para eclipsarse a los sensores de los cazas droides. A sólo unas docenas de kilómetros del crucero insignia, una pareja de tri-cazas se cruzó en su camino, separándose y disparándoles.

Los sensores de a bordo de Anakin se iluminaron, y R2-D2 chilló una advertencia.

—¡Misiles!

No le preocupaban. Los dos de su cola se dirigían hacia él en perfecta pareja. Los misiles carecían del cerebro sofisticado de los cazas droides, y para que no chocaran entre sí en una trayectoria de blanco común, uno debía apuntar al motor izquierdo del caza de Anakin, y el otro al derecho. Un giro rápido sobre sí mismo haría que las trayectorias se cruzaran.

Cosa que hicieron en una silenciosa flor de fuego.

Obi-Wan no tenía tanta suerte. Los dos misiles que apuntaban hacia sus motores subluz no iban precisamente el uno al lado del otro, así que girar sobre sí mismo sería peor que inútil. En vez de eso, disparó los retros y conectó los cohetes dorsales para reducir la velocidad a la mitad y descender unos metros en dirección al planeta. El misil que iba delante pasó de largo y se alejó en espiral hacia la batalla orbital.

El otro misil se acercó lo bastante como para que se dispararan sus sensores de proximidad, y detonó en una lluvia de brillante metralla. El caza de Obi-Wan voló a través de los restos, y la metralla le siguió.

Pequeñas esferas plateadas siguieron su rumbo y se pegaron a la piel del caza. Luego se abrieron y de ellas brotó una serie de brazos arácnidos articulados que arrancaron las placas del casco, buscando poner los mecanismos internos del caza estelar a merced de los múltiples giros circulares de hojas de acero semejantes a antiguas sierras mecánicas.

Esto era un problema.

—Me han alcanzado —Obi-Wan sonaba más irritado que preocupado—. Me han alcanzado.

—Te veo. —Anakin desplazó su caza para seguirlo de cerca—. Droides sierra. Cuento cinco.

—Vete de aquí, Anakin. No puedes hacer nada.

—No pienso dejarte, Maestro.

Cascadas de chispas saltaron al espacio desde las sierras de los droides.

—¡Anakin, la misión! ¡Ve a la nave de mando! ¡Salva al Canciller!

—No sin ti —dijo Anakin con dientes apretados.

Uno de los droides sierra se agazapaba junto a la carlinga. Sus brazos plateados luchaban con R4. Otro trabajaba en el morro del caza, mientras un tercero se desplazaba hacia el sistema hidráulico ventral. Los dos últimos mecanoides agresivos se arrastraban hacia el ala izquierda de Obi-Wan para trabajar en su dañado control de superficie.

—No puedes ayudarme —Obi-Wan seguía manteniendo su calma Jedi—. Están acabando con mis controles.

—Puedo arreglarlo —Anakin alineó su caza a sólo un par de metros del de Obi-Wan—. Despacio... —musitó—, despacio...

Y disparó con el cañón derecho una única descarga que redujo los dos droides sierra a goterones de metal fundido.

Junto con la mayor parte del ala izquierda de Obi-Wan.

—Oooops —dijo Anakin.

***

El caza estelar corcoveó con fuerza suficiente como para que el cráneo de Obi-Wan golpeara el techo de transpariacero de la carlinga, que se llenó con una vaharada de humo. Obi-Wan luchó con el manillar para impedir que el caza se sumiera en un descenso incontrolable.

—Esto no me está ayudando, Anakin.

—Tienes razón, ha sido una mala idea. A ver, prueba con esto... Muévete a la izquierda y desciende... despacio...

—¡Estás demasiado cerca, Anakin!

Obi-Wan, incrédulo, miró cómo el caza de Anakin se acercaba más al suyo y, con un golpe físico de su ala, convertía a un droide sierra en una mancha de metal. El impacto volvió a agitar a Obi-Wan, además de abrir una profunda grieta en el casco del caza y reventar el control delantero de la superficie del ala de Anakin.

Anakin había olvidado el primer principio del combate. Como siempre.

—¡Conseguirás que nos maten a los dos!

Los filtros atmosféricos limpiaron el humo de la carlinga, pero el droide que quedaba en la superficie del caza de Obi-Wan ya había pelado las planchas de casco necesarias para poder hundir sus articulados brazos sierra en las profundidades del ala. Las chispas se recortaron contra el espacio, junto con un chorro de gas en expansión que se cristalizó al instante en el vacío. Al tener una velocidad idéntica a la de Obi-Wan, el resplandeciente gas se pegó al morro de su caza como una nube de niebla.

—Maldición —murmuró el Jedi—. No puedo ver. Voy a perder el control.

—Lo estás haciendo muy bien. Sigue a mi lado.

Eso era más fácil decirlo que hacerlo.

—Tengo que acelerar para salir de esto.

—Estoy contigo. Adelante.

Obi-Wan dio energía a las toberas, y el caza atravesó la nube, pero nuevos chorros de vapor la sustituían a medida que se desplazaba.

—¿Tengo todavía a ése en el morro? Errecuatro, ¿puedes hacer algo?

La única respuesta que obtuvo fue de Anakin.

—Errecuatro no contestará. El droide sierra acabó con él.

—Con ello —le corrigió automáticamente Obi-Wan—. Espera... ¿Dices que atacaron a Errecuatro?

—No sólo a Errecuatro. Uno de ellos saltó hasta mí cuando chocamos.

Maldición, pensó Obi-Wan. *Se están haciendo más listos*.

A través de una abertura en la niebla, a la altura de la curva de su nublada carlinga, Obi-Wan pudo ver a R2-D2 luchando mano a mano con un droide sierra. Bueno, brazo sierra a brazo sierra. Pese a estar volando a ciegas y a punto de perder el control en medio de una batalla espacial, Obi-Wan no pudo evitar un segundo de incredulidad ante la abrumadora variedad de herramientas auxiliares y comportamientos postmercantiles que Anakin había incorporado al astromecánico de su caza estelar, superiores incluso a las sofisticadas mejoras que le habían practicado los ingenieros reales de Naboo. El pequeño droide era prácticamente un compañero de pleno derecho.

La sierra de R2 cortó una de las garras del droide sierra, haciendo que el brazo articulado se perdiera girando en el espacio. Luego hizo lo mismo con el otro. Después, un panel se abrió en el costado de R2-D2, y su brazo conector de datos salió proyectado para golpear y expulsar al tullido droide sierra fuera del casco de Anakin. El droide sierra giró hacia popa hasta verse atrapado en el chorro de las toberas subluz de Anakin. Luego fue expulsado más rápido de lo que Obi-Wan podía seguir con la vista.

Obi-Wan dedujo que los droides separatistas no eran los únicos que se estaban haciendo más listos.

El conector de datos se retrajo, y un panel diferente se abrió, ésta vez en la cabeza de R2-D2. Un cable garra salió disparado hacia la nube de gas que seguía brotando del ala derecha de Obi-Wan, y se recogió, arrastrando un forcejeante droide sierra. El droide plateado se retorció y agitó. Sus garras se sujetaron al cable y trepó por él. Agitó los brazos sierra hasta que Anakin conectó los cohetes inferiores y R2 cortó el cable. El droide sierra cayó, alejándose en el espacio y precipitándose indefenso por entre la batalla.

—¿Sabes algo? —dijo Obi-Wan—, empiezo a comprender por qué hablas de Erredós como si fuera un ser vivo.

—¿De verdad? —podía oír a Anakin sonriendo—. ¿No prefieres llamarlo "ello"?

—Ah, sí —frunció el ceño—. Sí claro. Ello. Esto..., dale las gracias de mi parte, ¿quieres?

—Dáselas tú.

—Ah, sí. Gracias, Erredós.

El silbido que le llegó por el comunicador tenía un claro acento de "no hay de qué".

En ese momento, lo que quedaba de niebla se dispersó, y la nave llenó todo el cielo ante él.

El vasto crucero insignia, de más de un kilómetro de punta a punta, llenaba todo su campo visual. A esa distancia sólo podía ver láminas de casco color arena, salpicadas por montañas de baterías de turboláser que iluminaban el espacio con rayos de energía desintegradora.

Y esa nave inmensa se iba haciendo más grande.

Muy deprisa.

—¡Anakin! ¡Vamos a chocar!

—Ésa es la idea. Dirigirnos al hangar.

—Eso no...

—Lo sé: el primer principio Jedi de...

—No. No podrá ser. No para mí.

—¿Qué?

—He perdido los controles. No puedo dirigirme hacia ninguna parte.

—Ah. Vale. Bueno, no es problema.

—¿No es problema?

Entonces, el caza de Obi-Wan hizo un ruido metálico, como si hubiera chocado con un gong del tamaño de una nave espacial.

Obi-Wan se agitó, giró la cabeza y encontró el caza de su compañero justo encima de su cola. Literalmente justo encima. La superficie izquierda de control del ala anterior del caza de Anakin estaba a apenas un palmo de distancia de las toberas subluz de Obi-Wan.

Anakin había chocado con él. A propósito.

Entonces volvió a hacerlo.

CLANG.

—¿Qué estás haciendo?

—Sólo te echo... —la voz de Anakin le llegaba pausada, tensa por la concentración— ...una pequeña mano con el timón...

Obi-Wan negó con la cabeza. Esto era completamente imposible. A otro piloto ni se le ocurriría intentarlo. Pero para Anakin Skywalker, lo completamente imposible siempre adquiría un siniestro aire de ser sencillamente difícil.

Pensó que ya debería estar acostumbrado a ello.

Mientras esos pensamientos se perseguían por su mente unos a otros sin propósito definido, Obi-Wan miraba con desmayo el resplandor azul de energía que llenaba el bostezante hangar que tenía delante. Tardó en darse cuenta de lo que estaba mirando.

Oh, esto es malo, pensó.

—Anakin...

Intentó desviar el rumbo mediante su manillar. No hubo suerte.

Anakin avanzó e hizo descender la parte delantera de su nave, golpeando tras la chatarra chispeante que una vez fue Errecuatro.

—¡Anakin...!

—Dame... un segundo, Maestro. —La voz de Anakin estaba aún más tensa. Un golpe apagado, otro. Uno más sonoro. Y un arañar y chirriar de metal al romperse—. Esto no es tan... fácil... como parece...

—¡Anakin!

—¿Qué?

—La entrada al hangar…

—¿Qué le pasa?

—¿Has notado que aún tiene los escudos levantados?

—¿De verdad?

—De verdad.

Por no decir que estaban tan cerca que Obi-Wan prácticamente podía saborearlos.

—Oh, perdona. He estado ocupado.

Obi-Wan cerró los ojos.

Sumiéndose en la Fuerza, su mente siguió los enredados circuitos para localizar y activar la consola de control manual de los motores subluz. Un ligero empujón, y disparó una orden que normalmente sólo se usaba en los bancos de prueba: marcha atrás a toda potencia.

La estela de brillantes restos que desprendía su caza, al estar desintegrándose poco a poco, pasó por su lado y se evaporó en una cascada de estallidos en miniatura al contactar con el escudo del hangar. Que era justamente lo que le iba a pasar a él.

El único efecto que tuvo la marcha atrás en sus desfallecidos motores fue darle más tiempo para ver acercarse su final.

Entonces, el caza de Anakin pasó ante él, cruzando de izquierda a derecha en una marcada diagonal. La energía relumbró de sus cañones, y los generadores de escudo

situados a la derecha de la puerta del hangar explotaron en pedazos. El resplandor azul de la entrada titiló, se apagó y desapareció justo cuando Obi-Wan atravesó el umbral girando y golpeó la cubierta del mismo, arrancándole chispas y un grito de metal torturado.

Su caza entero, o lo que quedaba de él, vibró con el rugido que emitió la atmósfera al escapar con un aullido del hangar desprovisto de escudos. Enormes puertas blindadas empezaron a cerrarse como mandíbulas. Otro toque con la Fuerza en la consola manual cortó la energía de los motores de su caza, pero no pudo hacer estallar los seguros explosivos de la cúpula de su carlinga, y tuvo la mala sensación de que esos seguros eran la única cosa de su nave que no estaba a punto de explotar.

Su sable láser encontró su mano, y la energía azul relumbró. Un barrido, y la carlinga se abrió, arrastrada al espacio por el huracán del aire al escaparse. Obi-Wan se incorporó en medio de la galerna abrumadoramente fría y se dejó arrastrar por ella mientras los restos de su castigada nave explotaban por fin.

Cabalgó en la onda de choque mientras dejaba que la Fuerza lo enderezara en el aire. Aterrizó como un gato en el ennegrecido rastro que su aterrizaje había trazado en la cubierta, todavía lo bastante caliente como para chamuscarle las botas.

El hangar estaba lleno de droides de combate.

Sus hombros se aflojaron, sus rodillas se flexionaron y su sable láser se situó en ángulo ante su rostro. Eran demasiados para enfrentarse a ellos él solo, pero no le importaba.

Al menos estaba fuera de ese maldito caza.

Anakin deslizó su nave hacia el hangar a través de un chorro de basura y gas congelado. Un último giro del manillar hizo pasar su caza a través de las mandíbulas de las puertas blindadas, que se estaban cerrando justo cuando la carlinga de Obi-Wan seguía el camino contrario.

La nave de Obi-Wan era un montón de reluciente chatarra puntuando la larga y humeante huella que había dejado su deslizamiento por la cubierta. Obi-Wan, con la barba ribeteada de escarcha y el sable láser desenvainado y llameante, estaba parado en un círculo cada vez más estrecho de droides de combate.

Anakin aterrizó su caza con inclinación suficiente para que el chorro de partículas de sus toberas subluz dispersara a los droides, y, por un segundo, volvió a tener nueve años y a estar a los mandos de un caza en el hangar real de Theed, manejando por primera vez los cañones auténticos de una nave para destruir droides de combate...

Aquí, de no estar Palpatine en alguna parte de la nave, habría hecho lo mismo. Pero podía llegar a necesitar una de las naves ligeras que había en el hangar para llevar al Canciller sano y salvo a la superficie, y una docena de cañonazos rebotando por el lugar podía destruirlas todas.

Tendría que hacer esto a mano.

Un toque hizo saltar su carlinga, y él saltó, giró en el aire y cayó en el ala. Los droides de combate abrieron fuego al instante, y el sable láser de Anakin se movió como un relámpago.

—Erredós, localiza una conexión al ordenador de a bordo.

El pequeño droide le silbó, y Anakin se permitió una sonrisita. A veces le parecía que casi podía comprender el código electrosónico del droide.

—No te preocupes por nosotros. Busca a Palpatine. Vamos, yo te cubro.

R2 bajó de su alveolo y se columpió hasta la cubierta. Anakin saltó ante él en medio de una lluvia de disparos láser y dejó que la Fuerza dirigiera su arma. Los droides de combate empezaron a arrojar chispas y a derrumbarse.

—¡Busca esa conexión! —tuvo que gritar Anakin por encima del chirrido de los láseres y el rugido de los droides al explotar—. ¡Yo voy a por Obi-Wan!

—No es necesario.

Anakin se giró y se encontró con Obi-Wan justo detrás de él, cortando limpiamente la caja craneal de un droide de combate.

—Aprecio la intención, Anakin —dijo el Maestro Jedi con una sonrisa amable—, pero ya he venido yo a por ti.

***

Y éstos son, finalmente, Obi-Wan y Anakin:

Son más que amigos. Más que hermanos. Aunque Obi-Wan es dieciséis años estándar mayor que Anakin, se han hecho hombres juntos. Ninguno de ellos puede imaginar la vida sin el otro. La guerra ha forjado sus dos vidas hasta hacerlas una sola.

La guerra que ha hecho eso no han sido las Guerras Clon. La guerra de Obi-Wan y Anakin empezó en Naboo, cuando Qui-Gon Jinn murió a manos de un Señor Sith. Llevan trece años luchando juntos en esta guerra, como Maestro y padawan, y como Maestros Jedi. Su guerra es su vida.

Y su vida es un arma.

Se puede decir lo que se quiera de la sabiduría del anciano Maestro Yoda o de la letal habilidad del hosco Mace Windu, del valor de Ki-Adi-Mundi o de la sutil astucia de Shaak Ti. La grandeza de esos Jedi es incuestionable, pero palidece junto a la leyenda que se ha forjado alrededor de Kenobi y Skywalker.

Ellos destacan en solitario.

Juntos son imparables. Invencibles. Son el último recurso de la Orden Jedi. Cuando los buenos tienen que ganar, sin ningún género de dudas, se les llama a ellos.

Obi-Wan y Anakin siempre responden.

El que la legendaria inteligencia de Obi-Wan pueda vencer o no al poder crudo de Anakin, a las claras, sin reglas, es motivo de peleas escolares, de duelos de pulgares en guarderías y de guerras sucias en nidos de toda la República. Esos enfrentamientos siempre terminan, de algún modo, con los contendientes admitiendo que en el fondo da igual.

Anakin y Obi-Wan nunca se enfrentarán en duelo.

No pueden.

Son un equipo. Son el equipo.
Y los dos están seguros de que siempre será así.

2
Dooku

La tormenta de disparos láser rebotando por todo el hangar cesó de repente. Racimos de droides de combate se retiraron tras las naves y salieron por las escotillas.

El rostro familiar de Obi-Wan asomó al otro lado de su hoja mientras dejaba que ésta se apagara.

—Odio que hagan eso.

El sable láser de Anakin Skywalker había vuelto ya a su cinto.

—¿Que hagan qué?

—Abandonar la batalla y retroceder sin motivo.

—Siempre hay un motivo, Maestro.

Obi-Wan asintió.

—Por eso lo odio.

Anakin contempló el suelo cubierto de humeantes partes de droides dispersadas por todo el hangar, se encogió de hombros y se ajustó el guante negro.

—Erredós, ¿dónde está el Canciller?

El conector de datos del pequeño droide rotó en la conexión de la pared. Su ojo holoproyector giró sobre sí mismo, y el láser azul generó una imagen fantasmal cerca de la bota de Anakin: Palpatine encadenado a una gran silla. Incluso en el pequeño borrón translúcido, parecía agotado y dolorido, pero seguía vivo.

El corazón de Anakin latió una vez contra sus costillas, dolorosamente. No llegaba demasiado tarde. Esta vez no.

Se inclinó sobre una rodilla y miró la imagen con ojos entrecerrados. Palpatine parecía haber envejecido diez años desde la última vez que lo había visto. Un músculo se abultó a lo largo de la mandíbula del joven Jedi. Si Grievous le había hecho daño... Si tan sólo lo había tocado...

La mano de duracero articulado se cerró con tanta fuerza dentro de su guante negro que la retroalimentación electrónica le hizo daño en el hombro.

Obi-Wan habló desde encima de ese hombro.

—¿Tienes su localización?

La imagen ondeó y se retorció hasta formar un plano del crucero. R2 mostró una pulsación de azul más claro en lo más alto de la espiral cónica.

—En las Habitaciones del General —bufó Obi-Wan—. ¿Alguna señal del propio Grievous?

La pulsación saltó al puente del crucero.

—Hmm. ¿Y sus guardias?

La holoimagen volvió a ondear y se transformó una vez más en una imagen de las Habitaciones del General. Palpatine parecía estar solo. La silla estaba en el centro de una zona de suelo vacío, mirando hacia una enorme pared curva de visualización.

—Esto no tiene sentido —murmuró Anakin.

—Claro que lo tiene. Es una trampa.

Anakin apenas le oyó. Se miraba el puño enguantado. Lo abrió, lo cerró y volvió a abrirlo. El dolor de su hombro bajaba hasta su bíceps...

Y no se paraba.

Su codo siseaba, y también su antebrazo. Sentía la muñeca como bañada en grava al rojo, y su mano...

Su mano ardía.

Pero no era su mano. Ni su muñeca, ni su antebrazo, ni su codo. Todo era una creación artificial de duracero y servomotores.

—¿Anakin?

Los labios de Anakin se contrajeron, mostrando los dientes.

—Duele.

—¿Tu brazo de repuesto? ¿Cuándo lo equipaste con sensores de dolor?

—No lo he hecho. Ésa es la cuestión.

—El dolor está en tu mente, Anakin...

—No —el corazón de Anakin se congeló. Su voz se tornó tan fría como el espacio—. Lo siento a él.

—¿A él?

—A Dooku. Está aquí. En esta nave.

—Ah —asintió Obi-Wan—. Seguramente.

—¿Lo sabías?

—Lo suponía. ¿Creías que Grievous no habría encontrado el emisor de Palpatine? No puede ser accidental que la señal del señalizador del Canciller se recibiera con esa claridad en medio de tanta contramedida electrónica. Esto es una trampa. Una trampa para Jedi. —Obi-Wan posó una cálida mano en el hombro de Anakin. El rostro del Maestro Jedi estaba más serio que nunca—. Posiblemente una trampa dispuesta para nosotros. Una trampa personal.

La mandíbula de Anakin se tensó.

—Estás pensando en cómo intentó reclutarte en Geonosis. Antes de que te enviara a ser ejecutado.

—Es posible que tengamos que volver a enfrentarnos a esa elección.

—No es una elección —Anakin se levantó. Su mano se cerró y permaneció así, a un centímetro de su sable láser—. Que nos la ofrezca. Llevo mi respuesta en el cinturón.

—Ve con cuidado, Anakin. Nuestra prioridad es la seguridad del Canciller.

—Sí, sí, por supuesto —el hielo en el pecho de Anakin se derritió—. De acuerdo, es una trampa. ¿Qué hacemos ahora?

Obi-Wan se permitió una sonrisa mientras se dirigía hacia la siguiente salida del hangar.

—Lo de siempre, mi joven amigo: hacerla saltar.

—Puedo trabajar con ese plan. —Anakin se volvió hacia su astromecánico—. Tú quédate aquí, Erredós.

El pequeño droide le interrumpió con un zumbido.

—Sin discusiones. Quédate. Lo digo en serio.

El silbido de réplica de R2-D2 tenía un tono claramente triste.

—Mira, Erredós, alguien tiene que mantener el contacto con el ordenador. ¿Ves en mí algún conector de datos?

El droide pareció mostrarse de acuerdo, pero no antes de pitar algo que sonó como una sugerencia de dónde podía buscarlo.

Obi-Wan negó con la cabeza desde la escotilla abierta.

—La verdad, la forma en que hablas con esa cosa.

Anakin caminó hacia él.

—Cuidado, Maestro, herirás sus sentimientos...

Obi-Wan se paró en seco y con una extraña expresión en el rostro, como si intentase sonreír y fruncir el ceño al mismo tiempo.

—¿Anakin?

Éste no contestó. No podía contestar. Estaba mirando a una imagen de dentro de su mente. Una imagen no. Una realidad.

Un recuerdo de algo que todavía no había sucedido.

Vio al Conde Dooku de rodillas. Vio sables láser cruzados ante el cuello del Conde.

Las nubes se despejaron en su corazón. Nubes de Jabiim, de Aargonar, de Kamino, y hasta del campamento tusken. Por primera vez en demasiados años se sintió joven, tan joven como era realmente.

Joven, libre y lleno de luz.

—Maestro... —su voz parecía la de algún otro. De alguien que no había visto lo que él había visto. Que no había hecho lo que él había hecho—. Maestro, aquí..., ahora..., tú y yo...

—¿Sí?

Pestañeó.

—Creo que vamos a ganar la guerra.

El vasto hemisferio de la pared de visualización floreció con la batalla. Sofisticados algoritmos sensores comprimían el combate que se extendía por toda la órbita de la capital galáctica hasta convertirlo en una visión al alcance del disfrute del ojo desnudo. Cruceros, separados por cientos de kilómetros y que intercambiaban disparos a casi la velocidad de la luz, parecían casi pegados casco con casco, unidos por pulsantes cables de fuego. Las descargas de turboláser se convertían en veloces haces de luz que se rompían en astillas prismáticas contra los escudos que florecían en supernovas en miniatura que se tragaban naves enteras. Las invisibles nubes de mosquitos, que eran en realidad duelos entre cazas estelares, se convirtieron en un luminoso baile de polillas de sombra al final de la breve primavera de Coruscant.

El único mueble en el interior de esa inmensa curva de carnicería filtrada por ordenador era una silla situada en medio de un amplio suelo vacío, la llamada Silla del

General. Igual que ese camarote, situado en lo alto de la torre cónica de la nave insignia, era conocido como las Habitaciones del General.

Dando la espalda a esa silla y al hombre encadenado a ella, con las manos cruzadas bajo la capa de sedoso tejido acorazado, estaba el Conde Dooku.

Darth Tyranus, Señor de los Sith.

Contemplaba la obra de su Maestro, y era buena.

Más que buena. Era magnífica.

Incluso el temblor ocasional de la cubierta bajo sus botas, cuando la nave se estremecía ante los torpedos enemigos y las descargas de turboláser, lo sentía como un aplauso.

Tras él sonó el murmullo del holocomunicador interno de la nave, que crujió con una voz que era a la vez electrónica y extrañamente expresiva, como si fuera un hombre hablando a través del vocalizador electrosónico de un droide.

—Señor Tyranus, ya han llegado Kenobi y Skywalker.

—Sí —Dooku había sentido a ambos en la Fuerza—. Guíalos hasta mí.

—Mi señor, debo volver a expresar mi objeción a...

Dooku se volvió y, desde su imponente altura, miró a la holoimagen azulada del comandante del *Mano Invisible*.

—Ya he tomado nota de sus objeciones, general. Déjeme a mí a los Jedi.

—¡Pero al guiarlos hasta usted también los enviamos directos al propio Canciller! ¿Por qué sigue él todavía en esta nave? Debería estar oculto. Debería estar protegido. ¡Deberíamos haberlo sacado del sistema hace horas!

—Las cosas son como son porque Lord Sidious desea que sean así. En caso de que desee seguir poniendo objeciones, por favor, tómese la libertad de presentárselas a él.

—Yo, ah, no creo que eso sea necesario.

—Muy bien, entonces. Limite sus esfuerzos a impedir que nos aborden tropas de refuerzo. Ningún Jedi supone un peligro para mí sin sus mascotas clon respaldándole.

Otro estremecimiento sacudió la cubierta, esta vez de forma más pronunciada, seguido de un repentino cambio en el sentido de la gravedad artificial del crucero que habría hecho tambalearse a otro hombre; pero con la Fuerza manteniendo la solidez dignificada de su postura, el efecto que provocó en Dooku se limitó a un alzamiento de ceja.

—¿Y puedo sugerir que dedique algo de atención a proteger esta nave? Que la destruyan estando usted y yo a bordo podría perjudicar seriamente a esta guerra, ¿no le parece?

—Eso ya se está haciendo, mi señor. ¿Desea mi señor observar el avance de los Jedi? Puedo conectar los monitores de seguridad a este canal.

—Gracias, general. Eso sería muy de agradecer.

—Es usted tan cortés como siempre, mi señor. Grievous, fuera.

El Conde Dooku se permitió una sonrisa casi invisible. Su inmutable cortesía, rasgo de la verdadera aristocracia, acudía a él sin esfuerzo, pero, de algún modo, siempre

parecía impresionar al simple populacho. Además de a aquellos con mentalidad de simple populacho, al margen de sus logros o su rango, como, por ejemplo, ese ciborg repulsivo de Grievous.

Suspiró. Grievous era útil. No sólo era un comandante de campo muy capaz, sino que pronto sería un maravilloso chivo expiatorio al que achacar todas las atrocidades de esta guerra tristemente necesaria. Alguien tenía que cargar con eso, y Grievous era la criatura ideal para esa tarea. Porque, desde luego, no sería Dooku.

De hecho, era uno de los objetivos de la cataclísmica batalla que tenía lugar afuera.

Pero no el único.

La imagen de escáner azul que tenía delante se convirtió en un conjunto de miniaturas de Kenobi y Skywalker, tal y como los había visto muchas veces antes: avanzando hombro con hombro, haciendo girar los sables láser mientras desmantelaban con entusiasmo un droide tras otro, tras otro... Sintiéndose como si estuvieran ganando cuando en realidad eran conducidos justo hasta donde los Señores Sith querían.

Eran como niños. Dooku negó con la cabeza.

Casi era demasiado fácil.

***

Éste es Dooku, Darth Tyranus, Conde de Serenno:

El que una vez fue un gran Maestro Jedi, ahora el mayor Señor de los Sith, es un coloso oscuro que domina la galaxia. Némesis de la corrupta República, oriflama de la Confederación de los Sistemas Independientes, es la personificación de la conmoción y el temor.

Fue uno de los Jedi más respetados y poderosos de los veinticinco mil años de historia que tiene la Orden, pero ahora, a la edad de setenta años, sus principios no le permitían seguir sirviendo a una República donde el poder político se vende al mejor postor. Se despidió de su padawan, Qui-Gon Jinn, ya un Maestro legendario por méritos propios, y se despidió de sus amigos íntimos del Consejo Jedi: Mace Windu y el anciano Maestro Yoda. Se despidió de la propia Orden Jedi.

Se le considera uno de los Perdidos, los Jedi que renunciaron a su lealtad a la Orden y dimitieron de los deberes de la Caballería Jedi para servir a ideales aún más elevados que los profesados por la propia Orden. Los Veinte Perdidos, como se les llama desde que Dooku ingresó en sus filas, son recordados por los Jedi con honor y con pesar. Sus efigies, esculpidas en broncio, se alzan en la capilla donde se encuentran los archivos del Templo.

Esas imágenes de broncio son melancólicos recuerdos de que algunos Jedi tienen necesidades que la Orden no puede satisfacer.

Dooku se retiró a los dominios de su familia, el sistema planetario de Serenno. Al asumir el título hereditario de conde, se convirtió en uno de los seres más ricos de la galaxia. Su inmensa riqueza podría haber comprado la alianza de los senadores que

quisiera, dada la desvergonzada corrupción endémica a la República, y quizás hasta comprar el control de la misma República.

Pero un hombre de su linaje, de sus principios, nunca se rebajaría a ser el señor de un montón de basura, el jefe de una horda de saqueadores que se enfrentan por migajas, y, para él, la República no era más que eso.

Así que empleó el gran poder de su fortuna familiar, y el poder enormemente mayor de su incuestionable integridad, para empezar a limpiar la galaxia de la llaga que era esa supuesta democracia.

Es el icono del movimiento separatista, su cara pública. Es a la Confederación de Sistemas Independientes lo que Palpatine a la República: el símbolo vivo de la justicia de su causa.

Ésta es la versión de cara al público.

Ésta es la versión que hasta Dooku se cree en sus momentos de debilidad.

La verdad es más complicada.

Dooku es... diferente.

No recuerda muy bien cuándo descubrió que era diferente. Quizá cuando era un joven padawan y fue traicionado por otro aprendiz que había afirmado ser su amigo. Lorian Nod se lo había dicho a la cara: "Tú no sabes lo que es la amistad."

Y no lo sabía.

Se había enfurecido, por supuesto. Tanto, que su reputación había corrido peligro. Y se había enfurecido consigo mismo por su error de juicio y por haber considerado aliado a alguien que en realidad era un enemigo. Lo más asombroso de todo el asunto fue que, incluso después de delatarlo ante los Jedi, el otro chico había esperado que él participara en una mentira, en nombre de su "amistad".

Todo había sido tan absurdo que no supo cómo responderle.

De hecho, nunca había estado muy seguro de a qué se referían los seres al hablar de amistad. Pese a sentir en los demás la energía que provocaban las emociones, siempre había percibido el amor, el odio, la alegría, la ira... traducidos a otra clase de sentimientos.

Los que tenían sentido para él.

Podía comprender los celos, y también la posesión; él era feroz cuando algún ser se apodera de lo que le pertenecía por derecho.

La intolerancia, la intratabilidad del universo y las vidas indisciplinadas de sus habitantes. Ése era el estado natural de las cosas.

El rencor es una diversión; él obtenía un placer considerable del sufrimiento de sus enemigos.

El orgullo es una virtud en un aristócrata, y la indignación un derecho inalienable cuando alguien osaba impugnar su integridad, su honor o su legítimo puesto en la cima de la jerarquía natural de la autoridad.

Y la indignación moral tenía para él todo el sentido; cuando los asuntos incorregiblemente vulgares de los seres ordinarios se negaban a conformarse a la estructura claramente obvia de "Cómo Debe Ser La Sociedad".

Es completamente incapaz de que le importe lo que cualquier criatura pueda sentir por él. Sólo le importa lo que esa criatura pueda hacer por él. O a él.

Muy posiblemente sea así porque los demás seres son muy… interesantes.

O, en cierto sentido, completamente reales.

Para Dooku, los demás seres son, sobre todo, abstracciones, simples bocetos esquemáticos que se dividen en dos categorías básicas. La primera es "valiosos", seres que pueden ser utilizados para servir a sus diversos intereses. Entre ellos estuvieron durante una buena parte de su vida, y hasta cierto punto ahora mismo, los Jedi, especialmente Mace Windu y Yoda, quienes le consideraron su amigo durante tanto tiempo, que eso les cegó por completo a la verdad de sus actos. Y, por supuesto, y sólo por el momento, la Federación de Comercio, el Clan Bancario Intergaláctico, la TecnoUnión, la Alianza Corporativa y los fabricantes de armas de Geonosis. Y hasta el simple populacho de la galaxia, que existe sobre todo para proporcionarle un público lo bastante amplio como para hacer justicia a su grandeza.

La otra categoría es "amenazas". En este segundo grupo incluye a todos los seres inteligentes que no puede incluir en el primero.

No hay una tercera categoría.

Y algún día puede que no haya segunda. Ser considerado una amenaza por el Conde Dooku es una sentencia de muerte. Una sentencia de muerte que, por ejemplo, piensa ejecutar en sus actuales aliados: los dirigentes de las mencionadas Federación de Comercio, Clan Bancario Intergaláctico, TecnoUnión, Alianza Corporativa y armeros geonosianos.

La traición es el camino de los Sith.

***

El Conde Dooku contempló con clínico desagrado cómo las imágenes del escáner azul de Kenobi y Skywalker se enzarzaban en una farsa-persecución ridícula, perseguidos por droides destructores dentro y fuera de las vainas de los turboascensores que se desplazaban arriba y abajo, y hasta lateralmente.

—Será una vergüenza ser capturado por él —dijo despacio, en tono meditativo, como si hablara sólo para sí mismo.

La voz que le respondió le resultaba tan familiar que a veces sus pensamientos hablaban por ella en vez de por la suya.

—Una vergüenza a la que podrás sobrevivir, Lord Tyranus. Después de todo, es el Jedi más grande que existe, ¿no? ¿Acaso no nos hemos asegurado de que toda la galaxia comparta esta opinión?

—Así es, Maestro, así es —Dooku volvió a suspirar. Hoy sentía hasta la última hora de sus ochenta y tres años—. Me resulta... fatigoso hacer el papel de villano durante tanto tiempo, Maestro. Me sorprendo esperando con impaciencia un cautiverio honorable.

Un cautiverio que le permitiera pasar cómodamente el resto de la guerra, que le permitiera repudiar a sus antiguos aliados cuando aparentara descubrir la verdadera amplitud de los crímenes cometidos por los separatistas contra la civilización, y que le permitiera unirse al nuevo Gobierno conservando intacta su reputación de integridad e idealismo.

El nuevo Gobierno...

Esa había sido la estrella de su destino todos estos años.

Un Gobierno limpio, puro y directo, sin la desagradable humillación que suponía pedir favores al populacho ignorante y a las criaturas subhumanas que conformaban esa República que tanto despreciaba. El Gobierno al que serviría sería la autoridad personificada.

Autoridad humana.

No era accidental que las principales potencias que conformaban la Confederación de Sistemas Independientes fueran neimoidianos, skakoanos, quarren, aqualish, jun, gossam, sy myrthianos, koorivar y geonosianos. Al final de la guerra, los alienígenas serían aplastados y desposeídos de todas sus pertenencias, y sus sistemas y sus riquezas serían entregados a los únicos seres merecedores de ello. Seres humanos.

Dooku serviría a un Imperio del Hombre.

Y lo serviría como sólo él podía servirlo. Porque había nacido para servirlo. Aplastaría la Orden Jedi para crearla de nuevo, sin ataduras con políticos corruptos, sino libre para llevar a la galaxia la verdadera autoridad y la verdadera paz que necesitaba desesperadamente.

Una Orden que no negociaría. Que no mediaría.

Una Orden que se impondría.

Los supervivientes de la Orden Jedi se convertirían en el Ejército Sith.

El Puño del Imperio.

Y ese puño se convertiría en un poder muy superior al más oscuro sueño de cualquier Jedi. Los Jedi no eran los únicos usuarios de la Fuerza que había en la galaxia; de Hapes a Haruum Kal, de Kiffu a Dathomir, había poderosos humanos y casi humanos grandes en la Fuerza que se habían negado a entregar a sus hijos a una vida de servidumbre en la Orden Jedi. No rechazarían al Ejército Sith.

No se les daría esa elección.

Dooku frunció el ceño ante la holoimagen. Kenobi y Skywalker seguían con su comedia barata en otro turboascensor, posiblemente manipulado por un Grievous que intentaba divertirse un poco mientras los droides de combate les perseguían con torpeza.

La verdad es que todo eso era tan...

Indigno.

—¿Puedo sugerir, Maestro, que demos otra oportunidad a Kenobi? El respaldo de un Jedi de su integridad sería muy valioso al establecer la legitimidad política de nuestro Imperio.

—Ah, sí. Kenobi —la voz de su Maestro se tornó sedosa—. Hace mucho que te interesas por Kenobi, ¿verdad?

—Por supuesto. Su Maestro fue mi padawan. En cierto sentido, es casi mi nieto...

—Es demasiado mayor. Está demasiado adoctrinado. Irrecuperablemente envenenado por las fábulas Jedi. Quedó muy claro en Geonosis, ¿verdad? Cree servir a la Fuerza en sí. La realidad no es nada ante semejante convicción.

Dooku suspiró. Se suponía que no debía afectarle, y menos habiendo ordenado anteriormente la muerte de ese Maestro Jedi.

—Muy cierto, supongo. Somos afortunados al no haber actuado nunca motivados por ilusiones semejantes.

—Kenobi debe morir. Hoy. Por tu mano. Su muerte puede ser la clave que nos entregue a Skywalker para siempre.

Dooku lo comprendía. La muerte del mentor de Skywalker no sólo rompería el ya precario equilibrio emocional del joven Jedi y lo arrojaría por el más oscuro de los precipicios, sino que eliminaría el principal obstáculo para su conversión. Mientras Kenobi siguiera con vida, Skywalker nunca estaría del todo en el bando de los Sith. La inamovible fe de Kenobi en los valores Jedi mantendría la venda Jedi en los ojos de Skywalker, y pondría grilletes Jedi al verdadero poder del joven.

Aun así, Dooku tenía sus reservas. Todo estaba pasando con excesiva rapidez. ¿Había meditado Sidious todas las implicaciones de esa operación?

—Debo preguntártelo, Maestro. ¿De verdad es Skywalker el hombre que queremos?

—Es poderoso. Potencialmente, incluso más que yo.

—Precisamente por eso —dijo Dooku en tono meditativo—. No sé si sería mejor matarlo.

—¿Tan seguro estás de poder hacerlo?

—Por favor. ¿De qué sirve el poder si no lo controla la disciplina? El chico es tan peligroso para sí mismo como para sus enemigos. Y ese brazo mecánico... —el labio de Dooku se frunció con ensayado desagrado—. Repulsivo.

—Quizá debiste perdonarle su brazo de verdad.

—Mmm. Un caballero habría aprendido a luchar con una sola mano —Dooku hizo un gesto, desechando la idea—. Ya ni siquiera es humano del todo. El uso de esos sistemas biodroides en Grievous es casi perdonable, pues antes era una criatura de por sí tan desagradable que sus partes mecánicas no dejan de ser una clara mejora. Pero ¿una fusión de droide y humano? Es horroroso. El colmo del mal gusto. ¿Cómo podremos justificar nuestra asociación con él?

—Qué afortunado soy —el tono sedoso de su Maestro se suavizó aún más— teniendo un aprendiz que considera adecuado cuestionarme.

Dooku alzó una ceja.

—Me he propasado, Maestro —dijo con su elegancia habitual—. Sólo estoy comentando la situación, no discutiéndola. En absoluto.

—El brazo de Skywalker lo hace aún más útil para nuestros objetivos. Es el símbolo permanente de los sacrificios que ha hecho en nombre de la paz y la justicia. Es una marca de heroísmo que deberá llevar públicamente el resto de su vida. Nadie podrá mirarlo y dudar de su honor, su valor y su integridad. Es perfecto tal como es. Perfecto. La única cuestión que queda es si será capaz de trascender las limitaciones artificiales del adoctrinamiento Jedi. Y justamente para descubrir eso, mi señor Conde, es para lo que se ha concebido la operación de hoy.

Dooku no podía discutirlo. El Señor Oscuro no sólo había introducido a Dooku en regiones de poder que superaban sus más espectaculares fantasías, sino que también era un manipulador político tan sutil que casi podía pensarse que sus habilidades empequeñecían hasta el poder del mismísimo Lado Oscuro. Se dice que cada vez que la Fuerza cierra una escotilla, se abre una ventana..., y que por cada ventana que se ha agrietado en los últimos trece años estándar hay un Señor Oscuro de los Sith en su borde, mirando por la grieta, pensando en la mejor manera de atravesarla.

Mejorar el plan de su Maestro era casi imposible. Debía admitir que su idea de sustituir a Skywalker por Kenobi era producto de cierto sentimentalismo inoportuno. Skywalker era, casi con seguridad, el hombre adecuado.

Debía serlo. Darth Sidious había dedicado una cantidad considerable de años a que fuera así.

La prueba de hoy eliminaría el "casi".

No tenía ninguna duda de que Skywalker caería. Dooku comprendía que todo esto era algo más que una prueba para Skywalker. Estaba seguro de que, aunque Sidious no lo había dicho claramente, él también estaba siendo puesto a prueba. El éxito demostraría a su Maestro que era digno de recibir el manto del Maestrazgo. Cuando acabase la inminente batalla, ya habría iniciado a Skywalker en las muchas glorias del Lado Oscuro, tal y como Sidious lo había iniciado una vez a él.

No dedicó ningún pensamiento a su fracaso. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Pero..., perdona, Maestro. ¿Estás seguro de que Skywalker aceptará mis órdenes si Kenobi cae ante mi hoja? Debes admitir que su biografía no da muchas seguridades de que sea capaz de mostrarse obediente.

—El poder de Skywalker conlleva más que la simple obediencia. Conlleva creatividad y suerte. Nunca tendremos que preocuparnos de darle la clase de instrucciones que requiere, por ejemplo, Grievous. Hasta los estúpidos ciegos del Consejo Jedi pueden ver esto con claridad. Ni siquiera ellos intentan decirle cómo, se limitan a decirle qué. Y él encuentra el camino. Siempre.

Dooku asintió. Por primera vez desde que Sidious le reveló toda la sutileza de este golpe maestro, se permitió relajarse lo bastante como para imaginar el resultado.

Al capturar heroicamente al Conde Dooku, Anakin Skywalker se convertiría en el héroe definitivo. Sería el mayor héroe en la historia de la República, quizá de la propia

Orden Jedi. La pérdida de su querido compañero añadiría la cantidad justa de tragedia para que la melancolía tiñera sus palabras cuando concediera entrevistas en la HoloRed, denunciando la corrupción del Senado que había prolongado la guerra. O cuando insinuara delicadamente —muy delicadamente, por no decir reticentemente— que la corrupción dentro de la Orden Jedi también había prolongado la guerra.

Cuando anunciase la creación de una nueva Orden de guerreros usuarios de la Fuerza.

Sería el perfecto general al mando del Ejército Sith.

Dooku, impresionado, sólo podía negar con la cabeza. Y pensar que sólo días antes los Jedi parecían casi a punto de descubrir, e incluso destruir, todo aquello por lo que habían trabajado su Maestro y él. Pero no debía temer nada. Su Maestro no perdía nunca. Nunca perdería. Era la personificación de lo imbatible.

¿Cómo se puede derrotar a un enemigo que uno considera un amigo?

Y ahora, con un único y brillante golpe, su Maestro volvería la Orden Jedi del revés, como un ourobouros de Ethrani devorando su propia cola.

Y éste era el día. La hora.

La muerte de Obi-Wan Kenobi sería la muerte de la República.

Hoy nacería el Imperio.

—Tyranus, ¿te encuentras bien?

—Estoy... —Dooku se dio cuenta de que los ojos se le humedecían—. Sí, Maestro. Estoy más que bien. Hoy es el clímax, el gran final, la culminación de todas tus décadas de esfuerzos... Me siento algo abrumado.

—Recupérate, Tyranus. Kenobi y Skywalker están cerca de la puerta. Interpreta tu papel, aprendiz, y la galaxia será nuestra.

Dooku se irguió, y por primera vez miró a su Maestro a los ojos.

Darth Sidious, Señor Oscuro de los Sith, estaba sentado en la Silla del General, encadenado a ella por la muñeca y el tobillo.

Dooku hizo una reverencia.

—Gracias, Canciller.

—Retírate. Ya están aquí —replicó Palpatine de Naboo, Canciller Supremo de la República.

3
El camino de los Sith

Las puertas del turboascensor se abrieron con un siseo. Anakin se apretó contra la pared. Partes de droides cortadas por sable láser cubrían el suelo a sus pies. Al otro lado parecía haber un vestíbulo de ascensor de lo más corriente: pálido, desnudo y vacío.

Lo conseguimos. Por fin.

El cuerpo de Anakin tarareaba la melodía de su abrasadora hoja azul.

—Anakin.

Obi-Wan estaba parado contra la pared contraria, mostrando una calma que Anakin apenas podía comprender. Clavó una mirada significativa en el sable láser que empuñaba el joven Jedi.

—Anakin, rescate —dijo en voz queda—. No destrucción.

Anakin mantuvo el arma en la misma posición.

—¿Y Dooku?

—Cuando pongamos a salvo al Canciller, podremos volar la nave —respondió Obi-Wan con un asomo de sonrisa.

Los dedos mecánicos de Anakin apretaron el mango del sable láser con fuerza, hasta que crujió.

—Preferiría hacerlo a mano.

Obi-Wan cruzó con precaución la puerta del turboascensor. Nada le disparó. Hizo una seña a Anakin para que avanzara.

—Sé que es difícil, Anakin. Sé que, a muchos niveles, esto es una cuestión personal. Debes tener un cuidado extra para no olvidar tu entrenamiento, y no me refiero sólo al entrenamiento para el combate.

El calor afloró a las mejillas de Anakin.

—Yo no... —*soy ya tu padawan*, ladró en su mente, pero era la adrenalina quien hablaba. Contuvo las palabras y dijo en su lugar—: ...pienso decepcionarte, Maestro. Ni al Canciller Palpatine.

—No tengo ninguna duda de eso, pero no olvides que Dooku no es un simple Jedi Oscuro como esa Ventress; es un Señor de los Sith. Las fauces de su trampa están a punto de cerrarse, y podemos correr un peligro algo más que simplemente físico.

—Sí. —Anakin dejó que su hoja desapareciera y pasó junto a Obi-Wan, caminando hasta el vestíbulo del turboascensor. Impactos distantes resonaron por toda la nave, y el suelo se agitó como una balsa en un río desbordado; pero él apenas se dio cuenta de ello—. Es que... ha hecho... tantas cosas... No sólo a los Jedi, sino a la galaxia...

—Anakin... —empezó a avisarle Obi-Wan.

—No te preocupes. No estoy furioso y no busco venganza. Sólo... —Alzó el sable láser—. Sólo espero impaciente que todo esto acabe.

—La impaciencia...

—Es distracción. Lo sé. Como sé que la esperanza es tan hueca como el miedo. —Anakin se permitió sonreír, pero sólo un poco—. Y ya me sé todo lo demás que te mueres por decirme ahora.

La sutil inclinación de cabeza de Obi-Wan, ligeramente pesarosa, era tan afectuosa como un abrazo.

—Supongo que en algún momento tendré que dejar de intentar entrenarte.

La sonrisa de Anakin se amplió hasta casi dar pie a una carcajada.

—Creo que es la primera vez que lo admites.

Se detuvieron ante la puerta de las Habitaciones del General: un enorme óvalo de iridita opalescente enmarcado de oro. Anakin miró su reflejo en ella, casi fantasmal, y buscó con la Fuerza en la habitación, dejando que la Fuerza entrara en él

—Estoy preparado, Maestro.

—Sé que lo estás.

Se detuvieron un momento, codo con codo.

Anakin no miró a su compañero, miró a la puerta, a través de la puerta, buscando en sus relucientes profundidades un atisbo de un futuro imprevisible.

No podía imaginar su vida sin guerra.

—Anakin —la voz de Obi-Wan se había suavizado, y su mano era cálida en el brazo de Anakin—. En estos momentos no hay otro Jedi al que preferiría tener a mi lado. Ningún otro hombre.

Anakin se volvió y encontró en los ojos de Obi-Wan una profundidad de sentimientos que había avistado sólo en raras ocasiones a lo largo de todos sus años juntos, y el amor puro y sin complicaciones que asomó en su interior le pareció una promesa de la misma Fuerza.

—Yo... no quisiera que fuera de otro modo, Maestro.

—Creo que deberías acostumbrarte a llamarme Obi-Wan —dijo su antiguo Maestro, provocando una divertida mirada de sorpresa en Anakin ante las palabras que brotaban de su boca.

—Obi-Wan, vamos a por el Canciller.

—Sí. Vamos.

Dentro de la vaina de un turboascensor, Dooku observaba las imágenes holográficas de Kenobi y Skywalker bajando con precaución las escaleras curvas de la balconada de entrada que accedía al nivel principal de las Habitaciones del General. Se movían despacio para mantenerse anclados en el oscilante crucero. La nave se estremeció, corcoveó por un impacto múltiple de torpedos y las luces volvieron a apagarse. La luz es siempre lo primero en fallar cuando la energía de soporte vital se desvía hacia el control de daños.

—Mi señor —Grievous parecía preocupado a través del comunicador interno de la nave—. Los daños que está recibiendo la nave empiezan a ser graves. Hemos perdido el treinta por ciento de los sistemas automatizados de armamento y podemos perder la capacidad para saltar al hiperespacio.

Dooku asintió juiciosamente para sí mismo, frunciendo el ceño hacia los fantasmas de translúcido azul que se acercaban a Palpatine.

—Dé la señal de retirada a toda la fuerza de ataque, general, y prepare la nave para el salto. Me uniré a usted en el puente cuando los Jedi hayan muerto.

—Como ordene mi señor. Grievous, fuera.

—Sí que estás fuera, vil criatura —murmuró Dooku a la conexión apagada—. Fuera de nuestros planes, sin suerte y sin tiempo.

Arrojó a un lado el comunicador e ignoró el ruido que hizo contra la cubierta. Ya no le resultaba útil. Que se destruyera junto con Grievous, sus repulsivos guardaespaldas y el resto del crucero cuando él estuviera capturado sano y salvo y lejos de allí.

Asintió a los dos voluminosos superdroides de combate que le flanqueaban. Uno abrió la puerta del ascensor y ambos la cruzaron, pivotando para tomar posiciones a ambos lados.

Dooku se alisó la capa de resplandeciente tejido blindado y salió con una majestuosa zancada al vestíbulo en penumbra del ascensor. La puerta de las Habitaciones del General aún ardía a la pálida luz de emergencia, allí donde esos dos pueblerinos idiotas la habían agujereado con los sables láser. Si pasaba por el agujero corría el riesgo de chamuscarse los pantalones. Dooku suspiró e hizo un gesto. Lo que quedaba de la opalescente puerta se deslizó silenciosamente para dejarle paso.

No pensaba combatir a los dos Jedi con los pantalones ardiendo, por supuesto.

Anakin se deslizó por la hilera de sillas situada a un lado de la inmensa mesa de reuniones que dominaba el centro de la habitación principal del general Grievous; Obi-Wan le imitó por el otro lado. Relámpagos silenciosos restallaban y brillaban. La única iluminación de la sala procedía de la enorme pared curva de visualización que había al final de la misma; una tormenta de descargas de turboláser, disparos anticaza y las supernovas en miniatura provocadas por la muerte de naves enteras.

Contra esa carnicería de fondo se dibujaba una sombra: la silueta de una silla de respaldo alto.

Anakin captó la mirada de Obi-Wan al otro lado de la mesa y señaló con la cabeza la forma oscura que había más allá. Obi-Wan respondió el gesto manual Jedi para "acercarse con precaución", añadiendo la de "preparado para actuar".

Anakin apretaba los labios. Como si necesitara que le dijeran eso. Después de los problemas que habían tenido en los turbo ascensores, podía pasarles cualquier cosa aquí y ahora. Por lo que sabían, el lugar podía estar lleno de droidekas.

Volvió la luz.

Anakin se quedó paralizado.

La oscura figura de la silla... era el Canciller Palpatine, sí, y no había droides a la vista. El corazón debía haberle saltado de alegría en el pecho, pero...

Palpatine no tenía buen aspecto.

El Canciller parecía más que viejo, tan anciano como Yoda. Poseedor de una edad incomprensible. Exhausto y dolorido. Y algo peor...

Anakin vio en el rostro del Canciller algo que nunca había soñado encontrar en él, y eso le arrancó el aliento de los pulmones y borró las palabras de su cerebro.

Palpatine parecía asustado.

Anakin no sabía qué decir. No podía imaginar qué decir. Sólo podía imaginar lo que podían haber hecho Grievous y Dooku para llenar de miedo el rostro de ese hombre valiente y bueno...

Y ese pensamiento hirvió su sangre hasta tensarle el rostro y ensombrecerle el corazón, y reanudó el tronar en sus oídos: un tronar de Aargonar. De Jabiim.

El tronar del campamento tusken.

Si Obi-Wan había sido golpeado por una inquietud similar, no fue evidente. El Maestro Jedi inclinó la cabeza con su habitual cortesía.

—Canciller —dijo con un saludo calmado y respetuoso, como si se hubieran encontrado por casualidad en el Gran Vestíbulo del Senado Galáctico.

La única respuesta de Palpatine fue un murmullo tenso.

—Anakin, detrás de ti...

Anakin no se volvió. No le hacía falta. No sólo por el sonido de tacones de botas y el estrépito de magnápodos cruzando el umbral de la balconada de entrada, sino por la Fuerza que había en él y que envolvió su cuerpo en un repentino apretón, como si fuera el puño de un hombre sobresaltado.

Pudo sentir en la Fuerza adónde miraban los ojos de Palpatine: la fuente de ese miedo que emanaba de él como vapor traspasando un bloque de aire congelado. Y pudo sentir esa oleada de poder aún más fría —más fría que la escarcha en la boca de un mynock— que entraba tras él en la sala, como una daga de hielo clavándose en su espalda.

Es curioso, pensó. *Después de Ventress, tiendo a esperar que el Lado Oscuro sea caliente...*

Algo se abrió en su pecho. El tronar de sus oídos se disolvió en el humo rojo que se retorcía en la base de su columna vertebral. El sable láser encontró su mano, y sus labios se alejaron de sus dientes en una sonrisa que habría reconocido un dragón krayt.

Lo que le dificultaba hablar había desaparecido.

—Eso —murmuró a Palpatine y a sí mismo—no es un problema.

La voz que les habló desde la balconada de entrada era de un barítono elegante con tonos de oleosa resonancia, como el cuerno de caverna de un roble kriin.

La voz del Conde Dooku.

—General Kenobi. Anakin Skywalker. Caballeros, término que empleo en su sentido más amplio, considérense mis prisioneros.

Anakin ya no tenía ninguna clase de problema.

La balconada de entrada proporcionaba a Dooku el ángulo ideal —por encima de los Jedi y mirando en su dirección— para calibrar la situación antes de empezar la farsa.

Como toda farsa que se precie de tal, su desarrollo subsiguiente debía proceder con lógica implacable a partir de su ridícula premisa inicial: que Dooku pudiera ser vencido por simples Jedi. Por cualquier Jedi. Era una pena que su antiguo amigo Mace no pudiera

estar hoy con ellos; no tenía ninguna duda de que el Maestro korun habría disfrutado de la función.

Dooku siempre había preferido los públicos cultivados.

Al menos Palpatine estaba aquí, encadenado a la gran silla situada al fondo de la sala, con la batalla espacial girando en la pared de visualización detrás de él, como si su recortada silueta desplegara grandes alas de guerra. Pero Palpatine era menos público que autor.

Que en absoluto era lo mismo.

Skywalker daba la espalda a Dooku, pero ya había sacado el arma y su cuerpo alto y esbelto estaba inmóvil ante la previsión de lo que iba a ocurrir, tanto que casi parecía temblar. Resultaba patético. Era un insulto llamar Jedi a ese chico.

Kenobi, en cambio, era algo muy diferente; un ejemplo clásico de lo obsoleta que estaba su especie. Se limitaba a quedarse parado, mirando con calma a Dooku y a los superdroides de combate que lo flanqueaban, completamente relajado, con las manos abiertas y con una expresión de mediano interés en el rostro.

Dooku obtuvo cierta satisfacción melancólica, una placentera contemplación solitaria de su propia grandeza no reconocida, al pensar que Skywalker nunca podría comprender cuánta reflexión y planificación, cuánto trabajo había invertido Lord Sidious en orquestar su falsa victoria. Como nunca comprendería el arte, la auténtica maestría que Dooku iba a invertir en su propia derrota.

Pero así era la vida. Había que sacrificarse para poder conseguir un bien mayor.

Después de todo, se estaba librando una guerra.

Llamó a la Fuerza, acumulándola en su interior y envolviéndose en ella. Respiró en ella y la mantuvo arremolinada en su corazón, aferrándose a ella hasta que pudo sentir la galaxia girando a su alrededor.

Hasta convertirse en el eje del universo.

Ése era el verdadero poder del Lado Oscuro, el poder que había sospechado tener incluso cuando era un niño, el que había buscado durante toda su larga vida hasta que Darth Sidious le mostró que siempre había sido suyo. El Lado Oscuro no le conducía al centro del universo, le hacía serlo.

Acumuló poder en su ser más interior hasta que la Fuerza en sí misma sólo existió para servir a su voluntad.

Ahora, la escena que se desarrollaba a sus pies era sutilmente distinta, aunque no hubiera cambio alguno para los ojos físicos. Con estimulante precisión, la percepción de Dooku calibró desde el Lado Oscuro a los que tenía bajo él.

Kenobi era luminoso, un ser transparente, una ventana a un prado soleado de la Fuerza.

Skywalker era una nube de tormenta iluminada con peligrosos rayos que iniciaba la rotación que amenaza con convertirla en un tornado.

Y después estaba Palpatine, por supuesto, y estaba más allá del poder. No evidenciaba nada de lo que podía albergar su interior, pero, ante los ojos del Lado Oscuro, era un

horizonte negro. Bajo su superficie completamente vulgar había una nada absoluta, perfecta. La oscuridad más allá de la oscuridad.

Un agujero negro en la Fuerza.

E interpretaba a la perfección su papel de secuestrado indefenso.

—¡Buscad ayuda! —El tono de pánico en su ronco susurro sonaba real incluso para Dooku—. Tenéis que conseguir ayuda. ¡Ninguno de vosotros es rival para un Señor de los Sith!

Entonces, Skywalker se volvió para mirar directamente a los ojos de Dooku por primera vez desde aquel hangar abandonado de Geonosis. Su réplica estaba claramente pensada tanto para Dooku como para Palpatine.

—Eso dígaselo al que Obi-Wan hizo pedazos en Naboo.

Una bravata hueca. Maul había sido un animal. Un animal con ciertas habilidades, pero que no por ello dejaba de ser una bestia.

—Anakin... —Dooku pudo sentir en la Fuerza la desaprobación de Kenobi ante la fanfarronada de Skywalker, y la contención sin esfuerzo de Kenobi a la hora de enfocar la presente situación—, ... esta vez, lo haremos juntos.

Los agudos ojos de Dooku notaron la tensión en la mano droide de Skywalker, que aferraba el sable láser.

—Yo iba a decir justamente eso.

Bien entonces. Era hora de continuar con la comedia.

Dooku se inclinó hacia delante, y su capa de tela blindada se abrió como si fueran unas alas. Se elevó suavemente en el aire y descendió hasta el nivel principal, empleando la Fuerza para planear de una forma lenta y digna. Aterrizó en la cabecera de la mesa de conferencias y miró a los dos Jedi desde debajo de unas cejas alzadas.

—Entréguenme sus armas, por favor, caballeros. No demos un espectáculo ante el Canciller.

Obi-Wan alzó su arma para asumir la defensa ataro a dos manos, al estilo de Qui-Gon y de Yoda. Su hoja chisporroteó al cobrar vida, y el aire se llenó de un olor eléctrico.

—Esta vez no escaparás, Dooku.

—¿Escapar de vosotros? Por favor —Dooku permitió que saliera a la luz su habitual sonrisa—. ¿De verdad pensáis que he organizado toda esta operación con la intención de escapar? Hace horas que podía haberme llevado al Canciller fuera del sistema, pero tengo cosas mejores que hacer con mi vida que cuidar de él mientras espero a que vosotros intentéis rescatarlo.

Skywalker colocó el sable láser en posición shien; la mano de duracero de su guante negro inclinada a la altura del hombro y la hoja inclinada hacia arriba y hacia fuera.

—Esto es algo más que un intento.

—Y algo menos que un rescate.

Con un gesto ensayado, Dooku se echó atrás la capa, apartándola de su hombro derecho y descubriendo la mano con la que luchaba, y que usó para hacer un gesto ocioso a la pareja de superdroides de combate que aún seguían arriba, en la balconada.

—Por favor, caballeros. ¿O debo ordenar a los droides que abran fuego? Resultaría muy poco pulcro, con los disparos láser rebotando al azar por todas partes. Por supuesto, nosotros tres correríamos poco peligro, pero la verdad es que odiaría que el Canciller sufriera algún daño.

Kenobi se movió hacia él con gracia pausada, hipnótica, como si flotase en una placa repulsora invisible.

—¿Por qué será que encuentro eso difícil de creer?

Skywalker le imitó, moviéndose hacia el flanco de Dooku.

—En Geonosis no parecía preocuparte tanto el derramamiento de sangre.

—Ah —la sonrisa de Dooku se amplió aún más—. ¿Y cómo está la senadora Amidala?

—No... —la tormenta que era Skywalker en la Fuerza rugió con poder repentino—. No menciones siquiera su nombre.

Dooku dejó eso a un lado. Los problemas personales del muchacho eran demasiado cansinos para continuar por ese lado; sabía demasiado sobre la complicada vida privada de Skywalker.

—No deseo mal alguno al Canciller Palpatine, niño imprudente. No es ni soldado ni espía, mientras que tu amigo y tú sois ambas cosas. Sólo un desafortunado accidente de la historia ha querido que él eligiera defender a una República corrupta contra mi empresa de reformarla.

—Querrás decir destruirla.

—El Canciller es un civil. El general Kenobi y tú, en cambio, sois legítimos objetivos militares. A vosotros os corresponde decidir si venís conmigo como cautivos... —un tirón de la Fuerza llevó su sable láser a su mano con velocidad invisible, su brillante hoja escarlata nació hacia abajo, inclinada hacia su costado— o como cadáveres.

—Vaya coincidencia —replicó Kenobi con sequedad, mientras se movía para situar al Conde justo entre Skywalker y él—. Tú afrontas una decisión idéntica.

Dooku los miró por turnos, con calma, inmutable. Alzó la hoja para saludarlos al estilo makashi y volvió a situarla en guardia.

—No presumáis de tener la ventaja sólo porque sois dos.

—Oh, lo sabemos —dijo Skywalker—. Porque también sois dos.

Dooku apenas consiguió contener un sobresalto de sorpresa.

—O quizá deba decir que erais dos —siguió diciendo el joven Jedi—. Tenemos pillado a su compañero Sidious, hemos seguido sus huellas por toda la galaxia. Ahora mismo estará bajo custodia Jedi.

—¿De verdad? —Dooku se relajó. Se sintió terriblemente tentado a guiñarle un ojo a Palpatine, pero, por supuesto, no lo hizo—. Qué suerte para vosotros.

En el fondo, es muy simple, pensó. *Aislar a Skywalker, matar a Kenobi*. Después de eso, sólo necesitaría empujar a Skywalker hasta enfurecerle lo bastante como para romper su contención Jedi y revelarle el paisaje infinito del poder Sith.

Lord Sidious se haría cargo entonces.

—Ríndete —la voz de Kenobi se endureció adrede—. No te daremos otra oportunidad.

Dooku alzó una ceja.

—No creo que llegue a necesitarla, a no ser que alguno de los dos lleve a Yoda en un bolsillo.

La Fuerza chisporroteó entre ellos, y la nave tembló y corcoveó ante una nueva andanada de los turboláseres. Dooku decidió que ya había llegado el momento. Lanzó una falsa mirada por encima del hombro, una insinuación de distracción para provocar el ataque...

Los tres se movieron a la vez.

La nave se estremeció y el humo rojo brotó de la columna de Anakin hasta sus brazos, piernas y cabeza. Y cuando Dooku insinuó una mirada de preocupación por encima del hombro, distrayéndose medio instante, Anakin no pudo seguir esperando.

Saltó en el aire, inclinando el sable láser para matar.

Obi-Wan saltó desde el otro lado, en perfecta coordinación..., y ambos se encontraron en el aire, pues el Señor Sith ya no estaba entre ellos.

Anakin alzó la mirada justo a tiempo de ver la suela de la bota de cuero de rancor de Dooku caer sobre su cara y arrojarlo al suelo. Recurrió sin esfuerzo a la Fuerza para enderezarse y aterrizar completamente equilibrado, luego volvió a saltar hacia los relampagueantes destellos, escarlata contra azul celeste, que brotaban del entrechocar de sables láser con el que Dooku hacia retroceder a Obi-Wan, una sucesión de florilegios y estocadas entretejidas que apartaban la hoja del Jedi cada vez que éste buscaba su corazón.

Anakin se lanzó contra la espalda de Dooku, y el Conde se medio volvió, haciendo un gesto casual mientras mantenía a raya a Obi-Wan con una sola mano. Las sillas de la mesa de conferencias saltaron y giraron hacia la cabeza de Anakin, que logró cortar la primera en dos con cierto desdén. Pero la segunda le golpeó en las rodillas, y la tercera se estrelló contra su hombro, derribándolo.

Se maldijo para sus adentros y buscó en la Fuerza para coger varias sillas por su cuenta, pero la propia mesa de conferencias lo golpeó y lo desplazó hasta aplastarlo contra la pared. El sable láser escapó de sus dedos laxos y rodó por la superficie de la mesa para caer al suelo por el otro extremo.

Y Dooku apenas parecía estar prestándole atención.

Atrapado, sin aliento y medio aturdido, Anakin pensó: *Si esto sigue así, voy a tener que enfadarme.*

Mientras desviaba sin esfuerzo una deslumbrante lluvia de estocadas azules por parte de Kenobi, Dooku sintió que la Fuerza apartaba de la pared la mesa de conferencias y la arrojaba contra su espalda con velocidad asombrosa. Apenas consiguió elevarse lo suficiente para saltar de espaldas sobre ella, evitando que le partiera la columna en dos.

—Vaya, vaya —dijo con una risita—. Parece que, después de todo, el chico tiene algo de poder.

Su voltereta hacia atrás le colocó de pie justo delante del muchacho, que corría tras la mesa que había arrojado, embistiendo de cabeza, desarmado y con el rostro ya completamente encarnado.

—¡Soy dos veces el Jedi de la última vez!

Ah, pensó Dooku. *Que ego tan frágil. Sidious tendrá que ayudarle en eso. Pero hasta entonces...*

El mango del sable láser de Skywalker silbó por el aire hasta su mano, en perfecta sincronía con un mandoble circular.

—Mis poderes se han doblado desde la última vez que nos vimos.

—Qué bien para ti.

Dooku se apartó, esquivándole limpiamente, y atacó a la pierna del chico, pero Skywalker paró la estocada al pasar y se las arregló para mover la hoja hasta detrás de su cabeza y desviar el golpe casual que Dooku intentó propinarle en la nuca. El impulso de su torpe embestida lo puso en el camino de Kenobi, por lo que éste tuvo que emplear la Fuerza para saltar por encima de la cabeza de su compañero.

Directo a la hoja alzada de Dooku.

Kenobi apartó la hoja escarlata con un mandoble mientras pivotaba en el aire, y Dooku volvió a apartarse, de modo que esta vez fue Kenobi quien se puso en el camino de Skywalker.

—Esto es realmente patético —dijo Dooku.

Oh, estaban llenos de energía, saltando y girando, golpeando casi al azar, haciendo pedazos las sillas y usando la Fuerza para arrojarlas en todas las direcciones concebibles. Mientras, Dooku continuaba superándolos a su manera metódicamente elegante, de forma tan completa que apenas podía contenerse para no reír en voz alta.

Sólo tenía que contrarrestar sus tácticas, que eran deprimentemente vulgares; Skywalker era el ágil, saltando de un lado a otro como un murcielalcón espasmódico, en una variante Jedi de neek-en-medio con la que intentaban atacarle por ambos lados a la vez; Kenobi utilizaba una mensurada cadencia shii-cho que lo hacía previsible como un droide leñador, moviéndose paso a paso, reduciendo ángulos de ataque y acosando a Dooku de forma torpe pero constante, intentando arrinconarlo.

Mientras que Dooku sólo necesitaba moverse de un lado a otro, dando algún salto ocasional aquí y allá para poder luchar por turnos con cada uno, en vez de con los dos a la vez. Era de suponer que en otro entorno podrían llegar a ser razonablemente efectivos; era obvio que habían desarrollado su estilo luchando en equipo contra gran cantidad de contrincantes. No estaban preparados para combatir contra un único usuario de la Fuerza, y, desde luego, no contra uno con el poder de Dooku. Él, en cambio, siempre había luchado solo. Le resultaba risiblemente fácil mantener a los Jedi tropezando, trastabillando e interponiéndose el uno en el camino del otro.

Ni siquiera se daban cuenta de que él dominaba completamente el combate. Mientras luchasen tal y como se les había entrenado, liberándose de todo deseo y dejando que la Fuerza fluyera por ellos, no tendrían ninguna posibilidad de contrarrestar el dominio que

tenía Dooku de las técnicas Sith. No habían aprendido nada desde que les venció en Geonosis.

Permitían que la Fuerza les dirigiera; Dooku dirigía a la Fuerza.

Desviaba hacia sus paradas los golpes que le dirigían, y en sus contraataques incluía empujones de poder oscuro que alteraban sutilmente el equilibrio de los Jedi y les rompía el ritmo. Podía haberlos matado tan fácilmente como esa criatura de Maul había acabado con los vigos del Sol Negro.

Pero sólo tenía una muerte en su agenda, y este espectáculo para tontos se volvía aburrido, incluso cansino. El poder oscuro que le servía sólo llegaba hasta cierto punto y, después de todo, él ya no era tan joven.

Lanzó una estocada contra las tripas de Kenobi, pero éste la desvió con una parada en ascenso, llevando ambas hojas, llameantes e inmovilizadas, a la altura del pecho, a un palmo del cuello de ambos.

—Eres demasiado lento, Kenobi. Demasiado predecible. Tendrás que hacerlo mejor.

La respuesta de Kenobi a ese consejo amistoso fue una mirada con un brillo de diversión en los ojos.

—De acuerdo —dijo el Jedi, y saltó hacia arriba, sobre la cabeza de Dooku, tan rápido que pareció haber desaparecido.

Y en el espacio donde antes estuvo Kenobi ahora sólo se hallaba el relámpago azul de la hoja de Skywalker, buscando el corazón de Dooku.

Solo un giro desesperado a un lado convirtió lo que podría haber sido un agujero humeante en su pecho en una quemadura horizontal en su capa de tejido blindado.

¿Qué?, pensó Dooku.

Se arrojó, girando hacia arriba, lejos de los dos Jedi, y aterrizó sobre la mesa de conferencias, apartándose un momento del enfrentamiento para recuperar la compostura. Eso había estado demasiado cerca. Pero cuando sus botas tocaron la mesa, Kenobi ya estaba allí para recibirlo, agitando el sable a una velocidad defensiva tan desconcertantemente rápida que Dooku no se atrevió ni a intentar un golpe. Dooku lanzó una finta hacia la cara de Kenobi, la bajó y giró, golpeándole los tobillos con una patada hacia atrás...

Pero Kenobi no sólo esquivó fácilmente su ataque, sino que Dooku estuvo a punto de perder su propio pie ante un mandoble de Skywalker, que había vuelto a salir de la nada y ahora cortaba la mesa para que se derrumbase bajo el peso de Dooku y arrojara al Señor Sith al suelo sin más ceremonias.

Esto no estaba en el plan.

Skywalker propinó su siguiente mandoble con tanta fuerza que sólo pararlo dobló los codos a Dooku, que dio una voltereta hacia atrás y cayó de pie. Y allí estaba la hoja de Kenobi, dispuesta a rebanarle el cuello. Sólo un bloqueo desesperado, junto a una patada que alcanzó a Kenobi en el muslo, le hicieron ganar tiempo suficiente para, de un salto, volver a alejarse. Pero cuando aterrizó...

Skywalker ya estaba allí.

El primer golpe de la hoja de Skywalker desvió la guardia instintiva de Dooku. La fuerza del segundo le dobló la muñeca. El tercer fogonazo azul desvió la hoja escarlata de Dooku tan hacia dentro que éste se quemó el hombro y se vio obligado a ceder terreno.

Dooku se sentía empalidecer. ¿De dónde había venido eso?

Skywalker siguió atacando, mecánicamente inexorable, increíblemente poderoso, como un droide destructor con un sable láser. Cada paso era un golpe y cada golpe un paso. Dooku retrocedió hasta donde se atrevía. Skywalker se mantuvo encima de él. La respiración de Dooku se volvió entrecortada. Ya no intentaba bloquear los golpes de Skywalker, sino desviarlos; no podía contrarrestar la energía del joven con la suya, ya que el chico tenía una fortaleza física asombrosa, además de tremendas reservas de energía de la Fuerza...

Y sólo entonces se dio cuenta Dooku de que le habían engañado.

La postura defensiva shien de Skywalker había sido un truco, al igual que sus acrobacias ataro; el chico era un estilista de djem so, y tan bueno como el mejor que hubiera visto Dooku. Su propio makashio no generaba la energía cinética necesaria para contrarrestar frontalmente al djem so. Y mucho menos mientras se defendía también de un segundo atacante.

Era momento de alterar su propia táctica.

La debilidad del djem so es su falta de movilidad, así que Dooku se dejó caer y giró la pierna hacia atrás, dando una patada en los tobillos de Skywalker con fuerza suficiente para desequilibrarlo. Así consiguió alejarse de un salto...

...y encontrarse nuevamente ante la rueda de relámpagos azules que era la hoja de Kenobi.

Dooku decidió que la comedia ya llegaba a su fin.

Era hora de matar.

Qui-Gon Jinn, el propio padawan de Dooku, había sido el Maestro de Kenobi. Y Dooku había entrenado miles de veces con Qui-Gon, así que conocía todas las debilidades de la forma ataro, con sus ridículas acrobacias. Dirigió una serie de relampagueantes estocadas contra las piernas de Kenobi para obligarlo a dar un salto hacia atrás, y así rebanarle la columna de riñones a omoplatos. Y esa imagen, ese plan, estaba tan claro en la mente de Dooku que casi no se dio cuenta de que Kenobi paraba todas sus estocadas sin apenas desplazar los pies, manteniéndose perfectamente centrado, perfectamente equilibrado, sin mover la hoja un milímetro más de lo necesario, desviando sin esfuerzo sus golpes y reaccionando con cegadoras estocadas y mandobles más rápidos que la lengua de una víbora fantasma garolliana. Sólo cuando Dooku sintió que Skywalker volvía a ponerse en pie y le atacaba por la espalda, fue cuando se dio cuenta de cuál era la fuente de esa velocidad cegadoramente defensiva que Kenobi había empleado un instante antes. Y sólo entonces, tarde, se dio cuenta de que los ataro y shii-cho de Kenobi también habían sido trucos.

Kenobi se había convertido en un maestro de soresu.

Dooku se descubrió teniendo un mal presentimiento repentino, inesperado, abrumador y completamente incómodo sobre lo que pasaba...

Su farsa había derivado, de forma repentina e inexplicable, de lo humorístico a lo letalmente serio, y se tambaleaba con rapidez hacia lo aterrador. Esa comprensión estalló en la consciencia de Dooku como las florecientes bolas de fuego de las naves que morían fuera. Esos dos idiotas Jedi se las habían arreglado, de algún modo, para volverse completamente peligrosos.

Esos payasos podían, sólo como posibilidad, hasta ser capaces de vencerlo.

No tenía sentido correr riesgos, hasta su Maestro estaría de acuerdo. Lord Sidious podía gestar un nuevo plan con más facilidad que un nuevo aprendiz.

Dooku volvió a hacer acopio de la Fuerza con una respiración honda que invocó poder de todo el universo; el menor latigazo de ese poder, un simple gesto como el agitar de una muñeca, envió a Kenobi volando de espaldas a chocar con fuerza contra la pared, pero Dooku no tuvo tiempo para disfrutar con ello.

Tenía encima a Skywalker.

El resplandeciente sable láser azul giró y chisporroteó, y cada mandoble del joven Jedi se estrellaba contra la defensa de Dooku con la potencia imparable de una lluvia de meteoros. El Señor Sith consumió generosamente su reserva de la Fuerza sólo para encajar esos ataques sin verse partido en dos, pero Skywalker...

Skywalker era cada vez más fuerte.

Cada parada costaba a Dooku más energía de la que había empleado para arrojar a Kenobi al otro lado de la sala, cada bloqueo le envejecía una década.

Decidió que lo mejor sería volver a revisar su estrategia.

Ya ni siquiera intentaba contraatacar. El agotamiento de la Fuerza empezó a nublar sus percepciones, devolviendo su consciencia a su limitada forma física, atrapándolo dentro de su cráneo hasta apenas poder sentir los contornos de la sala en la que estaba. Sentía, vagamente, escaleras detrás de él, escaleras que llevaban hasta la balconada. Se retiró por ellas, buscando ventaja en el terreno elevado, pero Skywalker siguió atacando con ferocidad incansable.

Su hoja azul estaba en todas partes, relampagueando y girando más y más rápido, hasta que Dooku vio la sala a través de un velo eléctrico. Y ahora Kenobi volvía a entrar en escena, empleando la Fuerza para subir por las escaleras como un torpedo detrás de Skywalker. Dooku decidió que en circunstancias tan extremas, un caballero tenía un permiso mínimamente discutible para hacer trampas.

—¡Guardias! —dijo a la pareja de superdroides de combate todavía parada a ambos lados de la entrada—. ¡Abran fuego!

Los dos droides avanzaron al instante y alzaron las manos. La energía martilleó desde los pesados láseres incorporados a sus brazos, Skywalker giró y su hoja desvió contra los droides hasta la última descarga, que fueron a su vez desviadas por sus caparazones blindados y pulidos como espejos. Rayos de partículas galvanizadas chirriaron por la sala en un rebote cegador.

Kenobi llegó a lo alto de la escalera y derribó a los dos droides con un solo corte de su sable láser. Dooku se puso en movimiento antes de que los pedazos llegasen a tocar el suelo, girando para embestir lateralmente a Skywalker, que se dobló en dos. Empleando el último poder oscuro que le quedaba, Dooku continuó su giro y dio una patada voladora cegadoramente rápida que estrelló el tacón de su bota contra la barbilla de Kenobi con un crujido que recordaba al del cargador de un lanzacartuchos, y lo derribó escaleras abajo. Sonaba como si le hubiera roto el cuello.

¿A que sería encantador?

Pero no tenía sentido correr riesgos.

Mientras el cuerpo inerte de Kenobi seguía cayendo hacia el suelo, Dooku envió una descarga de energía mediante la Fuerza. La caída de Kenobi se aceleró de repente, como un misil quemando el último de sus motores antes de impactar. El Maestro Jedi golpeó el suelo en un ángulo pronunciado, se deslizó por él y chocó contra la pared con tanta fuerza que el permeocemento de hidroespuma se combó y se derrumbó sobre él. Algo que Dooku encontró extremadamente gratificante.

Y ahora, a por Skywalker...

Y no pudo llegar más lejos. Cuando dedicó su atención al Jedi más joven, su visión se vio completamente obstruida por la suela de una bota acercándose a su cara a una velocidad casi terminal.

El impacto fue un estallido de fuego blanco. Entonces sintió un segundo impacto contra su espalda: la barandilla de la balconada. Luego, la sala se volvió del revés y él cayó hacia el suelo. Sus brazos y piernas no prestaban atención alguna a lo que él intentaba obligarles a hacer. La Fuerza parecía estar ocupada en otra parte, y la verdad era que todo el proceso le resultaba mortificante.

Apenas pudo invocar una última oleada de poder oscuro antes de encajar lo que habría sido un impacto mutilador. La Fuerza le acunó, acolchando su caída y poniéndolo en pie.

Se sacudió el polvo y fijó una mirada altanera en Skywalker, que en ese momento se hallaba parado en la balconada, mirándolo... Y Dooku no pudo mantener la mirada; encontraba extrañamente perturbadora esa inversión de sus posiciones originales.

Había algo apropiado en ello, y le preocupaba.

Ver a Skywalker donde unos momentos antes había estado parado el propio Dooku... era como intentar recordar un sueño que nunca había tenido.

Dejó eso al margen, recurriendo una vez más a la certeza de creerse invencible, y abrió un canal hasta la Fuerza. El poder fluyó hasta él y el peso de los años le abandonó.

Alzó la hoja y miró.

Skywalker saltó de la balconada. Incluso cuando el chico se arrojó contra él, Dooku sintió una nueva alteración en las corrientes de la Fuerza que había entre ellos, y por fin lo comprendió.

Comprendió por qué Skywalker se hacía más fuerte, por qué ya no hablaba y cómo se había convertido en una máquina de combate. Comprendió por qué Sidious llevaba tanto tiempo interesado por él.

El talento de Skywalker era natural.

Allí donde debería estar su corazón había un horno termonuclear consumiendo los cortafuegos de su entrenamiento Jedi. Sostenía la Fuerza en un puño cerrado al fuego blanco. Ya era medio Sith, y él ni lo sabía.

Ese chico tenía el don de la furia.

Y se estaba conteniendo incluso ahora, mientras aterrizaba a su lado y propinaba una lluvia de golpes sobre las defensas del Señor Sith, mientras lo hacía retroceder paso a paso. Dooku pudo sentir que Skywalker mantenía su furia contenida tras muros de voluntad, muros endurecidos por algún temor incontrolable.

Temor de sí mismo, se dio cuenta Dooku. De lo que podría pasar si alguna vez permitía que ese horno que tenía por corazón alcanzara una masa supercrítica.

Dooku se apartó, esquivando un golpe, y saltó hacia atrás.

—Siento un gran miedo en ti. Un miedo que te consume. Así que *El Héroe Sin Miedo*... Eres un fraude, Skywalker. Sólo eres un niño presumido.

Señaló al joven Jedi con el sable láser, como si éste fuera un dedo acusador.

—¿No eres ya algo mayor para tener miedo de la oscuridad?

Skywalker volvió a saltar hacia él, y esta vez Dooku detuvo fácilmente la embestida. Permanecieron el uno frente al otro, y sus hojas relampaguearon con más rapidez de lo que podía distinguir el ojo, pero Skywalker había perdido su ventaja. Una simple pulla había bastado para que desviase su centro de atención de ganar la lucha a controlar sus propias emociones. Cuanto más furioso estuviera, más miedo tendría, y el miedo alimentaba a su vez la furia; tal como le pasaba al multipedo corelliano del cuento popular, cuando empezaba a pensar en lo que hacía, no podía seguir andando.

Dooku se permitió relajarse y sintió que recuperaba su espíritu juguetón mientras Skywalker y él giraban el uno alrededor del otro en su danza letal. Cualquier diversión que pudiese conseguir, la disfrutaría mientras pudiera.

Y entonces, Sidious, por algún motivo, decidió intervenir.

—No temas lo que sientes, Anakin, ¡utilízalo! —ladró con la voz de Palpatine—. Llama a tu furia. Concéntrala, y él no podrá hacer nada contra ti. La rabia es tu arma. ¡Atácalo ya! ¡Ataca! ¡Mátalo!

¿Matarme?, pensó Dooku, desconcertado.

Skywalker y él se detuvieron por un único instante final, con las hojas enzarzadas, mirándose el uno al otro a través de una siseante cruz de escarlata contra azul. Y en ese instante Dooku se preguntó con desconcertado asombro si Sidious no habría perdido repentinamente la cabeza. ¿Es que no ha comprendido el consejo que acababa de darle?

¿En qué bando estaba?

Y, a través de la cruz de espadas, vio en los ojos de Skywalker la promesa del infierno, y sintió el enfermizo presentimiento de que ya conocía la respuesta a esa pregunta.

La traición es el camino de los Sith.

4
Trampa Jedi

Esta es la muerte del Conde Dooku:

Un estallido de claridad florece en la mente de Anakin Skywalker cuando se dice: "Oh, ahora lo entiendo" y descubre que el miedo de su corazón también puede ser un arma.

Es así de simple, y así de complejo.

Y es definitivo.

Dooku ya está muerto. El resto son simples detalles.

La obra sigue desarrollándose; la comedia de sables láser relampaguea, chasquea y sisea. Dooku y Skywalker, una sola actuación para un público de una sola persona. Jedi y Sith y Sith y Jedi girando, deslizándose, enzarzándose, golpeando, cortando, parando, sujetando, resbalando, azotando y rasgando el aire a su alrededor con ladridos de poder.

Y todo para nada, pues un fuego nuclear ha consumido la contención Jedi de Anakin Skywalker y el miedo se ha convertido en furia sin esfuerzo alguno. Y la furia es un arma que convierte a su sable láser en un juguete.

La obra sigue representándose, pero ya no hay suspense. Se ha convertido en una mera pantomima, tan intrincada y carente de sentido como las curvas espaciotemporales que guían a los racimos galácticos a través de un cosmos sin medida.

Las décadas de experiencia en combate de Dooku son irrelevantes. Su dominio de la esgrima es inútil. Su vasta riqueza, su influencia política, su impecable linaje, sus modales inmaculados, su gusto exquisito y todos los objetivos y motivos de orgullo a los que ha dedicado tanto tiempo y atención durante los largos, largos años de su vida son ahora cadenas que lastran su espíritu, inclinándole el cuello ante el hacha.

Hasta su conocimiento de la Fuerza se ha vuelto un chiste.

Es este conocimiento el que le muestra su muerte, el que le hace sopesarla, darle la vuelta a un lado y a otro en su mente, examinarla con detalle, como una gema negra tan fría que quema. La elegante farsa de Dooku ha degenerado en un melodrama patético, y ni una sola lágrima derramada marcará la muerte de su protagonista.

Pero, para Anakin, en su lucha sólo hay terror e ira.

Sólo él se interpone entre la muerte y los dos hombres que más quiere en el mundo, y ya no pude permitirse seguir conteniéndose. Ese dragón imaginario de una estrella muerta hace lo que puede por mermar su fortaleza, por susurrarle que Dooku ya le ha vencido antes, que Dooku posee todo el poder de la oscuridad; y por recordarle cómo Dooku le dejó sin mano, que Dooku ha podido acabar sin esfuerzo hasta con Obi-Wan y que Anakin está ahora solo y nunca será rival para un Señor de los Sith...

Pero las palabras de Palpatine —"la rabia es tu arma"— le han dado permiso para levantar el escudo que rodea el horno de su corazón, y todos sus miedos y dudas se marchitan ante sus llamas.

Cuando el Conde Dooku vuela hacia él, espada refulgente en mano, el puño de Watto golpea desde la infancia de Anakin para derribar al Señor Sith.

Cuando Dooku, con todo el poder del Lado Oscuro que puede extraer del universo entero, le arroja un fragmento astillado de la mesa de duracero, el suave murmullo de Shmi Skywalker —"Sabía que vendrías a por mí, Anakin"— lo aparta.

Hace demasiado tiempo que el humo de su ahogado corazón le llena la cabeza; es el tronar que oscurecía su mente en Aargonar, en Jabiim y en el campamento tusken de Tatooine. Ese humo le nublaba la mente, cegándolo y permitiéndole tantear en la oscuridad, como una máquina de matar sin mente; pero aquí, ahora, dentro de esta nave, de esta célula microscópica de vida en el infinito y estéril desierto del espacio, sus cortafuegos han desaparecido para dejar que el terror y la rabia salgan fuera, a luchar en vez de permanecer en su cabeza, y Anakin tiene la mente clara como una campana de cristal.

Y sólo debe hacer una cosa en esa prístina claridad.

Decidir.

Y así lo hace.

Decide ganar.

Decide que Dooku debe perder la misma mano que le quitó a él. Aquí, la decisión es realidad. Su hoja se mueve simultánea a su voluntad, y el fuego azul vaporiza la nanoseda negra corelliana, desintegra carne y corta hueso. La mano diestra del Señor Sith cae lejos, arrastrando humo que sabe a metal carbonizado y pelo quemado. Cae con una barra de brillo escarlata extendiéndose aún desde su espasmódica garra de muerte, y el corazón de Anakin canta por la caída de la hoja roja.

Alarga la mano y la Fuerza la coge por él.

Y entonces, Anakin corta también la otra mano de Dooku.

Dooku se derrumba de rodillas, con el rostro pálido y la boca fláccida, y su arma gira en el aire hasta la mano del vencedor. Y Anakin descubre que su visión del futuro ocurre ante sus ojos: dos hojas contra el cuello del Conde Dooku.

Pero aquí, ahora, la verdad desmiente al sueño. Los dos sables láser están en sus manos, y el que sostiene en su mano de carne brilla con la ensangrentada luz sintética de una hoja Sith.

Dooku, encogido, sobrecogido por el temor, aún encuentra en su corazón una esperanza de que quizá se equivoca, de que Palpatine no le ha traicionado, de que todo esto ha ido según el plan...

Hasta que oye: "¡Bien hecho, Anakin! ¡Bien! ¡Sabía que podrías hacerlo!", y se da cuenta de que es la voz de Palpatine. Entonces, en las oscuras profundidades de todo su ser, siente la cercanía de las palabras que se pronunciarán a continuación.

—Mátalo —dice Palpatine—. Mátalo ya.

En los ojos de Skywalker sólo hay fuego.

—¡Canciller, por favor! —jadea Dooku, desesperado e indefenso. Su porte aristocrático ha desaparecido, su valor es sólo un amargo recuerdo. Se ve reducido a

suplicar por su vida, como habían hecho tantas de sus víctimas—. Por favor, ¡me prometió inmunidad! ¡Hicimos un trato! ¡Ayúdeme!

Y su súplica le proporciona una medida de compasión igual a la que él ha dispensado.

—Un trato sólo si me liberaba —replica Palpatine, frío como el espacio intergaláctico—. No si me usaba como cebo para matar a mis amigos.

Y entonces sabe que sí ha ido todo según el plan. El plan de Sidious, no el suyo. Era una trampa Jedi, sí, pero la presa no eran los Jedi.

Eran el cebo.

—Anakin —dice reposadamente Palpatine—. Acaba con él.

Años de entrenamiento Jedi hacen dudar a Anakin. Mira a Dooku y no ve a un Señor de los Sith, sino a un anciano derrotado, vencido y asustado.

—No debo...

Pero cuando Palpatine grita: "¡Mátalo! ¡Ahora!", Anakin se da cuenta de que en realidad no es una orden. Que, de hecho, es lo que lleva esperando toda su vida.

Permiso.

Y Dooku…

Cuando mira a los ojos de Anakin Skywalker por última vez sabe que le han engañado no sólo en el día de hoy, sino durante muchos, muchos años. Que él nunca ha sido el verdadero aprendiz. Que él nunca ha sido el heredero del poder de los Sith. Que ha sido sólo un instrumento.

Toda su vida —todas su victorias, sus luchas y su herencia; todos sus principios y sacrificios, todo lo que ha hecho; todo lo que posee, todo lo que ha sido; todos sus sueños y su gran visión del futuro Imperio y el Ejército de los Sith— ha sido sólo un patético espejismo, porque todo ello, todo él, sólo importaba para esto.

Ha existido solo para esto.

Esto.

Para ser la víctima del primer asesinato a sangre fría de Anakin Skywalker.

El primero, pero, Dooku lo sabe, no el último.

Entonces, las hojas que le cruzan el cuello se descruzan como tijeras.

Snip.

Y todo él se convierte en nada.

***

Asesino y asesinado se miraron ciegos.

Pero sólo el asesino pestañeó.

Yo he hecho esto.

La mirada de la cabeza cortada estaba fija en algo más allá de la visión de los vivos. La súplica desesperada congelada en sus labios tenía ecos silenciosos. El torso sin cabeza se desplomó con un lento suspiro emitido por el boquete cauterizado de su tráquea,

doblándose hacia delante por la cintura, como rindiendo pleitesía ante el poder que le había arrancado la vida.

El asesino volvió a pestañear.

¿Quién soy?

¿Era el niño esclavo de un planeta desértico, valorado por su asombroso don con las máquinas? ¿Era el legendario corredor de vainas, único humano que sobrevivió a ese deporte letal? ¿Era el estudiante indisciplinado, animoso y con tendencia a los problemas de un gran Maestro Jedi? ¿El piloto estelar? ¿El héroe? ¿El amante? ¿El Jedi?

¿Podría ser todas esas cosas, o cualquiera de ellas, y aún así hacer lo que había hecho?

Estaba descubriendo la respuesta al mismo tiempo que la necesidad de hacer la pregunta.

La cubierta corcoveó cuando el crucero absorbió una nueva andanada de torpedos y de fuego de turboláser. La cabeza cortada de Dooku rebotó por la cubierta y se alejó rodando, y Anakin despertó.

—¿Qué...?

Había tenido un sueño. Volaba, luchaba y volvía a luchar, y, de algún modo, en el sueño podía hacer todo lo que quería. En el sueño, sólo hacía lo que debía hacer y sólo porque quería hacerlo. En el sueño no había reglas, sólo había poder.

Y el poder era suyo.

Ahora estaba parado sobre un cadáver sin cabeza que no soportaba ver, pero del que no conseguía apartar la mirada. Y supo que no había sido un sueño, que de verdad había hecho eso. Las hojas seguían en sus manos y el océano de cosas malas en el que se había zambullido se había cerrado sobre su cabeza.

Y se ahogaba.

El sable láser del muerto cayó de sus dedos flojos.

—No... No pude detenerme...

Y antes de que las palabras abandonaran sus labios oyó lo vacía y evidente que era la mentira.

—Hiciste bien, Anakin —la voz de Palpatine era cálida, como un brazo rodeándole los hombros—. No sólo hiciste bien, sino que hiciste lo correcto. Era demasiado peligroso para dejarlo con vida.

Eso sonaba cierto al venir del Canciller, pero cuando Anakin lo repitió dentro de su cabeza supo que nunca llegaría a creer la verdad de Palpatine. Un temblor que empezó entre sus omoplatos amenazó con expandirse por todo su cuerpo.

—Era un prisionero desarmado...

Eso, ese hecho sencillamente insoportable, era la verdad. Y la verdad era algo a lo que podía aferrarse, aunque le quemase como su propio sable láser. Y, de algún modo, le hizo sentirse algo mejor. Algo más fuerte. Probó con otra verdad, no la de que no pudo detenerse, sino...

—No debí hacerlo —dijo, y ahora su voz brotó con firmeza, simple y definitiva. Ahora podía mirar el cadáver que tenía a sus pies. Podía mirar la cabeza cortada.

Podía verlos por lo que eran.

Un crimen.

Se había convertido en un criminal de guerra.

La culpa le golpeó como un puño. Sintió su impacto como un puñetazo en el corazón que le arrancó el aliento de los pulmones y le dobló las rodillas. Cayó sobre sus hombros como un yugo de colapsio, como un peso invisible más allá de su fuerza mortal, aplastándole la vida.

En él no había palabras para esto. Todo lo que podía decir era:

—Estuvo mal.

Y eso era la suma de todo, claramente.

Se equivocaba.

—Tonterías. Desarmarlo no habría servido de nada; tenía poderes que superaban tu imaginación.

Anakin negó con la cabeza.

—Eso no importa. No es el método Jedi.

La nave volvió a estremecerse, y las luces se apagaron.

—¿No has notado nunca que el método Jedi no es siempre el correcto? —dijo Palpatine, invisible ahora dentro de la sombra de la Silla del General.

Anakin miró a la sombra.

—Usted no lo entiende. No es un Jedi. No puede entenderlo.

—Escúchame, Anakin. ¿Cuántas vidas has salvado con ese golpe de sable láser? ¿Puedes contarlas?

—Pero...

—No hiciste mal, Anakin. Quizá no fuera el método Jedi, pero hiciste bien. Algo muy natural, él te quitó la mano y buscaste vengarte. Y tu venganza fue justicia.

—La venganza nunca es justa. No puede serlo...

—No seas infantil, Anakin. La venganza es la base de la justicia. La justicia empezó con venganza, y la venganza sigue siendo la única justicia a la que pueden aspirar algunos seres. Después de todo, ésta no es tu primera vez, ¿verdad? ¿Acaso Dooku se merecía más compasión que el Pueblo de las Arenas que torturó a tu madre hasta matarla?

—Eso fue diferente.

En el campamento tusken había perdido la cabeza; se había convertido en una fuerza indiscriminada de la naturaleza, matando sin más pensamiento o intención que una tormenta de arena. Los tusken habían sido asesinados, mutilados, masacrados, pero eso había estado fuera de su control, y ahora lo recordaba como si lo hubiera hecho otro, como si fuera una historia oída a otros y que tenía poco que ver con él.

Pero Dooku...

Dooku había sido asesinado.

Por él.

A propósito.

Aquí, en las Habitaciones del General, había mirado a un ser vivo a los ojos y había decidido fríamente acabar con su vida. Podía haber elegido el modo correcto. Podría haber elegido el modo Jedi.

Pero, en vez de eso...

Miró la cabeza cortada de Dooku.

Nunca podría deshacer esa elección. No podría echarse atrás. Como le gustaba decir al Maestro Windu, las segundas oportunidades no existen.

Y no estaba ni seguro de querer una.

No podía permitirse pensar en eso. Como no podía permitirse pensar en los muertos de Tatooine. Se llevó la mano a los ojos, frotándoselos, como queriendo alejar el recuerdo.

—Me prometió que no volveríamos a hablar de eso.

—Y no hablaremos. Como no necesitamos hablar de lo que ha pasado hoy aquí —era como si la misma sombra le hablara con amabilidad—. Siempre he guardado tus secretos, ¿verdad?

—Sí... Sí, claro, Canciller, pero...

Anakin quería arrastrarse hasta un rincón en alguna parte, estaba seguro de que si las cosas se detenían por un tiempo, por una hora o un minuto, podría rehacerse y encontrar el modo de seguir adelante. Tenía que seguir adelante. Seguir adelante era lo único que podía hacer.

Sobre todo cuando no soportaba mirar atrás.

La pared de visualización tras la Silla del General floreció con las espirales iónicas de misiles que se dirigían hacia ellos. Los estremecimientos de la nave se convirtieron en un temblor continuado que ganaba intensidad cada vez que era alcanzada.

—Anakin, mis ataduras, por favor —dijo la sombra—. Me temo que esta nave está a punto de desintegrarse. No creo que debamos estar a bordo cuando lo haga.

Las signaturas de campo de los cierres magnéticos de los grilletes del Canciller eran tan claros en la Fuerza como un cartel diciendo "ÁBREME ASÍ"; un simple giro en la mente de Anakin los abrió de golpe. A la sombra le creció una cabeza, luego hombros y después sufrió una mitosis repentina que dejó atrás la Silla del General y convirtió a su otra mitad en el Canciller Supremo.

Palpatine se desplazó entre los restos que cubrían la sala amortajada en penumbra, moviéndose con sorprendente rapidez hacia las escaleras.

—Vamos, Anakin. Tenemos muy poco tiempo.

La pared de visualización centelleó hasta tornarse blanca por los impactos de los misiles. Uno de ellos debió de dañar los generadores de gravedad, ya que la nave pareció inclinarse, obligando a Palpatine a aferrarse desesperadamente a la balaustrada, e hizo resbalar a Anakin por un suelo que se había convertido de pronto en una rampa de cuarenta y cinco grados.

Rodó con fuerza hasta una pila de escombros de permeocemento hidroespumado para reducir su peso.

—¡Obi-Wan...!

Se puso en pie de un salto y apartó con un gesto los escombros que enterraban el cuerpo de su amigo. Obi-Wan permanecía completamente inmóvil, con los ojos cerrados. Sangre coagulada mezclada con polvo manchaba su pelo allí donde se le había abierto el cuero cabelludo.

Pese al mal aspecto de Obi-Wan, Anakin había contemplado demasiados cuerpos de amigos en demasiados campos de batalla como para asustarse ahora por un poco de sangre. Un toque en la garganta de Obi-Wan confirmó la regularidad de su pulso, y ese toque también permitió que su percepción en la Fuerza fluyera por todo el cuerpo de su amigo. Su respiración era fuerte y regular, y no tenía huesos rotos; sólo tenía una contusión, nada más.

Parecía que la cabeza de Obi-Wan era algo más dura que las paredes del crucero.

—Déjalo, Anakin. No tenemos tiempo —Palpatine medio colgaba de la balaustrada, rodeando con ambos brazos uno de los travesaños—. Esta torre parece a punto de soltarse...

—Entonces nos perderemos todos juntos en el espacio.

Anakin miró al Canciller Supremo, y por un instante el hombre no le gustó nada, pero entonces recordó que, por muy valiente que fuera Palpatine, su valor procedía de la convicción. El hombre no era ningún soldado. No tenía forma de comprender de verdad lo que estaba pidiendo a Anakin.

—Su destino —dijo, por si Palpatine no lo comprendía— será el mismo que el nuestro.

Anakin descubrió que, estando Obi-Wan inconsciente, Palpatine esperándole arriba y siendo él responsable de las vidas de sus dos amigos más íntimos había recuperado el equilibrio. Bajo presión, en crisis y sin nadie a quien pedir ayuda podía volver a concentrarse en lo que debía hacer. Tenía que poder.

Había nacido para eso, para salvar gente.

La Fuerza llevó el sable láser de Obi-Wan a su mano. Anakin lo sujetó al cinturón de su amigo, se echó el cuerpo de él al hombro y dejó que la Fuerza le ayudara a subir por el empinado suelo inclinado hasta donde estaba Palpatine.

—Impresionante —dijo Palpatine, pero entonces clavó una mirada significativa en las escaleras, que el sentido de la gravedad artificial había convertido en un farallón vertical—. ¿Y ahora qué?

Antes de que Anakin pudiera responder, la errática gravedad osciló como un péndulo; y mientras los dos se agarraban a la barandilla, la sala pareció rodar a su alrededor. Todas las sillas rotas, los fragmentos de mesa y los escombros se deslizaron hacia el lado contrario, y la escalera pasó de farallón a extensión corrugada de suelo.

—La gente suele decir que cuando la Fuerza cierra una escotilla, abre una ventana —Anakin hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta del vestíbulo del turboascensor—. ¿Después de usted?

5
Grievous

Los ARC-170 del Escuadrón Siete se habían unido a los Ala-V del Escuadrón Cuatro en el ataque a los restantes cazas buitre que protegían al *Mano Invisible*, la inmensa nave insignia de la Federación de Comercio. Los pilotos clon destruían un droide tras otro con su habitual precisión mecánica. Cuando el último de los buitres quedó convertido en una burbuja en expansión de gas supercaliente, los cazas clon se apartaron, dejando el *Mano Invisible* expuesto a toda la artillería del Grupo de Ataque Cinco de la Flota Planetaria: tres cruceros ligeros clase Carrack —el *Integridad*, el *Indomable* y el *Perseverancia*— que apoyaban al acorazado *Mas Ramdar*.

El Grupo de Ataque Cinco se desplegó en triángulo alrededor del *Mas Ramdar,* manteniendo una órbita más elevada para empujar al *Mano Invisible* hacia la atracción de la gravedad de Coruscant. Los turboláseres castigaron los renqueantes escudos del *Mano*, pero la nave insignia repartía tanto como recibía. El *Mas Ramdar* ya había recibido tantos daños que era poco más que un objetivo que atraía el fuego del *Mano Invisible*, y el *Indomable* apenas era un cascarón con la mayoría de su tripulación muerta o evacuada, dirigido a distancia por su comandante y la tripulación del puente y oscilando inseguro por las trayectorias de las rutas de escape del *Mano Invisible* para bloquear cualquier intento de salto al hiperespacio.

Cuando sus escudos fallaron del todo, el *Mano Invisible* empezó a rodar, girando como la bala de un lanzacartuchos y dejando a su paso espirales de gas cristalizado que se desprendían de los múltiples agujeros de su casco. El giro le proporcionó velocidad suficiente para esquivar la puntería de sus adversarios de la República, que ya eran incapaces de seguir castigando una y otra vez el mismo lugar. Además, como sus turboláseres no eran lo bastante potentes para traspasar directamente el sólido blindaje del *Mano Invisible*, sus disparos formaban anillos que rodeaban la nave, carcomiendo poco a poco el casco en garrotes de fuego progresivamente cerrados.

En el puente del *Mano Invisible*, neimoidianos recalentados permanecían atados a sus puestos de combate por las redes de seguridad antichoque. Debido al estrés, el aire apestaba a metal ardiente y a hormonas reptilianas, y la gravedad erráticamente cambiante amenazaba con añadir a la atmósfera una peste más aguda, pues el rostro de varios oficiales del puente ya había palidecido, pasando del saludable gris verdoso al rosa mareado.

El único ser del puente que no estaba sujeto a su asiento caminaba de un lado a otro con una capa que llegaba hasta el suelo y que envolvía unos hombros angulosos como huesos descubiertos. Ignorando las sacudidas de los impactos y sin que le afectaran los cambios impredecibles de gravedad, daba vueltas por el puente con pisadas que provocaban chasquidos de metal contra metal. Caminaba sobre garras artificiales de duranio magnetizado articuladas para aferrar y aplastar como las patas de un águila de sangre vratixana.

Su expresión no estaba abierta a interpretaciones, dado que su cara era una máscara blanquecina de plastiarmadura cerámica estilizada que evocaba un cráneo humanoide, pero esa carencia estaba de sobra compensada por el veneno puro que destilaba su voz al sisear a través del vocalizador electrosónico de la máscara.

—O se calibran los generadores de gravedad, o los desmontamos por completo —ladró a la imagen holográfica azul de un asustado ingeniero neimoidiano—. Si esto sigue así, no vivirás lo bastante para que la República te mate.

—Pero, pero, pero, señor... Eso depende de los droides reparadores...

—Y como son droides, es inútil amenazarlos. Por eso te amenazo a ti. ¿Entendido?

Apartó la mirada antes de que el tartamudeante ingeniero pudiera preparar una réplica. La mano que extendió hacia la pantalla de proa tenía un guantelete articulado de plastiarmadura fusionado a sus huesos de aleación de duranio.

—Concentrad el fuego en el *Indomable* —dijo al oficial artillero principal—. Todas las baterías al máximo. Disparen para hacer el mayor daño posible. Si lo quitamos de en medio podremos saltar al hiperespacio entre sus restos.

—Pero las baterías delanteras ya están sobrecargadas, señor —la voz del oficial temblaba al borde del pánico—. Alcanzaran el punto crítico en menos de un minuto...

—Quémalas.

—Pero, señor, cuando las hayamos perdido...

El resto de la objeción del oficial artillero superior se perdió en el húmedo sonido de aplastamiento que emitió su cara al recibir el impacto de un puño de plastiarmadura. Ese mismo puño se abrió, cogió al oficial por el cuello del uniforme y arrancó su cadáver de la silla, rasgando de paso la red antichoque.

Una inexpresiva cara de cráneo se volvió hacia el segundo oficial artillero.

—Le felicito por su ascenso. Hágase cargo de su puesto.

—S... s... sí, señor.

Las manos del recién ascendido oficial de artillería temblaban tanto que apenas pudo desabrocharse la red antichoque, y su rostro adquirió un tinte mortalmente rosa.

—¿Comprendes cuáles son tus órdenes?

—S... s... s...

—¿Tienes alguna objeción?

—N... n...n...

—Muy bien —dijo el general Grievous con una calma inexpresiva—. Adelante.

***

Éste es el general Grievous:

Duracero. Duranio bañado en cerámica de plastiarmadura. Servomotores y circuitos de cristal.

Dentro de todo ello, los restos de un ser vivo.

No respira, no come, no puede reír y no llora.

Hace toda una vida fue un ser orgánico inteligente. Hace toda una vida tenía amigos, una familia, un empleo. Hace toda una vida tenía cosas a las que amaba y cosas a las que temía. Ahora no tiene ninguna de las dos cosas.

En vez de eso tiene "finalidad".

Está incorporada en él.

Está construido para intimidar. La semejanza a un esqueleto humano mezclada con extremidades construidas según el aspecto que tenían los legendarios droides bélicos de krath es completamente intencionada. Es un rostro y una forma nacidas de las infinitas pesadillas de un niño.

Está construido para dominar. Las placas de plastiarmadura cerámica que le protegen extremidades, torso y cara pueden detener la descarga del cañón láser de un caza. Esos brazos indestructibles son diez veces más fuertes que los humanos y se mueven con la velocidad cegadora de los reflejos electrónicos.

Está construido para erradicar. Esas manos de tamaño humano tienen dedos de tamaño humano por una sola razón: empuñar un sable láser.

Cuatro de ellos cuelgan bajo su capa.

Nunca ha construido un sable láser. Nunca ha comprado uno, ni ha recuperado uno perdido. Todos y cada uno de ellos fueron arrebatados de las manos muertas de los Jedi a los que él ha matado.

Personalmente.

Tiene muchos, muchos trofeos como ésos; los cuatro que lleva son sus preferidos. Uno perteneció al interminable K'Kruhk, al que venció en Hypori; otro al Jedi viraantessee Jmmaar, que cayó en Vandos; los otros dos fueron creados por Purpoth y Nystammall, a los que Grievous mató juntos en las llanuras de hierba llameante de Tovarskl para que cada uno de ellos pudiera estar al tanto de la muerte del otro, además de la propia. Son muertes que recuerda con tanto placer que tocar esos recuerdos con sus manos de plastiarmadura y duracero le proporciona algo parecido a la alegría.

Pero sólo parecido.

Recuerda la alegría. Recuerda la ira y la frustración. Recuerda la pena y el pesar.

La verdad es que no siente nada de todo ello. Ya no.

No está diseñado para ello.

***

Chispas al rojo blanco saltaban y chisporroteaban entre el humo que se expandía por el vestíbulo del turboascensor. El inconsciente Maestro Jedi gimió débilmente encima del hombro de Anakin. Junto a su otro hombro, Palpatine tosía roncamente en la manga de su túnica, que se había llevado a la cara para protegerse de la combustión cáustica de los circuitos sobrecargados.

—¿Erredós?

Anakin sacudió con fuerza su comunicador. La maldita cosa funcionaba intermitentemente desde que Obi-Wan la pisó durante una de las peleas en los turboascensores.

—Erredós, ¿me recibes? Necesito que actives... —El humo era tan espeso que apenas podía distinguir los números de la placa de códigos—...el ascensor tres-dos-dos-cuatro. Tres-dos-dos-cuatro. ¿Me recibes?

El comunicador emitió un apagado pitido que quizá fuera un asentimiento, y las puertas se abrieron. Pero antes de que Anakin pudiera entrar con Obi-Wan, la cabina del turboascensor salió disparada hacia arriba, y el sentido de la gravedad artificial volvió a cambiar, arrojándolo a él, a su compañero y a Palpatine hasta el otro lado del vestíbulo.

Palpatine luchaba por levantarse, tosiendo todavía, sonaba débil. Anakin dejó que la Fuerza volviera a alzar a Obi-Wan hasta su hombro, y luego se levantó a sí mismo.

—Igual debería permanecer en el suelo, señor —dijo al Canciller—. Los cambios de gravedad son cada vez peores.

Palpatine asintió.

—Pero, Anakin...

Anakin miró hacia arriba. Las puertas del turboascensor seguían abiertas en lo que ahora era el techo.

—Espere aquí, señor...

Se abrió más completamente a la Fuerza y situó mentalmente a él y a Obi-Wan parados en el borde de la puerta abierta que había arriba. Reteniendo esa imagen, saltó, y la Fuerza convirtió su intención en realidad. El salto llevó al inconsciente Maestro Jedi y a él justo hasta el borde.

El alterado sentido gravitatorio había convertido el hueco del turboascensor en un pasillo horizontal de duracero recto como un láser, sin iluminar y que se perdía en la oscuridad. Anakin estaba familiarizado con los planos de los cruceros insignia de la Federación de Comercio. La torre cónica en espiral tenía unos trescientos metros de alto. Si no cambiaba nada, podían recorrerla a pie en dos o tres minutos. Pero si les pillaba dentro un mal cambio gravitatorio...

Negó con la cabeza, calculando preocupado las posibilidades.

—Habrá que moverse deprisa.

Miró por encima de su hombro a Palpatine, que seguía acurrucado abajo.

—¿Está usted bien, Canciller? ¿Está lo bastante bien para correr?

Finalmente, el Canciller Supremo se levantó, sacudiéndose la túnica en un inútil intento de deshacerse del polvo.

—No corro desde que era un niño en Naboo.

—Nunca es tarde para empezar a ponerse en forma —Anakin buscó en la Fuerza para ayudar un poco a Palpatine a subir hasta la puerta abierta—. Hay naves ligeras en el hangar. Podemos estar allí en cinco minutos.

Cuando Palpatine estuvo a salvo dentro del hueco del ascensor, Anakin dijo:

—Sígame

Y se volvió para echar a correr, pero el Canciller le detuvo, poniéndole la mano en el brazo.

—Anakin, espera. Tenemos que ir al puente.

¿Y atravesar toda una nave llena de droides de combate? Ni de lejos.

—El hangar está justo debajo, bueno, ahora al lado. Es nuestra mejor posibilidad.

—Pero el puente... Grievous está allí.

Eso sí paró en seco a Anakin. Grievous. El asesino de Jedi más prolífico desde Durge. Con la excitación, Anakin había olvidado por completo que el general biodroide estaba a bordo.

—Has derrotado a Dooku —dijo Palpatine—. Captura a Grievous y habrás infringido una herida a los separatistas de la que no podrán recuperarse.

Puedo hacerlo, pensó Anakin, sin expresión.

Soñaba con capturar a Grievous desde Muunilinst, y ahora tenía al general cerca. Tan cerca que prácticamente podía "olerlo"... Anakin no se había sentido nunca tan poderoso. La Fuerza estaba hoy con él de una forma más potente de lo que la había sentido nunca.

—Piénsalo, Anakin —Palpatine estaba junto a su hombro, al otro lado de Obi-Wan. Tan cerca que sólo necesitaba susurrar—. Has acabado con su cabeza política. Acaba con su comandante militar y prácticamente habrás ganado la guerra. Tú solo. ¿Quién más podría hacer eso, Anakin? ¿Yoda? ¿Mace Windu? No pudieron ni capturar a Dooku. ¿Quién podría tener alguna posibilidad contra Grievous, sino Anakin Skywalker? Los Jedi no se han enfrentado nunca a una crisis tan grave como las Guerras Clon, pero tampoco han tenido nunca a un héroe como tú. Puedes salvarlo. Puedes salvar a todo el mundo.

Anakin se sobresaltó. Miró fijamente a Palpatine. La forma en que había dicho eso...

Era como una voz salida de sus sueños.

—Eso... —Anakin intentó reírse, pero la carcajada le salió temblorosa—. Eso no es lo que Obi-Wan no para de decirme.

—Olvida a Obi-Wan —dijo Palpatine—. No tiene ni idea de lo poderoso que eres en realidad. Usa tu poder, Anakin. Salva la República.

Anakin podía verlo con la claridad de una película de la HoloRed: Él llegando al Senado con Grievous sujeto por electrogrilletes, luego apartándose con modestia mientas Palpatine anunciaba el final de la guerra, y después volviendo al Templo, a la Cámara del Consejo, donde finalmente, tras tanto tiempo, habría un asiento esperándolo.

Ya no podrían negarle el Maestrazgo, después de ganar la guerra por ellos...

Pero entonces, Obi-Wan se removió en su hombro, gimiendo débilmente, y Anakin volvió a la realidad.

—No —dijo—. Lo siento, Canciller. Mis órdenes son claras. Ésta es una misión de rescate; mi única prioridad es su seguridad.

—Yo nunca estaré a salvo mientras Grievous siga con vida —contrarrestó Palpatine—. El Maestro Kenobi se recuperará en cualquier momento. Déjalo aquí, conmigo; él me pondrá a salvo en el hangar. Tú ve a por el general.

—Me... me gustaría hacerlo, señor, pero...

—Puedo hacer que eso sea una orden, Anakin.

—Con el debido respeto, señor, pero no. No puede. Yo recibo órdenes del Consejo Jedi, y las órdenes del Consejo proceden del Senado. Usted no tiene autoridad directa sobre mí.

El rostro del Canciller se ensombreció.

—Eso puede cambiar.

Anakin asintió.

—Y quizá deba cambiar, señor. Pero, hasta entonces, haremos las cosas a mi modo. Vamos.

—¿Señor? —la vocecita del oficial de comunicaciones interrumpió los paseos de Grievous—. Nos llaman del *Integridad*, señor. Proponen un alto el fuego.

Ojos amarillo oscuro se entrecerraron tras la máscara-cráneo para examinar los monitores tácticos. Una pausa en el combate permitiría que se enfriaran las baterías de turboláser del *Mano Invisible* y proporcionaría a los ingenieros una oportunidad de recuperar el control de los generadores gravitacionales.

—De acuse de recibo de la transmisión. Preparados para el alto el fuego.

—Preparados, señor —el oficial de artillería seguía temblando.

—Alto el fuego.

Las lanzas de energía que unían el *Mano Invisible* con la Flota Planetaria de Ataque se fundieron y desaparecieron.

—Una nueva transmisión, señor. Es el comandante del *Integridad*.

Grievous asintió.

—Adelante.

Una imagen fantasmal se formó sobre el hologenerador de comunicación del puente: un joven varón humano de altura y constitución corrientes que llevaba uniforme de segundo comandante. Lo único distintivo en sus, por otra parte, blandas facciones era la pausada confianza de sus ojos.

—General Grievous —dijo con viveza el joven—, soy el segundo comandante Lorth Needa, del *RSS Integridad*. Mis superiores han aceptado mi petición de ofrecerle la oportunidad de rendir su nave, señor.

—¿Rendirla? —el vocalizador de Grievous emitió una reproducción muy creíble de un bufido—. Eso es ridículo.

—Por favor, medite cuidadosamente esta oferta, general, ya que no la repetiremos. Piense en las vidas de su tripulación.

Grievous paseó una mirada gélida por su puente lleno de ansiosos neimoidianos.

—¿Por qué debería hacer eso?

El joven no pareció sorprendido, aunque evidenció cierta tristeza.

—¿Ésa es, entonces, su respuesta?

—En absoluto —Grievous se incorporó. Al enderezar los ángulos de sus articulaciones podía añadir medio metro más a su ya imponente altura—. Tengo una

contraoferta. Mantengan su alto el fuego, quiten de en medio el *Indomable* y retírense a un radio mínimo de cincuenta kilómetros hasta que esta nave realice el salto al hiperespacio.

—Empleando su misma palabra, señor: ridículo.

—Diga a sus superiores que si no aceptan mis demandas, en diez minutos destriparé personalmente al Canciller Palpatine, en directo para la HoloRed. ¿Me he explicado bien?

El joven oficial encajó esto sin pestañear.

—Ah, entonces el Canciller Palpatine está a bordo de su nave.

—Así es. Esos patéticos Jedi que ustedes llaman héroes han fracasado. Han muerto, y Palpatine sigue en mis manos.

—Ah —repitió el joven oficial—. Entonces, por supuesto, me permitirá hablar con él. Para, ah, poder asegurar a mis superiores que no está usted simplemente, bueno, digámoslo caritativamente, marcándose un farol.

—No me rebajaría a mentir a alguien como usted. —Grievous se volvió hacia el oficial de comunicaciones—. Comuníqueme con el Conde Dooku.

El oficial tocó su pantalla y negó con la cabeza.

—No responde, señor.

Grievous negó con la cabeza, disgustado.

—Entonces, muestre al Canciller. Ponga la imagen de las cámaras de seguridad de mis habitaciones.

El oficial tocó su propia pantalla y emitió un sonido ahogado.

—Mmm, ¿señor?

—¿A qué está esperando? ¡Proyecte esa imagen!

—Quizá debería usted verla primero, ¿señor? —repuso, tan rosa como el artillero.

La clara urgencia en su voz atrajo a Grievous hasta su lado sin más palabras. El general se inclinó hacia la pantalla que mostraba el interior de sus habitaciones y se descubrió mirando montones de ruinas cortadas energéticamente que rodeaban la forma vacía de la Silla del General.

Y eso, eso de allí, que parecía un cadáver...

Envuelto en una capa de tejido blindado.

Grievous se volvió hacia el holocomunicador.

—El Canciller está... indispuesto.

—Ah. Ya veo.

Grievous sospechaba que el joven oficial veía demasiado bien.

—Le aseguro...

—No necesito sus seguridades, general. Le concedo la misma cantidad de tiempo que nos ofreció a nosotros. Dentro de diez minutos a partir de ahora tendré su rendición o la confirmación de que el Canciller Supremo Palpatine está vivo, ileso y presente. De lo contrario, el *Mano Invisible* será destruido.

—Espere... No puede...

—Diez minutos, general. Needa, fuera.

Cuando Grievous se volvió hacia el oficial de seguridad del puente, su máscara estaba tan carente de expresión como siempre, pero lo compensó con la clara intención de homicidio que vibraba en su voz.

—Dooku ha muerto y los Jedi están libres. Tienen al Canciller. Encontradlos y traedlos aquí.

Sus dedos de plastiarmadura se cerraron en un puño que se desplomó sobre la consola de seguridad con tanta fuerza que toda ella se derrumbó convertida en una ruina chispeante y humeante.

—¡Encontradlos!

6
Rescate

Anakin contó los pasos mientras trotaba por el hueco del turboascensor con Obi-Wan sobre el hombro y Palpatine a su lado. Había llegado al 102, sólo un tercio del camino a lo largo de la espiral cónica, cuando sintió que la gravedad volvía a cambiar.

Y precisamente de la peor manera: haciendo que el resto del largo, largo túnel pasara de estar delante a estar abajo.

Alargó el brazo libre para detener al Canciller.

—Esto es un problema. Busque algo a lo que agarrarse mientras encuentro la forma de sacarnos de aquí.

Estaban cerca de una de las puertas del turboascensor, que parecía tumbada de costado. El sable láser de Anakin encontró su mano, y su siseante hoja quemó el acceso a los controles de la puerta, pero antes de que pudiera llegar a apartar los chispeantes cables, el sentido de la gravedad se inclinó hacia la verticalidad, y él cayó, resbalando por la pared, con su mano libre buscando desesperadamente una extensión de cable. Logró asirlo y se colgó de él...

Y las puertas del turboascensor se abrieron.

Invitadoras. Seguras. Y burlonamente fuera de su alcance, a un metro de su estirado brazo...

Y su otro brazo era lo único que sujetaba a Obi-Wan sobre una caída de doscientos metros, mientras el mango de su sable láser caía, chocaba y rebotaba, perdiéndose en el infinito. Durante medio segundo, Anakin se alegró de que Obi-Wan estuviera inconsciente. No estaba de humor para otro discurso sobre no perder el sable láser, pero ese pensamiento estalló y se desintegró cuando notó que algo le había cogido la pierna...

Miró hacia abajo. Era Palpatine.

El Canciller se agarraba a su tobillo con inesperada fortaleza, mirando temeroso a la oscuridad de abajo.

—¡Anakin, haz algo! ¡Tienes que hacer algo!

Estoy abierto a cualquier sugerencia, pensó, pero dijo:

—No se asuste. Siga agarrado.

—No creo que pueda... —el Canciller alzó el angustiado rostro hacia arriba, implorante—. Anakin, me resbalo. Dame la mano... ¡Tienes que darme la mano!

¿Y soltar a Obi-Wan? No en este milenio.

—¡No se asuste! —repitió Anakin. Era evidente que el Canciller había perdido la cabeza—. Puedo salir de ésta.

Deseó estar tan confiado como parecía. Había contado con que la gravedad artificial continuase cambiando hasta que el hueco del turboascensor volviera a ser un pasillo, pero parecía haberse quedado como estaba.

Había sido un momento asqueroso para que los generadores empezaran a funcionar bien.

Miró la puerta del ascensor que tenía arriba y calculó la distancia. Quizá la Fuerza podía proporcionarle el empuje necesario para que los tres se pusieran a salvo.

Pero era un "quizás" extremadamente grande.

Obi-Wan, viejo amigo, pensó, *éste sería el momento ideal para despertar*.

Obi-Wan Kenobi abrió los ojos y se encontró mirando lo que sospechaba era el trasero de Anakin.

Parecía el trasero de Anakin, o al menos sus pantalones, aunque le resultaba imposible estar seguro de ello, ya que nunca había tenido ocasión de examinar boca abajo el trasero de su compañero, y mucho menos desde una cercanía tan incómoda.

Y cómo había llegado a estar en esa posición le resultaba completamente desconcertante.

—Esto..., ¿me he perdido algo?—dijo.

—Agárrate bien —oyó decir a Anakin—. Estamos metidos en un pequeño problema.

Así que al final sí que era el trasero de Anakin. Supuso que eso debía tranquilizarlo un poco. Alzó la mirada y descubrió las piernas de Anakin, sus botas y un primer plano sorprendentemente próximo del Canciller Supremo, como si Palpatine se balanceara encima de él, sostenido sólo por una mano que se aferraba con blancos nudillos al tobillo de Anakin.

—Ah, hola, Canciller —dijo amablemente—. ¿Se encuentra bien?

El Canciller lanzó una mirada de preocupación por encima del hombro.

—Eso espero...

Obi-Wan siguió la mirada del Canciller; por encima de Palpatine se extendía un largo, largo túnel vertical...

Y entonces se dio cuenta de que no estaba mirando hacia arriba.

Esto debía de ser lo que Anakin había llamado "un pequeño problema".

—Ah —dijo Obi-Wan. Al menos al fin comprendía dónde estaba.

Bueno, adónde había ido a tumbarse. A colgar. O lo que fuera.

—¿Y el Conde Dooku?

—Muerto—dijo Anakin.

—Una pena —suspiró Obi-Wan—. Vivo nos habría sido de ayuda.

—Obi-Wan...

—En esta situación concreta no, claro, pero, aún así...

—¿Podemos discutir esto más tarde? La nave se está desmoronando.

—Ah.

Un pitido electrónico familiar se escuchó débilmente a través del comunicador de alguien.

—¿Es Erredós? ¿Qué quiere?

—Le pedí que activara el ascensor —dijo Anakin.

Desde la distante oscuridad que había sobre ellos les llegó un golpe metálico, un chirrido y otro golpe; todo lo cual evocó en el cerebro un tanto alterado de Obi-Wan la imagen de los frenos de un turboascensor al soltarse. La precisión de su imaginación se

vio confirmada con rapidez por una repentina corriente de aire descendente con un intenso olor a aceite de quemar, seguida muy de cerca por la cabina de un turboascensor descendiendo por el hueco como un meteorito por un pozo.

—Oh—dijo Obi-Wan.

—En su momento me pareció buena idea...

—No hace falta que te pongas a la defensiva.

—¡Erredós! —gritó Anakin—. ¡Páralo!

—No hay tiempo para eso —dijo Obi-Wan—. Salta.

—¿Que salte? —preguntó Palpatine con una risa temblorosa—. ¿No querrá decir que caiga?

—Esto, la verdad es que sí. ¿Anakin...?

Anakin se soltó.

Y cayeron.

Y cayeron. Los costados del turboascensor se volvieron borrosos.

Y cayeron algo más, hasta que el sentido de la gravedad se inclinó un par de grados y se encontraron resbalando por el lateral del hueco, que se estaba convirtiendo rápidamente en la base del hueco. La cabina seguía chirriando hacia ellos más rápido de lo que podían llegar a resbalar, hasta que Anakin consiguió hacer funcionar su comunicador y gritó:

—¡Erredós, abre las puertas! ¡Todas ellas! ¡Las de todos los pisos!

Una puerta se abrió justo cuando se deslizaban sobre ella, y los tres la atravesaron en su caída. Aterrizaron amontonados en la pared contraria del vestíbulo de un turboascensor, mientras la cabina pasaba sobre ellos.

Se las arreglaron para desenredarse poco a poco.

—¿Todos vuestros rescates son tan... —Palpatine jadeó sin aliento— ...entretenidos?

Obi-Wan dirigió a Anakin una mirada pensativa.

Anakin se la devolvió con un encogimiento de hombros.

—Pues, ahora que lo menciona —repuso—, sí.

Anakin miró las confusas masas de chatarra que cubrían el suelo del hangar, intentando encontrar algo que al menos se pareciera a una nave. El lugar parecía haber encajado un impacto directo. El viento aullaba contra su espalda a través de la escotilla abierta ante la que estaban parados Obi-Wan Kenobi y el Canciller Palpatine, y en el aire giraban restos, arrastrados al espacio por los agujeros de las chamuscadas y abolladas compuertas blindadas.

—¡Ninguna de esas naves nos llevará a ninguna parte! —gritó Palpatine por encima del viento, y Anakin tuvo que mostrarse de acuerdo—. ¿Qué vamos a hacer?

Anakin negó con la cabeza. No lo sabía, y la Fuerza no le ofrecía ninguna pista.

—¿Obi-Wan?

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo Obi-Wan, agarrándose al umbral y con la túnica agitándose al viento—. ¡El héroe eres tú, yo sólo soy un Maestro!

Más allá del hombro de Obi-Wan, Anakin vio una escuadra de superdroides de combate doblando una esquina y entrando en el pasillo.

—¡Maestro! ¡Detrás de ti!

Obi-Wan se volvió, su sable láser brillo y recibió una andanada de disparos láser.

—¡Protege al Canciller!

¿Y dejarte a ti toda la diversión? Anakin tiró del Canciller hasta dejarlo dentro del hangar, y lo empujó contra la pared junto a la escotilla.

—¡Manténgase a cubierto hasta que acabemos con los droides!

Estaba a punto de saltar al lado de Obi-Wan cuando recordó que había dejado caer su sable láser por el hueco del turboascensor. Resultaría problemático enfrentarse a superdroides de combate sin él. Por no mencionar que Obi-Wan nunca le dejaría en paz.

—¡Los droides no son nuestro único problema! —Palpatine señaló al otro lado del hangar—. ¡Mira!

En el otro extremo del hangar, las masas de chatarra se movían, deslizándose hacia la pared contra la que estaban Anakin y Palpatine. Los restos más cercanos a ellos empezaron a deslizarse, seguidos por pilas aun más cercanas. Una oleada invisible recorría el hangar, y el sentido de la gravedad rotaba noventa grados completos a su paso.

Ruptura gravitatoria.

Anakin apretó las mandíbulas. La cosa se ponía cada vez mejor y mejor.

Desenrolló una buena extensión del cable de seguridad que llevaba en el cinturón de utilidades y pasó el extremo a Palpatine. El viento hizo cantar al cable.

—Rodéese la cintura con esto. ¡Las cosas se van a poner algo demenciales!

—¿Qué está pasando?

—Los generadores de gravedad se han desincronizado. ¡Van a partir la nave en dos! —Anakin se agarró a una de las asas de gravedad cero situadas junto a la escotilla, se asomó a la tormenta de disparos láser y llamaradas de sable y tocó a Obi-Wan en el hombro—. ¡Es hora de irse!

—¿Qué?

La explicación quedó obviada cuando el frente de ruptura pasó junto a ellos y la pared se convirtió en suelo. Anakin cogió a Obi-Wan por el cuello de la túnica, pero no pudo salvarlo de la caída. La torsión gravitatoria había abollado aún más las compuertas blindadas, que ahora estaban situadas sobre ellos, y el huracán que formaba el aire al escapar arrojó al Maestro Jedi hacia ellas. Anakin lo arrastró fuera de la galerna justo cuando piezas del superdroide de combate empezaron a ascender hacia el hangar como torpedos descontrolados.

Algunos de los superdroides de combate seguían todavía lo bastante enteros como para abrir fuego al pasar.

—¡Agárrate a mi cinturón! —gritó Obi-Wan, e hizo girar el sable láser a través de la intrincada ráfaga para desviar un disparo tras otro. Anakin no podía hacer nada aparte de mantenerlo anclado contra la galerna. El asa de gravedad cero era lo único que impedía que Obi-Wan y él fueran arrastrados al espacio, llevándose a Palpatine con ellos.

—¡Éste no es el mejor plan que hemos tenido! —gritó.

—¿Esto era un plan? —Palpatine parecía pasmado.

—¡Habrá que seguir hacia delante! —gritó Obi-Wan—. ¡Atrás sólo hay droides! ¡Encontraremos cápsulas de salvamento cuando lleguemos a la zona de la tripulación!

Atrás sólo hay droides, resonó en la cabeza de Anakin.

—¡Obi-Wan, espera! —gritó—. ¡Erredós sigue estando por aquí! ¡No podemos abandonarlo!

—¡Probablemente habrá sido destruido o arrastrado al espacio! —Obi-Wan desvió los disparos de los últimos dos droides atrapados por la galerna, que se colaron por la abertura de las compuertas y desaparecieron en el vacío infinito. Obi-Wan apagó el sable láser y luchó por desplazarse hasta un asa junto a Anakin—. No podemos perder tiempo en buscarlo. Lo siento, Anakin. Sé lo mucho que significa para ti.

Anakin buscó con desesperación su comunicador.

—¡Erredós! ¡Erredós, contesta! —lo sacudió una y otra vez. Erredós no podía haber sido destruido. *No podía estarlo*—. Erredós, ¿me recibes? ¿Dónde estas?

—Anakin... —la mano de Obi-Wan estaba posada en su brazo, y el Maestro Jedi, tan cerca, que su voz podía oírse por encima de la creciente galerna—. Debemos irnos. Ser un Jedi significa dejar que las cosas, incluso las cosas que queremos, pasen de largo por nuestras vidas.

Anakin volvió a sacudir el comunicador.

—¡Erredós!

No podía abandonarlo. No podía. Y no tenía una explicación muy clara de por qué no.

Al menos no una que pudiera dar a Obi-Wan.

***

Un Jedi tiene muy pocas posesiones; hasta su sable láser es menos una posesión que una expresión de su identidad. Ser un Jedi es renunciar a las posesiones, y Anakin se había esforzado mucho, durante mucho tiempo, para poder hacer justo eso.

Anakin no había tenido un regalo-devoción para su nueva esposa, ni siquiera en el día de su boda; no poseía nada.

Pero el amor siempre encuentra el modo.

Le había llevado algo parecido a un regalo a los apartamentos que ella tenía en Theed, cuando todavía estaba algo tímido con ella. Aún se sentía abrumado por encontrar en ella el reflejo de los sentimientos que él había sentido tanto tiempo, y no sabía cómo hacerle ese regalo que no era un regalo. Porque no era suyo para poder darlo.

Al no tener nada propio que dar, aparte de su amor, lo único que podía entregarle era un amigo.

—No tenía muchos amigos cuando era niño —le había dicho—, así que me construí uno.

Y C-3PO entró tras él, tan reluciente como si estuviera bañado en oro sólido.

Padmé había resplandecido y los ojos le brillaron, pero al principio intentó protestar.

—No puedo aceptarlo —dijo—. Sé lo mucho que significa para ti.

Anakin se había limitado a reírse. ¿De qué le servía un droide de protocolo a un Jedi? Aunque fuera uno tan mejorado como 3PO, al que había añadido tantos algoritmos heurísticos, circuitos y subprogramas extra que el droide era prácticamente humano.

—No te lo doy —le había dicho a ella—. Ni siquiera es mío para dártelo. Lo construí siendo yo un esclavo, y todo lo que yo hacía pertenecía a Watto. Cliegg Lars lo compró junto con mi madre, y Owen me lo devolvió. Pero soy un Jedi y he renunciado a las posesiones. Supongo que eso significa que ahora es libre. Lo que realmente estoy haciendo es pedirte que cuides de él por mí.

—¿Que cuide de él?

—Sí. Quizás hasta puedas darle un trabajo. Es un poco quisquilloso —admitió—, y quizá no debí hacerle tan consciente de sí mismo. Se preocupa demasiado, pero es muy listo y puede ser verdaderamente útil para un diplomático importante... como, por ejemplo, ¿una senadora de Naboo?

Padmé extendió entonces su mano e invitó graciosamente a C-3PO a unirse a su personal, porque en Naboo, los droides de funcionamiento elevado son respetados como si fueran seres vivos, y 3PO se había puesto tan nervioso al ser tratado como a una criatura inteligente que apenas pudo hablar, aparte de farfullar algo como que esperaba poder ser útil, porque, después de todo, "dominaba con fluidez más de seis millones de formas de comunicación". Ella se volvió entonces hacia Anakin y pasó su delicada mano a lo largo de la línea de su mandíbula para atraerlo y hacer que la besara. Y eso fue todo lo que él necesitó, todo lo que él había esperado; le daría todo lo que tenía, todo lo que era...

Y luego había llegado otro día, dos años después, que significó para él casi tanto como el día en que se habían casado: el día en que por fin superó sus pruebas.

El día en que se convirtió en Caballero Jedi.

Se escabulló en cuanto las circunstancias lo permitieron, esta vez solo, sin un Maestro que lo vigilara, sin alguien que controlara sus idas y venidas, y pudo acercarse al vasto complejo Quinientos de la República, donde los senadores de Naboo tenían sus espaciosos apartamentos.

Por fin tenía, con dos años de retraso, un regalo-devoción para ella.

Tenía una cosa que era suya de verdad, que se había ganado, a la que no estaba obligado a renunciar. Un regalo que podía entregarle a ella en celebración de su amor.

La culminación de la Ceremonia en la que se nombraba a un Caballero Jedi era cortar la coleta de padawan al nuevo Caballero Jedi. Y fue eso lo que depositó en la temblorosa mano de Padmé.

Una larga y fina coleta de su lustroso pelo, una pequeñez completamente carente de valor.

Una pequeñez que para él valía lo que una galaxia entera.

Y entonces ella le había besado y posado su suave mejilla contra su mandíbula, y había susurrado a su oído que también tenía algo para él.

R2-D2 salió rodando de su armarito.

Anakin lo conocía, por supuesto; hacía años que lo conocía, ya que el pequeño droide era un héroe de guerra condecorado que salvó la vida de Padmé cuando era Reina de Naboo, por no mencionar que ayudó a un Anakin de nueve años a destruir la Nave de Control de Droides de la Federación de Comercio, rompiendo el bloqueo y salvando el planeta. La magia postmercado de los ingenieros reales de Naboo hacía que sus unidades-R modificadas fueran las más solicitadas de toda la galaxia. Él había intentado protestar, pero ella lo había callado posando un suave dedo en sus labios, sonriéndole y susurrando:

—Después de todo, ¿para qué necesita un político un droide astromecánico?

—Pero soy un Jedi...

—Por eso no te lo doy —dijo con una sonrisa—. Te pido que cuides de él. En realidad no es un regalo. Es un amigo.

***

Todo eso pasó por la mente de Anakin en el largo segundo que transcurrió antes de que su comunicador crepitase, volviendo a la vida con un pitido familiar que hizo que su corazón se tranquilizara.

—Erredós, ¿dónde estás? ¡Venga, tenemos que salir de aquí!

Arriba, en la pared que se suponía era el suelo, la tapa de una taquilla de almacenamiento se levantó, empujada por una cabeza plateada y azul. La tapa se abrió del todo, y R2-D2 se enderezó utilizando sus cohetes y flotando fuera de la taquilla, en dirección a la lejana salida.

Anakin dirigió una sonrisa feroz a Obi-Wan. ¿Dejar que alguien a quien quería perdiera la vida? Ni de lejos.

—¿A qué estamos esperando? —dijo—. ¡Vámonos!

Desde el puente del *Mano Invisible*, debido a su continuado giro, la vasta curva del horizonte de Coruscant parecía orbitar la nave en un mareante remolino. Cada rotación proporcionaba, además, una visión del perezoso desmoronamiento de lo que quedaba de la torre espiral, que había sido arrancada de la nave y arrojada lejos de la órbita por la fuerza centrífuga, en una larga y ardiente caída hacia la superficie de la ciudad planetaria.

El general Grievous examinaba ambas cosas mientras sus circuitos droides calculaban los segundos de vida que le quedaban a la nave.

No temía por su propia vida; su cápsula de salvamento, especialmente diseñado para él, estaba programada para llevarlo directamente hasta una nave ya preparada para la huida. Segundos después de encerrarse con el Canciller dentro del casco fuertemente acorazado de dicha cápsula, serían transportados a esa nave, que procedería a realizar una serie de microsaltos al azar para impedir cualquier posible rastreo, antes de dar el salto final a la base secreta de Utapau.

Pero no estaba dispuesto a irse sin el Canciller. Para la Confederación, esta operación había resultado muy cara en naves y en personal, e irse con las manos vacías le saldría aún más caro a su prestigio personal. Ganar la guerra era algo que dependía en buena parte de cuestiones propagandísticas. Gran parte de la debilidad de la República nacía del temor supersticioso que sentían sus ciudadanos ante la aparentemente inevitable victoria de los separatistas, un temor cultivado por las manipulaciones ocultas efectuadas por la CSI en la propaganda gubernamental de la HoloRed. Las masas de republicanos creían que la República estaba perdiendo, y ver que el legendario Grievous era derrotado y huía de la batalla les proporcionaría la esperanza de que aún podían ganar la guerra.

Y no podía permitirles esa esperanza.

Un comunicador incorporado zumbó en su oído izquierdo. Grievous se tocó el sensor implantado en la mandíbula de su máscara.

—Sí.

—Es casi seguro que los Jedi escaparon de la torre espiral —la voz pertenecía a uno de sus valiosos MagnoGuardias serie IG 100 construidos de encargo; prototipos de droides de combate humanoides y automotivados diseñados, programados y armados específicamente para combatir Jedi—. Encontramos un sable láser en la base del hueco del turboascensor antes de que se separara la torre.

—Entendido. Esperen instrucciones —una larga zancada llevó a Grievous junto al oficial de seguridad neimoidiano—. ¿Los has localizado o estás a punto de morir?

—Yo, ah, yo, ah...

El tembloroso dedo del oficial de seguridad señalaba un plano del hangar del *Mano Invisible*, donde un punto luminoso se deslizaba lentamente por el Muelle Uno.

—¿Qué es eso?

—Es, es, es el señalizador del Canciller, señor.

—¿Cómo? ¿Los Jedi no lo han desactivado? ¿Por qué no?

—Yo, bueno, yo no puedo...

—Idiotas.

Miró al encogido oficial de seguridad, pensando en matar al idiota sólo por haber tardado tanto en pensar en eso.

El neimoidiano pareció leer el pensamiento de Grievous en la máscara color hueso.

—Si, si, si usted no, esto, bueno, por favor, recuerde que mi consola de seguridad quedó destruida y que me he visto obligado a redirigir...

—Silencio —Grievous se encogió mentalmente de hombros. De todos modos, el idiota muy pronto acabaría muerto o capturado—. Ordena a todos los droides de combate que cancelen sus algoritmos de búsqueda y que converjan en el puente. Espera, anula eso, olvídate de los droides de combate. Son cosas inútiles —murmuró en su máscara—. Son más peligrosos para nosotros que para los Jedi. Envía sólo a los superdroides de combate y a los droidekas, ¿entendido? No correremos riesgos.

Cuando el oficial de seguridad volvió a sus monitores, Grievous se tocó de nuevo los sensores implantados en la mandíbula de su máscara.

—IG-101.

—Señor.

—Reúna un equipo de superdroides de combate y droidekas, todos los que pueda encontrar, y diríjanse al hangar. Le proporcionaré las coordenadas exactas en cuanto estén disponibles.

—Sí, señor.

—Encontrará al menos un Jedi, puede que dos, acompañando al Canciller Palpatine. Están atrapados en un campo de fuerza y deben ser considerados extremadamente peligrosos. Desármelos y tráigalos al puente.

—Si son tan peligrosos, quizá debamos ejecutarlos donde los encontremos.

—No. Tengo órdenes muy precisas de que no se haga daño al Canciller. En cuanto a los Jedi...

La mano derecha del general se deslizó bajo su capa para acariciar los sables láser que colgaban allí.

—A los Jedi quiero ejecutarlos personalmente.

Una sábana de resplandeciente energía brilló de repente ante ellos, bloqueando el paso al otro extremo del cruce de pasillos en el que se encontraban. Obi-Wan se paró tan en seco que Anakin casi choca contra su espalda. Luego alargó la mano y cogió a Palpatine por el brazo.

—Cuidado, señor —dijo en voz baja—. Será mejor no tocarlo basta que sepamos qué es.

Obi-Wan se soltó el sable láser, lo activó y prolongó cuidadosamente su punta para tocar el campo de energía. Una explosión energética proyectó chispas y rayos en todas direcciones, y casi le arranca el arma de las manos.

—Un campo de fuerza —dijo, más para sí mismo que para los demás—. Habrá que dar un rodeo...

Pero, mientras hablaba, otra sábana resplandeció al otro lado del pasillo que acababan de dejar, y dos más brotaron con un siseo, sellando los pasillos a ambos lados.

Estaban encajonados.

Atrapados.

Obi-Wan se quedó inmóvil durante uno o dos segundos, parpadeando. Después miró a Anakin y meneó la cabeza, incrédulo.

—Creía que éramos más listos.

—Parece que no. Es la trampa más vieja del mundo y nos hemos metido de cabeza en ella. —Anakin se sentía tan avergonzado como parecía estarlo Obi-Wan—. Bueno, tú te has metido en ella. Yo sólo me he limitado a seguirte.

—Vaya, ¿ahora es culpa mía?

—Oye, tú eres el Maestro, yo sólo soy el héroe —repuso él con una sonrisa ligeramente traviesa.

—Deja las bromas para otra ocasión —murmuró Obi-Wan—. Esto es cosa del Lado Oscuro, del reverso tenebroso de la Fuerza. Seguimos sin poder fiarnos de nuestros instintos. ¿No lo sientes?

El Lado Oscuro era en lo último que quería pensar ahora Anakin.

—También puede ser por el golpe en la cabeza —sugirió.

Obi-Wan ni siquiera sonrió.

—No. Todas nuestras opciones acaban saliendo mal. ¿Cómo han podido localizarnos con tanta precisión? Algo va mal. La muerte de Dooku debió despejar la sombra de...

—Si tanto le gustan los misterios, Maestro Kenobi —le interrumpió Palpatine—, quizá pueda resolver el misterio de cómo vamos a escapar.

Obi-Wan asintió, mirando siniestramente al encajonamiento de campos de fuerza como si fuera por primera vez. Al cabo de un momento volvió a coger el sable láser, lo conectó y hundió la punta en la cubierta bajo sus pies. La hoja atravesó la placa de duracero casi sin resistencia, luego brilló, se agitó y escupió relámpagos, como si hubiera tocado un campo de fuerza situado en un hueco bajo la placa, y casi arrojó a Obi-Wan contra la energía aniquiladora del campo de fuerza que tenía detrás.

—Y seguramente también habrá uno en el techo —miro a los demás y suspiró—. ¿Alguna idea?

—Quizá —dijo Palpatine pensativo, como si se le acabara de ocurrir la idea— deberíamos limitarnos a rendirnos al general Grievous. Con el Conde Dooku muerto, seguramente podréis... —miró significativamente a Anakin— ...negociar nuestra liberación.

Es persistente, eso desde luego, pensó Anakin. Se sorprendió sonriendo al recordar cómo discutió de "negociaciones" con Padmé, en Naboo, antes de la guerra. Volvió al presente cuando se dio cuenta de que entablar "negociaciones agresivas" podría resultar algo embarazoso en las actuales circunstancias, sin sable láser.

—Yo sugiero... —dijo despacio— paciencia.

—¿Paciencia? —Obi-Wan alzó una ceja—. ¿Eso es un plan?

—Ya sabes lo que dice el Maestro Yoda: "Paciencia hasta que el cieno se aposente y el agua se aclare debes tener." Así que esperemos.

—Que esperemos — Obi-Wan parecía escéptico.

—A la patrulla de seguridad. Dentro de un momento o dos aparecerán un par de droides y tendrán que bajar el campo de fuerza para cogernos prisioneros.

—¿Y luego?

Anakin se encogió alegremente de hombros.

—Luego acabaremos con ellos.

—Tan brillante como siempre —dijo Obi-Wan con sequedad—. ¿Y si resultan ser droides destructores? ¿O algo peor?

—Oh, vamos, Maestro, ¿peor que los destructores? Además, las patrullas de seguridad están siempre compuestas por esos inútiles y delgados droides de combate.

En ese momento, cuatro de esos inútiles y delgados droides de combate aparecieron marchando hacia ellos, uno por cada pasillo, con sonoras pisadas metálicas y los rifles láser en alto. Uno de ellos empleó una de sus órdenes de seguridad preprogramadas:

—¡Entreguen sus armas!

—¡Entréguenlas, entréguenlas! —ladraron los otros tres con entusiasmo, uniéndose al primero y agitando la cabeza arriba y abajo.

—¿Lo ves? —dijo Anakin—. No son problema.

Antes de que Obi-Wan pudiera replicar, varias puertas ocultas en las paredes de los pasillos se hicieron repentinamente a un lado, y las enormes ruedas de broncio de droides destructores, dos por pasillo, rodaron a través de ellas. Los ocho destructores se desenrollaron tras los droides de combate, con sus chispeantes escudos rodeándolos como un halo, y apuntaron sus cañones gemelos al pecho de los dos Jedi.

Obi-Wan lanzó un suspiro.

—¿Qué decías?

—Vale, de acuerdo. Es el Lado Oscuro. O lo que sea —Anakin puso los ojos en blanco—. No estabas atento a la trampa de los campos de fuerza.

Por esas mismas puertas, y para apoyar a los destructores, entraron dieciséis superdroides de combate con los brazos cañón levantados, dispuestos a disparar por encima de los escudos de los primeros.

Detrás de los superdroides de combate aparecieron dos droides de un tipo que Anakin no había visto nunca. Aunque tenía una idea de lo que eran.

Y no le alegraba nada.

Obi-Wan los miró fijamente mientras se acercaban.

—Tú eres el experto, Anakin. ¿Qué son esas cosas?

—¿Recuerdas lo que dijiste sobre algo "peor que los destructores"? Creo que lo estamos viendo.

Caminaban el uno al lado del otro, con paso fácil y recto, casi tan fluido como el de un humano. De hecho, podían haber sido humanos, humanos de dos metros de alto y hechos de metal. Llevaban largas capas ondeantes que una vez fueron blancas, pero que ahora estaban manchadas de humo y de lo que Anakin sospechaba era sangre. Caminaban con las capas echadas sobre un hombro para dejar libre la mano izquierda, con la que sujetaban lo que parecía un arma desconocida con forma de bastón de dos metros de largo, algo semejante a la pica de fuerza de un Guardia del Senado, pero más corta y con una hoja de descarga de aspecto extraño en cada extremo.

Caminaban como si estuvieran hechos para luchar, y era evidente que habían participado ya en algún combate. La placa pectoral de uno de ellos exhibía un cráter redondo y superficial rodeado por una corona chamuscada causada por algún disparo láser directo que no había conseguido penetrar; el otro tenía en su domo craneal una cicatriz que bajaba hasta un fotorreceptor averiado, una cicatriz que parecía haber sido realizada por un sable láser.

Parecía que ese droide había luchado contra un Jedi y había sobrevivido.

Supuso que el Jedi no.

Los dos droides se movieron entre los superdroides de combate y los destructores, apartando a uno de combate con gesto casual y con fuerza suficiente para que éste chocase contra la pared y se derrumbara en un chisporroteante montón de metal.

El del fotorreceptor averiado les apuntó con el bastón, y los campos de fuerza que los rodeaban se apagaron.

—Ha dicho que entreguéis las armas, Jedi.

Desde luego eso no era una orden de seguridad preprogramada.

—He leído un informe de Inteligencia sobre esto —dijo Anakin en voz baja—. Creo que son los droides guardaespaldas de Grievous. Prototipos construidos según sus especificaciones —pasó la mirada de Obi-Wan a Palpatine—. Para combatir Jedi.

—Ah —dijo Obi-Wan—. Entonces, dadas las circunstancias, creo que necesitamos un plan B.

Anakin asintió, señalando a Palpatine con la cabeza.

—La idea del Canciller me parece ahora bastante buena.

Obi-Wan asintió, pensativo.

Cuando el Maestro Jedi se volvió para entregar su sable láser al droide guardaespaldas, Anakin se inclinó un poco más hacia el Canciller Supremo y murmuró:

—Al final se va a salir con la suya.

—Suelo hacerlo —respondió Palpatine con una sonrisita inescrutable.

Cuando los superdroides de combate se acercaron a ellos con electrogrilletes para sus muñecas y un cepo para R2-D2, Obi-Wan lanzó una mirada inquisitiva por encima de su hombro.

—Ah, Anakin —dijo con esa resignación dolida y reposada que cualquier padre cansado de que su hijo se meta en líos habría reconocido al instante—. ¿Dónde está tu sable láser?

Anakin no podía mirarle.

—No está perdido, si es lo que piensas.

Y era la verdad. Anakin podía sentirlo en la Fuerza, y sabía con exactitud dónde estaba.

—¿No?

—No.

—¿Dónde está, entonces?

—¿No podemos dejar esto para luego?

—Puede que sin tu sable láser no tengas un "luego".

—No necesito un discurso, ¿vale? ¿Cuántas veces tenemos que tener esta conversación?

—Parece que una menos de lo que haría falta.

Anakin suspiró. Obi-Wan seguía siendo capaz de hacer que se sintiera como si tuviera nueve años. Hizo un gesto reticente con la cabeza, en dirección a uno de los guardaespaldas droides.

—Lo tiene ése.

—¿Lo tiene ése? ¿Y cómo es eso?

—No quiero hablar de ello.

—Anakin...

—¡Eh, que también tiene el tuyo!

—Eso es diferente...

—¡Esa arma es tu vida, Obi-Wan! —hizo una imitación tan buena de Kenobi que Palpatine tuvo que contener una risotada—. ¡Debes cuidar de ella!

—Quizá —dijo Obi-Wan mientras los droides cerraban los grilletes en sus muñecas y los empujaban para que se movieran—deberíamos dejar esto para luego.

—Puede que sin tu sable láser no tengas...

—De acuerdo, de acuerdo —se rindió el Maestro Jedi, con una sonrisa pesarosa—. Tú ganas.

Anakin le sonrió.

—¿Perdón? ¿Qué has dicho? —no podía recordar la última vez que ganó una discusión a Obi-Wan—. ¿No puedes ser un poco más claro?

—El regodearse es poco Jedi, Anakin.

—No me regodeo, Maestro —dijo mirando de lado a Palpatine—. Sólo estoy... saboreando el momento.

***

Esto es lo que se siente siendo Anakin Skywalker, de momento:

El Canciller Supremo te devuelve la mirada con un asomo de sonrisa y la ligera insinuación de un asentimiento aprobador. Y, para ti, esa pequeña, trivial, victoria de camaradería te provoca una calidez y una calma que relaja la presión del temor con el que el dragón envuelve tu corazón.

Olvida que te han capturado; Obi-Wan y tú habéis sido capturados con anterioridad. Olvida la nave que se desmorona, olvida los droides asesinos de Jedi; te has enfrentado a cosas peores. Olvida al general Grievous. ¿Qué es él comparado con Dooku? No puede ni usar la Fuerza.

Así que ahora, aquí, la situación se resume en que caminas entre los dos mejores amigos que has tenido nunca y con tu querido amigo droide rodando fielmente tras tus talones...

Camino de ganar las Guerras Clon...

Lo que has hecho, lo que ha pasado en las Habitaciones del General y, lo que es más importante, por qué ha pasado, está ahora ardiendo, consumiéndose en la entrada a la atmósfera de Coruscant junto con el cadáver decapitado de Dooku. Ya te parece como si le hubiera pasado a algún otro, como si tú hubieras sido otra persona cuando lo hiciste. Y parece que ese hombre, el hombre atormentado por un dragón, con un horno por corazón

y una mente fría como la superficie de una estrella muerta, sólo hubiera sido una imagen reflejada en los ojos abiertos de Dooku.

Y cuando lo que queda de la torre espiral se estrelle contra la ciudad kilométrica que cubre la superficie de Coruscant, esos ojos muertos ya se habrán quemado, y el dragón con ellos.

Y tú, por primera vez en tu vida, serás realmente libre.

Esto es lo que se siente siendo Anakin Skywalker.

De momento.

7
Obi-Wan y Anakin

Este es Obi-Wan en la luz:

Cuando es conducido hasta el puente, junto a Anakin y el Canciller Palpatine, no necesita mirar a su alrededor para ver las hileras de consolas de control atendidas por aterrados neimoidianos. No tiene que volver la cabeza para contar los droidekas y los superdroides de combate, o para situar la posición de los brutales guardaespaldas droides. No se molesta en alzar los ojos para encontrar la fría mirada amarilla fija en él a través de una máscara-cráneo de plastiarmadura.

Ni siquiera necesita llegar a la Fuerza.

Ya ha dejado que la Fuerza llegue a él.

La Fuerza fluye sobre él y a su alrededor como si estuviera sumergido en una catarata pura como el cristal, perdida en el verdor de una olvidada selva tropical. Cuando se abre a ese centelleante torrente, éste fluye hasta él, a través de él, y sale de él sin la menor interferencia de su mente consciente. La parte de él que se hace llamar Obi-Wan Kenobi no es más que una ola, una onda en el estanque en el que él se baña de forma incesante.

Aquí también hay otras partes de su ser. Aquí no hay nada que no sea parte de él. Desde la marca chamuscada en la cabeza de R2-D2 hasta el borde desgarrado de la túnica de Palpatine, incluso la grieta de tela de araña en el panel de transpariacero del ventanal curvo sobre el cual vuelan las grandes naves estelares que todavía batallan más allá.

Porque todo eso es parte de la Fuerza.

De algún modo, misteriosamente, la nube que oscurece la Fuerza hace casi década y media acaba de aligerarse a su alrededor, y en su interior puede encontrar la brillante claridad que recuerda de sus días escolares en el Templo Jedi, cuando la Fuerza era pura, limpia y perfecta. Es como si la oscuridad se hubiera retirado y se hubiera enroscado sobre sí misma para concederle este momento de claridad, para devolverle el completo poder de la luz, aunque sólo sea por un momento. No sabe por qué, pero es incapaz hasta de preguntárselo. En la Fuerza, eso está más allá de toda pregunta.

El porqué carece de sentido; es un eco del pasado o un susurro del futuro. Lo único que importa en este ahora infinito es qué, cuándo y quién.

La Fuerza es los dieciséis superdroides de combate, relucientes con su cromado anti-láser y con los brazos cargados de artillería pesada; es esa artillería y es sus objetivos; es los ocho droides destructores que esperan con paciencia electrónica dentro de sus escudos energéticos, los dos guardaespaldas y hasta el último de los temblorosos neimoidianos; es sus ropas, sus botas y hasta cada gota de humedad con olor a reptil que rueda por ellos gracias a los nebulizadores de humedad que emplean para mantener baja su temperatura interna; es los grilletes que le sujetan las manos y la electropica que los guardaespaldas empuñan detrás de él.

Es los dos sables láser que el otro droide guardaespaldas se dispone a entregar al general Grievous ante ellos.

Y es el propio general.

Es las costillas de duranio del general; es el latir del corazón alienígena de Grievous, y es el silencioso latir del oxígeno al ser bombeado por sus venas alienígenas; es el peso de los cuatro sables láser en el cinturón del general; y es la impaciencia avariciosa y las chispas tras los ojos del general que han despertado en él; es hasta el plan de su propia ejecución, que se trasluce dentro del cerebro del general.

Es todas esas cosas y, lo que es más importante, sigue siendo Obi-Wan Kenobi.

Por eso puede limitarse a quedarse parado. Por eso puede limitarse a esperar. No tiene necesidad de atacar o de defenderse. Aquí habrá lucha, pero él está perfectamente calmado, perfectamente conforme con dejar que la lucha empiece cuando empiece, y que termine cuando termine.

Igual que se dejará vivir o se dejará morir.

Así es cómo un gran Jedi hace la guerra.

***

El general Grievous alzó los dos sables láser, uno en cada mano de duranio, para admirarlos a la luz de las descargas de turboláser de fuera.

—Raros trofeos son éstos —dijo—. El arma de Anakin Skywalker y la del general Kenobi. Estoy impaciente por añadirlas a mi colección.

—Eso no pasará. Yo controlo aquí la situación.

La réplica vino de los labios de Obi-Wan, pero en realidad no era Obi-Wan quien hablaba. Obi-Wan no controlaba la situación; no tenía necesidad de controlarla. Tenía la Fuerza.

Era la Fuerza quien hablaba a través de él.

Grievous avanzó hacia él. Obi-Wan vio muerte en la fría mirada amarilla que atravesaba las rendijas de los ojos de la máscara-cráneo, pero no significó nada para él.

La muerte no existía. Sólo existía la Fuerza.

No tenía que decir a Anakin que apartara sutilmente al Canciller Palpatine lejos de la línea de fuego; una parte de él era Anakin, y ya estaba haciendo eso. No tenía que decir a R2-D2 que accediera a sus subprogramas de combate y desviara la energía a sus cohetes, a su brazo garra y a su lanzacables; la parte de él que era el pequeño astromecánico ya se había ocupado de esas cosas antes de entrar siquiera en el puente.

Grievous se irguió ante él.

—Muy seguro estás, Kenobi.

—No estoy seguro, sólo tranquilo.

Desde tan cerca, Obi-Wan podía ver las finas grietas y las marcas en la máscara de hueso, y podía sentir la resonancia de la voz electrosónica del general zumbando en su pecho. Recordó la pregunta del Maestro Jrul: "¿Qué es lo bueno, sino maestro de lo malo? ¿Qué es lo malo, sino la tarea de lo bueno?"

—Podemos resolver esta situación sin violencia —dijo—. Estoy dispuesto a aceptar su rendición.

—Estoy seguro de que sí —la máscara-cráneo se inclinó inquisitiva—. ¿Llega a funcionar alguna vez esa ridícula frase de "acepto su rendición"?

—Algunas veces. Cuando no funciona, la gente sale herida. A veces incluso muere. —Los ojos gris azulado de Obi-Wan enfrentaron los amarillos de detrás de la máscara—. En este caso debe entender que por gente me refiero a usted.

—Entiendo lo bastante. Entiendo que voy a matarte. —Grievous se apartó la capa y encendió los dos sables láser—. Aquí. Ahora. Con tu propia hoja.

—Creo que no —replicó la Fuerza a través de los labios de Obi-Wan.

Los servomotores que movían las extremidades de Grievous podían moverse más rápido de lo que podía distinguir el ojo humano. Cuando movía el brazo, éste, su puño y el sable láser que aferraba desaparecían literalmente, borrados de la existencia por una velocidad abrumadora, por la imitación de un evento cuántico. Ningún ser humano podía moverse ni remotamente tan rápido como Grievous, ni siquiera Obi-Wan..., pero él no necesitaba hacerlo.

En la Fuerza, una parte de él era la intención de matar de Grievous, y el paso de intención a acción se trasladó a una reacción inconsciente de Obi-Wan. No necesitaba un plan, ni utilizar una táctica.

Tenía la Fuerza.

Esa centelleante cascada corría a través de él, barriendo cualquier pensamiento de peligro, de seguridad, de ganar o perder. La Fuerza, como el agua, asume la forma de su contenedor sin esfuerzo, sin pensar. El agua que era Obi-Wan se vertió en el contenedor que era el ataque de Grievous, y aunque existen materiales impermeables, Obi-Wan aún no había encontrado uno completamente impermeable a la Fuerza...

Mientras la mente de Grievous aún forjaba la intención de golpear, la parte de la Fuerza que era Obi-Wan también era la parte de la Fuerza que era R2-D2, además del soplete interno de fusión que Anakin había incluido en el brazo principal de R2-D2. Así que no era necesario que se estableciera comunicación alguna entre ellos; la sonrisa amable que se dibujó en su rostro y el murmullo cortés que emitieron sus labios sólo nacían del personal sentido de estilo de Obi-Wan.

—¿Erredós?

Cuando abrió la boca, un panel se deslizaba ya en el fuselaje del pequeño droide. Y cuando el nombre del droide abandonó sus labios, el soplete ya había salido a la luz y disparaba un chorro cegador de chispas lo bastante calientes como para fundir el duranio. En la fracción de segundo durante la cual los reflejos aumentados electrónicamente de Grievous le hicieron sorprenderse y distraerse, la parte de la Fuerza que era Obi-Wan intentó un pequeño truco, un truco secreto que reservaba para ocasiones como ésa.

Porque, dado que todo lo que había en el puente era uno en la Fuerza, desde la estructura de la misma nave al baile cuántico de las capas de electrones de cada átomo individual, y dado que, después de todo, los nervios y los músculos del general biodroide

eran creaciones de electrónica y duranio en vez de tejido vivo con voluntad propia, a Obi-Wan le resultaba mínimamente posible aprovechar esa vulnerable fracción de segundo en la que Grievous estaba distraído, apartándose de un chorro de llamas lo bastante caliente como para quemar hasta su cuerpo acorazado, y tirar mentalmente lo justo para invertir temporalmente la polaridad de los servomotores de las manos mecánicas del general.

Y fue precisamente eso lo que hizo.

Los dedos de duracero se abrieron, y dos sables láser cayeron libres.

Buscó a través de la Fuerza, y la Fuerza buscó a través de él. Su hoja se encendió a la vida mientras aún estaba en el aire, y se giró hacia él. Al alzar las manos para recibirla, su hoja azul causó un fogonazo entre sus muñecas y cortó los grilletes antes de que el mango se pegara con solidez a la palma de su mano.

Obi-Wan estaba tan sumido en la Fuerza que ni siquiera le sorprendió que hubiera funcionado.

Dio la cuarta parte de una vuelta para mirar a Anakin, que ya estaba en el aire, pues había saltado simultáneamente al suave susurro de Obi-Wan, puesto que Anakin y Obi-Wan eran, después de todo, dos partes de la misma cosa. El salto de Anakin lo llevó por encima de la cabeza de Obi-Wan, permitiendo a la hoja de éste quemarle los grilletes antes de aterrizar con la mano extendida, mientras Grievous aún seguía apartándose de la fuente de fuego de fusión. Obi-Wan sintió una nueva oleada líquida en la catarata que era, y el sable láser de Anakin cantó en el aire hasta que lo cogió su dueño. Y así, un único segundo después de que Grievous hubiera empezado a tener la intención de atacar, Obi-Wan Kenobi y Anakin Skywalker se hallaron espalda contra espalda en el centro del puente, mirando inexpresivos más allá de la rugiente energía azul de sus sables láser.

Obi-Wan miró sin emoción al general.

—Quizá debería reconsiderar mi oferta.

Grievous se agarró a una consola de control, y la carcasa de duracero empezó a abollarse bajo su garra.

—Ésta es mi respuesta.

Arrancó la consola entera de debajo de las manos del sorprendido operario neimoidiano, la alzó sobre su cabeza y la arrojó contra los Jedi. Éstos se separaron, apartándose del camino de la consola, que se estrelló contra la cubierta, escupiendo humo y chispas.

—¡Abrid fuego! —Grievous apretaba los puños como si en cada uno de ellos hubiera un cuello de Jedi—. ¡Matadlos! ¡Matadlos a todos!

Durante un segundo más sólo se oyó el chasquido de los seguros de docenas de pistolas láser.

Un segundo después de eso, el puente estalló en una tormenta de disparos.

Grievous se quedó atrás, agazapado, esperando a que sus dos MagnoGuardias atacaran a los Jedi, girando sus electrobastones entre la cegadora andanada de disparos que rebotaba por todo el puente. Grievous había luchando antes con Jedi, a veces incluso

en plena batalla, y había descubierto que luchar contra un Jedi concreto era muy semejante a luchar con cualquier otro de ellos.

Pero este Kenobi...

La facilidad con que Kenobi se había hecho con el dominio de la situación era aterradora, y aún más aterrador era el hecho de que los informes señalasen a Skywalker como el mejor guerrero de los dos. Hasta su unidad R2 podía luchar. El pequeño astromecánico tenía incorporado una especie de lanzacables fuera de modelo que ahora usaba para enredar las piernas de un superdroide y derribarlo. Luego tiró del droide hacia él, motivo por el que sus brazos cañón arrancaron pedazos a sus compañeros de escuadrón en vez de a los Jedi.

Grievous empezaba a pensar menos en ganar este encuentro concreto que en sobrevivir a él.

Dejaría que sus MagnoGuardias combatieran a los Jedi; se les había diseñado para eso y estaban haciendo bien su trabajo. IG-101 presionaba a Kenobi contra una consola, con relámpagos restallando en el campo energético de su electropica, allí donde empujaba la hoja de Kenobi. El general Jedi habría muerto allí mismo de no ser porque uno de los superdroides de combate, de mente simple, apuntó a su espalda con ambos brazos cañón, dándole la oportunidad de agacharse y dejar que la demoledora descarga hiciera retroceder a 101. Skywalker había escondido al Canciller en alguna parte —el gimoteante cobarde estaría temblando bajo una de las consolas de control— y se las había arreglado para cortar las dos piernas por debajo de la rodilla a 102, con la intención de que la pelea acabase. Pero el joven Jedi pareció completamente asombrado cuando 102 giró ágilmente, apoyando en el suelo un extremo de la electropica, y usó los muñones de sus piernas para golpear a Skywalker de forma tan sonora que el Jedi resbaló por el suelo en su caída.

Por otra parte, pensó Grievous, *igual todavía podía salvarse la situación*.

Se tocó el sensor comunicador de la mandíbula para sintonizar la frecuencia del general droide.

—El Canciller se esconde bajo una de las consolas. Escuadrón Dieciséis, búsquenlo y llévenlo de inmediato a mi cápsula de salvamento. Escuadrón Ocho, continúen con la misión. Maten a los Jedi.

Entonces, la nave corcoveó con más fuerza que nunca y los paneles de la pantalla de visualización se fundieron al blanco cuando la radiación dispersa granizó por todo el puente. Las alarmas ladraron. La consola de navegación escupió chispas a la cara de un piloto neimoidiano, prendiendo fuego su uniforme y añadiendo sus gritos al estrépito generalizado. Otra consola explotó, convirtiendo al recién ascendido oficial artillero en un montón de carne desgarrada.

Ah, pensó Grievous. Con la excitación se había olvidado por completo del segundo comandante Needa y del *Integridad*.

El otro piloto, el que no estaba chillando y golpeándose las llamas del uniforme hasta que sus propias manos se prendieron fuego, se inclinó, apartándose de su compañero todo lo que le permitía la red antichoque, y gritó:

—¡General, ese disparo ha destruido las últimas células de control de la popa! ¡La nave está dejando la órbita! ¡Vamos a arder!

—Muy bien —dijo Grievous con calma—. Mantenga el rumbo.

Ya no le importaba si sus guardaespaldas podían vencer o no a los Jedi; acabarían todos quemados.

Manipuló el sensor de su mandíbula hasta encontrar la frecuencia de control de las cápsulas de salvamento. Una orden codificada le aseguró que su cápsula personal le estaría esperando con los motores en marcha y la comprobación de sistemas completada.

Cuando se volvió para mirar la lucha, lo único que pudo ver de IG-102 fue un brazo con un corte de sable láser todavía al rojo. Skywalker perseguía a dos superdroides de combate que tenían a Palpatine cogido por los brazos. Mientras Skywalker desmantelaba los droides con rápidos cortes, Kenobi hacía lo mismo con IG-101, y el MagnoGuardia saltaba sobre la pierna que conservaba, haciendo girar su electropica con el único brazo que le quedaba y chillando alguna amenaza improbable sobre su pica y las cavidades corporales de Kenobi. Cuando Kenobi le cortó el brazo, 101 siguió saltando tras él, chillando todavía. El droide hasta consiguió propinar una patada más antes de que el Jedi le cortara la otra pierna, tras lo cual el torso sin extremidades de 101 continuó removiéndose en el suelo, aullando.

Con los dos MagnoGuardias derribados, los ocho destructores se separaron, y cañones duales eructaron goterones de rayos de partículas galvanizadas. Los dos Jedi saltaron juntos para proteger al Canciller, y antes de que Grievous pudiera ordenar a los destructores que dejasen de disparar, los Jedi habían desviado ya disparos suficientes para derribar las tres cuartas partes de los superdroides de combate y hacer que el resto se refugiara tras lo que quedaba de los asustados neimoidianos.

Los destructores empezaron a acercarse, bañando a los Jedi con fuego constante, avanzando paso a paso, cañones contra sables láser. Los Jedi atraparon cada disparo y los enviaron de vuelta a los escudos de los destructores, que refulgieron en halos esféricos a medida que absorbían los disparos rebotados. Los destructores habrían dominado a los Jedi, de no mediar una dificultad inesperada...

El cambio de gravedad.

Repentinamente, los ocho droides destructores parecieron saltar en el aire, seguidos de Skywalker, Palpatine, sillas, pedazos de MagnoGuardias y todo lo demás que había en el puente y no estaba atornillado a la cubierta, exceptuando Kenobi, que se las había arreglado para agarrarse a una consola de control y ahora colgaba boca abajo de una mano, todavía desviando sin esfuerzo los disparos láser.

El piloto neimoidiano superviviente gritaba órdenes a los droides para que se magnetizaran, antes de empezar a aullar que la nave se estaba partiendo en dos. Se las arregló para hacer tanto ruido molesto que Grievous le aplastó el cráneo de pura

irritación. Luego miró a su alrededor y se dio cuenta de que había matado al último miembro de su tripulación; todos los oficiales del puente que él no había matado personalmente habían absorbido el grueso de los rebotes de disparos láser.

Grievous se sacudió del puño los sesos del piloto. Los neimoidianos eran criaturas asquerosas.

El plano invisible de gravedad alterada pasó por el general biodroide sin afectarle, ya que sus garras de duranio magnetizado lo mantuvieron donde estaba, y cuando uno de los electrobastones de los MagnoGuardias pasó por su lado, su mano, invisiblemente rápida, lo cogió en pleno aire. Otro plano de cambio gravitatorio barrió el puente, y droides, Canciller y Jedi volvieron a caer al suelo.

Los droidekas, también conocidos como droides destructores, eran los droides de infantería más poderosos que habían salido de una fábrica, pero tenían un importante defecto de diseño. Su campo de energía, tan efectivo deteniendo láseres, cartuchos, metralla y hasta sables láser estaba calibrado para envolver al droide en posición erguida. Si el droide no estaba en pie y había sido, por ejemplo, derribado, o si era arrojado contra una pared, el generador del escudo no distinguía la diferencia entre suelo, pared o arma, y aumentaba su potencia para desintegrar esta supuesta amenaza hasta que el generador se cortocircuitaba.

Entre caer al techo, rebotar en él y caer de nuevo al suelo, la suma total de efectividad de todos los generadores de escudo del Escuadrón Ocho era, en este momento, una gran nube de humo negro.

Resultaba imposible saber cuál de ellos abrió fuego contra los Jedi, y daba igual, porque, al cabo de dos segundos, los ocho droidekas se habían convertido en ocho montones de humeante chatarra, y de entre el humo salían, codo con codo, dos Jedi completamente ilesos.

Sin decir palabra, fueron a por el general.

Grievous graduó la energía de la electropica en sobrecarga, y ésta escupió relámpagos a su alrededor mientras era alzado en posición de combate.

—Lamento no tener tiempo para combatiros... Habría sido un encuentro interesante, pero tengo una cita con una cápsula de salvamento. Y vosotros...

Señaló al ventanal de transpariacero y disparó su propio lanzacables oculto, no muy diferente del que tenía ese interesante astromecánico. El cable salió disparado y se hundió en uno de los soportes del panel.

—Vosotros tenéis una cita con la muerte.

Los Jedi saltaron, y Grievous arrojó la sobrecargada electropica, pero no contra los Jedi.

Lo arrojó contra el ventanal.

Uno de los paneles de transpariacero del ventanal se había agrietado al encajar el disparo de un caza estelar y, cuando la chisporroteante electropica lo alcanzó de lleno y explotó como una granada de protones, el panel entero voló al espacio.

Un huracán cobró vida, arrasando el puente, apoderándose de cadáveres neimoidianos y de restos y pedazos de droides, y arrojándolos al exterior por la abertura junto con un chorro blanco de aire instantáneamente congelado. Grievous saltó hacia arriba, al centro del repentino huracán, evitando por poco a los dos Jedi, cuyos saltos se convirtieron en manoteos frenéticos mientras intentaban evitar ser absorbidos con él. Pero Grievous no necesitaba respirar, ni temía que sus fluidos corporales hirvieran en el vacío, ya que la sintocarne presurizada que envolvía las partes vivientes de su exoesqueleto droide se ocupaban de eso, por lo que se limitó a dejarse arrastrar al espacio por la tormenta. Pero cuando llegó al final del cable, éste se tensó y tiró de él de vuelta al casco del *Mano Invisible*.

Se deshizo del cable, y sus manos y pies de duranio magnetizado le permitieron arrastrarse por el casco sin dificultad, mientras la curva salpicada de luces del lado nocturno de Coruscant giraba a su alrededor. Trepó hasta los cierres externos de las cápsulas de salvamento del puente y tecleó el código de una orden. Miró por encima del hombro y experimentó cierta gélida satisfacción al ver cómo las cápsulas de salvamento vacías se soltaban del puente del *Mano* y se alejaban.

Todas ellas.

Bueno, todas menos una.

Ningún truco de la Fuerza permitiría a Kenobi y Skywalker escapar de ésta. Era una pena no tener a mano una sonda espía para dejarla en el puente; habría disfrutado viendo arder a los más grandes héroes de la República.

Los chorros de iones de las cápsulas de salvamento giraban entre la batalla que iluminaba el vacío con silenciosas llamaradas y fogonazos, perseguidos por cazas y naves armadas de rescate. Grievous asintió para sus adentros; eso los tendría ocupados el tiempo necesario para que su cápsula llegase a la nave de fuga.

Cuando entró en su cápsula construida a medida reflexionó que, por primera vez en su carrera, estaba desobedeciendo órdenes. Tenía órdenes estrictas de dejar ileso al Canciller, y Palpatine iba a morir al lado de sus preciosos Jedi.

Entonces, Grievous se encogió de hombros y suspiró. ¿Qué más podía haber hecho? Después de todo, estaban en guerra.

Estaba seguro de que Lord Sidious le perdonaría.

En el puente, una compuerta hermética se había cerrado sobre la destruida ventana de transpariacero, y hasta el último droide de combate superviviente fue cortado en pedazos antes de que la atmósfera tuviera oportunidad de estabilizarse.

Pero había un problema más grave.

El traqueteo de la nave se había vuelto continuo. Un rastro de chispas al rojo se agitaba fuera de la nave, pasando ante el ventanal. Esas chispas, según las tres clases diferentes de alarmas que aullaban a la vez por todo el puente, eran lo que quedaba del escudo ablativo de la inutilizada popa del crucero.

Anakin miró con preocupación la lectura de la consola.

—No hay cápsulas de salvamento. No queda ninguna en toda la nave —Miró a Obi-Wan—. Estamos atrapados.

Obi-Wan parecía más interesado que preocupado.

—Bueno. Es una oportunidad de demostrar tu legendaria habilidad de piloto, mi joven amigo. Puedes hacer volar este crucero, ¿no?

—Que vuele no es el problema. El truco está en aterrizarlo, algo que, ah... —Anakin soltó una risa ligeramente temblorosa—. Verás, no es algo para lo que esté precisamente diseñado. Ni siquiera estando de una pieza.

Obi-Wan no parecía impresionado.

—¿Y qué?

Anakin soltó la red antichoque que envolvía el cadáver del piloto y apartó su cuerpo de la silla.

—Y más te vale que te sujetes bien —dijo, sentándose en la silla y deslizando los dedos por esos controles nada familiares.

El crucero rebotó con más fuerza aún, y su altitud empezó a mermar mientras un nuevo claxon se unía al alarido de las demás alarmas.

—¡No he sido yo! —Anakin apartó de golpe las manos del tablero—. ¡Si todavía no he hecho nada!

—No ha sido por eso —la voz de Palpatine parecía antinaturalmente calmada—. Parece que alguien nos dispara.

—Maravilloso —murmuró Anakin—. ¿Falta algo más para que el día sea redondo?

—Igual podemos hablar con ellos —Obi-Wan se acercó al puesto de comunicaciones y empezó a manipular la pantalla—. Hagámosles saber que hemos capturado la nave.

—De acuerdo, encárgate de las comunicaciones —dijo Anakin. Luego señaló al puesto de copiloto—. Erredós, segundo de a bordo. ¿Canciller?

—¿Sí?

—Sujétese bien. Ahora. Vamos a hacer esto en caliente —Anakin hizo una mueca ante los ardientes restos de casco que pasaban ante las ventanas—. Y en más de un sentido.

La vasta batalla espacial que había arrasado y castigado el espacio de Coruscant durante todo este largo, largo día empezaba por fin a extinguirse.

La resplandeciente cúpula de rastros de iones y estallidos de turboláser se desvaneció con los enjambres de naves que saltaban al hiperespacio, al huir en retirada la fuerza de ataque separatista. La luz de la distante estrella de Coruscant se astillaba en las iridiscentes nubes de gases y cristales formadas por los restos de los cazas y de los pilotos. Cruceros averiados renqueaban en dirección a los astilleros espaciales, pasando junto a masas rotas que pendían muertas en el día infinito del espacio interplanetario. Las tripulaciones ganadoras asumían el mando de las naves que se habían rendido, apresando a los miembros vivos de las tripulaciones y fijando cepos a los droides.

La superficie del lado diurno del planeta capital estaba amortajada en el humo de un millón de fuegos causados por los impactos de los fragmentos de naves. Habían caído

demasiados como para que el paraguas defensivo de superficie del planeta pudiera localizar y destruir a todos. La sábana de luces artificiales del lado nocturno quedaba apagada tras el brillo rojizo de los cráteres de ardiente acero. Cada impacto había dejado una inimaginable caldera de muerte. Ahora, en los cielos de Coruscant, las naves importantes ya no eran las bélicas, sino las de rescate y supresión de fuegos, que se entrecruzaban por todo el planeta.

Ahora, una última nave fragmentada chillaba al entrar en la atmósfera, descendiendo demasiado deprisa y en un ángulo demasiado pronunciado, deshaciéndose en pedazos y proyectando sus propios chorros de vapor supercaliente. Las baterías de turboláser de las torres defensivas de superficie aislaron su signatura, y los cazas establecieron rumbos de intercepción para acabar con cualquier fragmento que pudieran fallar las baterías de superficie. Y, muy por encima, más allá de la atmósfera, en el puente del RSS *Integridad*, el segundo comandante Lorth Needa hablaba con urgencia a un fantasma azul que le llegaba a la rodilla, generado por los láseres de fase de un holocomunicador: un alienígena de ojos saltones, rostro arrugado, largas orejas puntiagudas extrañamente flexibles y vestido con una túnica Jedi.

—¡Tienen que desconectar los sistemas defensivos de superficie, señor! ¡Es el general Kenobi! —insistió Needa—. Su código lo verifica. Skywalker está con él, ¡y tienen al Canciller Palpatine!

—Oído y comprendido esto ha sido —respondió el Jedi con calma—. Lo que necesitan dime.

Needa miró al ardiente recubrimiento del casco que se consumía a medida que el crucero caía, y, mientras miraba, la nave se partió por la mitad a la altura del hangar. La parte trasera se rezagó y explotó por secciones, pero quien pilotase la mitad delantera debía de ser uno de los pilotos más grandes de los que había podido oír hablar Needa, ya que aunque dicha mitad se bamboleó e inclinó hacia abajo, consiguió de algún modo enderezarse, empleando sólo una batería de cohetes delanteros y sus alerones atmosféricos.

—Primero una flota de naves bombero —dijo Needa, ya más calmado—. Si no consiguen controlar la combustión de la entrada, no les quedará casco suficiente para llegar a la superficie. Y luego una plataforma de aterrizaje endurecida, la más resistente que haya; si no, no podrán posarse. No será un aterrizaje, sino un choque controlado. Repito, un choque controlado.

—Oído y entendido está —repitió el Jedi holográfico—. La signatura de su traspondedor reenvíenos —hecho esto, el Jedi asintió con seriedad—. Gracias, segundo comandante. Valiente servicio a la República hoy ha rendido, y la gratitud de la Orden Jedi se ha ganado. Yoda, fuera.

En el puente del *Integridad*, Lorth Needa sólo podía quedarse parado y mirar, agarrándose las manos por la espalda. La disciplina militar le obligaba a mantenerse inexpresivo, pero los nudillos se le pusieron blancos, y bandas pálidas propagaron la blancura hasta las muñecas.

Cada hueso del cuerpo le dolía de impotencia.

Porque sabía que ese fragmento de nave era una trampa mortal. Nadie podía aterrizar semejante masa, ni siquiera Skywalker. Cada segundo que pasaba antes de su desintegración y combustión final era un milagro en sí mismo, un testamento a la habilidad de un piloto justamente legendario, pero, cuando cada segundo es un milagro, ¿cuántos de ellos pueden llegar a sucederse juntos?

Lorth Needa no era religioso, ni filósofo, ni metafísico; sólo sabía de la Fuerza por reputación, pero, aún así, se encontró pidiendo en su corazón a la Fuerza que cuando el llameante final llegase a los hombres de ese resto de nave, al menos lo hiciera con rapidez.

Los ojos le cosquillearon. La ironía de todo ello le quemó la garganta. La Flota había luchado con brillantez y los Jedi habían realizado un papel sobrehumano. La República había ganado ese día teniéndolo todo en contra.

Pero la batalla se había librado para salvar al Canciller Supremo Palpatine.

Habían ganado la batalla, pero ahora, mientras Needa miraba impotente, no podía dejar de pensar que estaban a punto de perder la guerra.

***

Ésta es la obra maestra de Anakin Skywalker:

Mucha gente dice que es el mejor piloto estelar de la galaxia, pero eso son simples habladurías nacidas de las constantes referencias en la HoloRed a su inigualable historial de victorias en combate espacial. Acabar con cazas buitre y tri-cazas es sólo cuestión de tener grandes reflejos y confianza en la Fuerza; y él ha pasado tantas horas en una carlinga que llevar un caza estelar Jedi es para él como ponerse una túnica. Es su propio cuerpo, con toberas por piernas y cañones por puños.

Lo que está haciendo ahora trasciende el mero pilotaje de la misma forma que el combate Jedi trasciende una pelea de patio de escuela.

Está sentado en una silla salpicada de sangre y agujereada por disparos láser, tras una consola que no ha visto nunca antes, una consola con controles diseñados para dedos alienígenas. La nave en la que se encuentra no sólo se agita como un dewback enloquecido a través de una turbulencia brutal, sino que está ardiendo y deshaciéndose tal y como se desintegra un cometa al estrellarse contra un gigante gaseoso. Sólo tiene segundos para aprender a manejar una nave alienígena que no sólo carece de células de control de popa, sino que no tiene popa.

Eso es, sencillamente, imposible. No puede hacerse.

Pero, pese a ello, va a hacerlo.

Porque es Anakin Skywalker y no cree en lo imposible.

Extiende las manos y, por un largo, largo momento se limita a acariciar los controles, a sentir su forma bajo los dedos, a escuchar los escalofríos que su suave roce provoca en cada superficie de control que le queda a la nave en desintegración, dejando que sus

resonancias se unan en su mente hasta alcanzar la armonía tal y como haría un virtuoso de arpa-alegría ferroana al comprobar si tiene afinado el instrumento.

Y al mismo tiempo extrae poder de la Fuerza. Acumula percepción y suerte, y asume en sí mismo la intuición preconsciente, instintiva, de "lo que pasará en los próximos diez segundos", que siempre ha sido el núcleo de su talento.

Y entonces empieza.

Durante el descenso, la presión atmosférica retrasa el despliegue de los alerones, y a medida que juega con sus ángulos y los saca y mete para ralentizar el descenso de la nave sin quemarlos del todo, su rugido de contrabajo adquiere un ritmo puntuado semejante al de un corazón que se salta algún latido que otro. Los cohetes delanteros de altitud, averiados en la batalla aérea, ahora apuntan en diferentes direcciones, pero puede sentir hacia dónde le llevan, y los dispara en secuencia, haciéndoles entonar el estribillo de su improvisado concierto.

Y la verdadera inspiración, la chispeante gracia de la nota genial que da vida a su obra maestra es el contrapunto del soprano: una secuencia sincopada de escotillas exteriores que se abren, se cierran y vuelven a abrirse en el casco, alterando sutilmente la aerodinámica de la nave para proporcionarle la cantidad exacta de deslizamiento a un lado, de elevación o de descenso, para así conducir el enorme medio crucero al cono de aproximación de un objetivo localizado a un octavo de distancia del planeta.

Es la Fuerza la que hace esto posible, y más que la Fuerza. Anakin no tiene interés en una aceptación serena de lo que le depara la Fuerza. Aquí no. Ahora no. No estando en juego las vidas de Palpatine y Obi-Wan. Es todo lo contrario: se aferra a la Fuerza con un claro rechazo a fallar.

Aterrizará la nave.

Salvará a sus amigos.

Entre su voluntad y la voluntad de la Fuerza, está claro cuál decide.

Segunda Parte
Seducción

La oscuridad es generosa, y es paciente.

Es la oscuridad la que siembra semillas de crueldad en la justicia, la que gotea desdén en la compasión, la que envenena el amor con granos de duda.

La oscuridad puede ser paciente porque la menor gota de lluvia puede hacer germinar esas semillas.

Y la lluvia llegará, y las semillas germinarán, pues la oscuridad es el suelo en el que crecen, y es las nubes en las alturas, y espera tras la estrella que les da luz.

La paciencia de la oscuridad es infinita.

Con el tiempo, hasta las estrellas se consumen.

8
Líneas de fractura

Mace Windu se asomaba por la escotilla corrugada del hangar para tropas de la fragata. Con una mano se agarraba al pomo, entrecerrando los ojos ante el viento que azotaba su capa tras él; y con la otra se hacía sombra en los ojos para evitar que le deslumbrara el brillo de uno de los espejos orbitales que concentraban la luz diurna del planeta capital. En ese momento, el espejo giraba, y el crepúsculo se acercara al lugar de destino de la fragata.

Ese lugar, una plataforma de aterrizaje de un kilómetro de grosor situada en la vasta zona industrial del planeta, estaba señalado por una columna de humo y vapor fuertemente inclinada que ascendía desde la superficie hasta las capas más elevadas de la atmósfera. Un rastro de humo que sólo ahora empezaba a dispersarse, enroscándose desde su pequeño punto de origen al ser arrastrado por los vientos atmosféricos y convirtiéndose en una mancha que abarcaba el horizonte.

La fragata rugía por encima de los desfiladeros sin fondo de duracero y permeocemento que conformaban el paisaje de Coruscant, viajando en línea recta por la zona industrial sin preocuparse por las rígidas leyes de tráfico que controlaban los vuelos en el planeta. Mientras la ley marcial no fuera oficialmente revocada por el Senado, los cielos progresivamente oscuros sólo serían cruzados por naves militares de la República, transportes Jedi y vehículos de emergencia.

La fragata estaba incluida en las tres categorías.

Mace ya podía ver la nave, o lo que quedaba de ella, reposando en la chamuscada plataforma frente a él. Era sólo un trozo de nave, un fragmento, menos de la tercera parte de lo que una vez fue la nave insignia de la Federación de Comercio. Y aún ardía, pese a la espuma extintora que llovía desde cinco naves diferentes y desde los soldados clon en servicio de emergencia que la rodeaban en la plataforma.

Mace negó con la cabeza. Otra vez Skywalker. El Elegido.

¿Quién más podría haber aterrizado esa masa? ¿Quién más podría haberla llevado tan lejos?

La fragata giró para aterrizar verticalmente, con los repulsores aullando, y Mace saltó antes de que pudiera posarse, haciendo un gesto con la palma abierta al piloto para indicarle que esperase. El piloto sin rasgos dentro de su casco respondió con un puño cerrado.

Claro que, en realidad, no carecía de rasgos. Bajo el casco acorazado, el piloto clon tenía un rostro que Mace Windu recordaba demasiado bien.

Ese rostro siempre le recordaba que una vez tuvo a Dooku a su alcance y dejó que escapara.

Al otro lado de la plataforma, una escotilla de emergencia giró y se abrió. Los equipos de emergencia forcejearon con una escala, y un momento después el Canciller Supremo, Obi-Wan Kenobi y Anakin Skywalker se encontraron pisando la plataforma

junto a la ardiente nave, seguidos de cerca por una unidad R2 un tanto castigada que se elevó y luego descendió sobre sus cohetes de maniobra incorporados.

Mace caminó con rapidez para reunirse con ellos.

Las ropas de Palpatine estaban chamuscadas y deshilachadas en los bordes. Parecía débil y, a medida que se alejaban de la nave, se apoyaba un poco en el hombro de Skywalker. Al otro lado, el Maestro Kenobi también parecía un tanto dolorido. Iba cubierto de polvo, y un hililllo de sangre le brotaba de una herida en la cabeza.

Skywalker, en cambio, conservaba la apariencia del héroe de la HoloRed que se suponía que era. Parecía más alto que sus compañeros, como si hubiera crecido en los meses que hacía que Mace no lo veía. Llevaba el pelo revuelto, las mejillas sonrosadas y su paso conservaba la gracia reposada de un luchador nato; pero había algo nuevo en su aspecto físico, tal vez en cómo movía la cabeza, o en la forma en que el peso del brazo de Palpatine descansaba sobre su hombro, como si perteneciera a ese lugar... o algo menos definible. Un nuevo reposo, una nueva confianza. Un aura de poder interior.

Presencia.

Skywalker ya no era el mismo joven que el Consejo había enviado al Borde Exterior cinco meses estándar antes.

—Canciller —dijo Mace al encontrarse con ellos—. ¿Se encuentra bien? ¿Necesita atención médica? —hizo un gesto sobre el hombro, hacia la fragata que les esperaba—. Tengo un campo quirúrgico completo...

—No, no, no es necesario —dijo Palpatine con cierta debilidad—. Gracias, Maestro Windu, pero estoy bien. Muy bien, gracias a estos dos.

Mace asintió.

—¿Maestro Kenobi? ¿Anakin?

—Nunca he estado mejor —replicó Skywalker, aparentando convicción.

Kenobi se limitó a asentir, haciendo una ligera mueca al tocarse la herida de la cabeza.

—Sólo es un chichón. Seguro que necesitan ese campo quirúrgico en otra parte.

—Así es —Mace parecía huraño—. Aún no tenemos ni una estimación preliminar de las bajas civiles.

Hizo un gesto a la fragata, y ésta se alejó con un rugido hacia los incontables incendios que pintaban de rojo la cercanía de la noche.

—Ya hay una lanzadera en camino. Canciller, estará usted en suelo del Senado en menos de una hora. Ya se ha notificado a la HoloRed que usted querrá hacer una declaración.

—Así es. Así es —Palpatine tocó a Mace en el brazo—. Usted siempre ha sido muy valioso para mí, Maestro Windu. Gracias.

—Los Jedi nos sentimos honrados de servir al Senado, señor —quizás hubiera cierto énfasis en la palabra "Senado". Mace permaneció inexpresivo a medida que apartaba sutilmente el brazo de la mano del Canciller. Miró a Obi-Wan—. ¿Hay algo más que deba informar, Maestro Kenobi? ¿Qué ha sido del general Grievous?

—El Conde Dooku estaba allí —interpuso Skywalker. Había en su rostro una expresión que Mace no pudo descifrar. Orgullosa, pero temerosa, hasta infeliz—. Ahora está muerto.

—¿Muerto? —pasó la mirada de Anakin a Obi-Wan y de vuelta al primero—. ¿Es cierto eso? ¿Habéis matado al Conde Dooku?

—Mi joven amigo es demasiado modesto. Él mató al Conde Dooku —repuso Kenobi, sonriendo y tocándose el bulto de la cabeza—. Yo estaba... echando una siesta.

—Pero... —Mace pestañeó. Dooku era a los separatistas lo que Palpatine a la República: el centro de gravedad que mantenía unida una espiral galáctica de intereses especiales. Sin Dooku, la Confederación de Sistemas Independientes dejaría de ser una confederación. Se desintegraría en cuestión de semanas.

En cuestión de días.

—Pero... —volvió a decir Mace.

Y al final no se le ocurrió ningún pero.

Todo era tan asombroso que estuvo a punto, casi, pero no del todo, de llegar a sonreír.

—Éstas son las mejores noticias que oigo desde... —negó con la cabeza—. Desde no recuerdo cuándo, Anakin, ¿cómo lo hiciste?

El joven Skywalker se mostró claramente, y de forma inexplicable, incómodo; esa nueva presencia, tan confiada, que exhibía se derrumbó tan repentinamente como un escudo sobrecargado, y en vez de mirar a Mace a los ojos desvió la mirada hacia Palpatine. De algún modo, Mace no consideró eso modestia. También miró al Canciller, y, poco a poco, perdió su alegría, que se trocó en un desconcierto teñido de sospecha.

—Fue... por completo extraordinario —dijo Palpatine con sosería, ajeno a la mirada suspicaz de Mace—. No sé nada de esgrima, claro, pero con mi ojo inexperto, yo diría que el Conde Dooku fue, quizás... en exceso confiado. Sobre todo tras deshacerse tan limpiamente del Maestro Kenobi.

Obi-Wan enrojeció, sólo un poco... y Anakin enrojeció bastante más.

—Puede que el joven Anakin estuviera... muy motivado —dijo Palpatine, dedicándole una sonrisa de aprecio—. Después de todo, Dooku sólo luchaba para matar a un enemigo, y Anakin luchaba para salvar, si puedo presumir de ese honor, a un amigo.

El ceño de Mace se ensombreció. Eran buenas palabras. Puede que hasta sinceras, pero seguían sin gustarle.

Nadie en el Consejo Jedi se había sentido cómodo con la relación tan estrecha que Skywalker tenía con el Canciller. Y ya habían mantenido más de una conversación al respecto con Obi-Wan, cuando Anakin aún era su padawan. Y ahora, a Mace no le alegraba nada oír a Palpatine hablar por un joven Jedi que no parecía preparado para hablar por sí mismo.

—Estoy seguro de que el Consejo se mostrará muy interesado en tu informe completo, Anakin —dijo, con el énfasis justo en "completo", para dejar clara la situación.

Skywalker tragó saliva, y entonces, ese aura de confianza centrada y calmada se reconstruyó a su alrededor tan repentinamente como había desaparecido.

—Sí. Sí, claro, Maestro Windu

—Y debemos informar que Grievous escapó —dijo Obi-Wan—. Sigue siendo tan cobarde como siempre.

Mace aceptó las noticias con un asentimiento.

—Pero no es más que un jefe militar. Sin Dooku para mantener unida la coalición, esos supuestos sistemas independientes se disgregarán, y ellos lo saben —miró directamente a los ojos del Canciller Supremo—. Ésta es nuestra mejor oportunidad de alcanzar la paz. Podemos acabar ahora mismo esta guerra.

Y Mace Windu buscó en la Fuerza mientras Palpatine respondía.

El mundo se cristalizó alrededor de ellos gracias a la percepción de la Fuerza de Mace, convirtiéndose en una gema de realidad cruzada por fallas y líneas de fractura de posibilidades. Ése era el don especial de Mace: ver cómo encajaban las personas y las situaciones en la Fuerza, para encontrar las facetas que podrían romperse de forma útil e intuir qué clase de golpe haría el mejor corte. Y pese a no poder determinar qué importancia tenían las estructuras que percibía, ya que la nube que oscurecía a la Fuerza desde el renacer de los Sith le dificultaba cada vez más la tarea, la presencia de puntos de ruptura seguía siendo muy clara para él.

Mace había respaldado el entrenamiento de Anakin Skywalker, aunque iba en contra de una tradición Jedi de milenios, porque la estructura de líneas de ruptura en la Fuerza que lo rodeaba le había permitido intuir cierto grado de verdad en la conjetura de Qui-Gon de que el joven niño esclavo de Tatooine era el profetizado Elegido, nacido para llevar el equilibrio a la Fuerza. Había defendido el ascenso de Obi-Wan al Maestrazgo, y que se le encomendara a este nuevo Maestro sin probar el entrenamiento del Elegido, porque su percepción única le había mostrado poderosas líneas de destino uniendo sus vidas, para bien o para mal. El día de la elección de Palpatine como Canciller había visto que el propio Palpatine era un punto de ruptura de inimaginable importancia: un hombre del que podía depender el destino de la propia República.

Y ahora veía juntos a los tres hombres, y el intrincado encaje de líneas de fractura y de tensión que los unían era tan abrumadoramente poderoso que su estructura estaba más allá de todo cálculo.

Anakin era una especie de pivote central, el punto de apoyo de una balanza en la que Obi-Wan estaba a un lado, Palpatine al otro y toda la galaxia pendía en equilibrio. Pero la nube que oscurecía la Fuerza impedía a su percepción adentrarse en el futuro, más allá de una simple insinuación de hacia dónde podían conducir las cosas. El equilibrio era ya tan delicado que no podía conjeturar el resultado de cualquier variante: el menor empujón en cualquier dirección generaría una oscilación caótica. Podía pasar cualquier cosa.

Cualquier cosa.

Y el encaje de líneas de ruptura que unía a unos con otros apestaba al Lado Oscuro.

Alzó la cabeza y miró al cielo. Pudo distinguir la lanzadera Jedi que, como una estrella fugaz, se dirigía hacia ellos en la tarde progresivamente oscura.

—Me temo que seguirá sin haber paz mientras Grievous siga en libertad —dijo el Canciller con tristeza—. Dooku era el único que controlaba la monstruosa sed de matanza de Grievous. Sin Dooku, el general iniciará una campaña de terror por la galaxia. Temo que esta guerra, lejos de haber acabado, esté a punto de agravarse mucho más.

—¿Y qué pasa con los Sith? —dijo Obi-Wan—. La muerte de Dooku debería haber debilitado a la oscuridad, pero, en vez de eso, parece más fuerte que nunca. Me temo que la intuición del Maestro Yoda era acertada, y Dooku sólo era el aprendiz del Señor Sith, y no el Maestro.

Mace empezó a caminar hacia la pequeña pista de amarre en la que aterrizaría la lanzadera Jedi, y los demás le siguieron.

—El Señor Sith, si es que aún existe alguno, se mostrará en su momento. Siempre lo hacen.

Esperaba que Obi-Wan captara la insinuación y se callara. Mace no sentía deseos de hablar abiertamente de esa investigación ante el Canciller Supremo.

Cuanto menos supiera Palpatine, mejor.

—Grievous es un rompecabezas más interesante —dijo—. Le tenía a su merced, Canciller, y la piedad no es una de las virtudes del general. Aunque todos nos alegramos de que no le matara, no puedo dejar de preguntarme el porqué.

Palpatine abrió las manos.

—Sólo puedo suponer que los separatistas preferían tenerme de rehén a convertirme en mártir. Aunque eso es imposible de saber; quizá sólo fuera un antojo del general. Es un ser muy errático.

—Puede que los líderes separatistas lo contuvieran a cambio de ciertas... —Mace dejó que su mirada vagara casualmente hasta un punto situado en alguna parte sobre la cabeza del Canciller—...consideraciones.

—En absoluto —Palpatine se irguió, alisándose los ropajes—. Una negociación de paz habría significado reconocer a la CSI como Gobierno legítimo de los sistemas rebeldes y, por tanto, ¡habría equivalido a perder la guerra! No, Maestro Windu, esta guerra sólo acabará de un modo: con una rendición incondicional. Y eso no pasará mientras Grievous siga con vida.

—Muy bien —dijo Mace—. Entones los Jedi convertirán la captura del general Grievous en su tarea particular. —Miró a Anakin, a Obi-Wan y luego a Palpatine. Se inclinó hacia el Canciller, y su voz era grave y definitiva, con una intensidad soterrada que insinuaba, en el menor grado posible, sospecha y advertencia—. Esta guerra ya ha durado demasiado. Lo encontraremos, y esta guerra acabará con él.

—No tengo ninguna duda de ello —Palpatine siguió caminando a su lado, de forma aparentemente inconsciente—. Pero no debemos subestimar lo arteros que pueden llegar a ser los separatistas. Puede que incluso la misma guerra sólo sea un paso de un plan aún más amplio —dijo con elegancia y sencilla precisión.

Obi-Wan observó a Anakin, que simulaba no mirar por la ventana, mientras la lanzadera Jedi volaba hacia la plataforma de aterrizaje privada del Canciller, en el

Edificio Administrativo del Senado. En la plataforma había un pequeño contingente de bienvenida compuesto por senadores, y Anakin se esforzaba desesperadamente por simular que no buscaba un rostro concreto entre esa pequeña multitud. Pero la simulación era una pérdida de tiempo, Anakin irradiaba una excitación tan potente en la Fuerza que Obi-Wan prácticamente podía oír el tronar de sus latidos.

Obi-Wan emitió un suspiro silencioso. Tenía una idea demasiado clara de cuál era el rostro que esperaba ver su antiguo padawan.

Cuando la lanzadera tocó tierra, el Maestro Windu atrajo su atención desde el otro lado del hombro de Anakin. El Maestro korun hizo un gesto casi invisible a Obi-Wan, que no respondió de forma visible. Pero cuando Palpatine, Anakin y R2 desembarcaron para reunirse con la multitud de simpatizantes, él se quedó rezagado.

Anakin se detuvo en la plataforma de descenso y miró a Obi-Wan.

—¿No vienes?

—No estoy hecho para la política —dijo Obi-Wan, mostrando su habitual asomo de una sonrisa—. Yo informaré al Consejo.

—¿No debería hacerlo yo también?

—No es necesario. No es el informe formal. Además —Obi-Wan hizo un gesto con la cabeza hacia el grupo de equipos de la HoloRed que atestaban la zona de peatones—, alguien tiene que ser el chico de la foto.

—El hombre de la foto —corrigió Anakin con aire dolido.

—Cierto, cierto —dijo Obi-Wan con una risita amable—. Ve a reunirte con tu público, hombre de la foto.

—Espera un momento, toda esta operación fue idea tuya. Tú la planeaste. Tú liderabas el rescate. Te toca recibir los aplausos.

—No te librarás fácilmente de ésta, mi joven amigo. Sin ti yo no habría podido llegar a la nave insignia. Tú mataste al Conde Dooku y rescataste solito al Canciller... Y todo ello mientras, y perdona que no lo olvide, cargabas a la espalda con un viejo Maestro Jedi inconsciente. Por no hablar de que has hecho un aterrizaje que será considerado un modelo imposible en todos los manuales de vuelo de los próximos mil años.

—Sólo gracias a tu entrenamiento, Maestro...

—Eso no es más que una excusa. Tú eres el héroe. Ve a pasar tu día de gloria rodeado de... —Obi-Wan se permitió una tos ligeramente burlona— ...políticos.

—Vamos, Maestro, me lo debes. Y no sólo por salvarte el pellejo por décima vez...

—Novena vez. Lo de Cato Neimoidia no cuenta. Para empezar, fue culpa tuya —Obi-Wan le hizo un gesto con la mano para que se alejara—. Te veré por la mañana, cuando informemos sobre lo ocurrido en el Borde Exterior.

—Bueno... vale. Sólo por esta vez.

Anakin se rió, saludó con la mano y avanzó a paso rápido para alcanzar a Palpatine cuando éste, con la suavidad del transpariacero engrasado que proporciona toda una vida en la política, se mezclaba con los senadores.

La escotilla giró, cerrándose, y la lanzadera se elevó. La sonrisa de Obi-Wan se desvaneció al volverse hacia Mace Windu.

—¿Querías hablar conmigo?

Windu se acercó a su lado junto a la ventanilla, señalando con la cabeza la escena de la plataforma de aterrizaje.

—Es Anakin. No me gusta su relación con Palpatine.

—Ya hemos tenido esta conversación antes.

—Hay algo entre ellos. Algo nuevo. Puedo verlo en la Fuerza —la voz de Mace era átona y hosca—. Algo muy poderoso e increíblemente peligroso.

—Confiaría mi vida a Anakin —dijo Obi-Wan, extendiendo las manos.

—Ya lo sé. Sólo desearía poder confiar la de Anakin al Canciller.

—Sí —dijo Obi-Wan, frunciendo el ceño—. La política de Palpatine es a veces... cuestionable, pero quiere a Anakin como un viejo tío a su sobrino favorito

Mace miró por la ventanilla.

—El Canciller ama el poder. Si tiene alguna otra pasión, no lo he notado.

Obi-Wan negó con la cabeza con cierta incredulidad.

—Recuerdo que no hace mucho eras un admirador suyo.

—Las cosas cambian —dijo Mace Windu con gravedad.

Obi-Wan no pudo dejar de estar de acuerdo mientras volaban sobre un paisaje hollado por restos humeantes donde antaño altos edificios llenos de seres vivientes brillaron al sol, rumbo a un Templo lleno de los recuerdos de muchos, muchos Jedi que nunca volverían de esa guerra.

—¿Qué quieres que haga? —dijo al cabo de un momento.

—No estoy seguro. Ya conoces mi poder, no siempre puedo interpretar lo que veo. Mantente alerta. Vigila a Anakin y a Palpatine. El Canciller no es de confianza, y su influencia en Anakin es peligrosa.

—Pero Anakin es el Elegido...

—Más motivo aún para temer una influencia externa. Tenemos evidencias circunstanciales que apuntan a que Sidious se encuentra en el círculo interno de Palpatine.

Obi-Wan sintió de pronto dificultades para respirar.

—¿Estás seguro?

Mace negó con la cabeza.

—Nada es seguro. Pero este ataque... La captura de Palpatine tiene que ser un trabajo desde dentro. Y el momento elegido... ¡cuando estábamos tan cerca de él, Maestro Kenobi! La información que Anakin y tú descubristeis nos hizo seguir la pista del Señor Sith hasta una fábrica abandonada en Los Talleres, no muy lejos de donde Anakin aterrizó el crucero. Cuando empezó el ataque, estábamos siguiendo su rastro por los túneles subterráneos. —Mace miró por la ventanilla, hacia el vasto complejo residencial que dominaba el horizonte por el Oeste—. El rastro nos condujo al subsótano del República Quinientos.

El República Quinientos era el edificio más exclusivo del planeta. Entre sus inquilinos sólo se contaban los increíblemente ricos o los increíblemente poderosos, desde Raith Sienar, del conglomerado de Sistemas Sienar, hasta el propio Palpatine.

—Oh —fue todo lo que pudo decir Obi-Wan.

—Tenemos que asumir la posibilidad, la probabilidad, de que lo que te dijo Dooku en Geonosis fuera la verdad. Que el Senado está bajo la influencia, bajo el control, de Darth Sidious. Que viene pasando desde hace años.

—¿Tienes... —Obi-Wan tuvo que tragar saliva antes de poder continuar—, ...tienes algún sospechoso?

—Demasiados. Lo único que sabemos de Sidious es que es bípedo y de aspecto básicamente humano. Sate Pestage es el primero que acude a la mente. Y tampoco descartaría a Mas Amedda. El Señor Sith podría hasta estar escondido entre los Guardias Rojos. No hay forma de saberlo.

—¿Quién se ocupa de los interrogatorios? —preguntó Obi-Wan—. Me encantaría participar. Mis percepciones no son tan refinadas como las de algunos, pero...

Mace negó con la cabeza.

—¿Interrogar a los consejeros y los ayudantes personales del Canciller Supremo? Imposible.

—Pero...

—Palpatine no lo permitirá nunca. Aunque no lo ha dicho... —Mace miró por la ventanilla— ...no estoy seguro ni de que crea en los Sith.

Obi-Wan parpadeó.

—Pero, ¿cómo puede...?

—Míralo desde su punto de vista. La única prueba que tenemos es la palabra de Dooku. Y ahora está muerto.

—El Señor Sith de Naboo, el zabrak que mató a Qui-Gon...

Mace se encogió de hombros.

—Muerto, como ya sabes —negó con la cabeza—. Las relaciones con el Despacho del Canciller son... difíciles. Temo que haya perdido su confianza en los Jedi. Yo, desde luego, he perdido la confianza en él.

—Pero él no tiene autoridad para interferir en una investigación Jedi... —Obi-Wan frunció el ceño, de pronto inseguro—. ¿O sí?

—El Senado ha cedido mucho poder, y resulta difícil saber dónde acaba su autoridad.

—¿Tan grave es?

Mace apretó la mandíbula.

—El único motivo por el que no sospechamos de Palpatine es que ya gobierna la galaxia.

—Pero estamos más cerca que nunca de acabar con los Sith. Eso sólo pueden ser buenas noticias. Y yo diría que la amistad de Anakin con Palpatine podría sernos de utilidad, ya que él tiene un acceso al Canciller que otros Jedi sólo pueden soñar. Su amistad es una ventaja, no un peligro.

—No puedes decírselo.

—¿Cómo dices?

—Sólo Yoda y yo, de todo el Consejo, sabemos lo grave que es la situación. Y ahora tú. He decidido compartir esto contigo porque estás en una situación ideal para vigilar a Anakin. Vigílalo. Sólo eso.

—Nosotros... —Obi-Wan negó con la cabeza, impotente—. Nosotros no tenemos secretos.

—Deberás tener éste —Mace entrecruzó sus dedos y los apretó hasta que los nudillos le chasquearon como disparos láser—. Skywalker es, posiblemente, el Jedi más poderoso que existe, y cada día es más y más fuerte, pero no es estable. Tú lo sabes. Lo sabemos todos. Por eso no se le puede otorgar el Maestrazgo. Debemos mantenerlo fuera del Consejo pese a sus extraordinarias habilidades. Y la profecía Jedi... no es absoluta. Cuanta menos relación tenga con Palpatine, mejor.

—Pero seguramente...

Obi-Wan se contuvo. Pensó en las muchas veces que Anakin había violado una orden. Pensó en lo resueltamente leal que era su antiguo padawan con todo el que consideraba un amigo. Pensó en el peligro que corría Palpatine sin saberlo, al tener un Sith entre sus consejeros...

El Maestro Windu tenía razón. Era un secreto que no se le podía confiar a Anakin.

—¿Qué puedo decirle?

—No le digas nada. Siento el Lado Oscuro a su alrededor. Alrededor de los dos.

—Como lo está alrededor de todos —le recordó Obi-Wan—. El Lado Oscuro nos toca a todos, Maestro Windu. Incluso a ti.

—Lo sé demasiado bien, Obi-Wan —por un segundo, Obi-Wan vio algo salvaje y atormentando en los ojos del Maestro korun. Éste apartó la mirada—. Es posible que tengamos que... actuar contra Palpatine.

—¿Actuar contra...?

—Quizá sea el único modo, si de verdad está siendo controlado por un Señor Sith.

Todo el cuerpo de Obi-Wan se había insensibilizado. Eso no parecía real. No era posible que estuvieran teniendo esa conversación.

—Tú no has estado aquí, Obi-Wan —Mace se miró las manos con desolación—. Has estado luchando en el Borde Exterior. No sabes lo que es tener que lidiar con disputas miserables, con intereses especiales y con los idiotas ambiciosos y avariciosos del Senado, ni con las maniobras constantes, cínicas e implacables de Palpatine para obtener más poder, arrancándonos pedazos de libertad y vendándonos las heridas con escasas migajas de seguridad. ¿Y para qué? ¡Mira este planeta, Obi-Wan! Hemos renunciado a muchas libertades, ¿acaso te parece seguro?

El corazón le dio un vuelco a Obi-Wan. Éste no era el Mace Windu que conocía y admiraba; era como si la oscuridad en la Fuerza fuera tan espesa en Coruscant como para insuflar su veneno en el espíritu de Mace, y quizás hasta cultivar la sospecha y la disensión entre los miembros del Consejo Jedi.

La oscuridad externa era más peligrosa cuando se alimentaba de la oscuridad interna.

Había temido encontrar la situación muy deteriorada al volver a Coruscant y al Templo, pero ni en sus sueños más oscuros había pensado que pudiera agravarse tanto.

—Maestro Windu, Mace. Nos reuniremos con Yoda —dijo con firmeza—. Y se nos ocurrirá algo entre los tres. Seguro. Ya lo verás.

—Puede que sea demasiado tarde.

—Puede que lo sea. Y puede que no. Sólo podemos hacer lo que podemos hacer, Mace. Un Jedi muy, muy sabio me dijo una vez: "No necesitamos ganar. Sólo necesitamos limitarnos a luchar."

Algunas de las arrugas se borraron entonces del rostro del Maestro korun, y cuando encontró la mirada de Obi-Wan, había una curva en la comisura de su boca que algún día podría convertirse en una sonrisa, una sonrisa triste y cansina, pero una sonrisa al fin y al cabo.

—Me parece que había olvidado a ese Jedi concreto —dijo despacio—. Gracias por recordármelo.

—Es lo menos que podía hacer —dijo Obi-Wan alegremente, pero la tristeza le pesaba en el pecho.

Las cosas han cambiado, y mucho.

Anakin notaba el corazón latiéndole en la garganta, pero siguió sonriendo, asintiendo, estrechando manos e intentando abrirse paso con desesperación hacia un familiar droide de protocolo de cabeza dorada que esperaba más allá de la multitud de senadores, con el brazo alzado en una pequeña tentativa de saludo a R2-D2.

Ella no estaba aquí. ¿Por qué no estaba aquí?

Debía de haber pasado algo.

Sabía en sus entrañas que le había pasado algo. Habría tenido un accidente, estaría enferma o habría quedado atrapada en uno de los muchísimos edificios alcanzados por los restos de la batalla de hoy... Podía estar atrapada en este mismo momento. Podía estar herida, asfixiándose, llamándole a él por su nombre, hasta sintiendo la cercanía de las llamas...

Para ya, se dijo. *No está herida*. Si le hubiera pasado algo lo habría sabido. Incluso estando al otro lado del Borde Exterior.

Entonces, ¿por qué no estaba aquí?

¿Había...?

Apenas podía respirar. No podía ni obligarse a pensar en ello. No podía ni dejar de pensar en ello.

¿Había cambiado algo? ¿En ella?

¿En lo que sentía?

Se las arregló para soltarse del pegajoso abrazo de Tundra Dowmeia y de sus insistentes invitaciones para visitar la mansión familiar en las aguas profundas de Mon Calamari, y pasó junto al senador malastariano Ask Aak, disculpándose con un encogimiento de hombros.

Tenía a otro senador en mente.

R2 pitaba, zumbaba y silbaba intensamente cuando Anakin consiguió por fin liberarse de la masa de políticos sudorosos y avaros de saludo.

—No puede haber sido tan malo. ¡No exageres! —respondió C-3PO con un gesto de displicencia—. Si apenas estás abollado.

El pitido de respuesta de R2 sonó algo a la defensiva. C-3PO emitió por su vocalizador un asomo de estática que sonaba claramente como un bufido desaprobador.

—En eso estoy de acuerdo. Hace mucho que necesitas una revisión. Y yo añadiría que un baño.

—Trespeó...

Anakin se acercó al droide que había construido en la choza de esclavos de su madre en Tatooine, el droide que había sido su proyecto y su amigo durante su dolorosa infancia, el droide que ahora servía a la mujer que amaba...

Trespeó había estado con ella todos esos meses, la había visto todos los días, la había tocado, puede que incluso hoy, ya que podía sentir, resonando en su cascarón electro bañado, ecos de ella que le dejaron sin respiración.

—¡Oh, amo Anakin! —exclamó Trespeó—. ¡Estoy muy contento de encontrarlo bien! ¡Uno se preocupa cuando se pierde el contacto con los amigos! Se lo decía el otro día a la senadora, ¿o fue la otra semana? El tiempo parece transcurrir muy deprisa, ¿cree que podría tener un momento para ajustar mi calendario interno aprovechando que está...?

—Trespeó, ¿la has visto? —Anakin se esforzaba tanto en no gritar que su voz pareció un graznido estrangulado—. ¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido?

—Oh, claro, desde luego, desde luego. Oficialmente, la senadora Amidala está extremadamente ocupada —dijo C-3PO, imperturbable—. Lleva todo el día confinada en la embajada de Naboo, repasando el nuevo Acta de Seguridad, preparándose para el debate de mañana...

Anakin no podía respirar. No estaba aquí, no había venido a recibirlo, ¿por un debate?

El Senado. Odiaba el Senado. Odiaba todo lo relacionado con él.

Una neblina roja se formó en su cabeza. Esos conflictivos, presumidos, estrechos de mente, avariciosos... Haría un favor a la galaxia si fuera ahora mismo hasta allí y...

—Espera —murmuró, parpadeando—. ¿Has dicho "oficialmente"?

—Oh, sí, amo y Maestro Anakin —Trespeó sonaba completamente virtuoso—. Ésa es mi respuesta oficial a cualquier pregunta referente al paradero de la senadora. Durante toda la tarde.

La neblina roja se evaporó, dejando sólo luz del sol y un mareante aire fresco.

Anakin sonrió.

—¿Y extraoficialmente?

El droide de protocolo se inclinó hacia él y le habló en un susurro exageradamente conspirador.

—Extraoficialmente, le espera en el saloncito.

Se sintió como alcanzado por un rayo. Pero en el buen sentido. En el mejor sentido que podía llegar a sentirse un hombre desde, más o menos, el nacimiento del universo.

Trespeó señaló ligeramente con la cabeza hacia los otros senadores y los equipos de la HoloRed que había cerca.

—Le pareció que sería mejor evitar una, ah, escena pública. Y deseaba que yo le dijera a usted que cree que los dos podrían... evitar una escena pública... toda la tarde. Y quizá también toda la noche.

—¡Trespeó! —Anakin le miró pestañeando, sintiendo un deseo irracional de soltar una risita—. ¿Qué estás sugiriendo?

—No podría decirlo, señor. Sólo sigo las instrucciones de la senadora.

—Eres... —Anakin negó con la cabeza, maravillado, mientras su sonrisa se ensanchaba hasta un punto en el que le pareció que podía partirle las mejillas—. Eres asombroso.

—Gracias, amo y Maestro Anakin, aunque ese crédito es sobre todo para... —C-3PO hizo una elegante reverencia— ...mi creador.

Anakin no podía dejar de sonreír.

Tras esto, el droide dorado de protocolo posó una mano afectuosa en la cúpula de R2.

—Vamos, Erredós. He encontrado una tienda de reparaciones espléndida en la Vía Lipartiana.

Se alejaron, girando y chirriando tras los senadores que ya se mezclaban con los equipos de la HoloRed. La sonrisa de Anakin se desvaneció al verlos marchar.

Sintió una presencia tras él y se volvió. Palpatine estaba a su lado con una cálida sonrisa y una palabra amable, como siempre parecía estar cuando Anakin estaba preocupado.

—¿Qué pasa, Anakin? —preguntó el Canciller, amable—. Algo te preocupa. Lo noto.

—No es nada —repuso Anakin, encogiéndose de hombros, avergonzado y rechazando la idea.

—Anakin, cualquier cosa que pueda preocupar a alguien como tú, desde luego es algo. Déjame ayudarte.

—No hay nada que pueda usted hacer. Es que... —Anakin señaló con la cabeza a 3PO y R2—. Sólo pensaba que incluso después de todo lo que he hecho, Cetrespeó sigue siendo el único de los que conozco que me llama "Maestro".

—Ah. El Consejo Jedi —Palpatine rodeó con un brazo los hombros de Anakin y le dio un apretón de camarada—. Creo que podré serte de ayuda en ese problema.

—¿De verdad?

—Me sorprendería mucho no serlo.

La sonrisa de Palpatine seguía siendo cálida, pero sus ojos se habían vuelto distantes.

—Puede que hayas notado que tengo cierto talento —murmuró— para salirme con la mía.

9
Padmé

Ella miraba desde la sombra de un gran pilar que se alzaba hasta la tarde enrojecida que se filtraba por el techo de transpariacero abovedado del atrio del Edificio del Senado, observando cómo se apelotonaban los senadores para cruzar la arcada que salía desde la plataforma de aterrizaje del Canciller. Entonces vio al propio Canciller, a C-3PO y sí, ¡ése era R2-D2!, por lo que él no podía estar muy lejos... Y sólo entonces lo vio entre ellos, alto y erguido, con su pelo aclarado hasta el rubio por la radiación y con una animada sonrisa en los labios que le llegó al pecho y le abrió el corazón.

Y pudo volver a respirar.

Cuando pasó por su lado el remolino de reporteros de la HoloRed, la cháchara de los senadores y la voz amablemente tranquilizadora de Palpatine hablando en su tono más paternal y reposado, ella no se movió, ni siquiera para alzar una mano o girar la cabeza. Permaneció en silencio, inmóvil, permitiéndose apenas respirar, sintiendo los latidos de su propio corazón. Y podría haberse quedado allí para siempre, en las sombras, y sus sueños más queridos se habrían hecho realidad con sólo haberlo visto con vida...

Pero cuando él se apartó del grupo, manteniendo una tranquila conversación con Bail Organa, de Alderaan, y oyó que éste le decía algo sobre el final del Conde Dooku, el fin de la guerra y un final a las tácticas de policía estatal de Palpatine, recuperó el aliento y lo retuvo, porque supo que lo próximo que oiría sería la voz de él.

—Me gustaría que fuera así —dijo Anakin—, pero la lucha continuará hasta que el general Grievous se vea reducido a pedazos. El Canciller es muy claro al respecto, y creo que tanto el Senado como el Consejo Jedi estarán de acuerdo.

Y después de eso no podía esperar ser más feliz, hasta que los ojos de él captaron su sombra inmóvil y silenciosa. Él se irguió, y una nueva luz iluminó su rostro dorado al decir "discúlpeme" al senador de Alderaan. Un momento después corría a reunirse con ella en las sombras, y se vieron el uno en brazos del otro.

Sus labios se encontraron, y el universo volvió a ser, por última vez, perfecto.

***

Ésta es Padmé Amidala:

Una joven de impresionantes logros que en su corta vida ha sido ya la Reina electa más joven de su planeta, una guerrillera partisana y la voz de la razón más mensurada, inteligente y persuasiva del Senado de la República.

Pero, en este momento, no es ninguna de esas cosas.

Todavía puede jugar a serlas, ya que pretende ser una senadora. Aún tiene la autoridad moral de una antigua Reina y no es tímida a la hora de utilizar en un debate político su reputación de valiente luchadora, pero en su realidad más íntima, en el núcleo más fundamental e irrompible de su ser, es algo completamente diferente.

Es la esposa de Anakin Skywalker.

Pero "esposa" es una palabra demasiado pobre para comunicar su verdad; "esposa" es una palabra pequeña, vulgar. Una palabra que puede brotar de una boca desdeñosa con muchos ecos mezquinos y desagradables. Para Padmé Amidala, decir "Soy la esposa de Anakin Skywalker" es decir ni más ni menos que "Estoy viva".

Su vida antes de Anakin pertenecía a otra persona, a un ser inferior digno de compasión, algún espíritu empobrecido que nunca habría sospechado lo profundamente que debe vivirse la vida.

Su verdadera vida empezó la primera vez que miró a los ojos de Anakin Skywalker y encontró en ellos no la adoración sin condiciones del pequeño Annie de Tatooine, sino la pasión directa, abrasadora y sin vergüenza de un poderoso Jedi. Uno joven, sí, pero ya un hombre hasta el último centímetro de su ser. Un hombre cuya leyenda ya se estaba forjando dentro y fuera de la Orden Jedi. Un hombre que sabía con precisión lo que quería y era lo bastante honesto como para limitarse a pedirlo. Un hombre lo bastante fuerte como para descubrir ante ella, sin miedo y sin vergüenza, sus más profundos sentimientos. Un hombre que la había amado durante toda una década, con corazón paciente y fiel, mientras esperaba el acto del destino que, estaba seguro, algún día abriría el corazón de ella al fuego que ardía en el de él.

Pero aunque ella ama a su marido sin reservas, el amor no le ciega a sus defectos. Es mayor que él, y lo bastante sabia como para comprenderlo a él mejor que él a sí mismo. No es un hombre perfecto, está lleno de orgullo y es taciturno, y de genio rápido; pero esos defectos sólo le hacen quererlo aún más, pues cada uno de ellos se ve más que compensado por la grandeza que hay en él, por su capacidad para la alegría y para la risa purificadora, por su extraordinaria generosidad de espíritu, por su apasionada devoción no sólo hacia ella, sino al servicio de todos los seres vivos.

Es una criatura salvaje que ha acudido dócilmente hasta su mano, un tigre de las lianas que ronronea contra su mejilla. Cada roce suave de él, cada mirada amable o palabra de amor es, en sí misma, un pequeño milagro. ¿Cómo no va a estar ella agradecida por semejante regalo?

Por eso no ha permitido que su matrimonio sea del dominio público. Su marido necesita ser un Jedi. Ha nacido para salvar a la gente. Quitarle eso sería mutilar todas las cosas buenas de su atormentado corazón.

Y ahora lo abraza en ese beso infinito, rodeándole el cuello con ambas manos. Porque en el centro de su corazón anida un frío temor que le susurra que su beso no es infinito, que sólo es una pausa en el embate del universo, y que cuando se acabe, deberá afrontar el futuro.

Y eso la tiene aterrada.

Porque todo ha cambiado mientras él estaba fuera.

Hoy, aquí, en el vestíbulo del Edificio del Senado, ella le trae la noticia de un regalo mutuo, un regalo lleno de alegría *y* de terror. Ese regalo es el filo de un cuchillo que ya ha separado su pasado de su futuro.

Durante largos años se han tenido el uno al otro sólo en secreto, sólo en momentos robados a los asuntos de la República y de la guerra. Su amor ha sido el refugio perfecto, una larga tarde tranquila, cálida y soleada, lejos del miedo y la duda, del deber y del peligro. Pero, ahora, ella lleva en su interior un exterminador planetario que va a acabar para siempre con su cálida tarde, cegándolos en la inminente noche.

Ahora es algo más que la esposa de Anakin Skywalker.

Es la madre del futuro hijo de Anakin Skywalker.

***

El beso acabó finalmente, tras una eternidad demasiado breve.

Ella se aferró a él, respirando en su presencia tras tanto tiempo, murmurando palabras de amor contra su amplio pecho mientras él murmuraba palabras de amor a los rizos de su cabello suavemente perfumado.

Algo después, ella volvió a encontrar las palabras.

—Anakin, Anakin, oh, mi Anakin, n... no puedo creer que hayas vuelto. Me dijeron... —casi solloza ante ese recuerdo—. Se decía... que te habían matado. Yo no pude... Todos los días...

—No creas nunca esas historias —susurró él—. Nunca. Siempre volveré contigo, Padmé.

—He vivido un año por cada hora que has pasado fuera...

—Ha sido toda una vida. Dos vidas.

Ella alargó la mano hacia la quemadura de su mejilla.

—Te han herido...

—Nada grave —repuso él con media sonrisa—. Sólo es un recuerdo poco amistoso de que no debo descuidar la práctica con el sable láser.

—Cinco meses —era casi un gemido—. Cinco meses. ¿Cómo han podido hacernos esto?

Él posó suavemente la mejilla en la coronilla de ella.

—Si no hubieran secuestrado al Canciller, todavía estaría allí. Me siento casi..., es terrible decirlo, pero me siento agradecido. Me alegro de que lo secuestraran. Fue como si lo hubieran dispuesto todo para devolverme a casa.

Los brazos de él eran tan fuertes, tan cálidos, y su mano le tocaba el pelo con caricias tan suaves, que era como si él la considerara frágil como un sueño. Él se inclinó para darle otro beso, un nuevo beso, un beso que borrase todos los sueños oscuros y todos los días, horas y minutos de insoportable temor...

Pero, a sólo unos pasos de distancia, el atrio seguía lleno de senadores y de equipos de la HoloRed, y el precio que Anakin tendría que pagar cuando su amor se conociera hizo que Padmé apartara la cara y pusiera las manos en el pecho de él para alejarlo.

—Aquí no, Anakin. Es demasiado arriesgado.

—No, aquí sí. Justamente aquí —volvió a atraerla hacia él sin esfuerzo, venciendo su reticente resistencia—. Estoy cansado de engaños. De disimulos y de mentiras. ¡No tenemos nada de lo que avergonzarnos! Nos queremos y estamos casados. Igual que trillones de seres en toda la galaxia. Es algo de lo que deberíamos hablar a gritos, no en susurros...

—No, Anakin. No somos como todos los demás. Ellos no son Jedi. No podemos dejar que nuestro amor acabe haciendo que te expulsen de la Orden por la fuerza...

—¿Expulsarme por la Fuerza? —él la sonrió con orgullo—. ¿Eso es un juego de palabras?

—Anakin... —él seguía siendo capaz de enfurecerla sin ni siquiera intentarlo—. Escúchame. Tenemos un deber para con la República. Los dos, pero el tuyo es ahora mucho más importante. Eres el rostro de los Jedi, Anakin. Pese a todos estos años de guerra, hay mucha gente que aún quiere a los Jedi, y eso es, sobre todo, porque te quieren a ti, ¿entiendes? Les gusta tu historia. Eres como algo salido de un cuento de hadas; el príncipe secreto, oculto entre los campesinos y creciendo sin saber lo especial de su destino. Salvo que en tu caso, la historia es real. A veces creo que el único motivo por el que el pueblo de la República sigue pensando que podemos ganar la guerra es porque tú luchas por ellos...

—Contigo siempre acabamos volviendo a la política —dijo Anakin. Esta vez su sonrisa había desaparecido—. Apenas he vuelto a casa y ya estás intentando convencerme para que vuelva a la guerra...

—No estoy hablando de política, Anakin, sino de ti.

—Algo ha cambiado, ¿verdad? —el trueno asomó a su voz—. Lo sentí, incluso allí. Algo ha cambiado.

Ella bajó la cabeza.

—Todo ha cambiado.

—¿Qué? ¿El qué? —él la cogió por los hombros con manos fuertes e irresistiblemente poderosas—. Hay alguien más. ¡Puedo sentirlo en la Fuerza! Hay alguien interponiéndose entre nosotros...

—No como crees. Anakin, escúchame...

—¿Quién es? ¿Quién?

—Para. Anakin, para. Nos vas a hacer daño.

El abrió las manos de golpe, como si ella se las hubiera quemado. Dio un paso inseguro hacia atrás, con el rostro repentinamente ceniciento.

—Padmé... Yo nunca... Lo siento, es que...

Se apoyó en el pilar y se llevó a los ojos una mano temblorosa.

—*El Héroe Sin Miedo*. Menudo chiste..., Padmé, no puedo perderte. No puedo. Sólo vivo para ti. Espera... —alzó la cabeza, frunciendo el ceño y desconcertado—. ¿Has dicho "nos"?

Ella alargó la mano hacia él, y él se la cogió. Las lágrimas quemaban los ojos de ella, y el labio le temblaba.

—Estoy... Annie, estoy embarazada...

Ella le miró, y todo lo que significaría su hijo pasó por la mente de Anakin. A ella le dio un vuelco el corazón cuando lo primero que vio fue la alegría salvaje y casi explosiva que asomaba al rostro de él, porque eso significaba que, pese a todo lo que hubiera podido pasar en el Borde Exterior, seguía siendo su Annie.

Eso significaba que la guerra que le había marcado el rostro no le había marcado el espíritu.

Y vio cómo esa alegría se desvanecía a medida que empezaba a entender que su matrimonio no podría permanecer oculto por mucho tiempo, que ni siquiera los voluminosos ropajes que vestía podrían ocultar siempre su embarazo. Que él sería expulsado en desgracia de la Orden Jedi. Que ella sería relevada de su puesto y llamada a Naboo. Que la misma celebridad que lo había hecho a él tan importante para la guerra se volvería contra los dos, convirtiéndolos en carnaza fresca para una galaxia entera llena de buscadores de escándalos.

Y le vio decidir que no le importaba.

—Eso es —dijo despacio, y el brillo salvaje volvió a sus ojos— ...maravilloso..., Padmé. Es maravilloso. ¿Cuánto hace que lo sabes?

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a ser felices, eso es lo que vamos a ser. Y vamos a serlo juntos. Los tres.

—Pero...

—No —él posó un dedo en sus labios, sonriendo—. Sin peros. Sin preocupaciones. Te preocupas demasiado.

—Tengo que hacerlo —dijo ella, sonriendo a través de las lágrimas de sus ojos—. Porque tú nunca te preocupas por nada.

Anakin se incorporó de pronto en la cama, jadeando y mirando ciegamente a la oscuridad ajena.

Todavía atronaba en su mente el grito de ella por él, cómo había suplicado por él, como le habían fallado las fuerzas en aquella mesa extraña en la que sólo había podido gemir: "Anakin, lo siento. Te quiero. Te quiero." Y todo ello no le dejaba ver los contornos del cuarto amortajado en la noche, ni escuchar cualquier sonido que no fuera el turbomartilleo de su corazón.

Su mano de carne encontró pliegues extraños de sábanas de seda empapadas en sudor que le rodeaban la cintura. Por fin recordó dónde estaba.

Se medio volvió, y ella estaba con él, tumbada en su lado de la cama, con su gloriosa cabellera dispersa en abanico sobre la almohada, los ojos cerrados y media sonrisa en sus preciosos labios. Y cuando él vio el largo y lento ascender y descender del pecho de ella, el ciclo de la respiración, apartó el rostro, lo enterró en sus manos y sollozó.

Las lágrimas que corrían entre sus dedos eran lágrimas de gratitud.

Ella estaba viva, y estaba con él.

Apartó las sábanas en un silencio tan profundo que pudo oír el chirrido de los servomotores de su mano mecánica, y se levantó.

Cruzando el vestidor, un tramo curvado de escaleras llevaba a la baranda situada sobre la plataforma de aterrizaje privada de Padmé. Se apoyó en la barandilla, fría por la noche, y miró al interminable paisaje nocturno de Coruscant.

Aún ardía.

De noche, Coruscant siempre había sido una galaxia interminable de luces brillando desde billones de ventanas en millones de edificios que se alzaban kilómetros hacia el cielo, con sus luces de navegación, sus anuncios y el infinito fluir de luces de deslizadores que recorrían los ríos de las pistas de tráfico de las alturas. Pero esta noche, los apagones de energía se habían tragado retazos deshilachados de ciudad en una vasta nebulosa de oscuridad, rota sólo por el malévolo brillo de las enanas rojas, que eran los innumerables incendios.

Anakin no supo cuánto tiempo permaneció allí, mirando. La ciudad parecía estar como él se sentía. Dañada. Rota en combate.

Manchada de oscuridad.

Pero prefería mirar la ciudad antes que pensar en por qué se encontraba allí, mirándola.

Ella se movía más silenciosa que la humeante brisa, pero él sintió que se acercaba.

Se paró a su lado, en la barandilla, y pasó su suave mano humana por el dorso de la dura y mecánica de él. Luego se limitó a estar allí parada, mirando en silencio la ciudad que se había convertido en su segunda casa, esperando paciente a que él le dijera lo que pasaba y confiando en que se lo diría.

Él podía sentir su paciencia y su confianza, y estaba tan agradecido por ambas cosas que las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos. Tuvo que pestañear a la ardiente noche, y pestañear de nuevo, para impedir que esas lágrimas recientes se derramaran por sus mejillas. Pasó la mano de carne sobre la de ella y la mantuvo allí hasta que pudo permitirse hablar.

—Un sueño—dijo por fin.

Ella aceptó esto con un asentimiento grave, lento.

—¿Muy malo?

—Era... como los que solía tener —no podía mirarla— sobre mi madre.

Ella volvió a asentir, pero con más gravedad y más lentitud aún.

—¿Y?

—Y... —miró los pequeños y esbeltos dedos de ella, y deslizó los suyos entre ellos, uniendo ambas manos en un puño suplicante—. Era sobre ti.

Ahora ella se apartó, apoyándose una vez más en la barandilla, mirando la noche. Bajo el pulsante resplandor de los fuegos distantes estaba más hermosa de lo que la había visto nunca.

—Muy bien —dijo ella despacio—. Era sobre mí.

Y se limitó a esperar, confiando en él.

Cuando Anakin consiguió al fin decirlo, tenía la voz ronca y rota, como si se hubiera pasado el día gritando.

—Era... sobre ti. Morías. No podía soportarlo. No puedo soportarlo.

No podía mirarla. Miró a la ciudad, al suelo, a las estrellas, y descubrió que no había lugar al que soportara mirar.

Sólo podía cerrar los ojos.

—Vas a morir dando a luz.

—Oh —dijo ella.

Eso fue todo.

Sólo le quedaban unos meses de vida. Sólo les quedaban unos meses para amarse. Ella nunca vería a su hijo. Y lo único que ella decía era: "Oh".

Al cabo de un momento, el roce de la mano de ella en su mejilla le hizo abrir los ojos, y él se la encontró mirándole con calma.

—¿Y el niño?

Él negó con la cabeza.

—No lo sé.

Ella asintió y se apartó, moviéndose hacia una de las sillas de la baranda. Se sentó en ella y se miró las manos, unidas en el regazo.

Él no lo soportaba. No podía verla tan calmada y aceptando su propia muerte. Se acercó a ella y se arrodilló.

—Eso no sucederá, Padmé. No lo permitiré. Si hubiera llegado un día antes, una hora, habría salvado a mi madre... —mordió el dolor que crecía en su interior y habló a través de dientes apretados—. Ese sueño no se hará realidad.

Ella asintió.

—No creo que pase.

Él pestañeó.

—¿No lo crees?

—Estamos en Coruscant, Annie, no en Tatooine. En Coruscant las mujeres no mueren al dar a luz, ni siquiera las de los crepusculares, en los niveles inferiores. Y tengo un droide médico de primera que me asegura que estoy en perfecto estado. Tu sueño debió de ser... alguna clase de metáfora o algo así.

—Yo... Mis sueños son literales, Padmé. No distinguiría una metáfora ni aunque me mordiera. Y no puedo ver el lugar en el que estás... Puede que ni siquiera sea en Coruscant...

Ella apartó la mirada.

—He estado pensando... en ir a alguna parte..., a otro sitio, para tener el niño en secreto, para protegerte. Para que puedas seguir en la Orden.

—¡Yo no quiero seguir en la Orden! —él cogió la cara de ella entre las palmas de sus manos para que tuviera que mirarle a los ojos, para que pudiera ver lo en serio que decía cada palabra—. No me protejas. No lo necesito. Tenemos que empezar a pensar ya

mismo en cómo te vamos a proteger a ti. Porque lo único que quiero es que estemos juntos.

—Y lo estaremos. Pero en tu sueño tiene que haber algo más que mi muerte en el parto. Eso no tiene sentido.

—Lo sé, pero no puedo ni empezar a imaginar lo que puede ser. Es demasiado... No puedo ni pensar en ello, Padmé. Me volvería loco. ¿Qué vamos a hacer?

Ella le besó la palma de su mano de carne.

—Vamos a hacer lo mismo que tú me dijiste cuando te hice esa misma pregunta esta tarde. Vamos a ser felices juntos.

—Pero nosotros... no podemos... Espera. No puedo. Tengo que hacer algo.

—Pues claro que sí —ella sonrió, orgullosa—. Eso es lo que eres. En eso consiste ser un héroe. ¿Y Obi-Wan?

Él frunció el ceño.

—¿Qué pasa con él?

—Una vez me dijiste que era tan sabio como Yoda y tan poderoso como Mace Windu. ¿No podría ayudarnos?

—No —el pecho de Anakin se constriñó como si un puño le estrujara el corazón—. No puedo... Tendría que decírselo...

—Es tu mejor amigo, Annie. Ya debe sospecharlo.

—Una cosa es que sospeche y otra que se lo restreguemos en la cara. Sigue estando en el Consejo. Tendría que informar sobre mí y...

—¿Y qué? ¿Es que hay algo que no me hayas contado?

Él apartó la mirada.

—No sé si está de mi parte.

—¿De tu parte? ¿Qué estás diciendo, Anakin?

—Está en el Consejo Jedi, Padmé. Sé que mi nombre se ha mencionado para el Maestrazgo. Soy más poderoso que cualquier Maestro Jedi vivo. Pero alguien bloquea mi acceso. Obi-Wan podría decirme quién es y por qué..., pero no lo hace. No estoy seguro de que se ponga de mi lado si llego a enfrentarme a ellos.

—No puedo creerlo.

—No tiene nada que ver con creencias —murmuró con algo de amargura—. Es la verdad.

—Entonces habrá alguna razón. Anakin, es tu mejor amigo. Te quiere.

—Puede que sí, pero no creo que confíe en mí —sus ojos eran tan vacíos como la noche—. Y no estoy seguro de que podamos confiar en él.

—¡Anakin! —ella le agarró el brazo—. ¿Qué te hace decir eso?

—Ninguno se fía de mí, Padmé. Ninguno de ellos. ¿Sabes lo que siento cuando me miran?

—Anakin...

Se volvió hacia ella, y todo su ser le dolía. Quería llorar, enfurecerse y convertir su furia en un arma que le liberase para siempre.

—Miedo. Siento su miedo. Y por nada.

Pero podía enseñarles algo. Podía darles un motivo para su miedo.

Podía mostrarles lo que había descubierto en su interior en las Habitaciones del General, en el *Mano Invisible*.

Algo de eso debió de asomar a su rostro, porque vio que, sólo por un segundo, una sombra de duda se ceñía sobre los ojos de ella, un fogonazo, pero que le quemó como un sable láser. Y ella se estremeció. Y ese estremecimiento se convirtió en un escalofrío que se volvió un temblor, y él la estrechó contra su pecho y enterró el rostro en su pelo, y la fuerte y suave calidez de ella lo enfrió lo suficiente.

—Padmé —murmuró—, oh, Padmé, lo siento mucho. Olvida lo que he dicho. Nada de eso importa ahora. Pronto me iré de la Orden porque no permitiré que tengas a nuestro hijo en un planeta lejano. No dejaré que afrontes sola mi sueño. Estaré para ti, Padmé. Siempre. Pase lo que pase.

—Lo sé, Annie. Lo sé.

Ella lo apartó con suavidad y le miró. Las lágrimas brillaron como gemas rojas a la luz de los fuegos.

Rojas como el sintético brillo sanguinolento del sable láser de Dooku.

Cerró los ojos.

—Vamos adentro, Anakin —dijo ella—. La noche está refrescando. Ven a nuestra cama.

—Vale. Vale —descubrió que volvía a poder respirar y que los temblores se habían calmado—. Pero...

Rodeó sus hombros con el brazo para no tener que mirarle a los ojos.

—Pero no digas nada a Obi-Wan, ¿vale?

10
Maestros

Obi-Wan se sentaba al lado de Mace mientras ambos observaban a Yoda escanear el informe. En los sencillos alojamientos de Yoda, en el Templo Jedi, cada silla-vaina suavemente curvada y cada mesa organiforme knurlada vibraba con un poder reconfortante y acogedor. Era la misma energía que, según recordaba Obi-Wan, lo envolvió allí incluso de niño. Esas habitaciones eran la residencia de Yoda desde hacía más de ochocientos años. Todo lo que había en ellas reflejaba la resonancia armónica de la tranquila sabiduría de Yoda, entonada a lo largo de siglos de roce. Sentarse en las habitaciones de Yoda era inhalar serenidad, y para Obi-Wan eso era un gran regalo en estos tiempos turbulentos.

Pero cuando Yoda los miró a través del brillo translúcido del informe holoproyectado que hablaba de la última enmienda al Acta de Seguridad, sus ojos mostraban cualquier cosa menos calma; eran estrechos y fríos, y sus orejas estaban aplanadas a lo largo de su cráneo.

—Este informe, ¿de dónde procede?

—Los Jedi aún tienen amigos en el Senado —replicó Mace Windu en su tono hosco y monótono—, de momento.

—Cuando esta enmienda se presente, ¿aprobada será?

Mace asintió.

—Mi fuente cree que se aprobará por unanimidad. Por unanimidad abrumadora. Quizá no pase de esta tarde.

—El objetivo del Canciller en esto poco claro es —dijo Yoda despacio—. Aunque el Senado el mando nominal del Consejo le otorgue, a los Jedi controlar no podrá. Moral nuestra autoridad siempre fue; mucho más que legal. ¡A seguir órdenes los Jedi nunca se limitarán!

—No creo que pretenda controlar a los Jedi —dijo Mace—. Al poner el Consejo Jedi bajo el control del Despacho del Canciller Supremo, esta enmienda le proporciona autoridad constitucional para deshacer a la Orden.

—Que esa intención tenga no puedes creer.

—¿Su intención? —dijo Mace siniestramente—. Puede que no. Pero su intención es irrelevante; lo único que importa ahora son las intenciones que tenga el Señor Sith que controla nuestro Gobierno. La Orden Jedi puede ser lo único que se interponga entre él y la dominación galáctica. ¿Qué crees que hará él?

—Autoridad para deshacer la Orden Jedi el Senado nunca le otorgará.

—El Senado va a votar precisamente para autorizar eso. Esta tarde.

—¡Las implicaciones de esto comprender no deben!

—Ya da igual lo que comprendan —dijo Mace—. Saben dónde está el poder.

—Pero incluso disuelta la Orden, incluso sin autoridad legal, Jedi seguiremos siendo. Los Caballeros Jedi a la Fuerza sirven desde antes de que República Galáctica hubiera, y seguirán sirviéndola cuando ésta República sólo polvo sea.

—Maestro Yoda, ese día puede llegar antes de lo que pensamos. Ese día puede ser hoy.

Mace dirigió una mirada frustrada a Obi-Wan, que recogió al momento el testigo.

—No sabemos cuáles pueden ser los planes del Señor Sith —dijo Obi-Wan—, pero podemos estar seguros de que Palpatine no es de fiar. Ya no. Esta acta de reclutamiento no es producto de algún senador quisquilloso. Podemos estar seguros de que ha sido redactada por Palpatine en persona y que luego fue pasada a alguien controlado por él para hacer parecer que, una vez más, el Senado "le obliga a aceptar, muy a su pesar, poderes extraordinarios en nombre de la seguridad". Tememos que siga haciendo esto hasta el día en que se vea "obligado a aceptar, muy a su pesar, convertirse en dictador de por vida".

—Estoy convencido de que ésta es la siguiente etapa de un plan dirigido contra el corazón de los Jedi —dijo Mace—. Un gesto encaminado a nuestra destrucción. El Lado Oscuro de la Fuerza rodea al Canciller.

—Como ha rodeado y protegido a los separatistas desde antes de que empezase la guerra —añadió Obi-Wan—. Si el Canciller está siendo influido a través del Lado Oscuro, toda esta guerra ha podido ser, desde el principio, un plan de los Sith para destruir la Orden Jedi.

—¡Especulaciones! —Yoda golpeó el suelo con su bastón de gimer, haciendo oscilar suavemente su silla flotante—. De teorías como ésta no podemos depender. Pruebas necesitamos. ¡Pruebas!

—Las pruebas pueden ser un lujo que no podemos permitirnos —una luz peligrosa asomaba a los ojos de Mace Windu—. Debemos estar preparados para actuar.

—¿Actuar? —preguntó Obi-Wan, apocado.

—No podemos permitir que ataque a la Orden. No podemos permitir que prolongue innecesariamente esta guerra. Ya han muerto demasiados Jedi. ¡Está desmantelando la propia República! Al igual que tú, Obi-Wan, he visto cómo es la vida fuera de la República. Esclavitud. Tortura. Guerra sin fin.

El rostro de Mace se oscureció con la misma sombra distante y atormentada que Obi-Wan había visto el día anterior.

—La he visto en Nar Shaddaa y en Haruun Kal. He visto lo que le hizo a Depa y a Sora Bulq. Sean cuales sean sus fallos, la República es nuestra única esperanza de justicia y de paz. Es nuestra única defensa contra la oscuridad. Palpatine puede llegar a conseguir lo que los separatistas no han conseguido: acabar con la República. Si lo intenta, deberá ser retirado de su puesto.

—¿Retirado? —dijo Obi-Wan—. ¿Quieres decir arrestado?

Yoda negó con la cabeza.

—A un lugar oscuro estos pensamientos nos conducirán. Mucho cuidado debemos tener.

—La República es civilización. Es la única que tenemos —Mace miró fijamente a los ojos de Yoda y a los de Obi-Wan, y éste pudo sentir el calor de su mirada—. Debemos estar preparados para realizar actos radicales. Es nuestro deber.

—Pero —protestó Obi-Wan, aturdido— estás hablando de traición...

—Las palabras no me dan miedo, Obi-Wan. Si eso es traición, que lo sea. De tener el apoyo del Consejo, actuaría ahora mismo. La verdadera traición sería no actuar.

—Un acto semejante la Orden Jedi podría destruir —dijo Yoda—. La confianza del público ya hemos perdido...

—Sin ánimo de faltarte al respeto, Maestro Yoda —le interrumpió Mace—, pero ése es un argumento político. No podemos permitir que la opinión pública nos impida hacer lo correcto.

—Convencido de su corrección no estoy —dijo Yoda con severidad—. ¡Actuar con discreción debemos, y a Lord Sidious descubrir! Actuar contra Palpatine existiendo los Sith parte de un plan Sith podría ser, ¡para al Senado y al público contra los Jedi volver! Para que no acabemos sólo separados, sino proscritos.

Mace estaba medio levantado de la silla.

—La espera proporciona ventaja a los Sith...

—¡Ventaja ya tienen! —Yoda le pinchó con el bastón de gimer—. ¡Su ventaja aumentaremos si precipitadamente actuamos!

—Maestros, Maestros, por favor —dijo Obi-Wan. Miró a uno y a otro e inclinó respetuosamente la cabeza—. Puede que haya un camino intermedio.

—Ah, claro. Kenobi *El Negociador*. —Mace Windu volvió a sentarse bien—. Debí suponerlo. Por eso solicitaste esta reunión, ¿verdad? Para mediar en nuestras diferencias. Si era posible.

—¿Tan seguro de tus habilidades estás? —Yoda cerró los puños alrededor del pomo de su bastón—. ¡Fácil de negociar este asunto no es!

Obi-Wan mantuvo la cabeza agachada.

—A mí me parece —dijo con cuidado— que el propio Palpatine nos ha proporcionado una salida. Ha dicho, tanto a ti, Maestro Windu, como en su discurso ante la HoloRed, después de ser rescatado, que el general Grievous es el único obstáculo para la paz. Olvidemos de momento al resto de los líderes separatistas. Dejemos que Nute Gunray, San Hill y los demás huyan hacia donde quieran, y pongamos a todos los Jedi disponibles, a todos nuestros agentes, y, si es posible, a toda la Inteligencia de la República tras el paradero del general Grievous. Eso obligará al Señor Sith a actuar. Sabrá que si nos dedicamos exclusivamente a capturarlo, Grievous no podrá eludir mucho tiempo nuestros esfuerzos por encontrarlo. Eso sacará a Sidious a la luz. Tendrá que actuar de algún modo si desea que la guerra continúe.

—Si esta guerra ha sido una operación Sith desde el principio —dijo Mace—, con Dooku en un extremo y Sidious en el otro, siempre fue un plan dirigido contra nosotros.

Contra los Jedi. Para desangrarnos haciéndonos perder a nuestros miembros más jóvenes y mejores. Para convertirnos en algo que nunca quisimos ser.

Negó amargamente con la cabeza.

—Hace años tuve la verdad a mi alcance, en Haruun Kal, en los primeros meses de la guerra. La tuve, pero no comprendí lo acertado que estaba.

—Atisbos de la verdad todos hemos visto —dijo Yoda con tristeza—. Nuestra arrogancia abrir del todo los ojos nos ha impedido.

—Hasta ahora —añadió con delicadeza Obi-Wan—. Ahora comprendemos el objetivo del Señor Sith, sabemos cuáles son sus tácticas y dónde buscarlo. Sus actos lo descubrirán. No puede escapar de nosotros. No se nos escapará.

Yoda y Mace se miraron con el ceño fruncido durante un largo momento. Luego, los dos se volvieron para mirar a Obi-Wan e inclinaron la cabeza en un reflejo de su respetuosa reverencia.

—El corazón de la cuestión el joven Kenobi ha visto.

Mace asintió.

—Yoda y yo permaneceremos en Coruscant, vigilando a los consejeros y lacayos de Palpatine, y actuaremos contra Sidious en el instante en que se descubra, pero ¿quién capturará a Grievous? Yo he luchado contra él espada contra espada. Es rival más que sobrado para muchos Jedi.

—Nos preocuparemos de eso cuando lo encontremos —dijo Obi-Wan con una sonrisa de esperanza asomando a su rostro—. Si escucho atentamente, casi puedo oír a Qui-Gon recordándome que "Lo posible solo es distracción mientras no se haga presente".

El general Grievous estaba parado con las piernas separadas y las manos cogidas a su espalda mientras miraba por el ventanal reforzado de la enorme esfera del destructor geonosiano. Pero la inmensa nave parecía pequeña contra la escala del enorme cráter que se alzaba a su alrededor.

Estaban en Utapau, un mundo remoto en los confines del Borde Exterior. A nivel del suelo, muy por encima de donde estaba ahora Grievous, el planeta parecía una esfera lisa de roca árida azotada por Interminables hipervientos. Pero desde su órbita podían verse sus ciudades, fábricas y espaciopuertos, a medida que la rotación del planeta sacaba a la luz, uno a uno, sus cavernosos cráteres. Eran del tamaño de montañas invertidas, y cada metro cuadrado disponible de sus paredes internas estaba cubierto de ciudad. Y cada metro cuadrado de cada ciudad estaba controlado por cañones de droides bélicos separatistas para asegurar que los utapaunos se comportaban como era debido.

Utapau no participaba en las Guerras Clon. Nunca había sido miembro de la República y había mantenido, prudentemente, una postura de reposada neutralidad.

Hasta que Grievous la conquistó.

La neutralidad en esos tiempos era un chiste. Un planeta era neutral siempre y cuando fuera despreciado por la República o la Confederación. Si Grievous pudiera reírse, se habría reído.

Más allá del ventanal, los líderes separatistas cruzaban la plataforma de aterrizaje de permeocemento como las ratas de callejón que eran, en dirección a la nave que los llevaría a la seguridad de la base recién construida en el planeta Mustafar.

Pero en la manada faltaba una rata de callejón.

Grievous desvió un ápice la mirada y descubrió el reflejo de Nute Gunray en el transpariacero. El virrey neimoidiano remoloneaba en la entrada del centro de control. Grievous miró el reflejo de los ojos bulbosos de sangre fría bajo la elevada mitra.

—Gunray —no hizo ningún otro movimiento—. ¿Por qué sigues aquí?

—Hay cosas que deben decirse en privado, general —el reflejo del virrey lanzaba miradas a ambos lados del pasillo—. Me preocupa este nuevo traslado. Nos dijo que Utapau sería un lugar seguro para nosotros. Entonces, ¿por qué se traslada el Consejo de Líderes a Mustafar?

Grievous suspiró. No tenía tiempo para explicaciones largas, esperaba una transmisión secreta del propio Sidious. No podría recibir la transmisión estando allí Gunray, ni seguir su inclinación natural y dar al virrey neimoidiano una patada que lo enviaría tan alto que se quemaría en la reentrada. Grievous seguía esperando, como cada día, que Sidious le autorizase a aplastar el cráneo de Gunray y el de su ayudante, Rune Haako. Los dos eran escoria comedora de gusanos, repulsiva y cobarde. Y los demás líderes separatistas eran igual de viles.

Pero, por el momento, debía mantener una pretensión de cordialidad.

—Utapau —dijo despacio Grievous, como si se lo explicara a un niño— es un planeta hostil bajo ocupación militar. Nunca se pretendió que fuera algo más que una escala temporal, mientras se completaban las defensas de la base de Mustafar. Y ahora que se han terminado, Mustafar es el planeta más seguro de la galaxia. La fortaleza construida allí podría resistir el ataque de toda la Armada de la República.

—Así debería ser —murmuró Gunray—. Su construcción casi deja en bancarrota a la Federación de Comercio.

—No me lloriquee a mí por el dinero, virrey. No tiene ningún interés para mí.

—Pues debería tenerlo, general. ¡Es mi dinero lo que financia toda esta guerra! ¡Es mi dinero lo que ha pagado ese cuerpo que lleva y esos MagnoGuardias suyos demencialmente caros! ¡Es mi dinero...!

Grievous se movió con tanta rapidez que pareció teleportarse desde la ventana hasta medio metro de Gunray.

—¿De qué sirve su dinero —dijo, flexionando la mano articulada de duranio ante el rostro del neimoidiano— contra esto?

Gunray se encogió y retrocedió.

—Yo sólo... tengo dudas sobre su capacidad para mantenernos a salvo, general, sólo eso. Yo..., nosotros..., la Federación de Comercio, no podemos trabajar en un clima de temor. ¿Qué pasa con los Jedi?

—Olvide a los Jedi. No entran en esta ecuación.

—¡No tardarán en encontrar esta base!

—La base es segura. Puede aguantar el ataque de mil Jedi. De diez mil.

—¿Pero se está oyendo? ¿Está loco?

—Lo que estoy —replicó Grievous con calma— es desacostumbrado a que discutan mis órdenes.

—¡Somos el Consejo de Líderes! ¡A nosotros no puede darnos órdenes! ¡Nosotros damos las órdenes!

—¿Está seguro de eso? ¿Quiere apostar algo? —Grievous se le acercó lo bastante como para ver el reflejo de su máscara en los ojos color rosa de Gunray—. Como, por ejemplo, ¿la vida?

Gunray continuó retrocediendo.

—Dice que estaremos a salvo en Mustafar, pero también dijo que nos entregaría a Palpatine como rehén, ¡y él se las arregló para escapar de sus manos!

—De gracias, virrey —dijo Grievous, admirando la lisa flexión de las articulaciones de sus dedos como si su mano fuera alguna clase de depredador exótico—, por no encontrarse usted en mis manos.

Grievous regresó ante el ventanal y recuperó su posición original, con las piernas separadas y las manos agarradas a la espalda. Si miraba un segundo más el rosa enfermizo de las mejillas verde pálido de Gunray se arriesgaba a olvidar sus órdenes y a salpicar con el cerebro del virrey todo el camino de aquí a Ord Mantell.

—Su nave le espera.

Sus sensores auditivos captaron con claridad el reptar de las sandalias de Gunray al retirarse por el pasillo. Y no se fue ni un segundo demasiado pronto, ya que los sensores de Grievous ya registraban el zumbido de alarma del holocomunicador del centro de control. Se volvió para mirar el disco, y cuando el tintineo indicó que había una transmisión, presionó la tecla "ACEPTAR" y se arrodilló.

Con la cabeza gacha sólo podía ver la imagen holográfica del borde inferior de la túnica del gran Señor, pero era todo lo que necesitaba ver.

—Sí, Lord Sidious.

—¿Has trasladado el Consejo Separatista a Mustafar?

—Sí, Maestro. —Arriesgó una mirada hacia el ventanal. La mayor parte del Consejo estaba ya en la nave estelar. Gunray se uniría a ellos en cualquier momento. Grievous había visto de primera mano lo rápidamente que podía correr el virrey cuando tenía la motivación adecuada—. La nave despegará en unos momentos.

—Bien hecho, mi general. Ahora debes concentrarte en preparar nuestra trampa en Utapau. Los Jedi se encargarán personalmente de ir a por ti. Debes estar preparado para su ataque.

—Sí, Maestro.

—Lo estoy disponiendo todo para darte una segunda oportunidad de cumplir con mis deseos, Grievous. Debes asumir que el Jedi que se enviará a capturarte será Obi-Wan Kenobi.

—¿Kenobi? —los puños de Grievous se cerraron con fuerza suficiente para que sus servomotores carpales chirriaran en protesta—. ¿Y Skywalker?

—Creo que Skywalker estará... ocupado en otros asuntos.

Grievous bajó aún más la cabeza.

—No volveré a fallarte, Maestro. Kenobi morirá.

—Ocúpate de ello.

—¿Maestro? Si puedo molestarte con mi atrevimiento... ¿Por qué no me permitiste matar al Canciller Palpatine? Puede que nunca tengamos una oportunidad mejor.

—No era el momento apropiado. Paciencia, mi general. Se acerca el final de la guerra, y la victoria es segura.

—¿Incluso habiendo perdido al Conde Dooku?

—No perdimos a Dooku; lo sacrificamos. Fue un sacrificio táctico, como cuando se rinde una pieza en el dejarik para atraer a tu contrincante a una posición fatal.

—Nunca fui un buen jugador de dejarik, Maestro. Prefiero la guerra real.

—Y tendrás hasta hartarte, te lo prometo.

—Esa posición fatal de la que hablas... ¿Puedo volver a molestarte con mi atrevimiento...?

—Lo comprenderás muy pronto.

Grievous podía captar la sonrisa en la voz de su Maestro.

—Todo quedará claro, en cuanto conozcas a mi nuevo aprendiz.

Anakin se peinó con los dedos mientras corría por la plataforma de aterrizaje restringido situada en la cumbre del *ziggurat* que era el Templo Jedi, junto a la base de la Torre del Consejo. Al otro lado de la plataforma estaba la lanzadera del Canciller Supremo. Anakin la miró de reojo, al igual que a los dos altos guardias vestidos de rojo que flanqueaban la abierta rampa de acceso.

Alguien venía hacia él desde la lanzadera, protegiéndose los ojos e inclinado contra el viento de la mañana que azotaba la pista desprotegida..., ¿era Obi-Wan?

—Por fin —musitó Anakin.

Había recorrido el Templo buscando a su antiguo Maestro; y casi había renunciado a encontrarlo, cuando un padawan mencionó al pasar que había visto a Obi-Wan camino de la plataforma de aterrizaje para recibir la nave de Palpatine. Esperaba que Obi-Wan no notase que no se había cambiado de ropa.

Era algo que no podía explicar.

Aunque su secreto no podía durar mucho tiempo, aún no estaba preparado para descubrirlo. La noche anterior, Padmé y él habían acordado que guardarían su secreto todo el tiempo que pudieran. No estaba listo para dejar la Orden Jedi. No mientras ella siguiera en peligro.

Padmé había dicho que su pesadilla debía de ser sólo una metáfora, pero él sabía que no. Sabía que las profecías en la Fuerza no eran absolutas, pero las suyas no se habían equivocado nunca. Ni en el menor detalle. De niño siempre supo que sería elegido por los Jedi. Siempre supo que correría aventuras por toda la galaxia. Cuando era un niño de

nueve años, mucho antes de comprender lo que era el amor, miró el rostro inmaculado de Padmé Amidala y vio en él que ella le amaría, y que algún día se casarían.

No hubo metáforas en sus sueños sobre su madre. Gritando de dolor. Torturada hasta la muerte.

Sabía que vendrías a mí, Annie. Te he echado tanto de menos.

Podía haberla salvado.

Quizá.

Siempre le había resultado obvio que de haber vuelto a Tatooine un día antes, una hora antes, podría haber encontrado a su madre, y ésta todavía seguiría viva. Y aún así...

Los grandes profetas Jedi siempre decían que el mayor peligro de intentar impedir que una premonición se haga realidad es acabar contribuyendo a hacerla realidad. Como si, de haber llegado a tiempo para salvar a su madre, él hubiera acabado convirtiéndose, de algún modo, en el responsable de su muerte.

Como si al intentar salvar a Padmé pudiera acabar, por imposible que fuera la idea, matándola él mismo...

Pero no hacer nada..., limitarse a esperar a que Padmé muriera...

¿Podía haber algo más imposible?

Cuando un Jedi tenía una duda sobre las profundas sutilezas de la Fuerza, siempre podía recurrir a una fuente, así que, lo primero que hizo Anakin esa mañana, sin ir a su aposento ni cambiarse de ropa, fue pedir consejo a Yoda.

Le había sorprendido la amabilidad con la cual el anciano Maestro lo había invitado a sus habitaciones, y lo paciente que Yoda había escuchado sus torpes intentos de explicar su pregunta sin delatar su secreto. Yoda nunca había hecho ningún esfuerzo para ocultar lo que a Anakin siempre le había parecido una clara desaprobación de su misma existencia.

Pero esta mañana, pese a ser obvio que tenía otras cosas en la mente —pues las percepciones en la Fuerza de Anakin, lejos de ser sutiles, habían detectado ecos de conflicto y preocupación en los aposentos del Maestro—, Yoda se había limitado a ofrecer a Anakin un lugar en sus asientos delicadamente redondeados, y a sugerirle que meditaran juntos.

Ni siquiera le había preguntado por los detalles.

Anakin se había sentido tan agradecido, tan aliviado y tan inesperadamente esperanzado que descubrió que las lágrimas acudían a sus ojos, y necesitó unos momentos para rehacerse y asumir la serenidad Jedi adecuada.

Al cabo de un tiempo, los ojos de Yoda se abrieron lentamente. Las profundas arrugas de su anciana frente se habían profundizado más.

—Premoniciones... Premoniciones... Profundas cuestiones son. Sentir el futuro antaño todos los Jedi podían. Ahora pocos esta habilidad tienen. Visiones... Dones de la Fuerza y maldiciones. Avisos y trampas. Esas visiones tuyas...

—Son de dolor —le había dicho Anakin—. De sufrimiento —y apenas había conseguido obligarse a añadir—: y de muerte.

—En estos tiempos turbulentos ninguna sorpresa es. ¿A ti mismo o a alguien que conoces ves?

Anakin no había tenido la suficiente confianza en sí mismo para responder.

—¿Alguien cercano a ti? —le había ayudado Yoda con amabilidad.

—Sí —había replicado Anakin, apartando los ojos de la mirada demasiado inteligente de Yoda. Que pensase que hablaba de Obi-Wan. Era lo bastante cercano.

La voz de Yoda seguía siendo amable y comprensiva.

—El miedo a la pérdida el camino del Lado Oscuro es, joven.

—No permitiré que mis visiones se hagan realidad, Maestro. No lo permitiré.

—Alégrate por quienes en la Fuerza se transforman. No los llores. De menos no los eches.

—Entonces, ¿por qué debemos luchar, Maestro? ¿Por qué salvar a nadie?

—De nadie hablamos —dijo Yoda con severidad—. De ti, de tu visión y de tu miedo hablamos. La sombra de la avaricia el apego es. Lo que perder temes, para dejarlo marchar entrénate. Del miedo líbrate, y la pérdida hacerte daño no podrá.

En ese momento, Anakin se dio cuenta de que Yoda no le sería de ninguna ayuda. El mayor sabio de la Orden Jedi no tenía nada que ofrecerle aparte de balbuceos piadosos sobre "dejar que las cosas pasen por tu vida".

Como si no hubiera oído eso un millón de veces antes.

Para él era muy fácil, ¿a quién había querido Yoda? ¿Querido de verdad? De una cosa estaba seguro: el anciano Maestro no se había enamorado nunca.

De lo contrario habría sabido que Anakin no se limitaría a cruzarse de brazos, cerrar los ojos y sumirse en meditación mientras la poca vida que le quedaba a Padmé se evaporaba como la niebla fantasma del rocío en un amanecer invernal de Tatooine...

Así que lo único que le quedaba era encontrar la forma de irse respetuosamente de allí.

E ir a buscar a Obi-Wan.

Porque no pensaba rendirse. No en este milenio.

El Templo Jedi era el nexo de energía de la Fuerza más grande de la República. Su diseño en *ziggurat* enfocaba la Fuerza como la gema de un sable láser enfocaba su corriente de energía. El Templo era una fuente de luz gracias a los miles de Jedi y padawan que meditaban cada día en la paz, buscando el conocimiento, la justicia y la rendición a la voluntad de la Fuerza.

El mero hecho de estar en la plataforma de aterrizaje de su tejado enviaba una descarga de poder por todo el cuerpo de Anakin. Si la Fuerza debía mostrarle el modo de cambiar el oscuro futuro de sus pesadillas, lo haría allí.

El Templo Jedi también contenía los archivos, la enorme biblioteca que abarcaba los veinticinco mil años de experiencia de la Orden; todo lo que había aprendido, desde las exploraciones cosmográficas más amplias a los diarios íntimos de mil millones de Caballeros Jedi. Allí era donde Anakin esperaba encontrar todo lo que se sabía sobre

sueños proféticos, y todo lo que se sabía sobre la forma de impedir que esas profecías se hicieran realidad.

Su único problema era que los secretos más profundos de los grandes Maestros de la Fuerza estaban en holocrones de acceso restringido. Desde el asunto de Lorian Nodo, unos setenta años estándar antes, el acceso a esos holocrones estaba prohibido para todo el que no fuera un Maestro Jedi.

Y no podía explicar al Maestro de los archivos por qué los quería.

Pero aquí estaba Obi-Wan, y Obi-Wan le ayudaría. Anakin sabía que le ayudaría, si se le ocurría la manera adecuada de pedírselo...

Obi-Wan llegó hasta él mientras seguía buscando las palabras adecuadas.

—Has faltado al informe sobre los asedios del Borde Exterior.

—Me... retuvieron —dijo Anakin—. No tengo excusa.

Eso, al menos, era cierto.

—¿Ha venido Palpatine? —preguntó Anakin. Era una forma conveniente de cambiar de tema—. ¿Ha pasado algo?

—Todo lo contrario. Esa lanzadera no ha traído al Canciller. Espera para llevarte a ti hasta él.

—¿Esperando? ¿Por mí? —Anakin frunció el ceño. Las preocupaciones y la falta de sueño le habían nublado la mente. No conseguía que esto tuviera sentido. Se palmeó la túnica inconscientemente—. Pero mi señalizador no ha sonado. Si el Consejo me buscaba, ¿por qué no ha...?

—El Consejo no ha sido consultado.

—No lo entiendo.

—Tampoco yo —Obi-Wan se acercó más a él, asintiendo en dirección a la lanzadera—. Se limitó a llegar, hace rato. Cuando los padawan de servicio en la plataforma preguntaron a los guardias, éstos dijeron que el Canciller solicitaba tu presencia.

—¿Por qué no lo ha hecho a través del Consejo?

—Puede que tenga motivos para creer que el Consejo se habría mostrado reticente a enviarte —repuso Obi-Wan con cuidado—. Puede que no deseara revelar sus razones para esta convocatoria. Las relaciones entre el Consejo y el Canciller son... tensas.

Un nudo incómodo empezó a trenzarse tras las costillas de Anakin.

—¿Qué pasa, Obi-Wan? Pasa algo, ¿verdad? Sabes algo, lo noto.

—¿Saber? No, sólo sospecho. Que en absoluto es lo mismo.

Anakin recordó lo que le había dicho anoche a Padmé respecto al mismo tema. El nudo de incomodidad se tensó.

—¿Y?

—Y por eso estoy aquí, Anakin. Para hablar contigo. En privado. No como miembro del Consejo Jedi. De hecho, si el Consejo supiera que he hablado contigo..., bueno, digamos que prefiero que no se enteren.

—¿Hablado de qué? ¡Sigo sin saber lo que pasa!

—Nadie lo sabe. La verdad es que no —Obi-Wan posó una mano en el hombro de Anakin y le miró ceñudo a los ojos—. Anakin, sabes que soy tu amigo.

—Por supuesto que sí...

—No. Nada de por supuesto, Anakin. Ya nada se puede dar por supuesto. Soy tu amigo, y como amigo tuyo te digo que tengas cuidado con Palpatine.

—¿Qué quieres decir?

—Sé que eres su amigo. Me preocupa acabar descubriendo que él no lo es tuyo. Cuídate de él, Anakin. Y cuídate de lo que sientes.

—¿Cuidarme? ¿No querrás decir que esté atento?

El ceño de Obi-Wan se acentuó.

—No. No quiero decir eso. La Fuerza se oscurece a nuestro alrededor, y todos nos vemos afectados por ella, al tiempo que nosotros la afectamos a ella. Son tiempos peligrosos para ser Jedi. Por favor, Anakin..., cuídate, por favor.

Anakin probó a poner su vieja sonrisa despreocupada.

—Te preocupas demasiado.

—Tengo que preocuparme...

—...porque yo no me preocupo por nada, ¿verdad? —terminó Anakin por él.

El ceño de Obi-Wan se suavizó, dando pie a una sonrisa.

—¿Cómo sabías que iba a decir eso?

—Te equivocas, ¿sabes?

Anakin miró la lanzadera a la luz de la mañana, y más allá de la lanzadera…

Al República Quinientos, y al apartamento de Padmé.

—Me preocupo mucho—dijo.

El viaje al despacho de Palpatine fue reposadamente tenso. Anakin había intentado entablar conversación con las dos figuras altas con casco y vestidas con túnica roja, pero no eran precisamente charlatanas.

La incomodidad de Anakin sólo se acrecentó al llegar al despacho de Palpatine. Había estado allí tan a menudo que apenas se había fijado en él. Los largos y cómodos sofás y el enorme arco de la ventana situado tras el escritorio de Palpatine le resultaban tan familiares que normalmente le parecían casi invisibles, pero hoy...

Hoy, con la voz de Obi-Wan susurrándole en la nuca: "cuidado con Palpatine", todo le parecía diferente. Nuevo. Y no de buena manera.

Una penumbra indefinible lo amortajaba todo, como si, de algún modo, los espejos orbitales que enfocaban la luz del distante sol de Coruscant para crear la brillante luz del día se hubieran dañado o tiznado con la neblina parda del humo que aún cubría la ciudad. La luz de las discolámparas del Canciller parecía más luminosa de lo habitual, casi cortante, pero, en cierta medida, sólo acentuaba la penumbra. Ahora, al mirar a la curvada pared de la cristalera que convertía en silueta la gran silla del Canciller, Anakin descubría allí una nueva resonancia armónica, el extraño y accidental eco de un recuerdo.

El despacho de Palpatine le recordaba las Habitaciones del General, en el *Mano Invisible*.

Y le resultó increíblemente siniestro que las túnicas de los guardaespaldas del Canciller tuvieran el color exacto de la alfombra de Palpatine.

Éste estaba parado ante la ventana, agarrándose las manos a la espalda y contemplando la mañana teñida de humo.

—Anakin —debió de ver el reflejo del joven Jedi en la curva de transpariacero, ya que no se había movido—. Ven aquí conmigo.

Anakin se colocó a su lado, imitando su postura. El interminable paisaje urbano se extendía ante ellos. Los restos de los edificios destrozados seguían humeando aquí y allá. El tráfico de las aeroautopistas empezaba a recuperar la normalidad, y ríos de deslizadores, aerotaxis y autobuses movidos con repulsores cruzaban la ciudad como chinches ígneos. A una distancia más cercana, la vasta cúpula del Senado Galáctico era como una gigantesca seta gris brotando de la llanura de duracero que conformaba la Plaza de la República. Más lejos, en la neblina parda, podían distinguirse las cuatro torres que culminaban el *ziggurat* del Templo Jedi.

—¿Lo ves, Anakin? —la voz de Palpatine era cálida, ronca por la emoción—. ¿Ves lo que le han hecho a nuestra magnífica ciudad? Debemos acabar con esta guerra. No podemos permitir semejante..., semejante...

Su voz se apagó, y él meneó la cabeza. Anakin posó una mano en el hombro de Palpatine, y el asombro pasó fugaz por su rostro ante lo frágil que parecían ser la carne y el hueso bajo la túnica.

—Sabe que yo me esforzaré al máximo, igual que todos los Jedi —dijo.

Palpatine asintió, inclinando la cabeza.

—Sé que te tengo a ti, Anakin. Pero los Jedi...

Suspiró. Aparentaba incluso más cansancio que el día anterior. Igual también había pasado la noche sin dormir.

—Te he hecho venir —dijo despacio— porque necesito tu ayuda en una cuestión de extrema delicadeza. Espero poder confiar en tu discreción, Anakin.

Anakin se quedó rígido un momento, y entonces, muy despacio, apartó la mano del hombro del Canciller.

Cuidado con Palpatine.

—Como Jedi, tengo... límites... a mi discreción, Canciller.

—Oh, claro. No te preocupes, muchacho —un fogonazo de su familiar gesto paternal se abrió paso hasta los ojos del Canciller—. Anakin, en todos los años que hace que somos amigos, ¿te he pedido alguna vez que hagas algo que vaya mínimamente en contra de tu conciencia?

—Bueno...

—Y nunca lo haré. Estoy muy orgulloso de tus logros como Jedi. Has ganado muchas batallas que estaban perdidas para el Consejo Jedi y me has salvado la vida. Resulta en verdad desconcertante que te mantengan apartado del Consejo.

—Ya llegará mi momento..., cuando sea mayor. Y supongo que más sabio.

No quería hablar de eso con Palpatine, pero, pese a la advertencia de Obi-Wan, conversar con él de ese modo, en serio, de hombre a hombre, le hacía sentirse bien, sentirse fuerte. Y no quería empezar a lloriquear porque aún no le hubieran concedido el Maestrazgo, portándose como un padawan preadolescente al que no han elegido para un equipo de juegos.

—Tonterías. La edad no es la medida de la sabiduría. Te mantienen apartado del Consejo porque es la única forma que les queda de sujetarte, de controlarte. ¿Cómo podrían obligarte a acatar su voluntad una vez seas Maestro, como te mereces?

—Bueno... —Anakin le dirigió una sonrisa aborregada—. No pueden obligarme a acatarla, ni siquiera ahora.

—Lo sé, muchacho. Lo sé. Ésa es precisamente la cuestión. No eres como ellos. Eres más joven. Más fuerte. Mejor. Si no pueden controlarte ahora, ¿qué pasará cuando seas un Maestro de pleno derecho? ¿Cómo podrán obligarte a seguir su política? Puedes hacerte más poderoso que todos ellos juntos. Por eso te discriminan. Temen tu poder. Te temen a ti.

Anakin bajó la mirada. Eso le había tocado demasiado cerca.

—He sentido... algo así.

—He requerido tu presencia hoy aquí, Anakin, porque tengo temores propios. —Se volvió y esperó hasta que Anakin le miró a los ojos. En el rostro de Palpatine había algo semejante a la desesperación—. Estoy empezando a temer a los Jedi.

—Oh, Canciller —Anakin rompió en una sonrisa de incredulidad—. No hay nadie más leal que los Jedi, señor... Seguramente tras todo este tiempo...

Pero Palpatine ya le daba la espalda. Se sentó en la silla de su escritorio y mantuvo la cabeza gacha, como si le avergonzara decir esto a Anakin a la cara.

—El Consejo sigue pidiendo más control. Más autonomía. Ha perdido todo respeto por la ley. Está más preocupado por evitar la supervisión del Senado que por ganar la guerra.

—Con el debido respeto, señor, muchos miembros del Consejo podrían decir lo mismo de usted.

Pensó en Obi-Wan, y tuvo que contenerse para no hacer una mueca. ¿Acababa de traicionar su confianza?

¿O acaso Obi-Wan se limitaba a obedecer órdenes del Consejo...? "Cuidado con Palpatine", le había dicho, y "cuídate de lo que sientes..."

¿Eran advertencias honestas nacidas de su preocupación por él? ¿O habían sido calculadas y eran semillas de duda plantadas para distanciar a Anakin del único hombre que lo entendía de verdad?

El único hombre en el que podía confiar...

—Oh, no tengo ninguna duda de ello —le estaba diciendo Palpatine—. Muchos de los Jedi de tu Consejo también preferirían verme fuera de este puesto porque saben que voy a por ellos. Se envuelven en secretismo, obsesionados con misiones secretas contra misteriosos enemigos sin rostro...

—Bueno, no se puede decir que los Sith carezcan de rostro, ¿no? El mismo Dooku...

—¿De verdad era un Señor de los Sith? ¿O sólo era otro más de vuestra lista de Jedi caídos, mostrándose grandilocuente y con un sable láser para intimidar?

—Yo... —Anakin frunció el ceño. ¿Cómo podía estar seguro?—. Pero Sidious...

—Ah, sí, el misterioso Lord Sidious. "El infiltrado Sith en los niveles más elevados del Gobierno". ¿No te resulta eso demasiado familiar, Anakin? ¿Un poco demasiado conveniente? ¿Cómo sabes si existe ese Sidious? ¿Cómo sabes que no es una ficción, un ficción creada por el Consejo Jedi para tener una excusa con la que atacar a sus enemigos políticos?

—Los Jedi no son políticos...

—En una democracia todo es político, Anakin. Y todos son políticos. Ese imaginario Señor Sith suyo, en el supuesto de que exista, ¿es alguien al que se debe temer? ¿Al que se debe cazar y exterminar sin juicio?

—Los Sith son la definición del mal...

—O eso te han enseñado a creer. Llevo unos años leyendo sobre la historia de los Sith, Anakin. Desde que el Consejo consideró apropiado revelarme su... afirmación... de que esos hechiceros, muertos hace milenios, se suponía que habían vuelto a la vida. No todas las historias sobre ellos están secuestradas en los archivos apropiadamente secretos de vuestro Templo. Por lo que he leído, no eran muy diferentes a los Jedi; buscaban poder, desde luego, pero también lo busca tu Consejo.

—El Lado Oscuro...

—Ah, sí, sí, desde luego, el Lado Oscuro. Mira, si ese Darth Sidious entrara ahora mismo por esa puerta y yo pudiera arreglármelas para que no lo mataras aquí mismo, ¿sabes lo que haría yo?

Palpatine se levantó, y su voz se levantó con él.

—Le pediría que se sentara y le preguntaría si tiene algún poder que pueda acabar con esta guerra.

—Usted le... le...

Anakin no podía creerse lo que estaba oyendo. La alfombra rojo sangre que tenía a los pies pareció moverse bajo él, y la cabeza empezó a darle vueltas.

—Y si me dijera que sí, que tenía ese poder, ¡por supuesto que le ofrecería un brandy y hablaría con él!

—Usted... Canciller, no puede hablar en serio...

—Bueno, no del todo —Palpatine suspiró, se encogió de hombros y volvió a sentarse en su silla—. Sólo es un ejemplo, Anakin. Yo haría lo que fuera para devolver la paz a la galaxia, ¿entiendes? Era lo único que quería decirte. Después de todo... —mostró una sonrisa cansina, tristemente irónica—, ¿qué posibilidades hay de que un Señor de los Sith pueda llegar a cruzar esa puerta?

—No sabría decirlo —dijo Anakin con sentimientos entremezclados—, pero sé que probablemente no debería usar ese... ejemplo... ante el Consejo Jedi.

—Oh, sí —Palpatine se rió—. Sí, muy cierto. Podrían considerarlo una excusa para acusarme a mí.

—Estoy seguro de que nunca harían eso...

—Yo no. Ya no estoy seguro de que puedan detenerse ante nada, Anakin. Ése es el motivo por el que te hice venir hoy —se inclinó hacia delante, apoyando los codos en el escritorio—. Quizás hayas oído que el Senado solicitará esta tarde que este despacho asuma el control directo del Consejo Jedi.

El ceño de Anakin se acentuó.

—¿Los Jedi ya no responderán ante el Senado?

—Responderán ante mí, personalmente. El Senado está demasiado disperso para conducir esta guerra. Hace años que resulta evidente. Ahora que este despacho va a ser la única autoridad que dirija el esfuerzo bélico, acabaremos con rapidez con esta situación.

Anakin asintió.

—Me doy cuenta de cómo puede ayudar eso, señor, pero muy probablemente el Consejo no lo verá así. Puedo asegurarle que no está de humor para más enmiendas constitucionales.

—Sí, gracias, amigo mío. Pero, en este caso, no tengo elección. Hay que ganar esta guerra.

—Todo el mundo está de acuerdo en eso.

—Espero que ellos también, muchacho. Espero que ellos también.

En su cabeza oyó el eco de Obi-Wan murmurando: "las relaciones entre el Consejo y el Canciller son... tensas". ¿Qué había pasado aquí, en la capital?

¿Es que no estaban todos del mismo lado?

—Puedo asegurarle —dijo con firmeza— que los Jedi están completamente dedicados a servir a los valores de la República.

Palpatine arqueó una de sus cejas.

—Sus actos hablarán con más claridad que sus palabras, si alguien los mantiene bajo vigilancia. Y ése es, precisamente, el favor que debo pedirte, muchacho.

—No le entiendo.

—Anakin, te pido, como favor personal y en nombre de nuestra larga amistad, que aceptes un puesto como mi representante personal en el Consejo Jedi.

Anakin parpadeó

Volvió a parpadear.

—¿Yo?

—¿Quién si no? —Palpatine abrió las manos en un melancólico encogimiento de hombros—. Eres el único Jedi al que conozco, al que conozco de verdad, en el que puedo confiar. Te necesito, muchacho. Nadie más puede hacer este trabajo. Ser los ojos, los oídos y la voz de la República dentro del Consejo Jedi.

—Dentro del Consejo... —murmuró Anakin.

Podía verse sentado en una de las sillas bajas y curvadas, ante Mace Windu. Ante Yoda. Podría sentarse al lado de Ki-Adi-Mundi, de Plo Koon, ¡o incluso al lado de Obi-

Wan! Y no podía ignorar el callado susurro que brotaba de las puertas del horno que encerraban su corazón y que le decía que estaba a punto de convertirse en el Maestro más joven de los veinticinco mil años de historia de la Orden Jedi...

Pero nada de eso importaba.

Palpatine se las había arreglado para mirar en lo más secreto de su corazón, y le había ofrecido la única cosa que deseaba en la galaxia. El Consejo no le importaba en absoluto, sólo era un sueño infantil. No necesitaba el Consejo. No necesitaba reconocimiento y no necesitaba respeto. Lo que necesitaba era el rango en sí.

Sólo importaba el Maestrazgo.

Sólo importaba Padmé.

Este regalo era más que un regalo. Como Maestro podría acceder a los holocrones prohibidos de la bóveda restringida.

Podría encontrar el modo de salvarla de su sueño...

Negó con la cabeza, volviendo al presente.

—Yo... estoy abrumado, señor. Pero el Consejo elige a sus propios miembros. Nunca aceptarán esto.

—Te prometo que lo aceptarán —murmuró Palpatine, imperturbable. Hizo girar la silla para mirar por la ventana, hacia las distantes torres del Templo—. Te necesitan más de lo que creen. Sólo hace falta que alguien...

Agitó una mano de forma expresiva.

—...se lo explique con claridad.

11
Política

Los espejos orbitales rotaban, concentrando la débil luz del sol de Coruscant para borrar las estrellas. Las naves bombero trazaban una cuadrícula en el cielo con estelas de limpiadores químicos, blanqueando los últimos restos de los incendios de días pasados. Fríos retazos de noche se filtraban por la Torre del Consejo del Templo Jedi, y dentro de la cámara enclaustrada, Obi-Wan seguía intentando convencerlos de que no lo hicieran.

—Sí, por supuesto que confío en él —dijo con paciencia—. Siempre podremos confiar en que Anakin haga lo que cree correcto, pero no podemos confiar en que haga lo que se le diga. No se le puede obligar a que se limite a obedecer. Creedme, llevo muchos años intentándolo.

Conflictivas corrientes de energía giraban y entrechocaban en la Cámara del Consejo. Por tradición, las decisiones del Consejo se tomaban mediante la tranquila y mutua contemplación del fluir de la Fuerza, hasta que todo el Consejo alcanzaba la misma conclusión sobre el asunto en cuestión. Pero Obi-Wan conocía esa tradición sólo de reputación, por relatos leídos en los archivos y por las historias que contaban Maestros cuya participación en el Consejo era previa al regreso de los Sith. En los demasiado cortos años que hacía que Obi-Wan fue ascendido a ese honor, las discusiones en la Cámara eran más la norma que la excepción.

—Una oportunidad imprevista el Canciller nos proporciona —dijo Yoda con gravedad—. Una ventana a las operaciones de su despacho ha abierto. Tontos seríamos a ella los ojos cerrando.

—Entonces deberíamos usar los ojos de otro —dijo Obi-Wan—. Perdóname, Maestro Yoda, pero no le conoces como yo. Ninguno de vosotros le conoce tanto. Es ferozmente leal, y no hay ni un ápice de ambigüedad en él. Todos lo habéis notado. Es uno de los argumentos que habéis usado en esta misma Cámara para negarle su ascenso a Maestro. Dijisteis que carece de verdadera reserva Jedi. Y todos queríamos decir con eso que lleva sus emociones como si fueran un anuncio de la HoloRed. ¿Cómo podéis pedirle ahora que mienta a un amigo, que lo espíe?

—Por eso queremos que se lo pida un amigo —dijo Agen Kolar con su entonación zabrak de barítono.

—No lo entendéis. No debéis obligarlo a elegir entre Palpatine y yo...

—¿Por qué no? —preguntó la holopresencia de Plo Koon desde el puente del *Valeroso*, nave desde la cual dirigía el ataque de la Armada de la República contra la tenaza separatista en el sistema Ywllandr—. ¿Es que temes perder en una elección así?

—No sabéis lo mucho que ha llegado a significar para él la amistad de Palpatine a lo largo de los años. ¡Le estás pidiendo que emplee esa amistad como un arma! Que apuñale a su amigo por la espalda. ¿No comprendéis el precio que tendrá que pagar por eso, aunque Palpatine sea completamente inocente? Sobre todo si es inocente. Su relación nunca volverá a ser la misma...

—Y ése puede ser el mejor argumento a favor de este plan —dijo Mace Windu—. Ya te he dicho lo que vi en la energía que une a Skywalker con el Canciller Supremo. Vale la pena intentar cualquier cosa que pueda distanciar al joven Skywalker de la influencia de Palpatine.

Obi-Wan no necesitaba recurrir a la Fuerza para saber que iba a perder la discusión. Inclinó la cabeza.

—Por supuesto, acataré la decisión de este Consejo.

—De eso aquí nadie duda —Yoda volvió su mirada verde hacia los otros consejeros—. Pero si eso haremos, la mejor manera de usarlo debemos decidir.

La holopresencia de Ki-Adi-Mundi titiló, enfocándose y desenfocándose, cuando el Maestro cereano se inclinó hacia delante, doblando las manos.

—Yo también tengo reservas sobre esta cuestión, pero da la impresión de que sólo los planes desesperados tienen alguna posibilidad de éxito en estos tiempos desesperados. Hemos visto que, si fuera necesario, el joven Skywalker tiene poder para enfrentarse solo a un Señor Sith; lo ha probado con Dooku. Si realmente es el Elegido debemos mantenerlo enfrentado a los Sith, ponerlo en una posición desde la que pueda hacer realidad su destino.

—Y aunque la profecía se haya interpretado mal —añadió Agen Kolar—, Anakin es el único Jedi que sobreviviría a un encuentro con un Señor Sith. Así que usémoslo también para tender esta trampa nuestra. Cuando el Consejo se reúna con él, hagamos hincapié en que estamos intensificando la búsqueda de Grievous. Con toda seguridad, Anakin informará de ello al Despacho del Canciller, y puede que, como decís, eso haga salir a Sidious a la luz.

—Puede que eso no baste —dijo Mace Windu—. Llevémoslo un poco más lejos y aparentemos estar faltos de miembros, y débiles, así daremos margen a Sidious para que haga algún movimiento que crea que pasará desapercibido. Estoy pensando en dejar que el Despacho del Canciller sepa que Yoda y yo nos vemos forzados a intervenir personalmente fuera del planeta...

—Demasiado arriesgado es —dijo Yoda—. Y demasiado conveniente. Sólo uno de nosotros debería salir.

—Entonces ése debes ser tú, Maestro Yoda —dijo Agen Kolar—. Un Señor Sith tendría más motivos para temerte a ti por tu sensibilidad a las corrientes más amplias de la Fuerza.

Obi-Wan sintió la marea de asentimiento que fluía por la Cámara, y Yoda asintió solemne.

—El ataque separatista a Kashyyyk buena excusa será. Y buenas relaciones con los wookiees tengo. Destruir los ejércitos droides puedo, y seguir disponible para Coruscant si Sidious el anzuelo muerde.

—Aceptado —con un ceño cada vez más pronunciado, Mace Windu paseó la mirada por la Cámara del Consejo medio vacía—. Y un último detalle. Dejemos que el Canciller

sepa, a través de Anakin, que pondremos tras Grievous a nuestro Maestro más tenaz, astuto y perspicaz.

—Así Sidious tendrá que actuar deprisa si quiere que la guerra siga adelante —añadió Plo Koon, aprobador.

Yoda asintió juicioso.

—Aceptado.

También asintieron Agen Kolar y Ki-Adi-Mundi.

—Parece un buen plan —dijo Obi-Wan—. Pero ¿qué Maestro tenéis en mente?

Por un momento no habló nadie, como si les asombrara que él hiciera semejante pregunta.

Sólo al cabo de unos segundos, durante los cuales Obi-Wan, desconcertado ante las expresiones de amable asombro que mostraban todos y cada uno de los Maestros, miró el rostro de todos ellos y se dio cuenta, por fin, de que todos lo miraban a él.

Bail Organa se paró en seco en medio del Gran Vestíbulo que rodeaba como un anillo la Sala de Convocatorias del Senado. El torrente de tráfico provocado por pies de mil especies que recorría la enorme sala curvada se rompió a su alrededor como un río alrededor de un peñasco. Alzó la mirada, incrédulo, hacia una de las enormes pantallas holoproyectoras de proclamas que se habían instalado recientemente sobre el vestíbulo para mantener puntualmente informados a los miles de senadores de los progresos de la guerra y de las últimas órdenes ejecutivas del Canciller.

El corazón le dio un vuelco, y no parecía conseguir enfocar la vista. Se abrió paso hasta un dispensador de texto y tecleó un código rápido. Cuando tuvo los plastifinos en la mano, seguían diciendo lo mismo.

Esperaba ese día. La jornada anterior, cuando el Senado votó para conceder a Palpatine el control de los Jedi, supo que el día no tardaría en llegar. Hasta había empezado a hacer planes para cuando pasara.

Pero eso seguía sin hacerle más fácil la noticia.

Tomó el camino de una cabina de comunicaciones pública y tecleó un código privado. La cabina de transpariacero se volvió opaca como la piedra, y un momento después una imagen del tamaño de una mano resplandeció al cobrar vida sobre el pequeño holodisco. Era una mujer esbelta vestida de blanco hasta los pies, con cortos cabellos castaños y una mirada limpia, calmada e inteligente en sus ojos aguamarina.

—Bail —dijo ella—. ¿Qué ha pasado?

La barba elegantemente recortada de Bail tiró hacia abajo alrededor de su boca.

—¿Has visto el decreto de esta mañana?

—¿El Decreto de Gobierno de Sectores? Sí, lo he visto...

—Es el momento, Mon —dijo con hosquedad—. Es hora de dejar de hablar y empezar a actuar. Tenemos que hacer intervenir al Senado.

—Estoy de acuerdo, pero debemos movernos con cuidado. ¿Has pensado a quién debemos consultar? ¿En quién podemos confiar?

—No con detalle. Giddean Danu acude a mi mente. Y estoy seguro de que también podremos confiar en Fang Zar.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué me dices de Iridik'k-stallu? Tiene los corazones donde deben estar. ¿Y de Chi Eekway?

Bail negó con la cabeza.

—Igual más tarde. Llevará al menos unas cuantas horas saber con exactitud cuál es la posición de cada uno. Tenemos que empezar con senadores que sabemos son de confianza.

—Muy bien. Yo iría con Terr Taneel. Y creo que con Amidala, de Naboo.

—¿Padmé? —Bail frunció el ceño—. No estoy seguro.

—Tú la conoces mejor que yo, Bail, pero yo la veo como la clase de senadora que necesitamos. Es inteligente, tiene principios, sabe hablar extremadamente bien y tiene corazón de guerrera.

—También es colaboradora de Palpatine desde hace mucho —le recordó—. Él fue su embajador cuando ella era Reina de Naboo. ¿Hasta qué punto estás segura de que se pondrá de nuestro lado y no del de él?

—Sólo hay una forma de descubrirlo —replicó con serenidad la senadora Mon Mothma.

***

Cuando por fin se abrieron las puertas de la Cámara del Consejo Jedi, Anakin ya estaba furioso.

Si se lo hubieran preguntado, lo habría negado y habría creído decir la verdad..., pero le habían dejado allí durante mucho tiempo, sin nada que hacer aparte de mirar por la curvada ventana manchada de hollín de la Torre del Consejo y contemplar el deteriorado horizonte de la Ciudad Galáctica, dañado en una batalla que, por cierto, él, personalmente, había ganado. Había esperado casi solo y sin nada en lo que pensar salvo en por qué tardaban tanto en tomar una simple decisión...

¿Furioso? En absoluto. Estaba seguro de no estar furioso. No paraba de decirse que no estaba furioso, y acabó por creérselo.

Anakin entró en la Cámara del Consejo con la cabeza gacha, en muestra de humildad y respeto. Pero en su interior, a la altura del escudo nuclear que cercaba su corazón, escondía algo.

No escondía furia. Esa furia sólo era un camuflaje.

Tras su furia escondía al dragón.

Recordaba demasiado bien la primera vez que entró en esa Cámara, la primera vez que estuvo en el centro de un anillo de Maestros Jedi reunidos para juzgar su destino. Recordaba cómo los ojos verdes de Yoda habían mirado dentro de su corazón y habían visto el frío gusano del temor carcomiéndolo y, por mucho que se esforzase en negarlo, el espantoso miedo que sentía a no volver a ver nunca a su madre.

No podía dejar que vieran en lo que se había convertido ese gusano.

Caminó despacio hasta el centro del círculo alfombrado en tonos pardos y se volvió hacia los miembros más veteranos.

Yoda era inescrutable, como siempre, y sus rasgos arrugados conformaban una máscara de serena contemplación.

Mace Windu parecía tallado en piedra.

Las imágenes fantasmales de Ki-Adi-Mundi y Plo Koon flotaban un centímetro sobre sus asientos del Consejo, generadas por los holoproyectores internos de éstos. Agen Kolar se sentaba solo, entre los asientos vacíos pertenecientes a Shaak Ti y Stass Allie.

Obi-Wan se sentaba en el lugar que una vez perteneció a Oppo Rancisis, y parecía pensativo. Preocupado incluso.

—Anakin Skywalker —el tono del Maestro Windu era tan severo que el dragón del interior de Anakin se enroscó instintivamente—. El Consejo ha decidido aceptar la orden del Canciller Palpatine y seguir las instrucciones del Senado, que le otorga la autoridad sin precedentes de dirigir este Consejo. Por tanto, se te concede un asiento en el Consejo de los Jedi como representante personal del Canciller.

Anakin permaneció muy rígido durante un largo momento, hasta que estuvo completamente seguro de haber oído lo que creía haber oído.

Palpatine tenía razón. Últimamente parecía tener razón en un montón de cosas. De hecho, ahora que lo pensaba, no recordaba ni un solo momento en el que el Canciller Supremo se hubiera equivocado.

Finalmente, a medida que empezaba a asimilarlo, a medida que se permitía comprender que el Consejo al fin había decidido concederle el deseo de su corazón, reconociendo sus logros, su dedicación y su poder, pudo respirar hondo.

—Gracias, Maestros. Tienen mi compromiso de defender los principios más elevados de la Orden Jedi.

—El Consejo a la ligera esta imposición no se toma —las orejas de Yoda se curvaron hacia Anakin como dedos acusadores—. Preocupante este gesto del Canciller Palpatine es. A muchos niveles.

Está más preocupado por evitar la supervisión del Senado que por ganar la guerra...

Anakin inclinó la cabeza.

—Lo comprendo.

—No estoy seguro de que sea así —Mace Windu se inclinó hacia delante, mirando escrutador a los ojos de Anakin.

Anakin apenas prestaba atención; ya estaba saliendo mentalmente de la Cámara del Consejo, tomando el turboascensor hasta los archivos y, con la autoridad que le concedía su nuevo rango, exigiendo acceso a la bóveda restringida...

—Asistirás a las reuniones de este Consejo —dijo el Maestro korun—, pero no se te concede el rango y los privilegios de un Maestro Jedi.

—¿Qué?

Era una palabra pequeña, una única palabra, una reacción instintiva ante palabras que le golpeaban como puñetazos, como descargas aturdidoras explotando dentro de su cerebro que le dejaban la cabeza zumbando y la habitación dando vueltas a su alrededor, pero ni siquiera a sus propios oídos le pareció suya la voz que brotó de sus labios. Era más profunda, más oscura, más seca y untuosa, y resonaba desde las profundidades de su corazón.

No sonaba como si fuera suya, y humeaba de rabia.

—¿Cómo os atrevéis? ¿Cómo os atrevéis?

Anakin permaneció fundido al suelo, inmóvil. Ni siquiera era realmente consciente de estar hablando. Era como si otro usara su boca, y ahora, por fin, reconocía la voz.

Sonaba como la de Dooku. Pero no era la voz de Dooku.

Era la voz del destructor de Dooku.

—Ningún Jedi de esta sala puede igualar mi poder, ¡Ningún Jedi en toda la galaxia! ¿Creéis poder negarme el Maestrazgo?

—Representante del Canciller eres —dijo Yoda—. Y como su representante al Consejo asistirás. En esta Cámara te sentarás, pero no votarás. La opinión del Canciller presentarás. Sus deseos. Sus ideas y directivas. No las tuyas.

De las profundidades del horno que era su corazón brotó una respuesta que trascendió tanto la furia que sonó fría como el espacio interestelar.

—Esto es un insulto para mí y para el Canciller. No supongáis que será tolerado.

Los ojos de Mace Windu eran tan fríos como la voz que brotaba de la boca de Anakin.

—Toma asiento, joven Skywalker,

Anakin le devolvió la mirada. *Igual tomo el tuyo*. Su propia voz, dentro de su cabeza, cargaba con un fuego negro que humeaba desde las profundidades del horno de su corazón. *¿Crees que podrás impedir que salve a mi amada? ¿Crees que podrás obligarme a verla morir? Vamos, intenta usar tu vaapad para obligarme a...*

—Anakin —dijo Obi-Wan con calma. Hizo un gesto hacia un asiento vacío a su lado—. Por favor.

Y algo en el tono amable de Obi-Wan, en su petición sencilla y directa, hizo que su furia se desvaneciera avergonzada. Y Anakin se encontró solo en la alfombra, en medio del Consejo Jedi, pestañeando.

De pronto se sintió muy niño, y muy imprudente.

—Perdonadme, Maestros.

Su reverencia de contrición no pudo ocultar el rubor de vergüenza que asomó a sus mejillas.

El resto de la sesión transcurrió en una neblina. Ki-Adi-Mundi dijo algo sobre que ningún mundo de la República informaba de indicios sobre el paradero de Grievous, y Anakin sintió un golpe apagado cuando el Consejo asignó a Obi-Wan en solitario la tarea de coordinar su búsqueda.

Y además, ¿ahora dividían el equipo?

Estaba tan asombrado por todo ello que apenas se enteró de lo que decían sobre un aterrizaje droide en Kashyyyk, pero tenía que decir algo, no podía limitarse a quedarse sentado durante toda esa primera reunión del Consejo, fuese o no un Maestro, y conocía el sistema Kashyyyk tan bien como los callejones de Mos Espa.

—Puedo encargarme de ello —ofreció, animándose de pronto—. Podría limpiar el planeta en un día o dos.

—Skywalker, tu misión está aquí —la mirada de Mace Windu era como el duracero, y sólo a un ápice de ser abiertamente hostil.

Entonces, Yoda se presentó voluntario, y por algún motivo, el Consejo no se molestó ni en votarlo.

—Está decidido entonces —dijo Mace—. Que la Fuerza nos acompañe a todos.

Cuando las holopresencias de Plo Koon y Ki-Adi-Mundi desaparecieron con un parpadeo, Obi-Wan y Agen Kolar se levantaron para hablar en tono ligeramente serio, y Yoda y Mace Windu salieron de la sala, Anakin sólo pudo quedarse allí sentado, con el corazón dolido, aturdido por la impotencia.

Padmé, oh, Padmé, ¿qué vamos a hacer?

No lo sabía. No tenía ninguna pista. Pero sabía lo que no iba a hacer.

No iba a rendirse.

Encontraría un camino, incluso teniendo al Consejo en contra, incluso teniendo a toda la Orden en contra.

La salvaría.

De algún modo.

—Esto me gusta tanto como a vosotros —dijo Padmé, haciendo un gesto hacia los plastifinos del Decreto de Gobernancia de Sectores que había sobre el escritorio de Bail Organa—, pero hace años que conozco a Palpatine, fue mi consejero de mayor confianza. No estoy preparada para pensar que tiene la intención de desmantelar el Senado.

—¿Y por qué debería molestarse en hacer eso? —contrarrestó Mon Mothma—. El Senado prácticamente ha dejado de existir esta misma mañana.

Padmé pasó la mirada de un rostro serio a otro. Giddean Danu asintió su acuerdo. Terr Tanel mantenía la mirada gacha, simulando ajustarse la túnica. Fang Zar se pasó la mano por el revuelto moño veteado de gris.

Bail se inclinó hacia delante. Sus ojos eran duros como esquirlas de piedra.

—Palpatine ya no tiene que preocuparse por controlar el Senado. Al nombrar a sus lacayos gobernadores de todos los planetas de la República, ya controla nuestros sistemas de forma directa —se cogió las manos y las apretó hasta que le dolieron los nudillos—. Se ha convertido en un dictador. Lo hemos hecho dictador.

Y *es el amigo y el mentor de mi marido*, pensó Padmé. *No debería ni escuchar esto*.

—Pero ¿qué podemos hacer al respecto? —preguntó Terr Tanel, mirando todavía hacia su túnica con ceño de preocupación.

—De eso quería que habláramos aquí —le dijo Mon Mothma con calma—. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

Fang Zar se removió incómodo.

—No estoy seguro de que me guste adónde conduce esto.

—A ninguno nos gusta adónde conduce nada —dijo Bail, medio levantándose—. Ésa es precisamente la cuestión. ¡No podemos permitir que mil años de democracia desaparezcan sin luchar!

—¿Luchar? —dijo Padmé—. No puedo creer lo que estoy oyendo. ¡Bail, suenas como un separatista!

—Yo... —Bail se hundió en el asiento—. Me disculpo. No era mi intención. Os he llamado aquí a los cuatro porque vosotros siempre habéis demostrado ser las voces de la razón y la prudencia más consistentes e influyentes de todos los senadores de la galaxia, y siempre habéis hecho todo lo posible para proteger a nuestra pobre y desgarrada Constitución. No queremos herir a la República. Con vuestra ayuda, esperamos poder salvarla.

—Cada vez es más evidente que Palpatine se ha convertido en un enemigo de la democracia —dijo Mon Mothma—. Hay que detenerlo.

—El Senado le concedió esos poderes —dijo Padmé—. Y el Senado puede contenerlo.

Giddean Danu se adelantó en su asiento.

—Me temo que subestimas lo profundamente que se ha arraigado la corrupción en el Senado. ¿Quién votaría ahora contra Palpatine?

—Yo votaré contra él —dijo Padmé. Acababa de descubrir que lo decía en serio—. Y encontraré a otros que también lo hagan.

Tendría que hacerlo. Por mucho que eso le doliera a Anakin. *Oh, amor mío, ¿encontrarás alguna vez la forma de perdonarme?*

—Hazlo —dijo Bail—. Arma todo el ruido que puedas, mantén a Palpatine atento a lo que haces en el Senado. Eso nos proporcionará cierta protección a Mon Mothma y a mí mientras creamos nuestra organización...

—Calla —Padmé se levantó—. Es mejor dejar algunas cosas sin decir. En este momento es mejor que no sepa nada sobre... nada.

No me obligues a mentir a mi marido, era su súplica muda. Intentó comunicarla con los ojos. *Por favor, Bail. No me obligues a mentirle. Le partiría el corazón*.

Puede que él se diera cuenta de algo, pues, tras un momento de indecisión, asintió.

—Muy bien. Podemos dejar los demás asuntos para otro momento. Hasta entonces, esta reunión deberá permanecer en el más absoluto secreto. Ya hemos visto que hasta la mera insinuación de oposición a Palpatine puede ser muy peligrosa. Debemos comprometernos a no hablar de estos asuntos más que con la gente que se haya ahora en esta habitación. No debemos hacer partícipe de este secreto a nadie sin el acuerdo de todos y cada uno de nosotros.

—Eso incluye a nuestros seres más queridos —añadió Mon Mothma—. Incluso a vuestras familias. Contarles algo de esto sólo les expondría al mismo peligro que corremos todos. No se lo podemos decir a nadie.

Padmé vio cómo todos asentían y, ¿qué podía hacer ella? ¿Qué podía decir? *Guardad el secreto vosotros, que yo tengo que contárselo a mi marido Jedi, que es el protegido de Palpatine...*

—Sí. Estoy de acuerdo —dijo con un suspiro.

Y en lo único que podía pensar mientras el pequeño grupo se dispersaba rumbo a sus despachos era: *Oh, Anakin, Anakin, lo siento...*

Lo siento mucho.

Anakin se alegró de que el vasto vestíbulo abovedado del Templo estuviera desierto a excepción de Obi-Wan y de él. No tendría por qué bajar la voz.

—Esto es absurdo. ¿Cómo pueden hacer esto?

—¿Cómo iban a dejar de hacerlo? —contrarrestó Obi-Wan—. Es precisamente tu amistad con el Canciller, esa misma amistad que te ha conseguido un asiento en el Consejo, lo que les imposibilita concederte el Maestrazgo. A ojos del Consejo eso sería como conceder un voto al propio Palpatine.

Él hizo caso omiso. No tenía tiempo para las maniobras políticas del Consejo. Padmé no tenía tiempo.

—Yo no lo pedí. No lo necesito. ¿Estás diciendo que si no fuera amigo de Palpatine ya sería Maestro?

Obi-Wan parecía dolido.

—No lo sé.

—Tengo el poder de cinco Maestros. De diez Maestros. Tú lo sabes, y ellos también.

—El poder no basta para...

Anakin agitó una mano en dirección a la Torre del Consejo.

—¡Son ellos los que me llaman el Elegido! ¿Elegido para qué? ¿Para ser un títere en algún siniestro juego político?

Obi-Wan hizo una mueca, como si le hubieran golpeado.

—¿Acaso no te previne, Anakin? Te hablé de la... tensión... entre el Consejo y el Canciller. Fui muy claro en esto. ¿Por qué no escuchaste? ¡Te metiste de cabeza en esta situación!

—Como en la trampa de los escudos de fuerza —bufó Anakin—. ¿También debo culpar de eso al Lado Oscuro?

—Por lo que haya sido, esto te deja en... una situación muy delicada.

—¿En que situación? ¿A quién le importo yo? No soy ningún Maestro, sólo soy un crío. ¿Es por eso? ¿Es que el Maestro Windu está volviendo a todos contra mí porque hasta que llegué yo él era el Jedi más joven nombrado miembro del Consejo?

—A nadie le importa eso...

—Claro que no. Deja que te diga algo que un viejo muy listo me dijo no hace mucho: "La edad no es la medida de la sabiduría." Si lo fuera, Yoda sería veinte veces más sabio que tú...

—Esto no tiene nada que ver con el Maestro Yoda.

—Así es. Tiene que ver conmigo. Tiene que ver con que todos ellos están contra mí. Siempre lo han estado. La mayoría ni siquiera querían que yo fuera un Jedi. Y si se hubieran salido con la suya, ¿dónde estarían ahora? ¿Quién habría hecho las cosas que he hecho yo? ¿Quién habría salvado Naboo? ¿Quién habría salvado Kamino? ¿Quién habría matado a Dooku y rescatado al Canciller? ¿Quién habría ido a por ti y a por Alpha cuando Ventress...?

—Sí, Anakin, sí. Por supuesto. Nadie cuestiona tus logros. El problema está en tu relación con Palpatine. Y es un problema muy grave.

—¿Porque estoy demasiado cerca de él? Puede que sí. Puede que deba alienar a un hombre que sólo ha sido amable y generoso conmigo desde que vine a este planeta. Puede que deba repudiar al único hombre que me muestra el respeto que me merezco...

—Anakin, basta ya. Escúchate. Tus pensamientos son de celos y de orgullo. Son pensamientos oscuros, Anakin. Pensamientos peligrosos en estos tiempos oscuros. Te centras en ti mismo cuando necesitas centrarte en tu servicio. Tu estallido en el Consejo fue un argumento muy elocuente para no concederte el Maestrazgo. ¿Cómo puedes ser un Maestro Jedi cuando aún no eres maestro de ti mismo?

Anakin se pasó la mano de carne por los ojos y suspiró larga y profundamente.

—¿Qué tengo que hacer? —dijo en un tono mucho más bajo, pausado y tranquilo.

Obi-Wan frunció el ceño.

—¿Perdón?

—Quieren algo de mí, ¿no es eso? De eso se trata. Es lo que ha pasado desde el principio. No me darán el rango hasta que no les dé lo que quieren.

—El Consejo no funciona así, Anakin, y lo sabes.

¿Cómo podrían obligarte a acatar su voluntad una vez seas Maestro, como te mereces?

—Sí, lo sé. Claro que lo sé —dijo Anakin. De pronto se sintió cansado. Increíblemente cansado. Le dolía hablar. Le dolía hasta estar allí parado. Estaba harto de toda la situación. ¿Por qué no podía acabar todo de una vez?—. Dime lo que quieren.

Obi-Wan apartó la mirada, y la fatiga enfermiza que atenazaba las entrañas de Anakin se acentuó aún más. Debía de ser muy malo para que Obi-Wan no pudiera mirarle a los ojos.

—Anakin, mira, yo estoy de tu lado —dijo despacio Obi-Wan. También parecía cansado, tan cansado y enfermo como se sentía Anakin—. Yo no quería tener que ponerte en esta situación.

—¿Qué situación?

Obi-Wan volvió a titubear.

—Mira, sea lo que sea —dijo Anakin—, no mejorará si te quedas ahí parado, buscando valor para decírmelo. Vamos, Obi-Wan. Suéltalo ya.

Obi-Wan miró a su alrededor por todo el vestíbulo vacío, como queriendo asegurarse de que seguían solos. Anakin tenía la sensación de que sólo era una excusa para evitar mirarlo al hablar.

—El Consejo —dijo Obi-Wan despacio— aprobó tu nombramiento porque Palpatine confía en ti. Quieren que les informes de todo lo que hace. Tienen que saber qué pretende.

—¿Quieren que espíe al Canciller Supremo de la República? —Anakin pestañeó, aturdido. No era de extrañar que Obi-Wan no pudiera mirarle a la cara—. ¡Obi-Wan, eso es traición!

—Estamos en guerra, Anakin —Obi-Wan parecía estar sufriendo—. El Consejo ha jurado defender los principios de la República por cualquier medio necesario. Tenemos que hacerlo. ¡Sobre todo cuando el mayor enemigo de esos principios parece ser el propio Canciller!

Los ojos de Anakin se estrecharon y endurecieron.

—¿Por qué no me hizo el Consejo este encargo mientras estábamos en sesión?

—Porque no debe haber constancia de ello, Anakin. Tienes que entenderlo.

—Lo que entiendo —dijo Anakin con hosquedad— es que intentáis volverme contra Palpatine. Intentáis que guarde esto en secreto ante él, que le mienta. En eso consiste esto.

—No es eso —insistió Obi-Wan. Parecía herido—. Consiste en vigilar con quién trata y quién trata con él.

—No es un mal hombre, Obi-Wan; es un gran hombre que mantiene unida esta República con las manos desnudas...

—Quedándose en el cargo mucho tiempo después de que expirase su mandato. Adquiriendo poderes dictatoriales...

—¡El Senado exigió que siguiera en el cargo! Le obligó a que aceptase esos poderes...

—No seas ingenuo. ¡El Senado esta tan intimidado que le concede todo lo que quiere!

—¡Entonces es culpa de ellos, no de él! ¡Deberían tener agallas para enfrentarse a él!

—Eso es lo que te pedimos que hagas, Anakin.

Anakin no tuvo respuesta. El silencio cayó entre ellos como un martillazo.

Negó con la cabeza y se miró el puño que había formado con su mano mecánica.

—Es mi amigo, Obi-Wan —dijo por fin.

—Sí —dijo Obi-Wan en voz baja. Con tristeza—. Lo sé.

—Si él me pidiera que te espiara a ti, ¿crees que yo lo haría?

Esta vez le tocó a Obi-Wan guardar silencio.

—Sabes lo bueno que ha sido conmigo —la voz de Anakin era apagada—. Sabes cómo ha cuidado de mí, cómo ha hecho todo lo que podía para ayudarme. Es como de la familia.

—Los Jedi son tu familia...

—No —Anakin se revolvió contra su antiguo Maestro—. No, los Jedi son la tuya. La única que has conocido. Pero yo no soy como tú, yo tenía una madre que me quería...

Y una mujer que me quiere, pensó. *Y pronto también tendré un hijo que me quiera*.

—¿Te acuerdas de mi madre? ¿Te acuerdas de lo que le pasó... *porque tú no me dejaste ir a salvarla?*, acabó en silencio. *Y lo mismo le pasará a Padmé, y lo mismo le pasará a nuestro hijo*.

En su interior, el frío susurro del dragón le carcomió las fuerzas. *Todas las cosas mueren, Anakin Skywalker. Hasta las estrellas se consumen*.

—Anakin, sí. Claro que me acuerdo. Sabes lo mucho que siento lo de tu madre. Mira, no te pedimos que actúes contra Palpatine, sólo que... controles sus actividades. Debes creerme.

Obi-Wan se le acerco más y posó una mano en el brazo de Anakin. Respiró hondo y pareció tomar alguna decisión difícil.

—El propio Palpatine puede correr peligro. Puede que ésta sea la única forma de ayudarlo.

—¿De qué estás hablando?

—Se supone que no debo contarte esto. Por favor, no cuentes que hemos tenido esta conversación. A nadie, ¿entiendes?

—Sé guardar un secreto.

—Muy bien —Obi-Wan volvió a respirar hondo—. Antes de que Grievous atacara, el Maestro Windu había seguido los pasos de Darth Sidious hasta el República Quinientos. Creemos que el Señor Sith es alguien del círculo interno de consejeros de Palpatine. Eso es lo que queremos que espíes, ¿entiendes?

Una ficción creada por el Consejo Jedi..., una excusa con la que atacar a sus enemigos políticos.

—Si Palpatine está bajo la influencia de un Señor Sith podría correr un grave peligro. La única forma que tenemos de ayudarlo es descubriendo a Sidious y deteniéndolo. Lo que te pedimos no es traición, Anakin. ¡Puede ser la única forma de salvar la República!

Si ese Darth Sidious entrara ahora mismo por esa puerta... le pediría que se sentara y le preguntaría si tiene algún poder que pueda acabar con esta guerra.

—Por tanto, lo único que me pides —dijo Anakin despacio— es que ayude al Consejo a encontrar a Darth Sidious.

—Sí —Obi-Wan parecía aliviado, increíblemente aliviado, como si se le hubiera calmado repentina e inexplicablemente algún horrible dolor crónico—. Sí, precisamente eso.

Un eco, que no era del todo un eco, susurró dentro del horno que era el corazón de Anakin, alterándose ligeramente al final: *Le pediría que se sentara y le preguntaría si tiene algún poder que pueda...*

...salvar a Padmé.

La fragata surcaba el cielo de la capital.

Obi-Wan miraba por la ventanilla, más allá de Yoda y de Mace Windu, hacia la vasta plataforma y el enjambre de clones que cargaban el crucero de asalto estacionado al fondo.

—Vosotros no estabais allí —dijo—. No le visteis la cara. Creo que hemos hecho algo terrible.

—No siempre se puede hacer lo correcto —dijo Mace Windu—. A veces no hay una salida correcta.

—Tu amistad con el joven Anakin importante para ti es —Yoda también miraba hacia los cortantes ángulos del crucero de asalto que se preparaba para la contrainvasión de Kashyyyk. Estaba en pie, apoyándose en su bastón de gimer como si no confiara en sus piernas—. Permitir que esos apegos pasen por la vida un Jedi debe conseguir.

Otro hombre, incluso otro Jedi, podría haberse resentido de ese reproche, pero Obi-Wan se limitó a suspirar.

—Supongo. Después de todo, es el Elegido. La profecía dice que nacerá para traer el equilibrio a la Fuerza, pero...

Las palabras se apagaron. No conseguía recordar lo que iba a decir. Lo único que podía recordar era la expresión en la cara de Anakin.

—Sí. En movimiento el futuro siempre está —Yoda alzó la cabeza y sus ojos se estrecharon en rendijas pensativas—. Y la profecía malinterpretada ha podido ser.

Mace parecía más serio de lo habitual.

—Desde la caída de Darth Bane, hace más de un milenio, ha habido cientos de miles de Jedi. Cientos de miles de Jedi que han alimentado la luz con cada uno de sus actos, con cada aliento, con cada latido de su corazón, impartiendo justicia, construyendo la sociedad civil, irradiando paz y actuando con amor desinteresado hacia todas las cosas. Y en esos mil años sólo ha habido dos Sith cada vez. Sólo dos. Los Jedi crean luz, pero los Sith no crean oscuridad. Sólo usan la oscuridad que ya existe, que siempre ha existido. La avaricia, los celos, la agresión, la lujuria y el miedo son cosas naturales en los seres inteligentes. El legado de la jungla. La herencia de la oscuridad.

—Perdona, Maestro Windu, pero no estoy seguro de entenderte. ¿Estás diciendo, según esa metáfora, que los Jedi han proyectado demasiada luz? Por lo que he visto estos últimos años, la galaxia no se ha convertido en un lugar muy luminoso.

—Yo sólo digo que no sabemos, ni siquiera comprendemos de verdad lo que significa traer equilibrio a la Fuerza. No tenemos forma de prever lo que puede implicar eso.

—Misterio infinito la Fuerza es —dijo Yoda en voz queda—. Cuanto más sabemos más descubrimos cuánto no sabemos.

—Entonces, también vosotros lo sentís —dijo Obi-Wan. Las palabras le hacían daño—. Vosotros también sentís que hemos doblado una esquina invisible.

—Los acontecimientos de nuestro tiempo en movimiento están. Cerca la crisis está.

—Sí —Mace entrecruzó los dedos y los apretó hasta que le chasquearon los nudillos—, pero estamos en una mina de especia sin una barra luminosa. Si dejamos de andar, nunca llegaremos a la luz.

—¿Y si resulta que la luz no esta allí? —preguntó Obi-Wan—. ¿Y si llegamos al final de ese túnel y descubriéramos sólo noche?

—Fe debemos tener, y en la voluntad de la Fuerza confiar. ¿Qué otra cosa nos queda?

Obi-Wan aceptó esto con un asentimiento, pero cuando pensaba en Anakin, el temor seguía coagulándose bajo su corazón.

—Debí oponerme con más fuerza en el Consejo de hoy.

—¿Crees que Skywalker no será capaz de hacer esto? —preguntó Mace Windu—. Creí que tenías más confianza en sus habilidades.

—Le confiaría mi vida —se limitó a decir Obi-Wan—. Y ése es precisamente el problema.

Los otros dos Maestros Jedi le miraron en silencio mientras él buscaba las palabras adecuadas.

—Para Anakin —dijo por fin— no hay nada más importante que la amistad. Es el hombre más leal que he conocido. De hecho, es leal más allá de toda razón. Pese a todo lo que he intentado enseñarle sobre los sacrificios inherentes a ser un Jedi, él... Creo que él nunca los ha entendido de verdad.

Miró a Yoda.

—Maestro Yoda, tú y yo nos conocemos desde que yo era un niño, un bebé. Pero si para acabar esta guerra una semana antes, un día antes, yo tuviera que sacrificar tu vida, sabes que lo haría.

—Así deberías hacerlo —dijo Yoda—. Como yo la tuya, joven Obi-Wan. Como haría cualquier Jedi, por la causa de la paz.

—Cualquier Jedi, excepto Anakin.

Yoda y Mace intercambiaron una mirada, los dos pensativos y serios. Obi-Wan supuso que estaban recordando las veces que Anakin había violado una orden, las veces que había puesto en peligro operaciones enteras, las vidas de miles de personas, el control de sistemas planetarios completos... para salvar a un amigo.

Y más de una vez, de hecho, para salvar a Obi-Wan.

—Creo —dijo Obi-Wan con cuidado— que las abstracciones como la paz no significan mucho para él. Es leal a las personas, no a los principios. Y espera lealtad a cambio. Por ejemplo, no se detendrá ante nada para salvarme porque cree que yo haría lo mismo por él.

Mace y Yoda le miraron fríamente, y Obi-Wan tuvo que bajar la cabeza.

—Porque —admitió reticente— sabe que yo haré lo mismo por él.

—¿En qué tu preocupación radica?, bien no comprendo —los ojos verdes de Yoda eran compasivos—. Para poder hacerlo desaparecer, tu miedo debes nombrar. ¿Temes que su tarea no pueda realizar?

—Oh, no. No es eso para nada. Estoy convencido de que Anakin puede hacer cualquier cosa, salvo traicionar a un amigo. Lo que le hemos pedido hoy...

—Pero eso es lo que significa ser Jedi —dijo Mace Windu—. A eso nos comprometimos todos, a un servicio desinteresado...

Obi-Wan volvió a mirar la nave de asalto que llevaría a Yoda y a los batallones de clones a Kashyyyk, pero sólo podía ver la cara de Anakin.

Si él me pidiera que te espiara a ti, ¿crees que yo lo haría?

—Sí —dijo despacio—. Por eso no creo que vuelva a confiar nunca en nosotros.

Descubrió que tenía los ojos increíblemente calientes, y que su visión nadaba en lágrimas sin derramar.

—Y no estoy muy seguro de que deba hacerlo.

12
No de un Jedi

Esa noche, el atardecer en la Ciudad Galáctica era espectacular. Aún quedaban suficientes partículas de los incendios en la atmósfera del planeta capital como para astillar la luz de su distante sol blanquiazulado y formar una mancha prismática en las múltiples capas de nubes.

Anakin apenas se dio cuenta.

Estaba en el amplio balcón curvado que hacía las veces de plataforma de aterrizaje del apartamento de Padmé, y miraba desde las sombras cómo bajaba su esposa de su deslizador y aceptaba amablemente el saludo de buenas noches del capitán Typho. Cuando éste, pilotando el vehículo, se alejó hacia el inmenso aparcamiento de la torre residencial, Padmé despidió a sus dos doncellas y envió a C-3PO a algún recado complicado. Luego se volvió y se apoyó en la barandilla, allí donde Anakin se había apoyado la noche anterior.

Ella miró al atardecer, pero él sólo la miraba a ella.

Era todo lo que él necesitaba. Estar aquí, estar con ella. Contemplar cómo el atardecer despertaba un rubor en su piel de marfil.

De no ser por sus sueños, hoy mismo habría abandonado la Orden. Ya estaría fuera. Los Veinte Perdidos serían los Veintiún Perdidos. Ya podía llegar el escándalo, que no podría destruir sus vidas. No sus verdaderas vidas. Sólo se destruirían las vidas que tenían antes de conocerse, esos años separados que ahora no significaban nada.

—Precioso, ¿verdad?—dijo él en voz baja.

Ella se sobresaltó, como si la hubieran pinchado con un alfiler.

—¿Anakin?

—Perdona —sonrió con orgullo mientras salía de entre las sombras—. No quería sobresaltarte.

Ella mantuvo una mano pegada al pecho, como para impedir que el corazón saltara fuera de su cuerpo.

—N... no, no pasa nada. Es que... Anakin, no deberías estar aquí. Aún es de día...

—No podía esperar, Padmé. Tenía que verte —la cogió en sus brazos—. Aún falta una eternidad para la noche, ¿cómo voy a poder vivir tanto tiempo sin ti?

La mano de ella fue de su pecho al de él.

—Pero estamos a la vista de un millón de personas, y tú eres un hombre muy famoso. Vamos dentro.

Él la apartó del borde del balcón, pero no hizo ningún gesto para entrar en el apartamento.

—¿Cómo te encuentras?

Cuando ella le cogió la mano de carne y se la llevó al redondeado vientre, su sonrisa era radiante como la estrella primaria de Tatooine.

—Éste sigue dando patadas.

—¿Éste? —pregunto Anakin reposadamente—. Creía que habías pedido a tu droide médico que no te estropeara la sorpresa.

—Oh, no lo sé por mi de-eme. Es mi... —su sonrisa se volvió traviesa— ...intuición materna.

Él sintió un golpe repentino contra la palma de la mano y se rió.

—Intuición materna, ¿eh? ¿Y da estas patadas? Seguro que es niña.

—Vamos adentro, Anakin —repuso ella, posando la cabeza en el pecho de él.

Él jugueteó con los resplandecientes rizos de su pelo.

—No puedo quedarme. Voy camino de ver al Canciller.

—Sí, ya me he enterado de tu nombramiento en el Consejo. Estoy muy orgullosa de ti.

Él alzó la cabeza. Las arrugas se apelotonaron en su frente. ¿Por qué tenía que sacar ella el tema?

—No hay nada de lo que sentirse orgulloso. Sólo ha sido una maniobra política entre el Consejo y el Canciller. Y yo he acabado en medio.

—Pero estar en el Consejo, a tu edad...

—Me admitieron en el Consejo porque no les quedó más remedio. Porque él les obligó a hacerlo en cuanto el Senado le otorgó control sobre los Jedi —bajó el tono hasta que casi fue un gruñido—. Y porque creen poder utilizarme contra él.

La mirada de Padmé se volvió extrañamente perdida, y pensativa.

—¿Contra él? —repitió como un eco—. ¿Los Jedi no se fían de él?

—Eso no significa mucho. Tampoco se fían de mí —Anakin apretó los labios hasta que fueron una fina línea amargada—. Me han concedido un asiento en la Cámara del Consejo, pero nada más. No me admiten como Maestro.

La mirada de ella recuperó ese distanciamiento pensativo, y luego le sonrió.

—Paciencia, amor mío. Con el tiempo, reconocerán tus habilidades.

—Ya reconocen mis habilidades. Temen mis habilidades —dijo amargamente—. Pero esta situación no va de esto. Ya te digo que son juegos políticos.

—Anakin...

—No sé qué le pasa a la Orden, pero, sea lo que sea, no me gusta —negó con la cabeza—. Esta guerra está acabando con todo lo que se supone que significa la República. Quiero decir que, ¿para qué luchamos? ¿Qué queda que valga la pena salvar?

Padmé asintió con tristeza, soltándose de los brazos de Anakin y apartándose.

—A veces me pregunto si no estamos en el bando equivocado.

—¿En el bando equivocado?

¿Crees que todo lo que he hecho ha sido para nada?

—Tú no quieres decir eso —dijo él, mirándola con el ceño fruncido.

Ella se apartó de él, hablando hacia el vasto espacio aéreo que había más allá del balcón.

—¿Y si la democracia por la que luchamos ya no existe? ¿Y si la República se ha convertido en el mismo mal que buscamos destruir?

—Ah, otra vez eso —Anakin desechó esas palabras, irritado—. Llevo oyendo esa basura desde Geonosis. Nunca creí que te lo oiría a ti.

—¡Hace un momento tú decías casi lo mismo!

—¿Dónde estaría ahora la República sin Palpatine?

—No lo sé, pero no sé si estaríamos peor de lo que ya estamos.

Todo el peligro, todo el sufrimiento, todas las muertes, todos los amigos que dieron la vida...

¿Todo por nada?

Contuvo su genio.

—Todo el mundo se queja de que Palpatine tiene demasiado poder, pero nadie ofrece una alternativa mejor. ¿Quién debería coordinar la guerra? ¿El Senado? Tú estás en el Senado y los conoces... ¿En cuántos de ellos confías?

—Yo sólo sé que las cosas están aquí muy mal. Nuestro Gobierno se encamina en una dirección muy peligrosa. Tú también lo has notado... ¡Acabas de decirlo!

—Yo no quería decir eso. Sólo... estoy cansado de todo esto. De esta basura política. A veces me gustaría volver a primera línea del frente. Al menos allí sé quiénes son los malos.

—Y a mí me da miedo —replicó ella con cierto tono de amargura— el hecho de que igual sé cuáles son los malos de aquí.

Los ojos de él se estrecharon.

—Empiezas a sonar como un separatista.

—Anakin, toda la galaxia sabe que el Conde Dooku ha muerto. Es momento de buscar una resolución diplomática a la guerra, pero, en vez de eso, ¡la lucha se intensifica! Palpatine es tu amigo, igual te escucha. Cuando le veas esta noche, pídele, en nombre de la decencia, que ofrezca un alto el fuego...

El rostro de él se endureció.

—¿Es una orden?

Ella pestañeó.

—¿Qué?

—¿Puedo decir algo por mi cuenta? —dio una zancada hacia ella—. ¿Importa algo mi opinión? ¿Y si no estoy de acuerdo contigo? ¿Y si creo que la opción de Palpatine es la correcta?

—¡Anakin, cientos de miles de seres mueren cada día!

—Es una guerra, Padmé. Nosotros no la empezamos, ¿recuerdas? Tú estabas allí... ¡Igual deberíamos haber "buscado una resolución diplomática" en ese circo de animales!

—Yo sólo... —ella se encogió ante lo que veía en su cara, parpadeando con fuerza, frunciendo el ceño—. Yo sólo te pedía...

—Todo el mundo se limita a pedir. Todo el mundo quiere algo de mí. ¡Y soy el malo si no se lo consigo!

Dio media vuelta, apartándose de ella. La capa se le revolvió y él se encontró en el borde del balcón, apoyado en la barandilla. La barra de duracero gimió bajo su mano mecánica.

—Estoy harto de esto —murmuró—. Estoy harto de todo.

No oyó cómo se acercaba ella. El rumor de los aerocoches al pasar por las pistas situadas bajo la balconada ahogaba sus pasos. No vio el dolor en el rostro de ella, ni las lágrimas a punto de brotar, pero pudo sentirlas en la tentativa suavidad de su tacto cuando le acarició el brazo, y oírlas en su voz dubitativa.

—Anakin, ¿qué pasa? ¿Qué es lo que pasa en realidad?

Él negó con la cabeza. No podía mirarla.

—Nada que sea culpa tuya. Nada en lo que puedas ayudarme.

—No me apartes de ti, Anakin. Déjame intentarlo.

—No puedes ayudarme —miró hacia abajo, a través de las docenas de pistas de tráfico que se entrecruzaban, hacia el invisible lecho rocoso del planeta—. Yo estoy intentando ayudarte a ti.

Pero había visto algo en los ojos de ella, cuando mencionó al Consejo y a Palpatine.

Lo había visto.

—¿Qué es lo que no me cuentas?

La mano de ella se inmovilizó, y no dijo nada.

—Puedo sentirlo, Padmé. Siento que guardas un secreto.

—¿Ah? —dijo ella con calma, con ligereza—. Tiene gracia, yo pensaba lo mismo de ti.

Él siguió mirando por encima de la barandilla, hacia la invisible distancia de abajo. Ella se le acercó y se pegó a él, deslizando el brazo por sus hombros y apoyando suavemente la mejilla en su brazo.

—¿Por qué tiene que ser así? ¿Por qué tiene que haber algo como una guerra? ¿No podríamos... volver atrás? Aunque sólo sea simular que estamos otra vez en el lago de Naboo, solos tú y yo. Cuando no había guerra, ni política, ni conspiraciones. Sólo nosotros. Tú y yo, y nuestro amor. No necesitamos más. Tú y yo, y nuestro amor.

En ese momento, Anakin no podía recordar cómo había sido eso.

—Tengo que irme. El Canciller me espera.

Dos silenciosos guardias rojos enmascarados y envueltos en túnicas flanqueaban la puerta del palco privado del Canciller en la Ópera de las Galaxias. Anakin no necesitó hablar.

—Le esperan —dijo uno de ellos, abriéndole la puerta cuando se acercó.

En el pequeño palco redondo solo había un puñado de asientos, y desde él se distinguía la multitud de seres demasiado elegantemente vestidos que llenaban los asientos del entresuelo. Parecía que esa noche de estreno todos habían olvidado que se libraba una guerra. Anakin apenas dedicó una mirada a la inmensa esfera de resplandeciente agua que se agitaba suavemente en la gravedad cero artificial del

escenario; no tenía interés alguno por el ballet, fuera de Mon Calamari o de cualquier otro sitio.

Palpatine se sentaba en la semipenumbra con Mas Amedda, portavoz del Senado, y con Sly Moore, su asesor administrativo. Anakin se detuvo en la entrada del palco.

Si yo fuera el espía que el Consejo quiere que sea, supongo que debería acercarme furtivamente a ellos para poder escucharlos.

Un espasmo de desagrado le cruzó la cara, y se esforzó por borrarlo de ella antes de hablar.

—Canciller. Siento llegar tarde.

Palpatine se volvió hacia él, y el rostro se le iluminó.

—¡Sí, Anakin! No te preocupes. Pasa, muchacho, pasa. Gracias por tu informe sobre la reunión del Consejo de esta tarde, fue una lectura muy interesante. Tengo buenas noticias para ti. ¡Inteligencia Clon ha localizado al general Grievous!

—¡Eso es estupendo! —Anakin negó con la cabeza, preguntándose si Obi-Wan se sentiría avergonzado de que se le hubieran adelantado los clones—. No se nos volverá a escapar.

—Voy a pedir al Consejo..., Moore, tome nota,... que te encargue esta misión a ti, Anakin. Tu habilidad se desperdicia en Coruscant, deberías estar en el campo de batalla. Puedes asistir a las reuniones del Consejo por holoconferencia.

Anakin frunció el ceño.

—Gracias, señor, pero el Consejo coordina las misiones de los Jedi.

—Claro, claro. No debemos dar a un Jedi donde más duele, ¿verdad? Son tan celosos de sus prerrogativas políticas. Aun así, no dejaré de cuestionar su sabiduría si eligen a algún otro.

—Como dije en mi informe, ya han encomendado a Obi-Wan la misión de buscar a Grievous.

Porque quieren mantenerme aquí, donde se supone que podré espiarlo a usted.

—Para buscarlo sí, pero tú eres el mejor hombre para capturarlo; aunque, claro, no siempre se puede confiar en que el Consejo Jedi haga lo correcto.

—Lo intentan. Cre... creo que lo intentan, señor.

—¿Aún lo crees? Siéntate —Palpatine miró a los otros dos seres que había en el palco—. Dejadnos solos.

Se levantaron y se retiraron. Anakin tomó el asiento de Mas Amedda.

Palpatine miró distraídamente las elegantes ondulaciones del principal bailarín mon calamari, frunciendo el ceño como si quisiera decir muchas cosas y estuviera inseguro de por dónde empezar. Finalmente, suspiró hondo y se inclinó hacia Anakin.

—Anakin, creo que ya sabes que no puedo fiarme del Consejo Jedi. Por eso te puse en él. Si aún no han intentado utilizarte en su confabulación, no tardarán en hacerlo.

Anakin mantuvo su rostro cuidadosamente inexpresivo.

—No estoy seguro de comprenderlo.

—Debes sentir lo que yo he llegado a sospechar —dijo Palpatine con gravedad—. El Consejo Jedi busca algo más que independencia de la supervisión del Senado; creo que pretende controlar la misma República.

—Canciller...

—Creo que planean una traición. Piensan derrocar mi Gobierno y reemplazarme por alguien lo bastante débil como para que sus trucos Jedi puedan controlar hasta la última palabra que diga.

—No puedo creer que el Consejo...

—Anakin, busca en tus sentimientos. Lo sabes, ¿verdad?

Anakin apartó la mirada.

—Sé que no confían en usted...

—Ni en el Senado. Ni en la República. Ni en la democracia, ya puestos. El Consejo Jedi no se elige. Selecciona a sus miembros siguiendo sus propias reglas; un hombre menos generoso que yo podría decir que los eligen a su capricho y les proporcionan una autoridad respaldada por poder. Gobiernan a los Jedi como buscan gobernar la República: por decreto.

—Admito... —Anakin se miró las manos— ...que mi fe en ellos se ha visto... alterada.

—¿Cómo? ¿Ya se te han insinuado? ¿Te han ordenador que hagas algo deshonesto? —el ceño de Palpatine se despejó en una sonrisa bondadosa extrañamente reminiscente de la de Yoda—. Quieren que me espíes, ¿verdad?

—Yo...

—No pasa nada, Anakin. No tengo nada que ocultar.

—No... No sé qué decir...

—¿Recuerdas cuando eras un niño, cuando viniste a este planeta por primera vez e intenté enseñarte el funcionamiento de la política? —dijo Palpatine, apartándose de Anakin para que éste pudiera recostarse cómodamente en su asiento.

Anakin sonrió débilmente.

—Recuerdo que la lección no me interesó mucho.

—Di más bien que ninguna lección te interesó mucho. Una pena, debiste prestar más atención. Comprender la política es comprender la naturaleza básica de los seres pensantes. En este momento deberías recordar una de mis primeras enseñanzas: "todos los que obtienen poder temen perderlo".

—Los Jedi usan su poder para el bien —dijo Anakin con demasiada firmeza.

—El bien es un punto de vista, Anakin. Y el concepto Jedi del bien no es el único válido. Piensa, por ejemplo, en los Señores Oscuros de los Sith. A partir de mis lecturas, he llegado a comprender que los Sith creían en la justicia y la seguridad tanto como los Jedi.

—Los Jedi creen en la justicia y la paz.

—¿Existe alguna diferencia en estos tiempos turbulentos? Estarás de acuerdo en que los Jedi no han hecho un trabajo muy brillante trayendo la paz a la galaxia. ¿Quién sabe si los Sith no habrían podido hacerlo mejor?

—Ése es otro de los argumentos que no debería usar ante el Consejo —replicó Anakin con una sonrisa incrédula.

—Oh, sí. Porque los Sith serían una amenaza para el poder de la Orden Jedi. Primera lección.

Anakin negó con la cabeza.

—Porque los Sith son el mal.

—Desde el punto de vista de un Jedi —concedió Palpatine—. El mal sólo es una etiqueta que ponemos a todo lo que nos amenaza, ¿no crees? Pero los Sith y los Jedi son parecidos en casi todo, incluso en su búsqueda de un poder mayor.

—Lo que buscan los Jedi es una comprensión mayor. Una mayor comprensión de la Fuerza...

—La cual otorga un poder mayor, ¿no es así?

—Bueno... sí. —Anakin tuvo que reírse—. Debí pensarlo mejor antes de discutir con un político.

—No estamos discutiendo, Anakin. Sólo hablando. —Palpatine se removió, sentándose cómodamente—. Puede que la verdadera diferencia entre los Jedi y los Sith sólo radique en la elección del camino. Un Jedi obtiene poder mediante la comprensión, y un Sith obtiene comprensión mediante el poder. Éste es el verdadero motivo por el que los Sith siempre han sido más poderosos que los Jedi. Los Jedi temen tanto al Lado Oscuro que se aíslan del aspecto más importante de la vida: la pasión. Pasión del tipo que sea. Ni siquiera se permiten amar.

Salvo yo, pensó Anakin. *Pero claro, tampoco soy precisamente el perfecto Jedi*.

—Los Sith no temen el Lado Oscuro. Los Sith no tienen miedo. Admiten todo el espectro de la experiencia, desde las cumbres de la alegría trascendental a las profundidades del odio y la desesperación. Los seres tienen esas emociones por un motivo, Anakin. Por eso los Sith son más poderosos: no tienen miedo a sentir.

—Los Sith dependen de la pasión para obtener fortaleza, pero ¿qué queda cuando la pasión se acaba?

—Puede que nada. Puede que mucho. Puede que nunca se acabe. ¿Quién sabe?

—Piensan para sus adentros, sólo en ellos mismos.

—¿Y los Jedi no?

—Los Jedi son desinteresados. Borramos el yo, para unirnos al flujo de la Fuerza. Sólo nos importan los demás...

Palpatine volvió a sonreír con esa sabiduría infinita.

—O te han entrenado para que creas eso. Oigo la voz de Obi-Wan Kenobi en tus respuestas, Anakin. ¿Qué piensas tú de verdad?

De pronto, el ballet le resultó mucho más interesante que la cara de Palpatine.

—Yo... ya no lo sé.

—Se dice que si alguien pudiera comprender por completo un único grano de arena, comprender de verdad todo lo que es, al mismo tiempo comprendería el universo. ¿Quién dice que un Sith, al mirar su interior, ve menos que un Jedi al mirar al exterior?

—Los Jedi... Los Jedi son buenos. Ésa es la diferencia. Me da igual quién vea qué.

—Los Jedi son un grupo de seres muy poderosos a los que consideras tus camaradas —dijo Palpatine con calma—. Y tú eres leal a tus amigos, lo sé desde que te conozco, y te admiro por ello. ¿Pero son tus amigos leales a ti?

Anakin le miró con el ceño fruncido.

—¿Qué quiere decir?

—¿Te pediría un amigo de verdad que hicieras algo que está mal?

—No estoy seguro de que esté mal —dijo Anakin.

Obi-Wan podría haberle dicho la verdad. Era posible. Puede que sólo quisieran capturar a Sidious. Puede que sí quisieran proteger a Palpatine.

Puede.

Quizá.

—¿Te han pedido que violes el Código Jedi? ¿Que violes la Constitución? ¿Que traiciones una amistad? ¿Que traiciones tus propios valores?

—Canciller...

—¡Piensa, Anakin! Siempre he intentado enseñarte a pensar. Sí, sí, los Jedi no piensan, saben; pero sus respuestas inmutables ya no bastan en estos tiempos de cambio. Piensa en sus motivos. Despeja tu mente de supuestos. El miedo a perder el poder es una debilidad tanto para los Jedi como para los Sith.

Anakin se hundió aún más en su asiento. Pasaban demasiadas cosas en demasiado poco tiempo. Todo se mezclaba en su cabeza, y nada parecía tener un sentido muy claro.

Salvo lo que decía Palpatine.

Eso tenía demasiado sentido.

—Esto me recuerda una vieja leyenda —murmuró ociosamente Palpatine—. ¿Estás familiarizado con *La Tragedia de Darth Plagueis El Sabio?*

Anakin negó con la cabeza.

—Ah, lo suponía. No es una historia que cuenten los Jedi. Es una leyenda Sith sobre un Señor Oscuro que miró tan profundamente en su interior que llegó a comprender, y dominar, la propia vida. Y también la muerte, al ser las dos una misma cosa, cuando se ven con la claridad necesaria.

Anakin se incorporó. ¿De verdad estaba oyendo eso?

—¿Podía salvar a alguien de la muerte?

—Según la leyenda, Plagueis podía influir a los midiclorianos para que creasen vida. Teniendo semejante conocimiento, mantener la vida en alguien ya vivo sería una cuestión menor, ¿no te parece?

Un universo de posibilidades floreció dentro de la mente de Anakin.

—Más fuerte que la muerte... —murmuró.

—Según mis lecturas, el Lado Oscuro parece ser el camino para conseguir muchas habilidades que algunos considerarían antinaturales.

Anakin parecía no tener aliento.

—¿Qué fue de él?

—Oh, bueno, después de todo, es una tragedia, ¿sabes? Cuando obtuvo el poder definitivo no temía nada salvo perderlo... Por eso me lo ha recordado el Consejo Jedi, ¿sabes?

—Pero ¿qué le pasó?

—Bueno, para salvaguardar la existencia de su poder, enseñó a su aprendiz el camino para alcanzarlo también.

—¿Y?

—Y su aprendiz lo mató mientras dormía —dijo Palpatine con un encogimiento de hombros—. Plagueis nunca lo vio venir. Ésa es la trágica ironía, que podía salvar de la muerte a cualquier ser de la galaxia... salvo a sí mismo.

—¿Y qué fue del aprendiz? ¿Qué le pasó?

—Ah, él. Se convirtió en el Señor Oscuro Sith más grande que ha existido nunca...

—Entonces —murmuró Anakin—, sólo fue una tragedia para Plagueis... La leyenda tuvo un final feliz para el aprendiz...

—Ah, bueno, sí. Cierto. Nunca lo había visto de ese modo... Es como lo que decíamos antes, ¿no crees?

—¿Y si... y si no fuera sólo una leyenda? —dijo Anakin despacio, casi sin atreverse a pronunciar las palabras.

—¿Perdón?

—¿Y si Darth Plagueis existió de verdad?, ¿y si alguien tuvo de verdad ese poder?

—Oh, estoy... bastante seguro... de que Plagueis existió. Y si alguien poseyera ese poder... Bueno, sería uno de los hombres más poderosos de la galaxia, por no decir que prácticamente inmortal...

—¿Cómo podría encontrarlo?

—No sabría decirte. Podrías preguntar a tus amigos del Consejo Jedi, supongo. Pero, claro, si ellos encontrasen a Plagueis, lo matarían al momento. Y no en castigo por algún crimen cometido, ya me entiendes. Lo matarían sólo por ser un Sith, y su conocimiento moriría con él.

—Yo tengo..., tengo que... —Anakin se descubrió medio levantándose del asiento, tembloroso y con los puños cerrados. Se obligó a relajarse y a sentarse, y respiró hondo—. Parece saber mucho de él, y necesito que me lo diga: ¿sería posible aprender, de algún modo, ese poder?

Palpatine se encogió de hombros, mirándolo con esa sonrisa de bondadosa sabiduría.

—Bueno, desde luego —dijo—, pero no de un Jedi.

Tras salir del Teatro de la Ópera, Anakin permaneció sentado en su deslizador durante un largo, largo rato. Parado, inmóvil, con los ojos cerrados y reposando la cabeza contra el borde de su mano mecánica. El deslizador se balanceaba suavemente entre las corrientes de aire causadas por el tráfico al pasar, pero él no lo notaba.

Por fin suspiró y alzó la cabeza. Tecleó un código privado en la pantalla del deslizador. Al cabo de un momento, la pantalla se iluminó con una imagen de la cara de una Padmé medio dormida.

—¿Anakin...? —se frotó los ojos, parpadeando—. ¿Dónde estás? ¿Qué hora es?

—Padmé, no puedo… —se contuvo, lanzando un resoplido por la nariz—. Mira, Padmé, ha surgido algo. Tengo que pasar la noche en el Templo.

—Oh... Bueno, vale. Te echaré de menos.

—Y yo a ti —tragó saliva—. Ya te echo de menos.

—¿Nos veremos mañana?

—Sí. Y muy pronto, durante el resto de nuestra vida. No tendremos que volver a separarnos.

Ella asintió adormilada.

—Que descanses, amor mío.

—Haré lo que pueda. Tú también.

Ella le lanzó un beso, y la pantalla se quedó en blanco.

Anakin puso en marcha los motores y condujo el deslizador con manos expertas para mezclarse con el tráfico, hacia al Templo Jedi. Porque esa parte, lo de que pasaría la noche en el Templo, no era mentira.

La mentira era que iba a descansar. Ni siquiera iba a intentarlo. ¿Cómo podía descansar cuando cada vez que cerraba los ojos la veía gritando en la mesa de partos?

El insulto del Consejo le quemaba ahora más que nunca; y ahora hasta tenía un nombre, una historia, un lugar por el que empezar. Pero ¿cómo iba a explicar al Maestro de los archivos que necesitaba investigar una leyenda Sith sobre inmortalidad?

Pero puede que ni siquiera necesitara los archivos.

El Templo seguía siendo el mayor nexo de energía de la Fuerza que había en el planeta, puede que en toda la galaxia, y sin duda alguna era, incuestionablemente, el lugar ideal para realizar una meditación intensa y enfocada. Necesitaba que la Fuerza le enseñara muchas cosas, y tenía muy poco tiempo para aprenderlo.

Empezaría pensando en su interior.

Pensando en si mismo...

13
La voluntad de la Fuerza

Cuando Moteé, su doncella, la despertó diciéndole que C-3PO había anunciado que un Jedi quería verla, Padmé saltó de la cama, se puso una bata y se apresuró a ir a la sala de estar, rompiendo su adormilamiento con una sonrisa que era como el alba que brillaba fuera...

Pero era Obi-Wan.

El Maestro Jedi le daba la espalda y se cogía las manos mientras vagaba inquieto por la sala, mirando con abstraída falta de interés la colección de esculturas raras.

—Obi-Wan —dijo ella sin aliento—, ¿le ha... —acalló el siguiente "...pasado algo a Anakin". ¿Cómo iba a explicar que eso fuera lo primero en salir de su boca?— ... ofrecido Trespeó algo de beber?

Él se volvió hacia ella, y el ceño de la frente del Jedi se despejó.

—Senadora —dijo con calidez—. Me alegro de volver a verla. Le pido disculpas por lo temprano de la hora, y sí, su droide de protocolo ha sido muy insistente al ofrecerme una bebida —el ceño empezó a reaparecer—. Pero, como ya supondrá, ésta no es una visita social. He venido a hablarle de Anakin.

Sus años en política la habían entrenado bien; y su rostro permaneció atentamente inexpresivo, incluso cuando el corazón le dio un vuelco y el chillido de *¿Cuánto sabe?* resonó en su cabeza.

Una regla básica de los políticos de la República era hablar con la verdad siempre que se pudiera. Sobre todo a un Jedi.

—Me alegró mucho conocer su nombramiento en el Consejo.

—Sí, quizá sea algo menos de lo que se merece, pero me temo que es más de lo que puede manejar. ¿Ha venido a verla?

—Varias veces —dijo con calma—. Asumo que algo va mal, ¿no es así?

Obi-Wan inclinó la cabeza, y la sombra de una sonrisa pesarosa asomó a través de su barba.

—Debió ser usted Jedi.

Ella se las arregló para reírse con despreocupación.

—Y usted no debería entrar nunca en política. No es muy bueno ocultando sentimientos. ¿Qué pasa?

—Es Anakin —cuando desapareció su pretensión de alegría, pareció envejecer ante sus ojos. Parecía muy cansado y profundamente preocupado—. ¿Puedo sentarme?

—Por favor —ella hizo un gesto hacia el sofá y se agachó para sentarse a su lado, en el borde—. ¿Es que vuelve a tener problemas?

—La verdad es que espero que no. Esto es más bien... algo personal —se removió incómodo—. Está en una situación difícil como representante del Canciller, pero creo que es algo más que eso. Nosotros... discutimos ayer, y nos separamos en malos términos.

A ella se le encogió el corazón. Él debía de saberlo y había venido a echárselo en cara, a hacer que sus vidas se desmoronaran allí mismo. Sufría por Anakin, pero su rostro sólo mostró una educada curiosidad.

—¿Por qué discutieron? —preguntó ella con delicadeza.

—Me temo que no puedo decirlo —dijo él, frunciendo el ceño en un vago gesto de disculpa—. Un asunto Jedi. Ya entiende.

Ella inclinó la cabeza.

—Por supuesto.

—Es sólo que..., bueno, he estado algo preocupado por él. Esperaba que hubiera hablado con usted.

—¿Por qué iba a hablar conmigo de... —le obsequió su mejor sonrisa *amistosa pero escéptica*— … asuntos Jedi?

—Senadora... Padmé. Por favor —la miró a los ojos sin otra cosa en el rostro que no fueran compasión y una fatigosa ansiedad—. No soy ciego, Padmé. Aunque haya intentado serlo, por el bien de Anakin. Y por el tuyo.

—¿Qué quieres decir?

—Tampoco vosotros sois muy buenos ocultando vuestros sentimientos.

—Obi-Wan...

—Anakin te ha querido desde el día en que os conocisteis, en aquella horrible chatarrería de Tatooine. Nunca ha intentado ocultarlo, aunque no hablásemos de ello. Nosotros... simulamos que yo no lo sé. Yo..., yo era feliz disimulando porque eso le hacía feliz a él. Tú le hacías feliz cuando ninguna otra cosa podía conseguirlo —suspiró, frunciendo el ceño—. Y tú, Padmé, por hábil que seas en el Senado, no puedes ocultar la luz que asoma a tus ojos sólo con oír su nombre.

—Yo... —ella se puso en pie—. No puedo... Obi-Wan, no me obligues a hablar de esto...

—No pretendía hacerte daño, Padmé. Ni siquiera que te sintieras incómoda. No he venido a interrogarte. No me interesan los detalles de vuestra relación.

Ella apartó la cara, caminando sólo para poder moverse, apenas consciente de que cruzaba una puerta para salir al bacón pintado por el alba.

—Entonces, ¿por qué has venido?

Él la siguió respetuosamente.

—Anakin está bajo una gran presión. Carga con una responsabilidad tremenda para un hombre tan joven. Cuando yo tenía su edad aún me quedaban muchos años como padawan. Él está... cambiando. Con rapidez. Y me preocupa en lo que pueda llegar a convertirse. Sería un... gran error... que dejase la Orden Jedi.

Ella pestañeó, como si él la hubiera abofeteado.

—Pero... eso parece... improbable, ¿no? ¿Qué hay de esa profecía en la que tanta fe depositan los Jedi? ¿Acaso no es el Elegido?

—Es muy probable, pero he analizado esa profecía y sólo dice que nacerá un Elegido y traerá el equilibrio a la Fuerza. En ninguna parte dice que tenga que ser un Jedi.

Ella pestañeó con más fuerza aún, conteniendo la oleada de esperanza desesperada que la dejaba sin aliento.

—¿No tiene por qué serlo...?

—Mi Maestro, Qui-Gon Jinn, creía que la voluntad de la Fuerza era que Anakin fuese entrenado como Jedi, y todos tenemos cierto, oh, supongo que podría llamarse prejuicio de Jedi. Después de todo, es una profecía Jedi.

—Pero ¿los Jedi no acatan la voluntad de la Fuerza...?

—Bueno, sí, pero debes entender que ni siquiera los Jedi saben todo lo que puede saberse de la Fuerza. Ninguna mente mortal puede hacerlo. Hablamos de la "voluntad de la Fuerza" como alguien que, sin saber lo que es la gravedad, podría decir que la voluntad de un río es fluir hasta el océano. Es una metáfora que describe nuestra ignorancia. La simple verdad, si es que hay alguna verdad simple, es que en realidad no sabemos cuál es la voluntad de la Fuerza. No podemos saberlo. Está tan por encima de nuestra limitada comprensión que sólo podemos rendirnos a su misterio.

—¿Qué tiene que ver eso con Anakin? —tragó saliva, pero su voz se mantuvo tensa y ahogada—. ¿Y conmigo?

—Temo que parte de su actual... situación... tenga que ver con vuestra relación.

Si tan solo supieras cuánto, pensó ella.

—¿Qué quieres que haga?

Él bajó la mirada.

—No puedo decirte lo que debes hacer, Padmé, sólo pedirte que tengas en mente los intereses de Anakin. Sabes que vosotros dos nunca podréis estar juntos mientras él permanezca en la Orden.

Un escalofrío se aposentó en su pecho.

—Obi-Wan, no puedo hablar de eso.

—Muy bien, pero recuerda que los Jedi son su familia. La Orden da estructura a su vida. Le da una dirección. Ya sabes lo... indisciplinado que puede llegar a ser.

Y por eso es el único Jedi al que puedo amar...

—Sí. Sí, por supuesto.

—Si su verdadero camino le aparta de los Jedi, que así sea. Pero, por favor, por el bien de vosotros dos, id con cuidado. Aseguraos. Hay decisiones que no pueden invertirse nunca.

—Sí —dijo ella despacio, sensibilizada—. Lo sé demasiado bien.

Él asintió como si lo comprendiera; aunque, por supuesto, no era así.

—Estos días lo sabemos todos.

Un suave tintineo brotó de su túnica.

—Disculpa —dijo, y se volvió, sacando un comunicador de un bolsillo interior—. ¿Sí...?

—Convocamos una sesión especial del Consejo —dijo una apagada voz masculina por el comunicador—. ¡Se ha localizado al general Grievous!

—Gracias, Maestro Windu —dijo Obi-Wan—. Voy para allá.

—¿El general Grievous? —los ojos de ella ardieron, y notó el repentino picor de las lágrimas. Volverían a apartar a Anakin de su lado.

Sintió agitación bajo las costillas. Del lado de los dos, se corrigió, y sintió tanto amor, miedo, alegría y pérdida girando y enfrentándose en su interior que no se atrevió a hablar. Se limitó a mirar sin ver el paisaje urbano amortajado por la contaminación, mientras Obi-Wan se acercaba a su hombro.

—Padmé —dijo en voz baja. Con amabilidad. Casi con pesar—. No hablaré al Consejo de ello. De nada de esto. Lamento mucho tener que cargarte con este peso, y..., y espero no haberte preocupado demasiado. Hace mucho que todos somos amigos... y espero que lo seamos siempre.

—Gracias, Obi-Wan —dijo ella débilmente. No podía mirarlo. Le vio de reojo inclinar respetuosamente la cabeza y volverse para irse.

Por un momento no dijo nada, pero cuando oyó alejarse sus pasos no pudo contenerse.

—¿Obi-Wan?

Oyó cómo él se detenía.

—Tú también le quieres, ¿verdad?

Cuando él no contestó, ella se volvió a mirarlo. Él estaba inmóvil, con una expresión seria, en medio de la acolchada alfombra.

—Sí, le quieres.

Él bajó la cabeza. Parecía muy solo.

—Por favor, haz lo que puedas por ayudarlo —dijo, y se marchó.

El holoescaneo de Utapau rotaba silencioso en el centro de la Cámara del Consejo Jedi. Anakin había traído el holoproyector del despacho de Palpatine. Obi-Wan se preguntó ociosamente si se habría examinado el proyector en busca de dispositivos grabadores colocados por el Canciller para espiar su reunión, pero después desechó la idea. En cierto sentido, Anakin era el dispositivo grabador del Canciller.

Y eso es culpa nuestra, pensó.

Los únicos miembros del Consejo físicamente presentes, aparte de Obi-Wan y Anakin, eran Mace Windu y Agen Kolar. El Consejo alcanzaba el quórum gracias a las holopresencias de Ki-Adi-Mundi, que viajaba hacia Mygeeto; Plo Koon, rumbo a Cato Neimoidia; y Yoda, a punto de aterrizar en Kashyyyk.

—¿Por qué Utapau? —decía Mace Windu—. Es un sistema neutral, de escasa importancia estratégica y prácticamente sin fuerzas de defensa planetarias...

—Quizá la razón sea precisamente ésa —sugirió Agen Kolar—. Es fácil de tomar, y sus ciudades-cráter pueden ocultar de los escáneres a larga distancia a gran cantidad de droides.

—Nuestros agentes en Utapau no han informado de esto —repuso Ki-Adi-Mundi, arrugando el ceño a lo largo de toda su frente.

—Pueden estar detenidos o muertos —dijo Obi-Wan.

Mace Windu se inclinó hacia Anakin, irritado.

—¿Cómo ha obtenido el Canciller esta información si nosotros no sabemos nada al respecto?

—La Inteligencia Clon interceptó parte de un mensaje en una valija diplomática del Presidente de Utapau —dijo Anakin—. Hasta hace una hora no hemos conseguido verificar su autenticidad.

Obi-Wan sintió que la preocupación trepaba por su frente al comprobar que ahora Anakin se refería en primera persona del plural al Despacho del Canciller...

—La Inteligencia Clon —dijo Mace con gravedad— nos informa a nosotros.

—Le ruego me perdone, Maestro Windu, pero ése ya no es el caso. —Aunque la expresión de Anakin era solemne, Obi-Wan creyó detectar cierta satisfacción en la voz de su joven amigo—. Creía haberlo dejado ya claro. La enmienda constitucional que otorga al Despacho del Canciller control sobre los Jedi incluye todas las tropas dirigidas por éstos. Palpatine es ahora el Comandante Supremo del Gran Ejército de la República.

—Pelearnos por jurisdicciones inútil es —dijo la imagen de Yoda—. Actuar ante esto debemos.

—Creo que todos estamos de acuerdo —dijo Anakin, animado—. Pasemos al plan de la operación. El Canciller ha solicitado que yo lidere esa misión, por tanto...

—El Consejo decidirá eso —dijo Mace con firmeza—. No el Canciller.

—Peligroso Grievous es. Para enfrentarse a él mentes calmadas se necesitan. Maestros debemos enviar.

Puede que sólo Obi-Wan, de todo el Consejo, fuera capaz de detectar la sombra de decepción y dolor que reptó hasta los ojos de Anakin. Obi-Wan la comprendía a la perfección, y hasta podía simpatizar con ella. Entrar en combate habría apartado a Anakin de la presión de lo que él consideraba deberes conflictivos.

—Dada la situación de nuestros actuales recursos —dijo Mace Windu—. Recomiendo que enviemos sólo a un Jedi, el Maestro Kenobi.

Eso dejaría en Coruscant a Mace y a Agen Kolar, que se contaban entre los mejores espadachines que habían salido de la Orden Jedi, por si Sidious aprovechaba la ocasión para hacer algo dramático. Sin olvidar a Anakin, que por sí sólo equivalía a la potencia de fuego de toda una brigada.

Obi-Wan asintió. Era perfectamente lógico. Todo el mundo estaría de acuerdo.

Salvo Anakin, que se inclinó hacia delante. El rojo asomaba a sus mejillas.

—¡No tuvo mucho éxito la última vez que se enfrentó a Grievous!

—Anakin... —empezó Obi-Wan.

—No quiero ofenderte, Maestro. Sólo constatar un hecho.

—Oh no, en absoluto. Tienes toda la razón, pero ya he sintonizado con su forma de luchar, y tras ver cómo huyó, estoy seguro de poder vencerlo.

—Maestro...

—Y tú, mi joven amigo, tienes deberes aquí, en Coruscant. Deberes extremadamente importantes que requieren tu completa atención —le recordó Obi-Wan—. ¿Me he explicado?

Anakin no respondió. Volvió a hundirse en su silla y apartó la mirada.

—Obi-Wan mi elección es —dijo Yoda.

La imagen de Ki-Adi-Mundi asintió.

—Estoy de acuerdo. Votemos.

Mace Windu contó los asentimientos.

—Seis a favor —espero, mirando a Anakin—. ¿Algún comentario más?

Anakin se limitó a mirar la pared.

—Es unánime —dijo Mace, encogiéndose de hombros al cabo de un momento.

La senadora Chi Eekway aceptó un tubo de caldi-hoi de la bandeja de aperitivos de C-3PO.

—Le agradezco que me hayan incluido en esto —dijo, agitando las agallas al inclinar la cabeza azul en un gesto con el que abarcaba a los senadores reunidos en la sala de estar de Padmé—. Por supuesto, sólo puedo hablar por mi propio sector, pero puedo decirles que cada vez hay más senadores preocupados. Puede que no sepan que los nuevos gobernadores llegan a los sistemas acompañados de regimientos completos de tropas clon, a los que llaman "fuerzas de seguridad". Todos empezamos a preguntarnos si esos regimientos son para protegernos de los separatistas... o para proteger a los gobernadores de nosotros.

Padmé alzó la mirada del lector de documentos que tenía en la mano.

—Tengo... información fiable... de que ya se ha localizado al general Grievous, y de que los Jedi ya se están movilizando para atacarlo. La guerra puede acabar en cuestión de días.

—¿Y luego qué? —Bail Organa se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y con los dedos entrecruzados—. ¿Cómo hacemos que Palpatine retire a sus gobernadores? ¿Cómo impedimos que acuartele tropas en todos nuestros sistemas?

—No tenemos que obligarlo a nada —dijo Padmé, razonable—. El Senado le concedió poderes ejecutivos sólo mientras durase el estado de emergencia...

—Pero sólo Palpatine tiene autoridad para declarar el fin del estado de emergencia —contrarrestó Bail—. ¿Cómo podemos hacer que devuelva el poder al Senado?

Padmé cerró el lector de documentos y miró a un senador y a otro, inexpresiva.

—¿Alguien quiere más bebida?

—Senadora Amidala —dijo Eekway—. Me temo que no lo entiende...

—Senadora Eekway. ¿Otro caldi-hoi?

—No, es...

—Muy bien —miró a C-3PO—. Eso es todo, Trespeó. Por favor, di a Moteé y a Ellé que no las necesitaré el resto del día. Luego podrás desconectarte un rato.

—Gracias, señora —replicó Trespeó—. Debo decir que esta discusión ha sido muy estimu...

—Trespeó —el tono de Padmé adquirió un tono de mayor firmeza—. Eso es todo.

—Sí, señora. Por supuesto. Lo entiendo.

El droide se volvió, muy rígido, y salió del salón.

En cuanto 3PO dejó de poder oírlos, Padmé enarboló el lector de documentos como si fuera un arma.

—Éste es un paso muy peligroso. No podemos dejar que se convierta en otra guerra.

—Eso es lo último que queremos —dijo Bail con una mirada desaprobadora a la senadora Eekway—. Alderaan no tiene fuerzas armadas, ni siquiera un sistema de defensa planetario. Nuestra única opción es una solución política.

—Ése es el objetivo de esta petición —dijo Mon Mothma, posando su suave mano en la de Padmé—. Esperamos que una muestra de solidaridad en el Senado detenga a Palpatine y le impida seguir subvirtiendo la Constitución. Con la firma de dos mil senadores...

—...seguiremos teniendo menos de lo que necesitamos para impedir que su mayoría absoluta enmiende la Constitución como se le ocurra —acabó Padmé por ella. Sopesó el lector en su mano—. Estoy dispuesta a presentar esto a Palpatine, pero estoy perdiendo fe en la disposición, e incluso en la habilidad del Senado para contenerlo. Creo que deberíamos consultar con los Jedi.

¿Porque de verdad creo que pueden ayudarnos o porque no puedo soportar mentir a mi marido? No sabía decirlo. Esperaba que ambas cosas fueran ciertas, aunque sólo estaba segura de lo segundo.

Bana Breemu se examinó las largas yemas de los dedos elegantemente cuidados.

—Eso —dijo con tono remoto— sería peligroso.

—Desconocemos la posición de los Jedi en esto —repuso Mon Mothma, asintiendo.

Padmé avanzó en el asiento.

—Están tan contentos con esta situación como nosotros.

Los elevados pómulos de la senadora Breemu hicieron que la mirada que clavó en Padmé fuera incluso más distante y escéptica.

—Parece... estar notablemente bien informada respecto a los asuntos Jedi, senadora Amidala.

Padmé se sintió enrojecer. No confiaba en sí misma lo suficiente para responder.

Giddean Danu negó con la cabeza. La duda se pintaba con claridad en su oscuro rostro.

—Necesitaremos el apoyo de los Jedi si queremos enfrentarnos abiertamente al Canciller. Necesitamos su autoridad moral. ¿Qué tenemos, si no?

—La autoridad moral de los Jedi, como tal —dijo Bana Breemu—, se ha dilapidado en la guerra; me temo que ya no les queda para la política.

—Entonces a un Jedi —sugirió Padmé a los demás. *Al menos dejad que cuente la verdad a mi amor. Al menos eso. Por favor,* les suplicó en silencio—. Hay un Jedi en el que sé que podemos confiar por completo...

Su voz se sumió en un silencio pasmado al darse cuenta de que no se refería a Anakin.

Cuando empezó a hablar, lo hizo pensando en su amor, en su necesidad de abrirse a él para evitar el dolor que le apuñalaba el corazón con cada latido al ocultárselo, pero

cuando ese pensamiento se centra en la confianza, cuando se basó en poder confiar de verdad en alguien...

Descubrió que hablaba de Obi-Wan.

Anakin... Algo se rompía en su interior. *Oh, amor mío, ¿qué nos están haciendo?*

Chi Eekway negó con la cabeza.

—Paciencia, senadora.

Fang Zar apartó lo dedos de su poblada y revuelta barba y se encogió de hombros.

—Sí, no podemos bloquear la mayoría absoluta del Canciller, pero sí mostrarle que la oposición a sus métodos va en aumento. Puede que eso le persuada para moderar sus tácticas.

Bana Breemu volvió a examinarse las yemas de los dedos.

—Muchas cosas pueden cambiar cuando presentes la Petición de los Dosmil.

—Pero, ¿cambiarán para mejor? —dijo Giddean Danu.

Bail Organa y Mon Mothma intercambiaron miradas que susurraban secretos compartidos.

—Antes de implicar a los Jedi, veamos lo que podemos conseguir en el Senado —dijo Bail despacio.

Y cuando todos los senadores mostraron su acuerdo, uno tras otro, Padmé sólo pudo guardar silencio. Como en un funeral.

Llorando por la muerte repentina de una ilusión.

Anakin, Anakin, te quiero. Si tan sólo...

Pero ese "si tan sólo" la llevaría a un lugar al que no soportaba ir. Al final sólo quedaba el pensamiento que temía acabase reverberando en su interior por el resto de su vida.

Anakin. Lo siento.

El último de los aerotanques chirrió rampa arriba y entró en la sombra que el crucero de asalto dibujaba en el cielo. Lo siguieron una fila tras otra de soldados clon inmaculadamente reglamentados, ordenados en batallones y desfilando en perfecta sincronía.

Al lado de Obi-Wan, en la plataforma de aterrizaje, Anakin contemplaba cómo se iban.

No podía creer que él no fuera con ellos.

En realidad no quería ir con Obi-Wan a Utapau, por mucho alivio que le supusiera alejarse del lodazal político en el que estaba atrapado, pero ¿cómo iba a dejar ahora a Padmé? Ni siquiera le importaba que fueran los Jedi quienes capturasen a Grievous, aunque seguro que semejante hazaña le otorgaría el Maestrazgo con toda certeza. Ya no estaba seguro de que necesitase ser un Maestro.

Gracias a las largas y negras horas de meditación que había realizado anoche, empezaba a sentir una verdad más profunda en la Fuerza, una realidad sumergida que acechaba como un sarlacc bajo las soleadas arenas del entrenamiento Jedi.

En alguna parte, ahí abajo, estaba todo el poder que necesitaba.

Así que no, no es que quisiera ir. Era más bien, inexplicablemente, que quería que Obi-Wan se quedase.

Sentía en el pecho un frío vacío que temía acabase llenándose de pena y pesar.

Por supuesto, no había ninguna posibilidad de que el elegido para la misión no fuera Obi-Wan. Sería el último Jedi de la galaxia en cuestionar una orden del Consejo. Anakin se sorprendió deseando, no por primera vez, que Obi-Wan se pareciera un poco más al difunto Qui-Gon. Aunque sólo le había conocido durante pocos días, Anakin podía verlo en su mente, con el ceño fruncido mientras inclinaba amablemente la cabeza sobre su padawan más bajo. Y podía oír su voz de barítono instruyendo a Obi-Wan para que "se mantuviera atento a las corrientes de la Fuerza viviente". "Cumplir con tu deber no es siempre hacer lo correcto. Preocúpate por realizar la acción correcta. Y que el deber se ocupe de sí mismo."

Pero él no podía decir eso. Aunque hacía unos meses que Anakin había pasado sus pruebas, para Obi-Wan seguía siendo un aprendiz, no un Maestro.

—Tengo un mal presentimiento —fue lo único que pudo decir.

Obi-Wan fruncía el ceño mientras miraba cómo un equipo de tripulantes clon cargaba su caza azul y blanco en la cubierta de vuelo del crucero de asalto.

—Disculpa, Anakin, ¿decías algo?

—Vas a necesitarme en esta misión, Maestro.

También pudo sentir una verdad inesperada en eso: si Anakin iba con él, podría arreglárselas para olvidarse unos días de Padmé, podría apartarse de Palpatine, del Consejo, de sus meditaciones, de la política y de todo lo que había en Coruscant que le obligaba a tomar por este camino que tiraba de él. Si pudiera acompañarlo y jugar por unos días al dúo Kenobi y Skywalker, las cosas podrían acabar saliendo bien.

Si fuera así.

—Esto puede acabar siendo la cacería al bantha fantasma —dijo Obi-Wan—. Tu trabajo aquí es mucho más importante, Anakin.

—Lo sé, los Sith —la palabra dejó un regusto amargo en la boca de Anakin. La manipulación del Consejo apestaba a politiqueo—. Es que... no me gusta que te vayas así sin mí —Anakin se encogió de hombros, impotente, apartando la mirada—. Es mala idea dividir el equipo. Mira lo que pasó la última vez.

—No me lo recuerdes.

—¿Quieres pasar otra tanda de meses con alguien como Ventress? ¿O con alguien peor?

—Anakin —en la voz de Obi-Wan podía intuirse una sonrisa—. No te preocupes. Tengo clones suficientes para tomar tres sistemas del tamaño de Utapau. Creo que sabré manejar la situación, incluso sin tu ayuda.

Anakin no tuvo más remedio que responder a su sonrisa.

—Bueno, siempre hay una primera vez.

—No nos estamos separando de verdad, Anakin. Hemos trabajado solos muchas veces, como cuando tú acompañaste a Padmé a Naboo y yo fui a Kamino y a Geonosis.

—Y mira cómo acabó.

—De acuerdo, es un mal ejemplo —admitió Obi-Wan con un toque de pesar en la sonrisa—, pero han pasado los años y aún estamos aquí, aún vivos y aún amigos. Lo que quiero decir, Anakin, es que trabajamos juntos incluso haciéndolo por separado. Tenemos el mismo objetivo: acabar con la guerra y salvar la República de los Sith. Mientras sigamos en el mismo bando, todo acabará saliendo bien. Estoy convencido de ello.

—Bueno... —suspiró Anakin—. Supongo que tienes razón. Sueles tenerla de vez en cuando. En ocasiones.

Obi-Wan rió y le dio una palmada en el hombro.

—Adiós, viejo amigo.

—Maestro, espera.

Anakin se volvió para mirarlo de frente. No podía quedarse allí quieto y dejar que se fuera. Ahora no. Tenía que decirle algo...

Le invadía la abrumadora sensación de que no tendría otra oportunidad.

—Maestro... —dijo dubitativo—. Sé que te he... decepcionado en estos días. He sido arrogante. He... No he sabido apreciar tu entrenamiento ni, lo que es peor, tu amistad. No tengo excusa, Maestro. Mi frustración con el Consejo... Sé que no es culpa tuya, y me disculpo. Por todo. Tu amistad lo es todo para mí.

Obi-Wan estrechó la mano mecánica de Anakin, apretándole con la otra el brazo, por encima de la unión de carne y metal.

—Eres sabio y fuerte, Anakin. Eres un orgullo para la Orden Jedi y has superado con mucho mis humildes esfuerzos de instrucción.

Anakin sintió que su propia sonrisa se tornaba melancólica.

—El otro día decías que mi poder no significaba nada.

—No me refiero a tu poder, Anakin, sino a tu corazón. La grandeza que hay en ti es una grandeza de espíritu. Valor y generosidad, compasión y compromiso. Ésas son tus virtudes —dijo Obi-Wan con amabilidad—. Has hecho grandes cosas, y estoy muy orgulloso de ti.

Anakin descubrió que no tenía nada que decir.

—Bueno —Obi-Wan bajó la mirada, riendo y soltando la mano y el brazo de su amigo—. Creo que oigo al general Grievous pronunciar mi nombre. Adiós, viejo amigo. Que la Fuerza te acompañe.

Lo único que pudo responder Anakin fue un eco reflejo.

—Que la Fuerza te acompañe.

Permaneció inmóvil y en silencio, viendo cómo se alejaba Obi-Wan. Entonces se volvió y se dirigió despacio hacia su deslizador, con la cabeza bamboleante.

El Canciller le esperaba.

14
Caída libre en la oscuridad

Un viento frío azotaba la plataforma de aterrizaje privada del Canciller en el Edificio Administrativo del Senado. Anakin permaneció un rato allí parado, envuelto en su capa, con la barbilla pegada al pecho y mirando el suelo bajo sus pies. No sentía el frío, ni el viento. No oía el zumbido de la lanzadera privada del Canciller, inclinándose para aterrizar, ni olía los retazos de humo pardo arrastrados por el viento.

Sólo veía los rostros de los senadores que fueron allí para aclamar al joven Jedi, oía las exclamaciones de alegría y de felicitación cuando les devolvió ileso a su Canciller Supremo. Recordaba el orgullo que sintió al ser centro de atención de tantos equipos de la HoloRed impacientes y ansiosos por obtener aunque sólo fuera el menor atisbo del hombre que había vencido al Conde Dooku.

¿Cuántos días habían pasado ya? No podía recordarlo. No eran muchos. Cuando no se duerme, los días se amontonan en una neblina de fatiga tan profunda que se convierte en dolor físico. La Fuerza podía mantenerlo en pie, en movimiento, pensando, pero no proporcionarle descanso. Y tampoco es que quisiera descansar. El descanso podía provocarle sueño.

Y no quería saber lo que podía depararle el sueño.

Recordaba que Obi-Wan le hablo una vez de un poeta que había leído una vez, no recordaba ni cómo se llamaba ni la cita exacta, pero decía algo sobre que no hay mayor sufrimiento que recordar, con amargo pesar, un día en que se fue feliz.

¿Cómo había pasado todo de estar tan bien a estar tan mal tan rápidamente?

No podía ni imaginárselo.

Un polvo grasiento se arremolinó bajo los repulsores de la lanzadera cuando ésta se posó en la plataforma. La escotilla giró, se abrió y por ella salieron cuatro de los guardias personales de Palpatine. Sus largas túnicas recogían la brisa en sus pliegues de seda color sangre. Se separaron en dos parejas para flanquear las puertas, y el Canciller salió junto a la alta y corpulenta forma de Mas Amedda, portavoz del Senado. Los cuernos del chagriano se inclinaban hacia Palpatine mientras ambos caminaban juntos, aparentemente enfrascados en una conversación.

Anakin avanzó para recibirlos.

—Canciller —dijo con una reverencia a modo de saludo—. Señor portavoz.

Mas Amedda miró a Anakin con una mueca en sus labios azules. Un gesto que, en un humano, habría denotado desagrado. Pero era una sonrisa chagriana.

—Saludos, Su Gracia. Confío en que se encuentre bien en este día —dijo.

Anakin sentía sus ojos como si estuvieran cubiertos de arena.

—Muy bien, señor portavoz, gracias por preguntar.

Amedda se volvió para seguir hablando con Palpatine, y la educada sonrisa de Anakin se trocó en una mueca desdeñosa. Puede que sólo estuviera demasiado cansado, pero, de algún modo, los pliegues que formaban los tentáculos de la cabeza desnuda del chagriano

al agitarse alrededor de su pecho le hacían desear que Obi-Wan no estuviera mintiéndole sobre Sidious. Deseó que Mas Amedda fuera en secreto un Sith. Había algo tan repugnante en el portavoz del Senado que Anakin podía imaginarse fácilmente cortándole la cabeza por la mitad...

Poco a poco, Anakin se dio cuenta de que Palpatine despedía a Mas Amedda y luego enviaba a los Túnicas Rojas con él.

Bien. No estaba de humor para juegos. A solas podrían hablar con claridad. Puede que lo que necesitara fuera una pequeña charla sin tapujos. Eso despejaría la niebla de medias verdades y confusiones sutiles que le había suministrado el Consejo Jedi.

—Bueno, Anakin —dijo Palpatine cuando los demás se alejaron—, ¿fuiste a despedir a tu amigo?

Anakin asintió.

—Si no odiase tanto a Grievous, casi lo sentiría por él.

—¿Oh? —Palpatine parecía interesado—. ¿A los Jedi se les permite odiar?

—Es una forma de hablar —repuso Anakin, desechando la idea—. No importa lo que yo sienta por Grievous. Obi-Wan tendrá pronto su cabeza.

—Siempre y cuando el Consejo no haya cometido un error enviándolo —murmuró Palpatine mientras cogía a Anakin del brazo para guiarlo hacia la entrada—. Sigo creyendo que el Maestro Kenobi no es el Jedi adecuado para este trabajo.

Anakin se encogió de hombros con irritación. ¿Por qué tenía que sacar todo el mundo temas de los que no quería hablar?

—El Consejo estaba... muy seguro de su decisión.

—La certeza es algo que está muy bien. Aunque muy a menudo quien más seguro cree estar es el más equivocado. ¿Qué hará el Consejo si Kenobi se muestra incapaz de capturar a Grievous sin tu ayuda?

—No sabría decirlo, señor. Imagino que ya se ocuparán de ello cuando pase. Los Jedi enseñan que la previsión es distracción.

—Yo no soy filósofo, Anakin, en mi trabajo, la previsión suele ser la única esperanza de éxito. Debo prever los actos de mis adversarios, y hasta los de mis aliados. Incluso —abrió una mano hacia Anakin, sonriendo— los de mis amigos. Sólo así puedo prepararme para aprovechar cualquier oportunidad que se presente... y, teóricamente, evitar el desastre.

—Pero si el desastre es voluntad de la Fuerza,..

—Me temo que no creo en la voluntad de la Fuerza —repuso Palpatine con una sonrisa de disculpa—. Creo que lo que importa es nuestra voluntad, que todo lo bueno que hay en nuestra civilización no procede de los actos ciegos de un campo místico de energía, sino de la voluntad concentrada de la gente: de abogados, guerreros, inventores e ingenieros luchando hasta el último aliento de su cuerpo para conformar la cultura galáctica. Para mejorar la vida de todos.

Ya se encontraban ante la puerta abovedada del despacho de Palpatine.

—Pasa, por favor, Anakin. Por mucho que disfrute con una conversación filosófica, no te he hecho venir por ese motivo. Tenemos cuestiones que discutir, y me temo que son graves.

Anakin le siguió por las salas externas hasta llegar al despacho privado de Palpatine. El joven Jedi asumió una postura respetuosa ante el escritorio del Canciller, pero éste le señaló una silla.

—Por favor, Anakin, ponte cómodo. Parte de lo que voy a decirte será muy difícil de oír.

—Hoy en día todo lo es —musitó Anakin mientras tomaba asiento.

Palpatine no pareció oírle.

—Se refiere al Maestro Kenobi. Mis amigos en el Senado han oído algunos... rumores preocupantes sobre él. Hay muchos senadores que no le consideran adecuado para esta misión.

—¿Lo dice en serio? —repuso Anakin, frunciendo el ceño.

—Muy en serio, me temo. Es una situación... complicada. Parece ser que hay miembros del Senado que lamentan haberme concedido poderes extraordinarios.

—Ha habido gente en desacuerdo con eso desde antes de Geonosis, señor. ¿Por qué deben ser ahora considerados motivo de preocupación? ¿Y en qué afecta eso a Obi-Wan?

—Ahora voy a eso —Palpatine respiró hondo e hizo girar la silla para poder mirar por la ventana de transpariacero blindado, hacia el paisaje urbano que había al otro lado—. La diferencia es que ahora algunos de esos senadores, un gran número de ellos, parecen haber renunciado a la democracia. Al verse incapaces de obtener sus fines en el Senado, se están organizando en un cónclave, preparándose para destituirme por... otros medios.

—¿Está hablando de traición?

Anakin tenía la suficiente disciplina Jedi para obligarse a no usar esa palabra con Obi-Wan.

—Eso me temo. Se rumorea que los cabecillas de este grupo pueden haber caído presa de los... poderes persuasorios... del Consejo Jedi, y que están dispuestos a ser sus cómplices en la confabulación que prepara el Consejo contra la República.

—Señor, yo... —Anakin negó con la cabeza—. Eso parece... ridículo.

—Y puede que sea completamente falso. Recuerda que sólo son rumores sin ninguna confirmación. Los cotilleos del Senado rara vez son acertados, pero si esto lo es... debemos estar preparados, Anakin. Aún me quedan suficientes amigos en el Senado para oler lo que se cuece en ese cónclave desleal. Y tengo una idea muy clara de quiénes son sus líderes; de hecho, mi última reunión de esta tarde es con una delegación que representa a ese cónclave. Me gustaría que estuvieras presente.

—¿Yo? —¿Es que nadie podía dejarle en paz aunque sólo fuera por un día? ¿Aunque sólo fuera por unas horas?—. ¿Para qué?

—Por tus sentidos Jedi, Anakin. Tu habilidad para leer las intenciones malignas. No dudo de que esos senadores vestirán su conspiración de virtud. Con tu ayuda podremos traspasar ese velo y descubrir la verdad.

Anakin suspiró, frotándose los ojos doloridos. ¿Cómo podía fallar a Palpatine?

—Estoy dispuesto a intentarlo, señor.

—No lo intentaremos, Anakin, lo haremos. Después de todo, sólo son senadores. La mayoría de ellos no podrían ocultar lo que piensan ni a un gusano con lesión cerebral, y mucho menos al Jedi más poderoso de la galaxia.

Se inclinó hacia delante y juntó las yemas de los dedos, pensativo.

—El Consejo Jedi, en cambio, es algo muy distinto. Es una sociedad secreta de seres antidemocráticos que poseen tremendo poder, tanto individual como colectivamente. ¿Cómo podría yo seguir el rastro de sus laberínticos planes? Por eso te puse en el Consejo. Si los rumores son ciertos, puede que tú seas la última esperanza de la democracia.

Anakin dejó que su barbilla volviera a hundirse en su pecho, y sus párpados se cerraron. Parecía que siempre tenía que ser la última esperanza de alguien.

¿Por qué tenía que cargarle todo el mundo con sus problemas? ¿Por qué no podían dejarle en paz?

¿Cómo se suponía que iba a enfrentarse a todo ello cuando Padmé podía morir?

—Sigue sin decirme qué tiene que ver Obi-Wan con todo eso —dijo despacio, con los ojos aún cerrados.

—Ah, eso... Bueno, ésa es la parte difícil. La parte preocupante. Al parecer, el Maestro Kenobi ha estado en contacto con cierto senador conocido por estar entre los líderes de este cónclave. Parece que en contacto muy íntimo. Se rumorea que esta misma mañana se le vio dejar su residencia a una..., bueno, hora inapropiada.

—¿Quién? —Anakin abrió los ojos y se inclinó hacia delante—. ¿Quién es ese senador? Vamos a interrogarlo.

—Lo siento, Anakin. Pero el senador en cuestión es una mujer. De hecho, es una mujer a la que conoces muy bien...

—Usted... —no estaba oyendo eso. No podía ser—. Se refiere a...

Anakin se ahogó con su nombre.

—Eso me temo —respondió, mirándole con compasión melancólica.

Anakin tosió hasta recuperar la voz.

—¡Eso es imposible! Yo lo habría sabido... Ella no... No puede...

—A veces quienes más cerca están —dijo Palpatine con tristeza— son los últimos en darse cuenta.

Anakin se echó hacia atrás en su asiento, aturdido. Se sentía como si un gamorreano o un rancor le hubiera golpeado en el pecho. Los oídos le zumbaban y la habitación giraba a su alrededor.

—Yo lo habría sabido —repetía aturdido—. Lo habría sabido...

—No te lo tomes demasiado mal. Puede que sólo sean cotilleos ociosos y que todo esto no pase de ser producto de mi calenturienta imaginación. Tras tantos años de guerra, me descubro inspeccionando cualquier sombra en la que pueda esconderse un enemigo.

Eso es lo que necesito de ti, Anakin. Necesito que descubras la verdad. Que apacigües mi mente.

Brasas distantes ardieron bajo el esternón de Anakin, tan débilmente que apenas se notaban, pero una chispa de ese fuego bastó para dar a Anakin fuerzas para ponerse en pie de un salto.

—Eso puedo hacerlo —dijo.

Las llamas aumentaron. La fatiga que había invadido sus extremidades empezó a desaparecer.

—Bien, Anakin. Sabía que podía contar contigo.

—Siempre, señor. Siempre.

Se volvió para irse. Iría a verla. La vería. Obtendría la verdad. Y lo haría ahora. En este mismo momento. En pleno día. No le importaba quién pudiera verlo.

Iba por trabajo.

—Sé quiénes son mis amigos —dijo, y se marchó.

Se movió por el apartamento de Padmé como si fuera una sombra, como un fantasma en un banquete. No tocó nada. Lo miraba todo.

Se sentía como si no lo hubiera visto nunca.

¿Cómo podía hacerle ella esto?

A veces quienes más cerca están son los últimos en darse cuenta. ¿Cómo podía hacerle ella esto?

¿Cómo podía hacerle él esto?

En la Fuerza, todo el apartamento apestaba a Obi-Wan.

Sus dedos acariciaron el curvado respaldo del sofá.

Aquí. Obi-Wan se sentó aquí.

Anakin rodeó el sofá y se sentó en ese mismo lugar. Su mano cayó de forma natural en el asiento contiguo..., y allí sintió un eco de Padmé.

El dragón le susurraba: "Eso es demasiado cerca para una conversación casual."

Ésta era una clase diferente de miedo. Más frío. Más desagradable.

Miedo a que Palpatine pudiera tener razón...

El aire del apartamento aún vibraba de desacuerdo y preocupación, y había un olor a especias oxidadas y algas hervidas... Era sopi-hoi. Alguien había tomado aquí sopi-hoi en las últimas horas.

A Padmé no le gustaba la sopi-hoi.

Y Obi-Wan era alérgico a ella. Una vez, durante una misión diplomática en Ando, su reacción ante un brindis ceremonial fue tan violenta que casi provoca un conflicto entre sistemas estelares.

Así que Padmé también había tenido otras visitas.

Sacó de un bolsillo del cinturón un plastifino con la lista de senadores sospechosos de Palpatine. La examinó, buscando nombres de senadores a los que conociera lo bastante bien como para reconocer en la Fuerza los ecos de su presencia aquí. Había muchos de los que no había oído hablar; después de todo, había miles de senadores. Pero los que

conocía por reputación eran la crema del Senado, gente como Terr Taneel, Fang Zar, Bail Organa, Garm Bel Iblis...

Empezó a pensar que Palpatine se lo estaba imaginando todo. Esos senadores eran conocidos por ser incorruptibles.

Frunció el ceño. Sería posible...

Un senador podía crearse con cuidado una reputación, mostrándose ante toda la galaxia como un ser honesto, recto y honorable, mientras mantenía en secreto la podrida verdad de su persona y sin que nadie percibiera su maldad hasta tener tanto poder que ya sería demasiado tarde para detenerlo...

Era posible.

Pero, ¿tantos? ¿Podían haber hecho eso todos ellos?

¿Podría haberlo hecho Padmé?

La sospecha volvió a su mente, coagulándose en una nube tan espesa que no sintió la cercanía de Padmé hasta que estuvo dentro de la sala.

—¿Anakin? ¿Qué haces aquí? Aún es media tarde...

Él alzó la mirada para verla en la arcada con su atuendo completo de senadora; pesados pliegues de túnica borgoña y una cofia que recordaba el anillo de hiperimpulso de un caza estelar. En vez de una sonrisa, de la luz brillando en sus ojos, de la alegría cantarina con la que siempre le recibía, su rostro era casi inexpresivo; atento y vacío.

Anakin lo llamaba su *cara de política*, y la odiaba.

—Te estoy esperando —replicó, un poco inseguro—. ¿Qué haces tú aquí a media tarde?

—Tengo una reunión muy importante dentro de dos horas —respondió con rigidez—. Esta mañana dejé aquí un lector de documentos...

—Esa reunión... ¿es con el Canciller? —la voz de Anakin era grave y cortante—. ¿Es su última reunión de la tarde?

—S... sí, sí que lo es —ella frunció el ceño y pestañeó—. Anakin, ¿qué...?

—Yo también estaré presente —arrugó el plastifino y se lo volvió a guardar en su cinturón de equipo—. Empiezo a estar impaciente por asistir.

—Anakin, ¿qué pasa? —se acercó a él, alargando una mano—. ¿Algo va mal?

Él se miró los pies.

—Obi-Wan ha estado aquí, ¿verdad?

—Vino esta mañana —ella se detuvo. Su mano descendió despacio hasta su costado—. ¿Por qué?

—¿De qué hablasteis?

—Anakin, ¿por qué te comportas así?

Una larga zancada lo colocó a su lado. La miró desde arriba. Por un largo segundo, ella le pareció muy pequeña, muy insignificante, como un insecto al que se podía aplastar con la bota sin aminorar el paso.

—¿De qué hablasteis?

Ella le miró con firmeza, y en su rostro sólo había preocupación. Estaba ensombrecida por un dolor creciente.

—Hablamos de ti.

—¿Sobre qué de mí?

—Está preocupado por ti, Anakin. Dice que estás muy estresado.

—¿Y él no?

—La forma en que has estado actuando desde que volviste...

—No soy yo quien está actuando aquí. ¡No soy yo quien finge! ¡No soy yo quien viene aquí a primera hora de la mañana!

—No —dijo ella con una sonrisa. Alargó la mano para pasar la palma por la línea de la mandíbula de él—. Ésa suele ser la hora a la que te vas a escondidas.

El roce de su mano le desbordó el corazón.

Medio cayó en una silla y se apretó los ojos con el borde de la mano de carne.

Cuando pudo superar su vergüenza lo bastante para hablar, lo hizo en voz baja.

—Perdona, Padmé. Perdona. Sé que estoy siendo muy... difícil de tratar. Es que..., es que me siento como en caída libre. En caída libre en la oscuridad. Ya no sé dónde queda el arriba, ni dónde estaré cuando aterrice. O me estrelle.

Frunció el ceño contra sus dedos, cerrando los ojos con más fuerza para asegurarse de que no se le escapaba ninguna lágrima.

—Y creo que voy a estrellarme.

Ella se sentó en el ancho reposabrazos de su silla y le rodeó los hombros con un delgado brazo.

—¿Qué ha pasado, amor mío? Siempre has estado muy seguro de ti mismo. ¿Qué ha cambiado?

—Nada. Todo. No lo sé. Está todo tan liado que no puedo ni contártelo. El Consejo no confía en mí y Palpatine no confía en el Consejo. Todos conspiran unos contra otros, los dos bandos me presionan y...

—Debe de ser tu imaginación, Anakin. El Consejo Jedi es la base de la República...

—La base de la República es la democracia, Padmé... Algo que al Consejo no le gusta mucho cuando las votaciones no van por donde quiere. —*Todos los que obtienen poder temen perderlo*—. Es algo que tú deberías recordar —alzó la cabeza para mirarla—. Tú y tus amigos del Senado.

Ella lo encajó sin pestañear.

—Pero Obi-Wan está en el Consejo. Él nunca participaría en nada que fuera mínimamente deshonesto...

—¿De verdad lo crees?

Porque no debe haber constancia de ello, Anakin. Tienes que entenderlo.

Apartó ese recuerdo.

—Eso no importa. Obi-Wan ya viaja hacia Utapau.

—¿Qué pasa realmente?

—No lo sé —dijo él con impotencia—. Ya no sé nada. Lo único que sé es que no soy el Jedi que debería ser. Que no soy el hombre que debería ser.

—Eres mi hombre —dijo, inclinándose para besarlo en la mejilla, pero él se apartó.

—Tú no lo entiendes. No lo entiende nadie. Soy uno de los Jedi más poderosos que existen, pero eso no basta. No bastará, hasta que...

Su voz se apagó y su mirada se tornó distante. Su memoria le quemaba con la visión de una mesa de partos, y con sangre y gritos.

—¿Hasta qué, amor mío?

—Hasta que pueda salvarte —murmuró.

—¿Salvarme?

—De mis pesadillas.

Ella sonrió con tristeza.

—¿Eso es lo que te preocupa?

—No te perderé, Padmé. No puedo —se inclinó hacia delante y se volvió para cogerle las dos manos pequeñas, suaves, engañosamente fuertes y más que preciosas entre las suyas—. Aún estoy aprendiendo, Padmé, pero he encontrado la llave a verdades más profundas que las que podrían enseñarme los Jedi. Me convertiré en alguien tan poderoso que podré mantenerte a salvo. Para siempre.

—No necesitas más poder, Anakin —ella liberó suavemente una de sus manos y la empleó para atraerlo—. Yo creo que ya puedes salvarme de lo que sea, tal como eres.

Ella le atrajo hacia sí, sus labios se encontraron y Anakin se entregó al beso. Y mientras duró, él también lo creyó.

La mortaja del crepúsculo descendió sobre la Ciudad Galáctica.

Anakin estaba en pie en una posición que un soldado clon habría llamado descanso de desfile, con las piernas separadas, equilibradas, los pies paralelos y las manos cogidas a la espalda. Estaba a un paso de distancia, a la izquierda de la silla en la que se sentaba Palpatine, tras el ancho escritorio de su pequeño despacho privado, que conectaba con el más grande y público.

Al otro lado de la mesa estaba la delegación del Senado.

Por cómo lo miraron al entrar; por cómo sus ojos, incluso ahora, se desviaban hacia los de él, apartándose luego antes de que él pudiera devolverles la mirada; y por cómo ninguno de ellos, ni siquiera Padmé, se atrevió a preguntar al Canciller Supremo por qué tenía un Jedi en el despacho durante lo que se suponía era una reunión privada... tuvo la impresión de que adivinaban el motivo de su presencia allí.

Pero tenían miedo de sacar el tema.

Así no podían estar seguros de cuál era la posición de los Jedi. Lo único claro era la posición de Anakin...

Al respetuoso servicio del Canciller Supremo Palpatine.

Anakin estudió a los senadores.

Fang Zar: rostro marcado por las viejas arrugas de la risa, vestido con ropas tan sencillas que casi podían ser caseras, mata de pelo indisciplinado recogido en un moño

muy tenso y una barba todavía más indisciplinada que se abría incontrolada alrededor de su mandíbula. Tenía una forma de hablar amable y casi simplista que podía inducir a olvidar que era una de las mentes políticas más agudas del Senado. Además, era un amigo tan íntimo de Garm Bel Iblis que podía considerarse presente al poderoso senador corelliano.

Anakin lo había estudiado con atención a lo largo de la reunión. Que Fang Zar tenía algo en mente, era seguro... Algo que no parecía dispuesto a decir.

Podía descontar a Nee Alavar y Malé-Dee como amenazas; los dos estaban juntos, quizá buscándose mutuamente como apoyo moral, y ninguno había dicho nada.

Y luego, por supuesto, estaba Padmé.

Deslumbrante en su atuendo senatorial, la perfección pintada en su rostro era luminosa como las cuatro lunas de Coruscant juntas, ni un sólo pelo fuera de lugar en su elaborado peinado...

Hablando con su *voz de política*, y llevando su *cara de política*.

Padmé llevaba la voz cantante. Anakin tenía la enfermiza sospecha de que todo había sido idea suya.

—No pretendemos deslegitimizar su Gobierno —estaba diciendo—. Por eso hemos venido. Si pensáramos organizar una oposición y deseáramos imponer nuestras peticiones como si fueran demandas, no las presentaríamos ante usted de este modo. Esta petición está firmada por dos mil senadores, Canciller. Sólo pedimos que instruya a sus gobernadores para que no interfieran en los asuntos del Senado, y que inicie conversaciones de paz con los separatistas. Sólo deseamos acabar con la guerra y devolver la paz y la estabilidad a nuestros mundos natales. Seguramente podrá comprender usted eso.

—Puedo comprender muchas cosas —dijo Palpatine.

—El sistema de gobernadores que usted ha creado es muy preocupante, ya que parece imponer un control militar hasta en los sistemas leales.

—Tomo nota de sus reservas, senadora Amidala. Le aseguro que los gobernadores de la República sólo están para hacer más seguro cada sistema, coordinando las fuerzas defensivas planetarias y asegurándose de que los sistemas vecinos cooperan con ellos, además de dirigir el funcionamiento de las fábricas para que sirvan mejor al esfuerzo de guerra. Sólo eso. No interfieren de ninguna manera con los deberes y prerrogativas, el poder, en suma, del Senado.

Algo en el extraño énfasis que puso en la palabra "poder" hizo pensar a Anakin que Palpatine hablaba más para él que para Padmé.

Todos los que obtienen poder temen perderlo.

—Entonces —dijo Padmé—, ¿puedo asumir que no habrá nuevas enmiendas a la Constitución?

—Mi querida senadora, ¿qué tiene que ver la Constitución con esto? Creía que hablábamos de acabar con la guerra. Una vez derrotados los separatistas, podremos pasar a hablar de la Constitución. Debo recordarle que los poderes extraordinarios que el

Senado concedió a mi cargo sólo existirán mientras dure el estado de emergencia. Expirarán automáticamente en cuanto concluya la guerra.

—¿Y sus gobernadores? ¿También expirarán?

—No son mis gobernadores, señora, son de la República —replicó Palpatine, imperturbable—. El destino de sus puestos estará en manos del Senado, como debe ser.

Padmé no parecía tranquilizada.

—¿Y las conversaciones de paz? ¿Ofrecerá un alto el fuego? ¿Ha llegado a intentar alguna resolución diplomática a la guerra?

—Debe confiar en que yo haré lo que deba hacer. Después de todo, por eso estoy aquí.

Fang Zar se irguió.

—Pero seguramente...

—He dicho que haré lo que deba hacer —dijo Palpatine con un tono testarudo. Se levantó, en toda su altura, y después inclinó la cabeza en gesto de conclusión—. Y eso debería bastar a su... comité.

Su tono decía: "No dejen que la puerta les aplaste al salir."

La boca de Padmé se comprimió hasta formar una delgada línea.

—En nombre de la Delegación de los Dosmil —dijo con tensa formalidad—, le doy las gracias, Canciller.

—Y yo les doy las gracias a usted, senadora Amidala, y a sus amigos... —Palpatine alzó el lector de documentos que contenía la petición— ...por haber llamado mi atención sobre esto.

Los senadores dieron media vuelta con reticencia y empezaron a salir. Padmé hizo una pausa, sólo por un segundo, para dirigir a Anakin una mirada tan clara como una bofetada en la cara.

Éste permaneció inexpresivo. Porque, al final, por mucho que él quisiera, por mucho que le doliera..., no conseguía convencerse de que él estaba del lado de ella.

15
Muerte en Utapau

A la hora de preparar una trampa efectiva para un Jedi, no una de esas cuyo único resultado acaba siendo una entrada embarazosamente breve en los archivos del Templo, se debe incluir en ella unos elementos muy concretos para obtener el resultado deseado.

El primero es un cebo irresistible. Lo ideal es un general al mando de una nación rebelde que haya sido personalmente responsable de la muerte de miles de millones de seres.

El segundo es una localización remota, casi inaccesible, que pueda tomarse y fortificarse con facilidad, y con un campo de acción muy restringido. También sería ideal que dicho lugar perteneciera a otro, preferiblemente a un enemigo, ya que las localizaciones que suelen utilizarse en una trampa Jedi nunca sobreviven intactas a la operación, y muchas no sobreviven a ella en absoluto. Una buena elección podría ser un empobrecido planeta desierto del Borde Exterior, con nativos pacíficos cuyas pocas ciudades estén construidas dentro de un grupo de cráteres situado en una vasta y árida llanura. Una ciudad en un cráter es prácticamente como un bote gigante; en cuanto el Jedi se cuela dentro, sólo hay que cerrar la tapa.

Dado que siempre suele ser buena idea mantenerse fuera del alcance de un Jedi cuando se conspira contra su vida, siendo lo ideal estar al otro extremo de la galaxia, el tercer elemento para seguir completando la trampa es un apoderado de confianza encargado de matarlo. Un ejemplo de apoderado de confianza podría ser, por ejemplo, el asesino de Jedi más prolífico que haya, respaldado por una escuadra de avanzados droides de combate diseñados, construidos y armados específicamente para combatir Jedi. El que dicho apoderado haga también las veces de cebo es una solución notablemente elegante, en el supuesto de que pueda llevarse a cabo, ya que eso garantiza que la víctima Jedi se pondrá voluntariamente al alcance del asesino de Jedi, y seguirá queriendo ponerse a su alcance, incluso después de darse cuenta de la magnitud de la trampa, movido por una mezcla de devoción al deber y una arrogancia no especialmente justificada.

El cuarto elemento de una trampa efectiva para un Jedi es una fuerza de tropas de combate enormemente abrumadora, dispuesta a arrasar el planeta entero y, de ser necesario, morir en el intento, para asegurarse de que el Jedi en cuestión no escape.

Un ejemplo modélico de la trampa ideal para Jedi era la que esperaba a Obi-Wan Kenobi en Utapau.

***

Cuando Obi-Wan hizo descender su caza hacia la plataforma de aterrizaje que sobresalía de la pared vertical de piedra de la mayor de las ciudades-cráter de Utapau, repasó mentalmente lo que sabia del planeta y sus habitantes.

No era gran cosa.

Sabía que, pese a su apariencia externa, Utapau no era un verdadero planeta desierto. Había agua de sobra en un océano subterráneo que circundaba todo el orbe. La acción erosionadora de su océano enterrado había socavado vastas zonas de su superficie, y frecuentes terremotos acabaron hundiéndolas, formando cráteres lo bastante grandes como para permitir aterrizar en su interior un destructor estelar clase Victoria, y en los que la civilización podía desarrollarse a salvo del incesante azote de los hipervientos de la superficie. Sabía que el planeta carecía de alta tecnología, y que su economía energética se basaba en la energía eólica. El limitado comercio interestelar del planeta databa de sólo pocas décadas antes, cuando las compañías mineras de agua de otros planetas descubrieron que las aguas de su océano eran ricas en elementos residuales. Sabía que los habitantes eran casi humanos y se dividían en dos especies distintivas: la de los utapaunos, altos, señoriales y de movimientos lentos, apodados *"ancianos"* por su pasmosa longevidad; y los corpulentos utais, llamados *"breves"*, tanto por su estatura como por sus cortas y ajetreadas vidas.

Y sabía que Grievous estaba aquí.

No sabría decir por qué lo sabía, dicho conocimiento no era una convicción nacida de la Fuerza, pero, a los pocos segundos de que el *Vigilancia* revirtiera al espacio real, estuvo seguro. Sería aquí. De un modo u otro, éste sería el lugar donde acabaría su persecución del general Grievous.

Lo sentía en los huesos. Utapau era un planeta de finales.

Iba a hacerlo solo. El comandante Cody y tres batallones de soldados esperaban al otro lado del horizonte, en vehículos de despliegue rápido TABA/i y lanchas de desembarco clase Jadthu. El plan de Obi-Wan consistía en localizar a Grievous y mantenerlo ocupado hasta que los clones iniciaran su ataque. Él sería una fuerza de distracción integrada por un solo hombre que atraería la atención de lo que seguramente serían miles o decenas de miles de droides de combate que se dirigirían hacia donde estuvieran Grievous y él, cubriendo así la aproximación de los clones. Dos de los batallones atacarían, y el tercero quedaría en la reserva, tanto para proporcionar refuerzos como para cubrir posibles rutas de escape.

—Puedo mantenerlos distraídos un buen rato —dijo Obi-Wan a Cody en el puente del *Vigilancia*—, pero no tardes demasiado.

—Vamos, jefe —le había respondido Cody, sonriendo con la cara de Jango Fett—, ¿le he fallado alguna vez?

—Bueno —repuso con una ligera sonrisa de respuesta—. Recuerdo una vez, en Cato Neimoidia...

—Eso fue culpa de Anakin; fue él quien llegó tarde...

—¿Ah? ¿Y a quién culparás esta vez? —había dicho Obi-Wan con una risita mientras subía a la carlinga de su caza y se ponía el arnés del asiento—. De acuerdo. Procuraré no destruir todos los droides antes de que lleguéis vosotros.

—Cuento contigo, jefe. No me falle.

—¿Lo he hecho alguna vez?

—Bueno —había respondido Cody con una amplia sonrisa—, en Cato Neimoidia...

El caza de Obi-Wan se agitó entre remolinos de turbulencias. El borde del cráter era castigado en su parte superior por suficientes embates de hipervientos como para que los primeros niveles de la ciudad vivieran un huracán semipermanente. De los costados del cráter sobresalían aspas giratorias de turbinas eólicas pertenecientes a generadores tan castigados por los fuertes vientos que parecían estar construidos de caliza líquida. Luchó con los controles del caza para hacerlo descender un nivel tras otro, hasta que el viento se redujo a una simple ventisca, pero ni siquiera tras aterrizar en una plataforma situada en las profundidades del cráter, R4-G9 pudo dejar de extender los ganchos de anclaje para impedir que la nave se desplazara de donde había aterrizado y resbalase por la superficie hasta salirse de la plataforma.

Una cúpula semitransparente empezó a cubrir la totalidad de la plataforma de aterrizaje, y cuando les envolvió por completo, el aullido de los vientos se sumió en el silencio, y Obi-Wan abrió la carlinga.

Un grupo de utais se dirigía ya hacia el caza, la única nave aparcada en la plataforma. Llevaban varias herramientas y arrastraban maquinaria tras de sí. Obi-Wan supuso que sería una especie de equipo de tierra. Tras ellos se deslizaba la majestuosa forma de un utapauno que vestía una pesada túnica escarlata oscuro con unas solapas de cuello tan altas que le ocultaban sus pabellones auditivos. El liso cuero cabelludo del utapauno brillaba como si tuviera una capa de humedad, y el ser caminaba con un bastón que recordaba vagamente el querido bastón de Yoda.

Ha sido rápido, pensó Obi-Wan. *Casi como si me esperaran*.

—Se te saluda, joven Jedi —dijo el utapauno en tono grave, en Básico con acento—. Soy Tion Medon, encargado de la administración del puerto de este lugar de paz. ¿Qué asuntos pueden traer a un Jedi a nuestro remoto santuario?

Obi-Wan no sintió malicia alguna en ese ser, que irradiaba un aura palpable de miedo, y decidió decir la verdad.

—Mis asuntos son la guerra.

—Aquí no hay guerra, salvo la que traigas contigo —replicó Medon. Una máscara de serenidad ocultaba lo que la Fuerza decía a Obi-Wan: ansiedad al borde del pánico.

—Muy bien —dijo Obi-Wan, siguiéndole la corriente—. Por favor, permítame que cargue combustible y utilice su base para registrar los sistemas circundantes.

—¿Qué busca?

—Incluso aquí, en el Borde Exterior, han debido de oír hablar del general Grievous. Le busco a él y a su ejército de droides.

Tion Medon se acercó al Jedi dando un paso más y se inclinó hacia su oído.

—¡Está aquí! —susurró con urgencia Medon—. Somos rehenes... ¡Nos vigilan!

Obi-Wan asintió, dándolo por hecho.

—Gracias, señor Medon —dijo con un tono de lo más corriente—. Le agradezco su hospitalidad y partiré en cuanto su equipo llene el depósito de mi caza.

—¡Escúcheme, joven Jedi! —el susurro de Medon era cada vez más intenso—. ¡Debe irse de verdad! Se me ordenó que revelara su presencia... ¡Esto es una trampa!

—Claro que lo es.

—El décimo nivel... Miles de droides bélicos, decenas de miles.

—Que su pueblo busque refugio.

Obi-Wan se volvió con gesto casual para examinar las paredes de la ciudad-cráter, contando los niveles. En el décimo encontró un brillante esferoide de metal pegado a la ciudad como una lapa: una estructura del tamaño de un acorazado que, evidentemente, no llevaba mucho tiempo allí, ya que su brillante superficie no estaba apagada por el efecto de la arena arrastrada por los constantes vientos. Asintió con aire ausente y habló en voz baja, como para sí mismo.

—Genueve, lleva mi caza de vuelta al *Vigilancia*. Que el comandante Cody informe al Mando Jedi en Coruscant de que he establecido contacto con el general Grievous. Voy a iniciar la lucha. Cody atacará tal y como está planeado.

Desde su alveolo delantero, el astromecánico pitó que lo había entendido, y Obi-Wan se volvió nuevamente para mirar a Tion Medon.

—Dígales que prometí enviar un informe a la Inteligencia de la República. Dígales que sólo buscaba combustible para seguir mi camino.

—Pero... ¿qué va a hacer?

—Si tiene usted guerreros —dijo Obi-Wan con tono grave—, éste es el momento de llamarlos.

***

En el centro de holocomunicaciones del Mando Jedi, en el corazón del Templo en Coruscant, Anakin miraba una holoimagen a tamaño natural del comandante clon Cody explicando que Obi-Wan había establecido contacto con el general Grievous.

—Hemos iniciado el ataque de apoyo según lo previsto. Y, si puedo permitirme decirlo, dada mi experiencia con el general Kenobi, tengo la sospecha de que a Grievous no le queda mucho tiempo de vida.

Si yo estuviera allí con él, pensó Anakin, *eso sería más que una sospecha. Ten cuidado, Obi-Wan...*

—Gracias, comandante —dijo Mace Windu, cuyo rostro no traicionaba en lo más mínimo la mezcla de temor y previsión que, estaba seguro, Anakin debía de sentir. Anakin se sentía a punto de estallar, pero Windu parecía calmado como una piedra—. Manténganos informados de sus progresos. Que la Fuerza les acompañe, a usted y al Maestro Kenobi.

—Estoy seguro de que nos acompañará, señor. Cody, fuera.

La holoimagen titiló hasta desaparecer. Mace Windu clavó una mirada breve pero significativa en los dos Maestros presentes, también en holoimagen: Ki-Adi-Mundi,

desde el centro de mando fortificado de Mygeeto, y Yoda, desde un puesto de la guerrilla en Kashyyyk.

Entonces se volvió hacia Anakin.

—Lleva este informe al Canciller.

—Por supuesto, Maestro.

—Y toma cuidadosa nota de sus reacciones. Necesitaremos un informe completo.

—¿Maestro?

—Lo que dice. A quien llama. Qué hace. Todo. Hasta sus expresiones faciales. Es muy importante.

—No lo entiendo...

—No tienes por qué. Tú hazlo.

—Maestro...

—Anakin, ¿tengo que recordarte que sigues siendo un Jedi? Sigues sometido a las órdenes de este Consejo.

—Sí, Maestro Windu. Sí, lo estoy —dijo, y se fue.

Cuando Skywalker se marchó, Mace Windu se descubrió sentado en una silla, mirando hacia la puerta por la que se había ido el joven Caballero Jedi.

—Ahora lo sabremos —murmuro—. Por fin. Las aguas empiezan a aclararse.

Aunque compartía el centro de mando con las holoimágenes de los otros dos Maestros Jedi, Mace no hablaba con ellos. Hablaba al oscuro y nublado futuro que veía en su mente.

—¿Se te ha ocurrido pensar —preguntó Ki-Adi-Mundi con cuidado, desde la lejana Mygeeto— que si Palpatine se niega a entregar el poder, apartarlo de él sólo será el primer paso?

Mace miró el fantasma azul del Maestro cereano.

—No soy político. Para mí basta con acabar con un tirano.

—Pero no bastará para la República —contrarrestó Ki-Adi-Mundi con tristeza—. La dictadura de Palpatine ha sido legitimada, y puede ser legalizada, y hasta reivindicada en una revisión de la Constitución debido a la mayoría absoluta de la cual goza el Canciller en el Senado.

El siniestro futuro de la mente de Mace se tornó aún más oscuro. El cereano tenía razón.

—Lleno de corrupción el Senado está —admitió Yoda desde Kashyyyk—. Controlado debe ser hasta que los senadores corruptos por senadores honestos reemplazados sean, y...

—¿Oís lo que estamos diciendo? —Mace bajó la cabeza hasta ocultársela con las manos—. ¿Cómo hemos podido llegar a esto? Arrestar a un Canciller. ¡Apoderarnos del Senado...! Es como si Dooku llevara razón y tuviéramos que destruir a la República para salvarla...

Yoda alzó la cabeza, y sus ojos se estrecharon como si luchara con algún dolor interior.

—Aferrarnos a la esperanza debemos. Nuestro verdadero enemigo Palpatine no es, ni tampoco el Senado. El verdadero enemigo el Señor Sith Sidious es, que a ambos controla. Cuando Sidious haya sido destruido... cualquier otra preocupación menos grave se volverá.

—Sí —repuso Mace Windu, levantándose y acercándose con las manos a la espalda a la ventana—. Sí, eso es cierto.

Una penumbra índigo se acumulaba entre las torres de fuera.

—Y hemos puesto al Elegido en el camino del enfrentamiento con el último Señor de los Sith. En eso debemos depositar nuestra fe. Y nuestra esperanza, en el futuro de la República.

La cúpula de la plataforma de aterrizaje se retiró, y el caza Jedi azul y blanco se elevó, internándose en la galerna. Obi-Wan lo vio partir desde las sombras que cubrían la parte posterior de la plataforma.

—Supongo que ya no puedo echarme atrás —murmuró.

Utilizó unos electrobinoculares para examinar el esferoide sospechosamente brillante situado en el décimo nivel. Estaba erizado de espinas que debían de ser antenas para controlar a los droides. Allí era donde debía de estar Grievous. En el centro nervioso de su ejército.

—Entonces, yo también debo estar ahí —miró a su alrededor, frunciendo el ceño—. Nunca se encuentra un aerotaxi cuando lo necesitas...

El repecho de la plataforma amortiguaba el aullido del viento de fuera, y ahora podía oír, procedente de las profundidades de la ciudad y con la resonancia propia de los animales grandes, un coro desigual de bramidos roncos que le recordaban a algo...

Suubatares. Era eso; sonaban vagamente como la llamada de los suubatares que Anakin y él montaron en una de sus últimas misiones anteriores a la guerra, cuando la mayor preocupación de Obi-Wan era mantener la promesa que le hizo a Qui-Gon.

Pero no tenía tiempo para nostalgias. Casi podía oír a Qui-Gon recordándole que se centrara en el presente y se entregara a la Fuerza viva.

Y eso hizo.

Tras unos momentos siguiendo el sonido de gritos por los sombríos y desiertos pasillos tallados en la piedra, Obi-Wan llegó a una inmensa zona circular, semejante a un circo, donde un anillo de balcones situado a su altura daba a un nivel inferior liso al que se accedía mediante rampas anchas y corrugadas. Del techo pendían amarillentas varilámparas que proyectaban una luz del mismo color que los rayos de sol que llegaban a través de una semicircunferencia de amplias arcadas ovaladas que daban a las paredes del cráter. Los vientos que silbaban al entrar por esas amplias arcadas reducían fuertemente la peste a cubil de reptiles del lugar, haciendo que pasara de abrumadoramente pestilente a sólo nauseabunda.

En el nivel inferior había alrededor de una docena de bestias lagartoides, tumbadas o paseándose de un lado a otro, que parecían fruto del cruce que haria un genetista loco entre dragones krayt de Tatooine y ankkox de Haruun Kal. Tenían cuatro metros de alto

hasta el lomo, largas patas que acababan en pezuñas de cinco garras diseñadas para escalar riscos rocosos, diez metros de poderosa cola erizada de espinas y rematada en una pesada maza y un cuello flexible que acababa en una cabeza cubierta de placas de la que brotaba una impresionante corona de espinas. Parecían lo bastante temibles como para que Obi-Wan los hubiera considerado pertenecientes a alguna especie de peligrosos depredadores salvajes o de sádicos animales guardianes, de no mediar la docilidad con que toleraban al grupo de domadores utai que caminaba entre ellos, bañándolos con mangueras, arrancándoles el barro de las escamas y dándoles de comer manojos verdes directamente de sus manos.

Cerca de donde estaba Obi-Wan había varias barras de las que colgaban sillas de respaldo ancho decoradas en varios estilos y diferentes grados de ornamentación, muy semejantes a las que Alwari de Ansion usaba con sus suubatars.

Ahora sí que echaba de verdad de menos a Anakin...

A Anakin le gustaban las monturas tan poco como a Obi-Wan volar. Hacía tiempo que sospechaba que el mismo don que tenía Anakin con las máquinas le perjudicaba al tratar con suubatares, dewback o banthas. Nunca se sentía a gusto del todo cabalgando sobre algo con mente propia. Podía imaginar perfectamente las quejas de Anakin al subirse a una de esas sillas.

Parecía haber pasado mucho tiempo desde que había tenido oportunidad de meterse un poco con Anakin.

Suspiró y volvió a concentrarse en lo que le había llevado hasta allí. Salió de entre las sombras y bajó por una de las rampas corrugadas, haciendo un gesto apenas perceptible con la mano en dirección al más cercano de los domadores de monturas dragón.

—Necesito transporte.

Los ojos saltones del *breve* se volvieron distantes y algo vidriosos, y respondió con una ristra de gorgoteantes aullidos glotales de claro tono afirmativo.

Obi-Wan hizo otro gesto.

—Consígueme una silla.

El *breve* se alejó tras emitir otra ristra de gorgoteos afirmativos.

Obi-Wan examinó las monturas dragón mientras esperaba su silla. Pasó de largo ante el más grande, ante el más musculado. Se saltó el más esbelto, criado para correr, y ni se acercó al que tenía el brillo más feroz en los ojos. En realidad no se fijaba a los signos externos de fuerza, salud o de personalidad, estaba empleando manos, ojos y oídos sólo como canales por los que enfocar la Fuerza. Ni siquiera sabía lo que buscaba, pero confiaba en reconocerlo cuando lo encontrase.

Qui-Gon lo aprobaría, reflexionó, sonriendo para sus adentros.

Por fin encontró una montura dragón con un brillo claro y sereno en los redondos ojos amarillos, y escamas pequeñas y juntas que resultaban cálidas y secas al tacto. No se apartó de su mano ni agachó la cabeza en gesto de sumisión, limitándose a dirigirle una mirada escrutadora que denotaba una inteligencia tranquila y pensativa. Mediante la

Fuerza, sintió en el animal una dedicación inamovible a obedecer y cuidar de su jinete, una devoción casi Jedi al servicio como deber último.

Por eso prefería Obi-Wan las monturas vivas. Un deslizador es incapaz de preocuparse por si se estrella.

—Éste —dijo—. Cogeré éste.

El *breve* ya había vuelto con una silla sencilla, pero sólida y funcional. Mientras realizaba con los demás domadores la complicada tarea de ensillar la montura dragón, asintió en dirección a la bestia y dijo:

—Boga.

—Ah —contestó Obi-Wan—. Gracias.

Cogió un manojo de verde de un bidón cercano y se lo ofreció a la montura. La gran bestia inclinó la cabeza, y su pico siniestramente engarfiado cogió con delicadeza las hierbas de la mano de Obi-Wan. Luego las masticó con fastidiosa meticulosidad.

—Buena chica, Boga, esto... —Obi-Wan frunció el ceño al *breve*—. Es hembra, ¿no?

El domador le devolvió el fruncimiento.

—Warool noggagggllo? —dijo, encogiéndose de hombros, lo cual Obi-Wan supuso que significaba: "No tengo ni idea de lo que me dices."

—Muy bien —dijo Obi-Wan, encogiéndose de hombros a su vez—. Pues serás hembra, Boga. A no ser que te molestes en decirme lo contrario.

Boga no hizo objeciones.

Obi-Wan se columpió hasta la silla, y la montura dragón se levantó, arqueando su poderoso lomo en un estirón felino que alzó a Obi-Wan a más de cuatro metros del suelo.

—No puedo pagaros —dijo Obi-Wan a los domadores utai—. Lo único que puedo ofreceros a cambio es la libertad de vuestro planeta, espero que baste.

Obi-Wan tocó a Boga en el cuello sin esperar una réplica que, de todos modos, no habría entendido. Boga se alzó sobre las patas traseras y arañó el aire con las garras delanteras, como si despedazase algún droide imaginario. Después se apoyó en el suelo y llegó hasta el anillo de balcones de un solo salto. Obi-Wan no necesitó emplear la larga pica enfundada a un lado de la silla, ni tuvo que hacer otra cosa aparte de sujetar suavemente las riendas con una mano. Boga parecía comprender con precisión hacia dónde quería ir.

La montura dragón se deslizó sinuosamente hasta una de las arcadas ovales y salió a la superficie, que era la pared del cráter. Se enganchó a la pared de piedra con sus garras engarfiadas y cargó con Obi-Wan pared arriba.

Treparon nivel tras nivel. La ciudad parecía y se sentía desierta. Nada se movía salvo las sombras de las nubes cruzando la boca del cráter muy, muy arriba. Hasta las turbinas de energía eólica parecían paradas.

La primera señal de vida que captó procedía del mismo nivel diez, donde un puñado de monturas dragón estaban tumbadas al sol de mediodía, no muy lejos de la tapa de duracero que era el centro de control de droides. Obi-Wan condujo a Boga hasta la arcada que llevaba al interior del centro de control y saltó de la silla.

Al otro lado de la arcada había una sala abovedada de altos techos, con un suelo de duracero desprovisto de mobiliario. En las sombras que se acumulaban en la sala había un grupo de cinco figuras. Su rostro era del color del hueso blanqueado. O de plastiarmadura de marfil.

Parecía como si le estuvieran esperando.

Obi-Wan asintió para sus adentros.

—Será mejor que vuelvas a casa, chica —dijo, dando unas palmaditas en el cuello escamoso de Boga—. De una forma u otra, dudo que vaya a necesitar tu ayuda.

Boga aceptó con un bocinazo suave y casi pesaroso. Después dobló el largo cuello flexible para apretar suavemente su pico contra el pecho de Obi-Wan.

—No pasa nada, Boga. Te agradezco tu ayuda, pero quedarse aquí es peligroso. Esta zona se va a convertir en un tiro al blanco. Por favor, vuelve a casa.

La montura dragón volvió a aullar y retrocedió, y Obi-Wan dejó atrás la luz del sol y entró en las sombras.

Una oleada de frío le recorrió cuando se sumió en el abrazo de las sombras. Caminó sin prisa, sin urgencia. La Fuerza acumulaba conexión tras conexión, dándoles vida en su interior: las frías placas del suelo que pisaban sus botas, la piedra que había bajo ellas y las corrientes sin luz del mundo océano que había más abajo aún. Se convirtió en el turbulento remolino del viento que silbaba al recorrer la enorme sala abovedada, en la luz del sol de fuera y en las sombras del interior. El latido de su corazón humano en su jaula de hueso era un eco del latir de un corazón alienígena en un envoltorio de plastiarmadura, y su mente chirriaba con las cascadas de señales electrónicas que pasaban por ser el pensamiento de los droides asesinos de Jedi.

Y cuando la Fuerza depositó en su consciencia lo que en realidad era la estructura de la gran sala en sí, fue consciente, sin sorprenderse ni alterarse, de que el techo abovedado que tenía sobre su cabeza era en realidad una colmena de almacenamiento.

Llena de droides de combate.

Y eso le hizo ser consciente, nuevamente sin sorpresa y sin alteración alguna, de que era muy probable que muriera allí.

La idea de la muerte sólo le produjo una ligera punzada de pesar y apenas algo de desconcierto. Hasta este momento no se había dado cuenta de que, por ningún motivo discernible, siempre supuso...

...que Anakin estaría con él cuando muriera.

Qué curioso pensó, y entonces volvió a concentrar la mente en su tarea.

Anakin tenía la sensación de que el Maestro Windu quedaría decepcionado.

Palpatine apenas había reaccionado.

El Canciller Supremo de la República estaba sentado ante un pequeño escritorio de su despacho privado, mirando con aire distraído a una espiral abstracta de neuranio que Anakin siempre había considerado alguna clase de escultura. Se limitaba a suspirar, como si tuviera en la cabeza cuestiones de mayor importancia.

—Perdone, señor —dijo Anakin, apoyando su peso en un pie y en otro, ante el escritorio de Palpatine—. Parece que no me ha oído. Obi-Wan ha establecido contacto con el general Grievous. Ya ha empezado a atacar... ¡Están luchando mientras hablamos, señor!

—Sí, sí, claro, Anakin. Por supuesto —seguía pareciendo como si Palpatine apenas le prestase atención—. Comprendo perfectamente tu preocupación por tu amigo. Esperemos que esté a la altura de su tarea.

—No es sólo preocupación por Obi-Wan, señor. Vencer al general Grievous supondrá la victoria final de la República...

—¿De verdad? —se volvió para mirar a Anakin, y una expresión preocupada alejó la distracción de su rostro—. Me temo, muchacho, que nuestra situación es mucho más grave de lo que me temía. Igual deberías sentarte.

Anakin no se movió.

—¿Qué quiere decir?

—Grievous ya no es el verdadero enemigo. Las mismas Guerras Clon sólo eran una..., una distracción.

—¿Qué?

—El Consejo está a punto de actuar —dijo Palpatine, serio y seguro—. Si no lo detenemos, puede que mañana a esta hora se haya apoderado de la República.

Anakin estalló en una carcajada de sorpresa.

—Pero, señor..., por favor, no puede creer eso...

—Anakin, lo sé. Yo seré el primero en ser arrestado, el primero en ser ejecutado, pero estaré lejos de ser el último.

Anakin sólo pudo menear la cabeza, incrédulo.

—Señor, ya sé que el Consejo y usted tienen... desacuerdos, pero...

—Esto va mucho más allá que una simple disputa entre los miembros del Consejo y yo. Es una confabulación que se viene preparando desde hace generaciones, una confabulación para apoderarse de la propia República. Piensa, Anakin... Sabes que no confían en ti. Nunca han confiado en ti. Sabes que te han ocultado cosas. Sabes que hacen planes a tus espaldas y sabes que ni siquiera tu gran amigo Obi-Wan te ha dicho cuáles son sus verdaderas intenciones... Eso se debe a que no eres como ellos, Anakin. Eres un hombre, no sólo un Jedi.

Anakin hundió la cabeza entre los hombros, como si se encontrase bajo fuego enemigo.

—Yo no... Ellos nunca...

—Pregúntate ¿por qué te envían a mí con estas noticias? ¿Por qué? ¿Por qué no se limitan a informarme de ello por los canales normales?

Y toma cuidadosa nota de sus reacciones. Necesitaremos un informe completo.

—Señor, yo..., ah...

—No es necesario que busques una explicación —repuso con amabilidad—. Prácticamente has admitido que te han ordenado espiarme. ¿No ves que cualquier cosa

que les digas esta noche, la que sea, será utilizada como excusa para ordenar mi ejecución?

—Eso es imposible —Anakin buscó desesperado una argumentación—. El Senado... El Senado no lo permitirá...

—El Senado no podrá detenerlos. Ya te he dicho que esto es mucho más importante que cualquier desagrado personal entre el Consejo y yo. Yo sólo soy un hombre, Anakin. El Senado me otorga la autoridad. El verdadero gobernante de la República es el Senado. Matarme no cambiará nada. Para controlar la República, los Jedi tienen primero que apoderarse del Senado.

—Pero los Jedi... Los Jedi sirven al Senado...

—¿De verdad? ¿O sólo sirven a ciertos senadores?

—Todo esto es... Perdone, Canciller, pero tiene que comprender lo que parece...

—Esto... —el Canciller revolvió por un momento por su escritorio, y encontró un lector de documentos—. ¿Sabes lo que es esto?

Anakin reconoció el sello de Padmé.

—Sí, señor..., es la Petición de los Dosmil...

—¡No, Anakin! ¡No! —Palpatine golpeó el escritorio con el lector con fuerza suficiente para sobresaltar a Anakin—. Es una lista de traidores.

Anakin se quedó completamente paralizado.

—¿Qué?

—Ahora mismo, en nuestro Gobierno hay dos clases de senadores, Anakin. Aquellos cuyos nombres están en esta supuesta "petición", y aquellos que van a ser arrestados por los Jedi.

Anakin sólo podía mirar con fijeza.

No podía replicarle. No podía ni obligarse a no creerlo.

Solo tenía un pensamiento.

¿Padmé...?

¿Hasta qué punto estaba implicada?

—¿No te lo advertí, Anakin? ¿No te dije lo que pretendía Obi-Wan? ¿Por qué crees que se reunía con los líderes de esta... delegación... a tus espaldas?

—Pero..., pero, señor, por favor, lo único que pidieron fue el fin de la guerra. También es lo que quieren los Jedi. Bueno, es lo que queremos todos, ¿no? ¿No es así?

—Es posible, pero puede que lo más importante de la guerra sea "cómo" llegue ese final. Todavía más importante que "quién" la gane.

Oh, Padmé, gimió Anakin mentalmente. *Padmé, ¿en qué te has metido?*

—La... sinceridad... de ella puede ser digna de admiración —dijo Palpatine—. O lo sería, de no haber en ella mucho más de lo que salta a la vista.

Anakin frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Su... petición... no era tal. De hecho, en realidad, es una amenaza no muy velada —Palpatine suspiró quejoso—. Era una exhibición de fuerza, Anakin. Una demostración del poder político que podrán acumular los Jedi para apoyar su rebelión.

—Pero..., pero seguramente... —pestañeó, rodeando la mesa de Palpatine—, ...seguramente, al menos la senadora Amidala será digna de confianza...

—Comprendo lo desesperadamente que deseas creer eso, pero la senadora Amidala oculta algo. Seguro que lo notaste.

—Aunque sea así... —Anakin se tambaleó. El suelo parecía inclinarse bajo sus pies como la cubierta del *Mano Invisible*—. Aunque sea así —dijo con voz átona, excesivamente controlada—, ...eso no significa que oculte una traición.

Las cejas de Palpatine se juntaron.

—Me sorprende que tu percepción Jedi no sea más sensible a esas cosas.

—Sencillamente, no siento traición en la senadora Amidala.

Palpatine se recostó en la silla, uniendo las yemas de los dedos y estudiando a Anakin con escepticismo.

—Sí, la sientes —dijo al cabo de un momento—. Aunque no quieras admitirlo. Puede que sea porque ni tú ni ella comprendéis que si ella me traiciona a mí, también te traiciona a ti.

—Ella no podría... —Anakin se apretó la frente con una mano. Su mareo iba a peor. ¿Cuándo había comido por última vez? No podía recordarlo. Igual fue antes de la última vez que durmió—. Ella nunca podría...

—Pues claro que podría. Así es la política, muchacho. No te lo tomes como algo personal. Eso no quiere decir que no podáis ser felices juntos.

—¿Qué...? —la sala parecía oscurecerse a su alrededor—. ¿Qué quiere decir?

—Por favor, Anakin. ¿No crees que ya ha pasado el momento de los juegos infantiles? Lo sé, ¿comprendes? Siempre lo he sabido. He simulado ignorancia sólo para ahorrarte incomodidad.

Anakin tuvo que apoyarse en el escritorio.

—¿Qué..., qué sabe?

Cuando Grievous giró la pica sobre su cabeza y la hoja de descarga siseó al descender hacia la cabeza de Obi-Wan, buscando dar el golpe de gracia, el Jedi se recogió en su interior.

Bloqueó la muñeca del general con su mano alzada y se vio ante Grievous, pecho contra pecho. Éste ladró algo incoherente y rompió poco a poco el bloqueo del Maestro Jedi, empleando su peso para ir bajando más y más la hoja hacia la cara de Obi-Wan...

Pero al brazo de Obi-Wan le respaldaba la Fuerza, y al del general sólo la estructura cristalina intermolecular propia de su aleación de duranio.

El antebrazo de Grievous se dobló como una cuchara barata.

Mientras el general miraba incrédulo su destrozado brazo, Obi-Wan pasó los dedos de su mano libre por el borde inferior de la mellada y suelta placa ventral de su contrincante.

Grievous bajó la mirada.

—¿Qué?

Obi-Wan golpeó la clavícula del general con el codo del brazo con el que lo tenía bloqueado, mientras tiraba con todas sus fuerzas de la placa ventral. Finalmente, la arrancó con la mano. Tras ella pendía un saco translúcido de sintopiel que contenía una mezcolanza de órganos verdes y grises.

El verdadero cuerpo del alienígena que había dentro del droide.

Grievous aulló y soltó la pica para coger a Obi-Wan con los tres brazos que le quedaban. Volvió a alzar al Maestro Jedi sobre su cabeza y lo arrojó hacia el precipicio de la sima envuelta en negrura. Buscando en la Fuerza, Obi-Wan pudo conectar con la piedra como si estuviera anclado a ella mediante un cable, y en vez de verse arrojado por encima del borde de la plataforma, chocó contra la roca con fuerza suficiente para que sus pulmones se quedaran sin aliento.

Grievous volvió a coger la pica y cargó contra él.

Obi-Wan seguía sin poder respirar. No tenía ninguna posibilidad de contrarrestar el ataque del general.

Lo único que podía hacer era alargar una mano.

Cuando el biodroide estuvo sobre él, alzando la electropica para matarlo, la pistola láser giró en el aire hasta la palma de la mano de Obi-Wan, y éste apretó el gatillo sin dudarlo, sin pensarlo dos veces y sin concederse la menor pausa para saborear la victoria.

El disparo desgarró el saco de sintopiel.

Las entrañas de Grievous explotaron en una lluvia maloliente del color de un pantano muerto. La energía del disparo se canalizó por su columna vertebral, y una neblina de cerebro vaporizado estalló a ambos lados del cráneo, enviando su cara girando hacia el precipicio.

La electropica cayó a la plataforma, seguida por las rodillas del general.

Y luego, por lo que quedaba de su cabeza.

Obi-Wan permaneció tumbado de espaldas, mirando el círculo de cielo sin nubes que había más allá del borde del cráter, mientras jadeaba buscando devolver el aire a sus agitados pulmones. Apenas consiguió rodar lo bastante para apagar las llamas de su túnica, y luego se detuvo.

Y se limitó a disfrutar de la sensación de seguir vivo.

Tras un tiempo demasiado breve, mucho antes de que estuviera preparado para levantarse, una sombra cayó sobre él acompañada del olor de un lagarto acalorado y un bocinazo admonitorio.

—Si, Boga, tienes razón —admitió reticente.

Se obligó a ponerse en pie despacio, dolorosamente.

Cogió la electropica y se detuvo para dedicar una última mirada a los restos del general biodroide.

—Era tan... —buscó una maldición de las más graves de su vocabulario— ...incivilizado.

Conectó su comunicador y solicitó a Cody que informase al Mando Jedi en Coruscant que Grievous había muerto.

—Lo haré, general —dijo la pequeña holoimagen del comandante clon—. Y felicidades. Sabía que lo conseguiría.

Al parecer todo el mundo lo sabía, pensó Obi-Wan, *menos Grievous y yo*.

—¿General? Aún tenemos aquí un pequeño problema. Como diez mil pequeños problemas armados, más bien.

—Voy hacia allí. Kenobi, fuera.

Obi-Wan suspiró y se tambaleó dolorosamente hasta la silla de la montura dragón.

—Bueno, chica. Vamos a ganar también esa batalla.

Como ya se ha dicho, el ejemplo modélico de cómo debe ser una trampa Jedi es la que se preparó en Utapau para Obi-Wan Kenobi.

Funcionó a la perfección.

El elemento final, básico para la creación de una trampa Jedi efectiva de verdad es cierta frialdad de mente o cierto distanciamiento, si lo prefieren, ante el deseo de obtener un resultado preciso.

La mejor forma de conseguir eso es empleando como apoderado a un ser que no sólo es prescindible, sino que también es alguien a quien de todos modos se acabará teniendo que matar. De ese modo no se pierde nada si el apoderado fracasa y es destruido. De hecho, el Jedi al que se tiende la trampa acaba haciéndote un favor, realizando un trabajo que, al final, hubieras tenido que hacer tú mismo.

Y la pincelada final, la de la perfección, es organizar la trampa Jedi de modo que el Jedi pierda con sólo entrar en ella.

Es decir, que cuando mejor funciona una trampa Jedi es cuando su verdadero objetivo es asegurarse de que el Jedi en cuestión pasa algunas horas o días en alguna parte al otro extremo de la galaxia. Para que no esté cerca e interfiera en tus verdaderos planes.

De modo que, cuando vuelva, ya sea demasiado tarde.

16
Revelación

Mace Windu estaba parado en el oscurecido centro de comunicaciones del Mando Jedi, ante una holoimagen de Yoda a tamaño natural proyectada desde un centro de comunicaciones wookiee oculto en el corazón de un árbol wroshyr, en Kashyyyk.

—Hace unos minutos —dijo Mace—, recibimos la confirmación de Utapau. Kenobi ha tenido éxito. Grievous ha muerto.

—Hora de ejecutar nuestro plan es.

—Comunicaré personalmente la noticia de la muerte de Grievous —Mace flexionó las manos—. El Canciller tendrá que devolver al Senado sus poderes de estado de emergencia.

—La existencia de Sidious no olvides. Prever tus actos él podría. Maestros serán necesarios si al Señor de los Sith debes enfrentarte.

—He elegido a cuatro de los mejores. El Maestro Tiin, el Maestro Kolar y el Maestro Fisto están aquí, en el Templo. Ya se están preparando.

—¿Qué hay de Skywalker? ¿El Elegido?

—Demasiado arriesgado —replicó Mace—. Yo seré el cuarto.

—En vela demasiado tiempo has pasado, mi padawan —dijo Yoda, apretando lentamente los labios y asintiendo aún más lentamente—. Descansar debes.

—Lo haré, Maestro. Cuando la República vuelva a estar a salvo —Mace se incorporó—. Sólo esperamos tu voto.

—Muy bien, pues. Mi voto tienes. Que la Fuerza te acompañe.

—Y a ti, Maestro.

Pero se lo dijo al aire vacío. La holoimagen ya había desaparecido.

Mace bajó la cabeza y permaneció parado en la oscuridad y el silencio.

La puerta del centro de comunicaciones se abrió de golpe, derramando luminosidad amarilla en la penumbra y definiendo la silueta de un hombre medio derrumbado contra el marco.

—Maestro... —la voz era un susurro ronco—. ¿Maestro Windu...?

—¿Skywalker? —Mace estuvo a su lado en un instante—. ¿Qué pasa? ¿Estás herido?

Anakin se aferró al brazo de Mace con fuerza desesperada y lo usó como muleta para incorporarse.

—Obi-Wan... —dijo débilmente—. Necesito hablar con Obi-Wan...

—Obi-Wan está en Utapau, ha matado al general Grievous. Íbamos a salir para decírselo al Canciller y vigilar que abandone el cargo como prometió...

—Que abandone... —la voz de Anakin tenía un tono amargo—. No tiene ni idea...

—¿Anakin...? ¿Qué te pasa?

—Escúcheme... Tiene que escucharme... —Anakin se derrumbó contra él, temblando. Mace rodeó al joven Jedi con el brazo y lo condujo hasta el asiento más cercano—. No

puede... Por favor, Maestro Windu, déme su palabra, prométame que será un arresto, prométame que no le harán daño...

—Skywalker... Anakin. Tienes que procurar responderme. ¿Te han atacado? ¿Estás herido? ¡Tienes que decirme lo que pasa!

Anakin se derrumbó hacia delante, ocultando el rostro en las manos.

Mace buscó en la Fuerza, abriendo los ojos de su don de percepción especial...

Lo que vio le heló la sangre en las venas.

La enmarañada red de líneas de fractura que había visto en la Fuerza, conectando a Anakin con Obi-Wan y con Palpatine, había desaparecido. En su lugar había un único nudo de tela de araña que cantaba con poder suficiente para partir el planeta en dos. Anakin Skywalker ya no tenía puntos de ruptura. Era un punto de ruptura.

El punto de ruptura.

Todo dependía de él.

Todo.

Mace habló despacio, con el mismo cuidado deliberado que utilizaría al examinar una clase desconocida de bomba con poder para destruir el mismo universo.

—Anakin, mírame.

Skywalker alzó la cabeza.

—¿Estás herido? ¿Necesitas...?

Mace frunció el ceño. Los ojos del joven estaban enrojecidos e inyectados en sangre, y su rostro parecía hinchado. Por un largo rato no supo si Anakin le respondería, si podría responderle, ni siquiera si podría hablar. El joven Jedi parecía forcejear con algo en su interior, como si luchase desesperadamente contra el nacimiento de un monstruo que se incubaba en su pecho.

Pero en la Fuerza no había un "como" ni un "parecía". En la Fuerza, Mace pudo sentir al monstruo que se escondía dentro de Anakin Skywalker, un monstruo real, demasiado real, que lo estaba consumiendo desde dentro.

El miedo.

Ésa era la herida que había recibido Anakin. Ése era el daño que le hacía temblar, tartamudear y estar demasiado débil para seguir en pie. Un miedo negro que había eclosionado dentro del cerebro del joven como si fuera un enjambre de avispas de la fiebre, y que le estaba matando.

Por fin, tras lo que pareció una eternidad, Anakin abrió los ojos inyectados en sangre.

—Maestro Windu... —dijo despacio, dolorosamente, como si cada palabra le arrancara un pedazo de carne—. Tengo... malas noticias.

Mace se le quedó mirando.

—¿Malas noticias? —repitió, inexpresivo.

¿Qué noticias podían ser tan malas como para que se desmoronase un Jedi como Anakin Skywalker? ¿Qué noticias podían hacer que Anakin Skywalker pareciera como si las estrellas se hubieran apagado?

Y entonces, en nueve simples palabras, Anakin se lo dijo.

***

Éste es el momento que define a Mace Windu.

No las incontables victorias en combate, ni las innumerables batallas que ha evitado su diplomacia. No su agudo intelecto, su talento con la Fuerza ni su pericia sin parangón con el sable láser. No su dedicación a la Orden Jedi o su devoción por la República a la que sirve.

Sino esto.

Aquí.

Ahora.

Porque Mace también tiene un apego. Mace tiene un amor secreto.

Mace Windu ama la República.

Muchos de sus estudiantes lo citan al dirigirse a sus propios estudiantes: "Los Jedi no luchan por la paz. Eso sólo es un eslogan, y es tan engañoso como cualquier eslogan. Los Jedi luchan por la civilización, porque sólo la civilización crea la paz."

Para Mace Windu, a lo largo de toda su vida, de todas las vidas de mil años de Jedi anteriores a él, la verdadera civilización sólo tiene un nombre: la República.

Ha entregado su vida al servicio de su amor. Sirviéndolo, ha tomado y perdido vidas de inocentes. Ha visto seres que le importaban mutilados y asesinados, y a veces algo peor. A veces tan destrozados por el horror de su lucha que su única reacción era cometer horrores aún mayores.

Y es por ese amor por lo que, ahora, aquí, en este instante, las nueve palabras que le dice Anakin Skywalker le desgarran el corazón, queman sus pedazos y le dan de comer sus humeantes cenizas.

"Palpatine es Sidious. El Canciller es el Señor Sith."

No llega a oír las palabras, la verdad es que no. Su verdadero significado es demasiado grande para que su mente pueda asimilarlo en su totalidad.

Significan que todo lo que ha hecho, y todo lo que le han hecho...

Que todo lo que ha logrado la Orden, todo lo que ha sufrido...

Todo lo que ha padecido la galaxia, todos los años de sufrimiento y matanza. La muerte de planetas enteros...

Todo ha sido por nada.

Porque todo se hizo para salvar a la República.

Que ya estaba perdida.

Que ya había caído.

Y lo único que había defendido su cadáver fue una Orden Jedi que ahora estaba bajo el mando de un Señor Oscuro de los Sith.

Toda la existencia de Mace Windu se había convertido en un cristal tan asaeteado de fallas que el martillo de esas nueve palabras lo habían reducido a polvo.

Pero, dado que es Mace Windu, encaja el golpe sin cambiar de expresión.

Y porque es Mace Windu, un segundo después, el hombre de arena vuelve a ser de piedra, puro Maestro Jedi, sopesando fríamente el riesgo de enfrentarse sin el Elegido al último Señor Oscuro de los Sith...

Ante el riesgo de enfrentarse al último Señor Oscuro de los Sith con un Elegido consumido por el miedo.

Y porque es Mace Windu, esa elección no es tal.

—Anakin, espera en la Cámara del Consejo hasta que volvamos.

—¿Qu... qué? Maestro...

—Es una orden, Anakin.

—Pero..., pero..., pero el Canciller —dijo Anakin desesperadamente, aferrándose a la mano del Maestro Jedi—. ¿Qué va a hacer?

Y Mace Windu, incluso ahora, da su verdadera medida y sigue diciendo la verdad al responder:

—Sólo lo que tenga que hacer.

***

Dos Maestros Jedi se encuentran en el espacio virtual de la HoloRed.

Uno es anciano, pequeño, con piel de cuero verde y una vieja sabiduría en los ojos, y está en una cueva de Kashyyyk practicada en el tronco de un enorme árbol wroshyr; el otro es alto y feroz, y se sienta ante un holodisco en el Templo Jedi de Coruscant.

El uno para el otro son fantasmas azules, nacidos a la existencia en un holograma láser. Pese a estar a años luz de distancia, tienen un mismo pensamiento; ya no importa quién diga qué.

Ahora conocen la verdad.

Hace más de una década que la República está en manos de los Sith.

Ahora, juntos, de fantasma azul a fantasma azul, deciden recuperarla.

Tercera Parte
Apocalipsis

La oscuridad es generosa, y es paciente, y siempre gana.

Siempre gana porque está en todas partes.

Está en la madera que arde en tu chimenea, y en la tetera que tienes al fuego; está bajo tu silla y bajo tu mesa, y bajo las sábanas de tu cama. Cuando caminas a mediodía, la oscuridad te acompaña pegada a la planta de tus pies.

La luz más brillante proyecta la sombra más oscura.

17
El Rostro de la Oscuridad

Las discolámparas apagadas eran fantasmales anillos grises flotando en la penumbra. El resplandeciente paisaje enjoyado de Coruscant formaba un halo alrededor de la cortante sombra de la silla. Éste era el despacho del Canciller.

Dentro de la sombra de la silla se sentaba otra sombra, más profunda, más oscura, informe e impenetrable. De una negrura abisal tan profunda que absorbía luz de la habitación que la rodeaba.

Y de la ciudad. Y del planeta.

Y de la galaxia.

La sombra esperaba. Le había dicho al chico que esperaría. Estaba impaciente por mantener su palabra.

Para variar.

La noche asediaba el Templo Jedi.

En la plataforma de aterrizaje de su azotea, una débil luz amarilla se derramaba formando un rectángulo estrecho a través de la escotilla de una lanzadera, reflejándose hacia arriba en el rostro de tres Maestros Jedi.

—Me sentiría mejor si Yoda estuviera aquí. —Este Maestro era un nautolano alto y ancho de hombros, de relucientes tentáculos capilares sujetos por anillos de cuero repujado—. O Kenobi. En Ord Cestus, Obi-Wan y yo...

—Yoda está retenido en Kashyyyk, y no podemos contactar con Kenobi en Utapau. El Señor Oscuro se ha descubierto y no podemos titubear. No pienses en posibilidades, Maestro Fisto; este deber ha recaído en nosotros. Nosotros bastaremos. —Este Maestro era un iktotchi más bajo y esbelto que el primero. Dos largos cuernos se curvaban hacia abajo desde su frente, deteniéndose debajo de la barbilla. Uno le había sido amputado meses antes, tras rompérselo en combate. El bacta había acelerado su crecimiento, y el antaño mutilado cuerno era ahora igual al otro—. Nosotros bastaremos. Tenemos que bastar.

—Paz —dijo el tercer Maestro, un zabrak. Dew había pulido los vestigios romos de sus espinas craneales y relucían como el sudor. Hizo un gesto hacia la puerta del Templo, que giraba al abrirse—. Ya viene Windu.

Las nubes llegaron con el crepúsculo, y ahora caía una débil llovizna. El Maestro se acercó andando, con la cabeza gacha y las manos encajadas en las mangas.

—La Maestra Ti y el Maestro de la Puerta, Jurokk, dirigirán la defensa del Templo —dijo cuando llegó junto a los demás—. Estamos desconectando todos los señalizadores de navegación y las señales luminosas, hemos armado a los padawan mayores y se han cerrado con códigos todas las compuertas blindadas —paseó la mirada por los Maestros—. Es hora de ir.

—¿Y Skywalker? —El Maestro zabrak inclinó la cabeza como si sintiera una distante perturbación en la Fuerza—. ¿Qué pasa con el Elegido?

—Lo he enviado a la Cámara del Consejo hasta nuestro regreso.

Mace Windu dedicó una mirada grave a la Torre del Consejo, pestañeando contra la creciente lluvia. Sacó las manos de las mangas. Una de ellas sostenía el sable láser.

—Ya ha cumplido con su deber, Maestros. Ahora nosotros debemos cumplir con el nuestro.

Caminó entre ellos hasta entrar en la lanzadera.

Los otros tres Maestros compartieron un silencio significativo. Luego, Agen Kolar asintió para sí mismo y entró. Saesee Tin se acarició el recuperado cuerno y le siguió.

—Seguiría sintiéndome mejor si Yoda estuviera aquí... —murmuró Kit Fisto, entrando a su vez.

Cuando la escotilla se cerró tras él, el Templo Jedi perteneció por completo a la noche.

En la Cámara del Consejo Jedi, Anakin Skywalker luchaba a solas contra el dragón.

Y estaba perdiendo.

Daba vueltas por la Cámara trazando arcos ciegos, tropezando entre las sillas. No podía sentir las corrientes de la Fuerza a su alrededor. No podía sentir el eco de los Maestros Jedi en esos viejos asientos.

Nunca había soñado que pudiera haber tanto dolor en el universo. Podría haber soportado el dolor físico incluso sin sus habilidades mentales Jedi; siempre lo había aguantado bien. A los cuatro años podía encajar sin emitir un gemido la peor paliza que pudiera propinarle Watto. Pero nada le había preparado para esto.

Quería abrirse el pecho con las manos desnudas y arrancarse el corazón.

—¿Qué he hecho? —la pregunta empezó siendo un gemido, pero había aumentado hasta convertirse en un aullido que ya no podía contener tras sus dientes—. ¿Qué he hecho?

Conocía la respuesta: cumplir con su deber.

Y ahora no conseguía imaginar por qué.

Cuando yo muera, mis conocimientos morirán conmigo...

Mirase donde mirase, sólo veía el rostro de la mujer a la que amaba más allá de todo amor, la mujer por la que canalizaba a través de su cuerpo todo el amor que había existido alguna vez en la galaxia. En el universo.

No le importaba lo que ella hubiera hecho. No le importaban las conspiraciones, los cónclaves o los pactos secretos. La traición no significaba ahora nada para él. Ella era todo lo que alguna vez había sido amado por alguien, y la estaba viendo morir.

De algún modo, su agonía se convirtió en una mano invisible que se prolongaba en la Fuerza; una mano que la encontró, lejana y sola en la oscuridad de su apartamento; una mano que sentía la sedosa suavidad de su piel y los finos rizos de su cabello; una mano que se disolvió en un campo de energía pura, de sentimiento puro que llegó hasta dentro de ella...

Y ahora la sintió, la sintió de verdad en la Fuerza, como si ella fuera alguna clase de Jedi, pero era mucho más que eso. Sintió un lazo con ella, una conexión más profunda e

íntima de lo que él había sentido nunca con alguien, incluido Obi-Wan. Por un precioso instante, él fue ella..., fue el latir de su corazón y el movimiento de sus labios, y fue sus cálidas palabras, como si ella susurrara una oración a las estrellas...

Te quiero, Anakin. Soy tuya, en la vida y en la muerte, y siempre seremos uno, vayas donde vayas, hagas lo que hagas. No dudes nunca de mí, amor mío. Soy tuya.

...y su pureza, su pasión y la verdad de su amor fluyeron hasta él y a través de él, y cada átomo de su ser gritaba a la Fuerza: "¿cómo puedo dejarla morir?".

La Fuerza no tenía ninguna respuesta para él.

El dragón, en cambio, sí la tenía.

Todas las cosas mueren, Anakin Skywalker. Hasta las estrellas se consumen.

Y por mucho que se esforzara en recordar, ninguna palabra sabia de Yoda, ninguna enseñanza de Obi-Wan, ni un solo retazo de sabiduría Jedi acudió a él para acallar al dragón.

Pero había una respuesta; la había oído la noche anterior.

Teniendo semejante conocimiento, mantener la vida en alguien ya vivo sería una cuestión menor, ¿no te parece?

Anakin se detuvo. Su sufrimiento se evaporó.

Palpatine tenía razón.

Era muy simple.

Lo único que tenía que hacer era decidir lo que quería.

El anochecer de Coruscant se propagaba por toda la galaxia.

La oscuridad en la Fuerza no estorbaba a la sombra que había en el despacho del Canciller, porque era la oscuridad. Y allí donde mora la oscuridad, la sombra podía percibir lo que ocurría en otras sombras del mundo.

En la noche, la sombra sintió la angustia del muchacho, y era buena. Sintió la hosca determinación de cuatro Maestros Jedi acercándose desde el aire.

Eso también era bueno.

Cuando una lanzadera Jedi se posó en la plataforma de aterrizaje de afuera, la sombra envió su mente a una noche mucho más oscura, contenida en una de las obras escultóricas que adornaban el despacho: una espiral abstracta de neuranio sólido, tan pesada que el suelo del despacho se había reforzado especialmente para soportar su peso, tan densa que una especie más sensible podría, a muy corta distancia, llegar a percibir la pequeña alteración en el tejido del espacio-tiempo que provocaba su fuerza gravitacional.

El neuranio de más de un milímetro de grosor es inmune a los sensores. Los escaneos de seguridad estándar por los que pasaba todo el equipo y el mobiliario que entra en el Edificio Administrativo del Senado no habían revelado nada. Pero si a alguien se le hubiera ocurrido emplear un detector gravimétrico avanzado, igual habría descubierto que una pequeñísima sección de la escultura tenía una masa ligeramente menor a la que debía tener, ya que el manifiesto que la acompañaba cuando se trajo de Naboo, entre los efectos personales del entonces embajador, especificaba claramente que era una pieza de neuranio sólido forjado.

El manifiesto mentía. La escultura no era totalmente sólida, y no toda ella era de neuranio.

Dentro de una larga y fina cavidad tubular, alrededor de la cual se había forjado la escultura, había un aparato que llevaba décadas esperando en una oscuridad absoluta, en una oscuridad más que oscura.

Esperando que la noche cayera sobre la República.

La sombra sintió que los Maestros Jedi caminaban por el vasto vacío lleno de ecos de los salones exteriores. Prácticamente podía oír la cadencia de los tacones de sus botas en el mármol alderaaniano.

La oscuridad en el interior de la escultura susurraba la forma, el tacto y cada una de las resonancias íntimas del aparato que acunaba. La sombra encendió el aparato con un gesto de su voluntad.

El neuranio se calentó.

Un pequeño punto redondo, más pequeño que el círculo que podía formar un niño humano con el pulgar y el índice, tomó el color de la sangre vieja. Luego el de la sangre fresca.

Luego el del fuego desatado.

Por fin, una lanza de energía escarlata se liberó, pintando el despacho con el color de las estrellas a través del humo de planetas ardiendo.

La lanza de energía se alargó, arrastrando consigo la oscuridad del aparato. Luego, la hoja escarlata se encogió y el aparato se deslizó de vuelta a su interior, en la suave oscuridad de una manga.

Cuando los gritos de la Fuerza dispersaron a los Túnicas Rojas que vigilaban ante las puertas del despacho, la sombra hizo un gesto y las discolámparas se encendieron. Otro grito de la Fuerza abrió de golpe la puerta del despacho privado. Cuando los Jedi entraron, un último gesto de la voluntad de la sombra encendió un aparato grabador oculto en el escritorio.

Sólo de audio.

—Vaya, Maestro Windu —dijo la sombra—. Qué agradable sorpresa.

Shaak Ti le sintió venir antes de poder verlo. Las cavidades de los altos y curvados montrals que tenía a cada lado de la cabeza, sensibles a los infra y ultrasonidos, le otorgaban un sentido análogo al tacto. La textura de sus pasos al acercarse era áspera como la tela de un saco viejo. Cuando él dobló la esquina en dirección a la puerta de la plataforma de aterrizaje, su respiración tenía el tacto de un montón de grava y sus latidos eran puntiagudos como los cuernos en la cabeza de un zabrak.

Tampoco tenía buen aspecto. Estaba mortalmente pálido, hasta para un humano, y tenía los ojos enrojecidos.

—Anakin —dijo ella con calidez. Puede que necesitase una palabra amistosa. Dudaba que hubiera recibido muchas de Mace Windu—. Gracias por lo que has hecho. La Orden Jedi está en deuda contigo, además de toda la galaxia.

—Shaak Ti. Quítate de en medio.

Por agitado que pareciera, no había nada inseguro en su voz; era más profunda de lo que recordaba, más madura, y estaba teñida de un tono autoritario que nunca le había oído.

Y no fue ajena al hecho de que él se había negado a llamarla Maestra. Ella alargó una mano, ofreciendo energías relajantes a través de la Fuerza.

—El Templo está cerrado, Anakin. La puerta está cerrada con código.

—Y tú te interpones en mi camino a la plataforma.

Ella se apartó, permitiéndole el acceso. No tenía motivos para retenerlo aquí contra su voluntad. Él tecleó ansioso el código.

—Si Palpatine toma represalias —dijo ella, razonable—, ¿no deberías estar aquí para defendernos?

—Soy el Elegido. Mi lugar está allí —su respiración se tornó más áspera, y él pareció enfermar aún más—. Tengo que estar allí. Ésa es la profecía, ¿no? Tengo que estar allí...

—¿Por qué, Anakin? Esos Maestros son lo mejor de la Orden. ¿Qué puedes hacer tú?

La puerta se deslizó, abriéndose.

—Soy el Elegido —repitió—. La profecía no puede cambiarse. Haré...

La miró con ojos moribundos, y un espasmo de dolor insoportable pasó por su rostro. Shaak Ti alargó la mano hacia el joven Jedi, pensando que él debería estar en la enfermería, y no dirigiéndose hacia lo que podía ser una batalla salvaje, pero él se apartó de su mano.

—Haré lo que se supone que debo hacer —dijo, y corrió hacia la noche y la lluvia.

[A continuación se incluye la transcripción de una grabación en audio presentada ante el Senado Galáctico la tarde del Primer Día del Imperio. Las identidades de los que hablan han sido verificadas y confirmadas mediante un análisis de voz].

PALPATINE: Vaya, Maestro Windu. Qué agradable sorpresa.

MACE WINDU: No es una sorpresa, Canciller. Y no será agradable para nadie.

PALPATINE: ¿Perdón? Hola, Maestro Fisto. Se le saluda, Maestro Kolar. Espero que se encuentren bien. Maestro Tiin, veo que le ha vuelto a crecer el cuerno; me alegro. ¿Qué trae a cuatro Maestros Jedi a mi despacho a estas horas?

MACE WINDU: Sabemos quién es usted. Lo que es. Hemos venido para ponerlo bajo custodia.

PALPATINE: Perdón, ¿cómo dice? ¿Lo que soy? La última vez que miré era el Canciller Supremo de la República que ustedes han jurado servir. Espero malinterpretar lo que quiere decir con "ponerme bajo custodia", Maestro Windu. Eso suena a traición.

MACE WINDU: Está usted arrestado.

PALPATINE: Por favor, Maestro Windu, no puede usted hablar en serio. ¿Con qué cargos?

MACE WINDU: ¡Es usted un Señor Sith!

PALPATINE: ¿De verdad? Y en el supuesto de que lo sea, eso no es ningún delito. Mis opiniones filosóficas son un asunto personal. De hecho, la última vez que leí la Constitución, ésta especificaba que tenemos leyes muy estrictas contra ese tipo de

cuestiones. Así que, vuelvo a preguntarle: ¿cuál es mi supuesto crimen? ¿Cómo espera poder justificar este amotinamiento ante el Senado? ¿O también pretende arrestar al Senado?

MACE WINDU: No hemos venido a discutir con usted.

PALPATINE: No, han venido a encarcelarme sin un juicio. Sin la menor pretensión de legalidad. Así que ése es el plan: los Jedi quieren apoderarse de la República.

MACE WINDU: Acompáñenos. Ahora.

PALPATINE: No pienso hacer nada semejante. Si pretenden asesinarme, pueden hacerlo aquí mismo.

MACE WINDU: No intente resistirse.

[Sonidos que se han identificado mediante resonancia de frecuencias como la ignición de varios sables láser.]

PALPATINE: ¿Resistirme? ¿Cómo podría resistirme yo? ¡Esto será un asesinato, traidores Jedi! ¿Cómo puedo ser yo una amenaza para vosotros? Maestro Tiin, usted es telépata. ¿Qué estoy pensando ahora?

[Sonidos de pelea.] KIT FISTO: Saesee...

AGEN KOLAR: [Confuso; posiblemente "No me duele".]

[Sonidos de pelea.]

PALPATINE: ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Seguridad...! ¡Que venga alguien! ¡Ayuda! ¡Asesinato! ¡Traición!

[Fin de la grabación.]

Una fuente de energía amatista brotó del puño de Mace Windu. —No intente resistirse.

La canción de su hoja tuvo eco en el fuego verde de las manos de Kit Fisto, Agen Kolar y Saesee Tiin. Kolar y Tiin se acercaron a Palpatine, bloqueándole el paso a la puerta. Las sombras rezumaron color, entretejiéndose y congregándose en las paredes del despacho, deslizándose por las sillas, propagándose por el suelo.

—¿Resistirme? ¿Cómo podría resistirme yo? —Palpatine, aún sentado ante su escritorio, agitó impotente un puño vacío, perfecta imagen de un anciano asustado y cansado—. ¡Esto será un asesinato, traidores Jedi! ¿Cómo puedo ser yo una amenaza para vosotros?

Se volvió con desesperación hacia Saesee Tiin.

—Maestro Tiin, usted es telépata. ¿Qué estoy pensando ahora? Tiin frunció el ceño y ladeó la cabeza. Bajó la hoja. Una mancha de oscuridad roja saltó de detrás del escritorio.

La cabeza de Saesee Tiin rebotó al tocar el suelo.

El humo se enroscaba al alzarse de su cuello y de los muñones de los cuernos, cortados justo debajo de la barbilla.

—¡Saesee! —exclamó Kit Fisto.

El cuerpo sin cabeza, aún en pie, se retorció cuando cedieron sus rodillas, y un débil suspiro escapó de su tráquea al desplomarse.

—No me... —dijo Agen Kolar tambaleándose.

Su hoja esmeralda se encogió hasta desaparecer, y el mango cayó de sus dedos flojos. Un pequeño y limpio agujero en medio de su frente desprendía humo, mostrando luz procedente de su nuca.

—... duele...

Cayó hacia delante, de cara, y yació inmóvil.

Palpatine se paró ante el umbral, pero no abrió la puerta. De su mano derecha se extendió una hoja del color del fuego.

La puerta se atrancó a sus espaldas.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó como un hombre que teme desesperadamente por su vida—. ¡Seguridad...! ¡Que venga alguien! ¡Ayuda! ¡Asesinato! ¡Traición!

Y entonces sonrió.

Se llevó un dedo a los labios, y, sorprendentemente, guiñó un ojo.

En el siguiente segundo, durante el cual Mace Windu y Kit Fisto sólo pudieron inclinar los sables láser hasta la posición de en guardia, Palpatine pasó rápidamente sobre los cuerpos, volvió a su escritorio, invirtió la hoja y la hundió en su escritorio con un golpe rápido y quirúrgicamente preciso.

—Acabemos ya con esto.

El sable láser se abrió paso por la parte delantera de la mesa, y él se volvió, alzando su arma. Parecía estudiarla como quien estudia el rostro de un amigo al que hace mucho tiempo que se cree muerto. El poder se acumuló a su alrededor hasta que la Fuerza resplandeció de oscuridad.

—Si tan sólo supierais —dijo en voz baja; quizás hablando a los Maestros Jedi, quizás a sí mismo o quizás a la hoja escarlata ahora levantada en un saludo burlón— cuánto tiempo he esperado por esto...

El deslizador de Anakin aullaba entre la lluvia, esquivando quebrados rayos que brotaban de las torres hacia las nubes, acortando a través de las pistas de tráfico, chillando al pasar entre los rascacielos tan deprisa que su onda de choque resquebrajaba las ventanas al pasar.

No comprendía por qué no se quitaba la gente de en medio. No comprendía cómo podía seguir inmerso en sus asuntos triviales el trillón de seres que atascaban la Ciudad Galáctica, como si el universo no hubiera cambiado. ¿Cómo podían compararse con él y creer que su existencia tenía alguna importancia?

¿Cómo podían pensar que aún importaban algo?

Sus vidas ciegas ya no tenían significado. La de ninguno de ellos. Porque delante de él, en el vasto farallón que era el lateral del Edificio Administrativo del Senado, una ventana escupía relámpagos a la lluvia, como ecos de la tormenta eléctrica de fuera. Pero esos relámpagos eran del color del entrechocar de sables láser.

Aspas verdes, fogonazos púrpura...

Y llamaradas escarlata.

Llegaba demasiado tarde.

El fuego verde se desvaneció y se apagó. Ahora, el relámpago sólo era púrpura y rojo.

Los repulsores aullaron cuando Anakin puso el deslizador de costado, deslizándose entre la turbulencia del viento para frenar con un bamboleo ante la ventana del despacho privado de Palpatine. Un rayo alcanzó la torre del República Quinientos, a sólo un kilómetro de distancia, y su estallido blanco iluminó las ventanas, cegándolo. Pestañeó furioso, golpeándose los ojos con frustración.

El brillo incoloro de dentro de sus ojos se apagó despacio, permitiéndole enfocar un conjunto de cuerpos en el suelo del despacho privado de Palpatine.

Cuerpos con túnicas Jedi.

Sobre el escritorio de Palpatine estaba la cabeza de Kit Fisto, mirando hacia arriba y con los tentáculos de su cuero cabelludo dispersos sobre la ebonita. Sus ojos sin párpados miraban ciegos al techo. Anakin lo recordaba en el circo de Geonosis, abriéndose paso sin esfuerzo en medio de una oleada tras otra de droides de combate, con una sonrisa divertida en los labios, como si esa horrenda batalla no fuera más que la broma de un amigo. La cabeza cortada conservaba esa misma sonrisa.

Quizá pensara que la muerte también era divertida.

La hoja de Anakin cantó azulada al cortar la ventana, y el joven Jedi entró por la abertura. Rodó y se puso en pie entre un grupo de cadáveres. Luego corrió por una puerta rota hasta un pequeño pasillo privado, y cruzó un umbral que relumbraba y destellaba con la dispersión de la energía.

Anakin resbaló y se detuvo.

Dentro del despacho público del Canciller Supremo de la República Galáctica, el último Maestro Jedi luchaba solo, sable contra sable, contra una sombra viviente.

Sumido en el vaapad, Mace Windu luchaba por su vida.

Más que por su vida. Cada giro de su hoja y cada chasquido relampagueante era un golpe en defensa de la democracia, de la justicia y la paz, de los derechos de los seres corrientes a vivir su vida a su manera.

Luchaba por la República que amaba.

El vaapad, séptima forma del combate con sable láser, toma su nombre de un depredador notablemente peligroso nativo de las lunas de Sarapin. El vaapad ataca a su presa con latigazos de sus tentáculos cegadoramente rápidos. La mayoría tienen al menos siete, y no es raro que lleguen a tener hasta doce. El más grande que se ha llegado a cazar llegó a tener veintitrés. Nunca se sabe cuántos tentáculos tiene un vaapad hasta que muere; se mueven demasiado deprisa para poder contarlos. Casi demasiado rápidos para ser vistos.

Y así se movía la hoja de Mace.

El vaapad es tan agresivo y poderoso como su nombre indica, pero es un poder que se obtiene con gran riesgo, pues la inmersión en el vaapad abre las compuertas que contienen la oscuridad interior de cada uno. El Jedi que utiliza el vaapad debe permitirse disfrutar de la lucha, debe entregarse a la emoción de la batalla, a la excitación de la victoria El vaapad es un camino que pasa por la penumbra del Lado Oscuro.

Mace Windu creó este estilo, y es su único maestro vivo.

Ésta es la prueba definitiva del vaapad.

Anakin parpadeó y volvió a frotarse los ojos. Puede que aún estuviera algo cegado por los fogonazos, ya que el Maestro korun parecía aparecer y desaparecer, medio devorado por una neblina negra progresivamente espesa en la que bailaba una barra de fuego de un metro de largo. Mace hacía retroceder la oscuridad con paso firme e incesante. Su hoja, ese distintivo brillo amatista que había sido la última visión de tantos seres malvados en toda la galaxia, creaba una neblina propia, una esfera achatada de fuego púrpura en cuyo interior parecía haber docenas de espadas cortando en todas direcciones a la vez.

La sombra contra la que luchaba..., ese borrón de velocidad..., ¿podía ser Palpatine?

Sus hojas brillaron y destellaron, entrechocándose con estallidos de fuego, tejiendo redes de energía letal en intercambios tan rápidos que Anakin no podía verlos...

Pero podía sentirlos en la Fuerza.

La misma Fuerza se agitaba, estallaba y se estrellaba a su alrededor, hirviendo con poder y salpicando de resolución letal a la velocidad de la luz. Y se estaba oscureciendo.

Anakin podía sentir cómo la Fuerza se alimentaba de la exaltación asesina de la sombra. Podía sentir cómo la furia salpicaba en la Fuerza como si algún absceso venenoso hubiera florecido en el corazón de ambos contendientes.

Aquí no había contención Jedi alguna.

Mace Windu estaba desencadenado.

Mace estaba sumido en lo más profundo de su ser, sumergido en el vaapad, tragado por él, dejando de existir como ser independiente.

El vaapad es un canal para la oscuridad, y esa oscuridad fluía en ambos sentidos. Aceptaba la furiosa velocidad del Señor Sith, atrayendo la rabia y el poder de la sombra hasta su centro más interno...

Y la expulsaba fuera.

Devolvía la furia a su fuente como un sable láser redirige un disparo láser.

Hubo un tiempo en que Mace Windu temió el poder de la oscuridad, un tiempo en que temió la oscuridad de su interior. Pero las Guerras Clon le habían dado el don de la comprensión. En un mundo llamado Haruun Kal se enfrentó a su propia oscuridad, y aprendió que no debe temerse el poder de la oscuridad.

Había aprendido que lo que da poder a la oscuridad es el miedo. No estaba asustado. La oscuridad no tenía poder sobre él. Pero...

Tampoco él tenía poder sobre ella.

El vaapad lo convertía en un canal abierto, en la mitad de un bucle superconductor que acababa completando la sombra, y los dos se convirtieron en una oleada de batalla que se expandió hasta llenar cada centímetro cúbico del despacho del Canciller. No había pedazo de alfombra ni retazo de silla que no pudiera quedar desintegrado en cualquier momento, convertido en llamaradas rojas o púrpuras. Las pantallas de las lámparas se convertían en breves escudos cortados en pedazos que giraban en el aire; los sofás se convertían en terreno que debía treparse para buscar ventaja, o saltarse en retirada. Pero

sólo había un ciclo de poder, un bucle interminable en el que ninguno de los bandos recibía una herida, en el que no cabía ni la posibilidad de la fatiga.

Eran tablas.

Que podrían haberse prolongado eternamente si el vaapad hubiera sido el único don de Mace.

Ahora, la lucha no requería esfuerzo para él. Dejaba que su cuerpo se ocupara de ella sin que su mente interviniese. Mientras su hoja giraba y chasqueaba, mientras sus pies se deslizaban, su peso se desplazaba y sus hombros se movían por su cuenta en precisas curvas, su mente se deslizaba a lo largo del circuito de poder oscuro, remontándose hasta su ilimitada fuente.

Buscando puntos de ruptura.

Encontró un conjunto de líneas de fractura en el futuro de la sombra, eligió la mayor de ellas y la siguió hasta el aquí y el ahora...

Y, asombrosamente, le llevó hasta un hombre parado ante la puerta agujereada durante la lucha. Mace no necesitaba mirar, su presencia en la Fuerza le resultaba familiar, y tan reconfortante como la luz del sol rompiendo a través de una nube de tormenta.

El Elegido estaba aquí.

Mace se desenganchó de la hoja de la sombra, saltó hacia la ventana y cortó el transpariacero de la misma con una sola floritura.

Esa distracción momentánea le costó cara: un oscuro empujón en la Fuerza estuvo a punto de arrojarlo por la abertura que acababa de abrir. Sólo un desesperado empujón propio en la Fuerza alteró el embate lo bastante como para hacerle caer contra un montante de la ventana, en vez de zambullirse a lo largo de medio kilómetro de aire, más allá de la cornisa. Se puso en pie de un salto, y la Fuerza le despejó la mente. Y otra vez volvió a sumirse en el vaapad.

Podía sentir acercarse el final de la batalla, como también lo sentía el borrón de Sith al que se enfrentaba. En la Fuerza, la sombra se había convertido en un pulsar de miedo. Con facilidad, casi sin esfuerzo, convirtió el miedo de la sombra en un arma, desviando el combate para que los dos acabaran moviéndose hasta la cornisa de la ventana.

Hasta el viento. Hasta los relámpagos. Hasta la cornisa resbaladiza por la lluvia, a medio kilómetro del suelo.

Hasta donde el miedo de la sombra le hizo titubear. Hasta donde el miedo de la sombra convertía parte de su velocidad en un asidero en la Fuerza al permeocemento resbaladizo.

Hasta donde Mace pudiera mover su hoja en un arco preciso y cortar por la mitad el sable láser de la sombra.

Un pedazo giró de vuelta por el agujero de la ventana. El otro cayó de unos dedos que se abrieron, rebotó en la cornisa y se hundió en la lluvia, hacia los distantes callejones de abajo.

Ahora, la sombra sólo era Palpatine: viejo y arrugado, con el escaso cabello cuidado y emblanquecido por los años y con el rostro marcado por el agotamiento.

—Pese a todo su poder, no es ningún Jedi. Usted sólo es, señor —dijo Mace con firmeza, mirando más allá de su hoja—, un hombre arrestado.

—¿Lo ves, Anakin? ¿Lo ves? —la voz de Palpatine volvió a tener la rota cadencia de un viejo asustado—. ¿No te avisé contra los Jedi y la traición que planeaban?

—Guárdese sus palabras engañosas, señor. Aquí no hay ningún político. Los Sith nunca recuperarán el control de la República. Se acabó. Ha perdido —Mace enderezó su arma—. Ha perdido por el mismo motivo por el que siempre pierden los Sith: derrotado por su propio miedo.

Palpatine alzó la cabeza.

Sus ojos humeaban de odio.

—Idiota —dijo.

Alzó los brazos, y la túnica de su cargo ondeó, abriéndose como alas de raptor. Sus manos parecían garras.

—¡Idiota! —su voz era un trueno—. ¿Crees que el miedo que sientes es mío?

Rayos brotaban de las nubes en las alturas, y de las manos de Palpatine, y Mace no tuvo tiempo de comprender lo que quería decir Palpatine, sólo pudo volver a sumirse en el vaapad e inclinar su hoja para capturar los quebrados arcos de puro y deslumbrante odio que se precipitaban hacia él.

Porque el vaapad es algo más que un estilo de lucha; es un estado mental, un canal para la oscuridad. El poder pasó hasta él y volvió a salir sin tocarlo.

Y el circuito se cerró, devolviendo el rayo a su fuente.

Palpatine se tambaleó, profiriendo un rugido, pero la restallante energía que brotaba de sus manos sólo se intensificó.

Alimentaba el poder con su dolor.

—¡Anakin! —llamó Mace. Su voz sonaba distante, borrosa, como procedente del fondo de un pozo—. ¡Anakin, ayúdame! ¡Es tu oportunidad!

Mace sintió que Anakin saltaba hasta la cornisa desde el suelo del despacho, y notó que se acercaba por detrás de él...

Y Palpatine no tenía miedo.

Mace podía sentirlo; no estaba preocupado.

—Mata al traidor —dijo el Canciller, alzando la voz por encima del aullido de la retorcida energía que unía sus manos con la hoja de Mace—. Esto nunca fue un arresto. ¡Es un asesinato!

Y entonces, por fin, Mace lo comprendió. Ya lo tenía. La clave de la victoria final. El punto de ruptura de Palpatine. El punto de ruptura absoluto de los Sith.

El punto de ruptura del mismo Lado Oscuro.

Palpatine confía en Anakin Skywalker.. pensó Mace, asombrado.

Anakin estaba ya detrás de Mace. Palpatine seguía sin hacer un solo gesto para defenderse de Skywalker. En vez de eso, aumentó los relámpagos que brotaban de sus manos, doblando la fuente de la hoja de Mace en dirección a la cara del Maestro korun.

Los ojos de Palpatine relumbraban de poder, proyectando un brillo amarillo que evaporaba la lluvia que los envolvía.

—Es un traidor, Anakin. Mátalo.

—Eres el Elegido, Anakin —dijo Mace con voz débil por la tensión. Esto iba más allá del vaapad; ya no le quedaban fuerzas para luchar contra su propio sable láser—. Acaba con él. Es tu destino.

Skywalker repitió la palabra como un débil eco.

—Destino...

—¡Ayúdame! ¡No puedo aguantar más! —el brillo amarillo de los ojos de Palpatine se propagó hacia su carne. Su piel fluyó como el aceite, como si el músculo de debajo se estuviera quemando, como si hasta los huesos de su cráneo se estuvieran ablandando, doblando e hinchando, deformados por el calor y la presión de su odio eléctrico—. ¡Me está matando, Anakin...! ¡Por favor, Anaaaahhh...!

La hoja de Mace se dobló hasta colocarse tan cerca de su cara que el ozono le ahogaba.

—Anakin, es demasiado fuerte para mí...

—Aaaah... —el rugido de Palpatine, como un gemido de desesperación, se oyó por encima de la incesante descarga eléctrica.

Los rayos se consumieron solos, dejando atrás la noche, la lluvia y a un anciano caído de rodillas en una cornisa resbaladiza.

—No... puedo. Me rindo. Soy..., soy demasiado débil. Demasiado viejo y demasiado débil. No me mates, Maestro Jedi. Por favor. Me rindo. La victoria inundó el dolorido cuerpo de Mace, que alzó la hoja. —Enfermedad Sith...

—Espera —dijo Skywalker, cogiendo con una energía nacida de la desesperación el brazo con el que Mace sostenía el sable láser—. No lo mates... No puedes matarlo, Maestro...

—Sí puedo —dijo Mace, serio y seguro—. Tengo que hacerlo.

—Viniste a arrestarlo. Tiene que ser juzgado...

—Un juicio sería una broma. Controla los tribunales. Controla el Senado...

—¿También piensas matarlos a todos ellos? ¿Como él dijo que harías? Mace liberó el brazo.

—Es demasiado peligroso para que siga con vida. Si hubieras podido coger vivo a Dooku, ¿lo habrías hecho?

El rostro de Skywalker se vació de emoción.

—Eso fue diferente...

Mace se volvió hacia el vencido y lloriqueante Señor Sith.

—Podrás explicarme la diferencia cuando esté muerto.

Alzó el sable láser.

—¡Lo necesito vivo! —gritó Skywalker—. ¡Necesito que salve a Padmé! Mace pensó ausente, *¿Por qué?*, y bajó el sable láser hacia el caído Canciller.

Antes de que pudiera asestar el golpe, un repentino arco de plasma azul le cortó la muñeca, y su mano cayó lejos de él, aun empuñando el sable láser. Palpatine volvió a ponerse en pie con un rugido, y los rayos brotaron de las manos del Señor Sith. Y el poder de su odio golpeó de lleno a Mace, que no tenía hoja con la que desviarlo.

Había estado tan concentrado en el punto de ruptura de Palpatine que no se le había ocurrido buscar el de Anakin.

Un relámpago negro desintegró su universo.

Y cayó eternamente.

Anakin se arrodilló bajo la lluvia.

Miraba una mano. Una mano de piel marrón. La mano empuñaba un sable láser y tenía un óvalo de tejido chamuscado allí donde debía estar unida a un brazo.

—¿Qué he hecho?

¿Era ésa su voz? Debía de serlo, porque la pregunta era suya. —¿Qué he hecho?

Otra mano, cálida y humana, se posó suavemente en su hombro.

—Estás siguiendo tu destino, Anakin —dijo una voz suave y familiar—. Los Jedi son traidores. Has salvado a la República de su vileza. Te das cuenta, ¿verdad?

—Tenías razón —se oyó decir Anakin—. ¿Por qué no lo supe ver?

—No podías. Se envolvieron en el engaño, muchacho. Y como temían tu poder, nunca confiaron en ti.

Anakin miraba la mano, pero ya no la veía.

—Obi-Wan... Obi-Wan confía en mí...

—No lo bastante para contarte sus planes.

La traición reverberó en su memoria.

...no es un encargo del que deba haber constancia...

Esa mano, cálida y humana, dio a su hombro un apretón cálido y humano.

—Yo no temo tu poder, Anakin, lo acepto. Eres el más grande de los Jedi. Puedes ser el más grande de los Sith. Creo en eso, Anakin. Yo creo en ti. Yo confío en ti. Confío. En ti.

Anakin paseó la mirada desde la mano muerta en la cornisa a la viva en su hombro, luego la alzó hasta la cara del hombre parado a su lado. Y lo que vio le ahogó como si un puño invisible le aplastara la garganta. La mano de su hombro era humana.

El rostro... no lo era.

Los ojos eran de un color amarillo y animal, y brillaban como los de un depredador acechando fuera del círculo de una hoguera. El hueso alrededor de esos ojos se había hinchado, fundido y resbalado como duracero derramado por un decantador de fusión, y la carne que lo acolchaba se había trocado en un color gris cadavérico y era áspera como el sintoplástico podrido.

Aturdido por el horror, aturdido por la repugnancia, Anakin no podía apartar la mirada de esa criatura, de esa sombra.

Al mirar al rostro de la oscuridad, vio su futuro.

—Ahora pasa adentro —dijo la oscuridad.

Al cabo de un momento, entró.

Anakin estaba parado dentro del despacho. Inmóvil.

Palpatine examinó en un amplio espejo de pared el daño sufrido por su rostro. Anakin no supo decir si ponía expresión de repugnancia, o si sólo era la nueva forma de sus rasgos. Palpatine alzó una mano hacia el horror informe que ahora veía en el espejo y se limitó a encogerse de hombros.

—De este modo, la máscara se convierte en el hombre —suspiró con un toque de melancólica resignación—. Creo que echaré de menos la cara de Palpatine; pero el rostro de Sidious servirá a nuestros propósitos. Sí, servirá.

Hizo un gesto, y se abrió un compartimento oculto en el techo del despacho, encima de su escritorio. Una voluminosa túnica de pesado encaje en negro sobre negro descendió flotando hacia él. Anakin sintió la corriente en la Fuerza que llevó la túnica hasta la mano de Palpatine.

Se recordó a sí mismo manipulando con la Fuerza una fruta shuura, sentado al otro lado de Padmé, en el retiro junto al lago de Naboo. Recordaba haberle dicho lo que habría gruñido Obi-Wan al verle usar la Fuerza de forma tan trivial.

Palpatine pareció oírle el pensamiento y, mientras la túnica se aposentaba en sus hombros, le dirigió una mirada amarilla.

—Debes aprender a deshacerte de las míseras ataduras que los Jedi intentaron imponer a tu poder. Es la hora, Anakin. Necesito que me ayudes a restaurar el orden en la galaxia.

Anakin no respondió.

—Únete a mí —dijo Sidious—. Comprométete con los Sith. Conviértete en mi aprendiz.

Anakin notó un cosquilleo que empezó en su nuca y se propagó por todo su cuerpo, en una onda de choque a cámara lenta.

—No..., no puedo.

—Claro que puedes.

Anakin negó con la cabeza y descubrió que el resto de su ser amenazaba con echarse a temblar.

—Yo..., yo vine a salvarle la vida, señor. No a traicionar a mis amigos...

—¿Qué amigos? —bufó Sidious.

Anakin no supo qué responder.

—¿Y crees que esa tarea ha concluido ya, muchacho? —Sidious se sentó en una esquina de la mesa, cruzando las manos en su regazo, como hacía siempre que ofrecía consejo paternal a Anakin. La máscara contrahecha que era su rostro transformó la familiaridad del gesto en algo horrible—. ¿Crees que matando a un traidor se acaba con la traición? ¿Crees que los Jedi se detendrán antes de que yo muera?

Anakin se miró las manos. La izquierda le temblaba. La ocultó, llevándosela a la espalda.

—Es ellos o yo, Anakin. Pero quizá deba dejártelo más claro: es ellos o Padmé.

Anakin formó un puño con su mano derecha, su mano enguantada en negro y hecha de duracero y servomotores.

—Es que... no me resulta... fácil. He sido... He sido un Jedi tanto tiempo...

Sidious le sonrió.

—Hay un lugar en tu interior, muchacho, un lugar tan limpio como el hielo en la cumbre de una montaña, frío y remoto. Encuentra ese lugar y mira en tu interior. Respira ese aire limpio y helado mientras contemplas tu culpa y tu vergüenza. No las rechaces; obsérvalas. Toma tu horror en tus manos y míralo. Examínalo como si fuera algún fenómeno. Huélelo. Saboréalo. Conócelo como sólo tú puedes conocerlo, pues es tuyo, y es precioso.

Mientras la sombra que tenía a su lado le hablaba, sus palabras se trocaron verdaderas. Y Anakin pudo examinar y manipular sus emociones desde una distancia remota y congelada que al mismo tiempo era más extravagante y ardientemente íntima de lo que había soñado nunca. Las diseccionó. Volvió a montarlas y a desmontarlas. Seguía sintiéndolas, ya que ardían incluso con más fuerza que antes, pero ya no tenían poder para nublar su mente.

—Lo has encontrado, muchacho. Puedo sentirte allí. En esa fría distancia, esa cumbre en tu interior, que es la primera clave para alcanzar el poder de los Sith.

Anakin abrió los ojos y clavó la mirada en los grotescos rasgos de Darth Sidious.

Ni siquiera pestañeó.

Mientras miraba a esa máscara de corrupción, la repugnancia que sentía era real, y era poderosa, y era...

Interesante.

Anakin alzó la mano de duracero y servomotores y la abrió. Miró a su palma como si en ella estuviera el miedo que le había atormentado toda la vida, y no fuera más grande que la pieza de shuura que una vez robó del plato de Padmé.

En la cumbre montañosa de su interior, sopesó la vida de Padmé contra la Orden Jedi.

No había duda.

—Sí —dijo.

—Sí a qué, muchacho.

—Sí, quiero su conocimiento.

—Bien. ¡Bien!

—Quiero su poder. Quiero el poder para vencer a la muerte.

—Ese poder sólo lo obtuvo mi Maestro, pero lo encontraremos entre los dos. La Fuerza es grande en ti, muchacho. Puedes hacer lo que quieras.

—Los Jedi te traicionaron. Los Jedi nos traicionaron a los dos.

—Es como dices. ¿Estás listo?

—Lo estoy —dijo, y lo decía de verdad—. Me entrego a usted. Me comprometo a seguir el camino de los Sith. Tómeme como su aprendiz. Enséñeme. Guíeme. Sea mi Maestro.

Sidious se alzó la capucha de la túnica y se la echó sobre la cabeza para ensombrecer la ruina de su rostro.

—Arrodíllate ante mí, Anakin Skywalker.

Anakin posó una rodilla en el suelo e inclinó la cabeza.

—¿Es tu voluntad unir por siempre tu destino al de la Orden de los Señores Sith?

—Sí —dijo sin titubeos.

Darth Sidious posó una pálida mano en la frente de Anakin.

—Entonces, está hecho. Ahora eres uno con la Orden de los Señores Oscuros de los Sith. A partir de este día, la verdad de tu ser, aprendiz mío, será, ahora y por siempre, Darth...

Una pausa; una interrogación en la Fuerza...

Una respuesta, oscura como el abismo entre galaxias...

Oyó a Sidious decirlo. Su nuevo nombre.

—Vader.

Dos sílabas que lo nombraban a él.

Vader, se dijo. *Vader*.

—Gracias, Maestro.

—Todos los Jedi, incluido tu amigo Obi-Wan Kenobi, son enemigos de la República. Comprendes eso, ¿verdad?

—Sí, Maestro.

—Los Jedi son persistentes. Si no es destruido hasta el último de ellos habrá una guerra civil sin fin. Tu primera tarea será esterilizar el Templo Jedi. Haz lo que debe hacerse, Lord Vader.

—Siempre lo he hecho, Maestro.

—No titubees. No muestres piedad. No dejes a nadie vivo. Sólo entonces serás lo bastante fuerte en el Lado Oscuro como para salvar a Padmé.

—¿Y los demás Jedi?

—Déjamelos a mí. En cuanto acabes en el Templo, tu segunda tarea serán los líderes separatistas, en su "búnker secreto" de Mustafar. Cuando los hayas matado a todos, los Sith volverán a reinar en la galaxia, y habrá paz. Por siempre.

—Levántate, Darth Vader.

El Señor Sith que una vez fue un Jedi llamado Anakin Skywalker se levantó, irguiéndose en toda su altura, pero no miraba a su nuevo Maestro, ni a la ciudad planetaria que había más allá, ni a la galaxia que pronto gobernarían. En vez de eso miró en su interior, liberó el horno de su corazón y dio un paso adelante para mirar con nuevos ojos el frío temor del dragón de la estrella muerta que le había atormentado toda la vida.

Soy Darth Vader, dijo en su interior.

El dragón volvió a intentar hablarle de fracasos, de debilidad y de muerte inevitable, pero el Señor Sith lo cogió con una mano, estrujando su voz. El dragón reaccionó intentando levantarse, agazaparse y atacar, pero el Señor Sith le cogió con la otra mano y rompió su poder con un único gesto displicente.

Soy Darth Vader, repitió mientras pisoteaba el cadáver del dragón, reduciéndolo a polvo con su tacón mental, mientras miraba cómo el polvo y las cenizas del dragón se dispersaban ante la descarga del horno de su corazón, y tú...

Tú no eres nada.

Por fin se había convertido en aquello que todos le llamaban. *El Héroe Sin Miedo*.

Jurokk, el Maestro de la Puerta, corrió por el vestíbulo vacío. El estruendoso eco de sus pisadas hacía que sonara como un pelotón entero. Las puertas principales del Templo se abrían lentamente hacia dentro, en respuesta al código tecleado en el cierre externo.

El Maestro de la Puerta le había visto en el monitor.

Anakin Skywalker.

Solo.

Las enormes puertas crujieron al abrirse, y en cuanto estuvieron lo bastante abiertas para dejar pasar al Maestro de la Puerta, se coló por la abertura.

Anakin estaba parado en la noche del exterior, con los hombros caídos y la cabeza gacha contra la lluvia.

—¡Anakin! —jadeó, corriendo hasta el joven—. Anakin, ¿qué ha pasado? ¿Dónde están los Maestros?

Anakin le miró como si no estuviera seguro de quién era el Maestro de la Puerta.

—¿Dónde está Shaak Ti?

—En las cámaras de meditación. Sentimos en la Fuerza que había pasado algo, algo espantoso. Está sumida en meditación, buscando en la Fuerza, intentando sentir lo que sucede...

Sus palabras se apagaron. Anakin no parecía escuchar.

—Ha pasado algo, ¿verdad?

Jurokk miró ahora más allá de él. La noche fuera del Templo estaba llena de clones. Batallones enteros. Brigadas.

Miles de ellos.

—Anakin —dijo despacio—, ¿qué pasa? Ha sucedido algo. Algo horrible. ¿Cómo es de grave...?

Lo último que sintió Jurokk fue el emisor de un sable láser contra la carne blanda bajo su mandíbula. Lo último que oyó, mientras el plasma azul se abría paso ascendiendo a través de su cabeza y sobresaliendo en la cima de su cráneo, consumiendo su vida, fue la melancólica respuesta de Anakin Skywalker:

—No tienes ni idea...

18
La Orden Sesenta y Seis

Ciudad Pau era un crisol de combates. Desde su puesto de observación, al lado de la rampa de descenso de la lancha de mando aparcada en el décimo nivel, el comandante clon Cody barrió el cráter con sus electrobinoculares. A sólo unos metros de distancia de donde estaba, el centro de control droide permanecía en ruinas, pero los separatistas habían aprendido la lección de Naboo, y la siguiente generación de droides de combate iba equipada con sofisticados automotivadores que se conectaban automáticamente cuando dejaban de recibirse señales de control, dando paso a un programa de órdenes permanentes.

La Orden Número Uno parecía ser *Matar-todo-lo-que-se-mueve*. Y estaban haciendo un buen trabajo.

Media ciudad estaba en ruinas, y el resto era una tormenta de droides, clones y caballería dragón utapauna. Justo cuando el comandante Cody pensaba en lo mucho que le gustaría tener uno o dos Jedi a mano, varias toneladas métricas de montura dragón saltaron desde el cielo y aterrizaron en el techo de la lancha de mando con fuerza suficiente para abollar la cubierta en la que estaba posada.

La nave no recibió ningún daño, las lanchas de clase Jadthu son básicamente búnkeres voladores, y ésta, en particular, tenía blindaje triple e iba equipada con amortiguadores de impacto internos y reductores de inercia lo bastante potentes como para ser utilizados por una corbeta de la flota, todo ello con el fin de proteger el sofisticado equipo de mando y control de su interior.

Cody alzó la mirada hacia la montura dragón y su jinete.

—General Kenobi, me alegro de que se una a nosotros.

—Comandante Cody —repuso el Maestro Jedi con un asentimiento de cabeza. Seguía examinando la batalla que les rodeaba—. ¿Ha llamado a Coruscant informando de la muerte del general?

El comandante clon se puso firme y saludó con rigidez.

—Tal y como ordenó, señor. Esto..., ¿señor?

Kenobi le miró.

—¿Cómo se encuentra, señor? Le veo algo demacrado.

El Maestro Jedi se enjugó parte del polvo y la sangre que le manchaba la cara con la chamuscada manga de su túnica, manchándose de negro la mejilla.

—Ah. Bueno, sí. Ha sido un... día muy tenso —hizo un gesto hacia Ciudad Pau—, pero aún tenemos que ganar una batalla.

—Entonces, supongo que querrá esto —dijo Cody, mostrándole el sable láser que sus hombres habían recuperado de un túnel de tráfico—. Creo que se le cayó, señor.

—Ah. Ah, sí.

El arma flotó suavemente hasta la mano de Kenobi, que volvió a sonreír al comandante clon. Éste habría jurado que el Maestro Jedi se había sonrojado. Sólo un poco.

—No es necesario mencionar esto a, mmm..., Anakin, ¿no cree, Cody?

—¿Es una orden, señor? —repuso Cody con una sonrisa.

Kenobi negó con la cabeza, riendo cansinamente.

—Vamos. Habrá notado que he conseguido dejarles unos cuantos droides...

—Sí, señor —una vibración silenciosa llegó a Cody desde un compartimento oculto en su armadura. Frunció el ceño—. Vaya usted delante, general. Ahora le seguimos.

El compartimento oculto contenía un comunicador seguro cuya frecuencia estaba sintonizada en un canal reservado para el comandante en jefe.

Kenobi asintió y le habló a su montura. La gran bestia saltó por encima del comandante clon y descendió hacia la batalla.

Cody extrajo el comunicador de la armadura y lo conectó.

Una holoimagen apareció en la palma de su guantelete. Un hombre encapuchado.

—Es la hora —dijo la holoimagen—. Ejecuten la Orden Sesenta y Seis. Cody respondió tal y como le habían entrenado desde antes de despertar en su escuela-cuna.

—Así se hará, mi señor.

La holoimagen desapareció. Cody volvió a introducir el comunicador en su compartimento y miró a Kenobi, que cabalgaba su montura dragón hacía un combate desinteresadamente heroico.

Cody era un clon. Ejecutaría la orden fielmente, sin duda ni pesar; pero también era lo bastante humano como para murmurar patibulariamente:

—¿Habría sido mucho pedir que la orden llegase antes de devolverle el maldito sable láser...?

***

La orden se dio una vez. La onda de choque de su frente se propagó por todos los comandantes clon estacionados en Kashyyyk, Felucia, Mygeeto, Tellanroaeg..., y en cada frente de combate, cada instalación militar, cada hospital, cada centro de rehabilitación y cada cantina de espaciopuerto de la galaxia.

Salvo en Coruscant.

En Coruscant, la Orden Sesenta y Seis ya se estaba ejecutando.

***

El alba se arrastraba por la Ciudad Galáctica. Los dedos de la mañana pintaron un brillo rosado en la parte superior de una enorme y serpenteante columna de humo azotada por el viento.

Bail Organa no era un hombre malhablado, pero cuando captó un atisbo del origen de ese humo desde el asiento del piloto de su deslizador, la maldición que salió de sus labios habría hecho enrojecer a un estibador corelliano.

Tecleó un código que canceló la ruta al Edificio Administrativo del Senado programada en su deslizador, cogió el manillar e hizo descender bruscamente la nave a través de media docena de pistas de tráfico aéreo entrecruzadas.

Conectó el comunicador de su deslizador.

—¡Antilles!

La respuesta del capitán de su tripulación personal fue instantánea. —¿Sí, señor?

—Envíe una alerta al SES —ordenó—. ¡El Templo Jedi está en llamas!

—Sí, señor. Lo sabemos. El Servicio de Emergencia del Senado ha declarado la ley marcial y ha prohibido el acceso al Templo. Ha ocurrido alguna clase de rebelión Jedi.

—¿De qué está hablando? Eso es imposible. ¿Por qué no hay allí naves bombero?

—No tengo los detalles, señor; sólo sabemos lo que nos dice el SES.

—Mire, ya casi estoy allí. Voy a bajar a ver qué pasa.

—Señor, no se lo recomiendo...

—No pienso correr ningún riesgo —Bail tiró del manillar y desvió el deslizador hacia la ancha plataforma de aterrizaje en la azotea del *ziggurat* del Templo—. A propósito de no arriesgarse, capitán, ordene a la tripulación que no esté de servicio que vuelva al *Tantive IV* y que vaya calentando motores. Tengo un mal presentimiento.

—¿Señor?

—Hágalo.

Bail hizo descender el deslizador hasta apenas unos metros de distancia de la entrada de la plataforma y saltó de su nave. Una escuadra de soldados clon estaba apostada frente a la puerta abierta que daba al interior del Templo. El humo se alzaba desde el corredor que tenían detrás.

Cuando Bail se acercó, uno de los soldados levantó una mano.

—No se preocupe, señor, lo tenemos todo bajo control.

—¿Bajo control? ¿Dónde están los equipos del SES? ¿Qué hace aquí el ejército?

—Lo siento, no puedo hablar de eso, señor.

—¿Es que han atacado el Templo?

—Lo siento, no puedo hablar de eso, señor.

—Escuche, sargento, soy un senador de la República Galáctica —dijo Bail, improvisando—, y llego tarde a una reunión con el Consejo Jedi...

—El Consejo Jedi no está en sesión, señor.

—Podría dejar que yo lo viera por mí mismo.

Los cuatro clones se movieron a la vez para bloquearle el paso.

—Lo siento, señor. Está prohibida la entrada.

—Soy un senador...

—Sí, señor —el sargento clon se llevó el DC-15 al hombro, y Bail, pestañeando, se encontró mirando tan de cerca la ennegrecida boca del cañón que casi podía besarlo—. Y va siendo hora de que se vaya, señor.

—Si lo pone tan mal... —Bail retrocedió, alzando las manos—. Sí, de acuerdo, me voy.

Una andanada de disparos láser se abrió paso entre el humo y se perdió en el alba del exterior. Bail, boquiabierto, se quedó mirando a un Jedi que salía de la nada y empezaba a matar clones. No, no era un Jedi.

Era un muchacho.

Un niño de no más de diez años manejando un sable láser cuya hoja era casi tan larga como él de alto. Del interior brotaron más disparos, y todo un pelotón de clones salió a la plataforma de aterrizaje. El niño fue alcanzado, alcanzado de nuevo y cayó destrozado sobre los cuerpos de los soldados que acababa de matar. Bail empezó a retroceder, esta vez más deprisa. Y en medio de todo ello, un clon con galones de comandante salió de entre el humo y señaló a Bail Organa.

—Nada de testigos —dijo el comandante—. Matadlo.

Bail corrió.

Saltó en medio de una ráfaga de disparos, tocó el suelo y rodó bajo su deslizador para llegar al otro lado. Se agarró a la puerta del piloto y apoyó la pierna en una aleta de la cola, protegiéndose con el cuerpo del vehículo mientras tecleaba la clave que reinicializaba el *autorouter*. Los clones cargaron hacia él, disparando mientras corrían.

Su deslizador arrancó y se alejó de allí.

Bail se metió dentro del deslizador mientras éste ascendía hacia las congestionadas rutas de tráfico. Estaba blanco como el plastifino, y las manos le temblaban tanto que apenas podía activar el comunicador.

—¡Antilles! Organa a Antilles. ¡Adelante, capitán!

—Aquí Antilles, señor.

—Es peor de lo que creía. Peor de lo que ha oído. Envíe a alguien al espaciopuerto Canciller Pal... No, borre eso. Vaya usted mismo. Coja cinco hombres y vaya allí. Sé al menos de una nave Jedi aparcada allí; Saesee Tiin llegó anoche en el *Espiral cerrada*. Necesito que robe su señalizador.

—¿Qué? ¿Su señalizador? ¿Por qué?

No hay tiempo para explicárselo. Coja el señalizador y vuelva al *Tantive IV*. Salimos del planeta.

Volvió la mirada a la enorme columna de humo que brotaba del Templo Jedi.

Mientras todavía podamos.

***

La Orden Sesenta y Seis es el clímax de las Guerras Clon.

No el final, que llegaría unas horas después, cuando una señal codificada enviada por Nute Gunray desde el búnker secreto de Mustafar desactivase simultáneamente a todos los droides de combate de la galaxia. Es el clímax.

No es un clímax emocionante, ni la culminación de una lucha épica. De hecho, es todo lo contrario. Las Guerras Clon nunca fueron una lucha épica. Nunca se pretendió que lo fueran.

Lo que pasa en este momento es la razón por la que se han librado las Guerras Clon. Es la razón de su existencia. Las Guerras Clon siempre fueron, en sí mismas y desde su misma creación, la venganza de los Sith.

Eran un cebo irresistible. Ocurrían en lugares lejanos, sobre todo en planetas que pertenecían a "otros". Fueron libradas por apoderados prescindibles. Y fueron creadas para que, independientemente del resultado, siempre se ganara.

Las Guerras Clon eran la perfecta trampa Jedi.

Los Jedi perdieron justo en el momento en que decidieron luchar en ellas.

Al desperdigarse la Orden Jedi en exceso, repartiéndose por toda la galaxia, cada Jedi estaba solo, rodeado sólo por los soldados clon que él, ella o ello mandaba en ese momento. La misma guerra vierte oscuridad en la Fuerza, espesando la niebla que limita la percepción Jedi. Y los clones carecen de malicia, de odio, de la menor intención que pueda dar la alarma. Sólo siguen órdenes.

En este caso, la Orden Sesenta y Seis.

Pistolas láser aparecen en manos clon, los ARC-170 retroceden para situarse en la cola de los cazas Jedi, los AT-ST mueven sus cañones, las torretas de los aerotanques giran en silencio...

Los clones abren fuego, y los Jedi mueren.

Por toda la galaxia. Todos a la vez.

Los Jedi mueren.

***

Kenobi no lo vio venir.

Cody Había coordinado a los operarios de armamento pesado de cinco compañías diferentes para que se dispersaran en un arco a tres diferentes niveles de la ciudad-cráter. Había servido a las órdenes de Kenobi en más de una docena de operaciones desde el inicio de los asedios del Borde Exterior, y tenía una estimación muy clara y nada sentimental de lo difícil que era matar al modesto Maestro Jedi. No pensaba correr ningún riesgo.

Se llevó el comunicador a la boca.

—Ejecuten.

Ante esa orden, los cañones de los T-21 se volvieron, las bazucas se cargaron y los lanzagranadas de protones se graduaron en elevaciones calibradas con precisión.

—Fuego.

Y dispararon.

Kenobi, su montura dragón y cinco de los droides destructores con los que combatía desaparecieron en una bola de fuego que, por un instante, brilló más que el sol de Utapau.

Los polarizadores visuales del casco de Cody redujeron el resplandor en un 78 por ciento, y su visión se aclaró con tiempo sobrado para ver restos de montura dragón y retorcidos pedazos de droide lloviendo sobre la boca del océano situada al fondo del cráter.

Cody hizo una mueca y tecleó en su comunicador.

—Parece que el lagarto recibió casi todo el impacto. Envíe a los rastreadores. A todos.

Miró cómo se agitaba el agua en la boca del océano.

—Quiero ver el cuerpo.

***

C-3PO hizo una pausa con la escultura original de Tarka-Null, en su pedestal junto a la pared de visualización del dormitorio de su señora, a medio desempolvar, y empleó el tejido electrostático para limpiar brevemente sus fotorreceptores. Ese astromecánico en el caza verde Jedi aparcado en la balconada inferior... ¿Podría ser R2-D2?

Vaya, sería interesante.

La senadora Amidala había pasado la mayor parte de las horas previas al alba mirando la ciudad y el penacho de humo que se elevaba desde el Templo Jedi; ahora, por fin, sabría lo que pasaba.

Y él también. R2-D2 estaba lejos de ser el chispeante conversador con el que C-3PO prefería relacionarse, pero el pequeño astromecánico tenía un don especial para conectarse a la consola de las situaciones más volátiles...

La carlinga se abrió, y el Jedi de su interior se reveló inevitablemente como Anakin Skywalker. Mientras contemplaba al amo Anakin bajando del caza, los fotorreceptores de 3PO captaron datos que activaron de forma inesperada sus subrutinas de aversión al peligro.

Oh —dijo, aferrándose a su núcleo energético—. Oh, no me gusta el aspecto que tiene esto...

Soltó el tejido electrostático y se desplazó todo lo deprisa que pudo hasta la puerta del dormitorio.

—Mi señora —llamó a la senadora Amidala, todavía parada ante el amplio ventanal—. En la balconada. Un caza Jedi —dijo casi a su pesar—. Ha aterrizado, mi señora.

Ella parpadeó y corrió hacia la puerta del dormitorio.

C-3PO fue tras ella y se deslizó por la puerta abierta, trazando un amplio círculo alrededor de los humanos, enzarzados en uno de esos inexplicables abrazos que tanto parecía gustarles.

—Erredós, ¿qué tal estás? —dijo al llegar al caza—. ¿Qué pasa?

El astromecánico pitó y chirrió; el autotraductor de C-3PO interpretó: "NADIE ME CUENTA NADA."

—Pues claro que no. No correspondes con tu parte de la conversación. Un grito chirriante: "ALGO VA MAL. LOS FACTORES NO SE COMPENSAN."

—No puedes estar más confuso que yo.

"TIENES RAZÓN. NADIE PUEDE ESTAR MÁS CONFUSO QUE TÚ".

—Oh, muy gracioso. Y ahora calla... ¿Qué ha dicho?

La senadora estaba ahora sentada, apoyándose distraídamente en una de las elegantes mesas de buen gusto que se repartían por la balconada, mientras el amo Anakin continuaba en pie.

—Creo que dice algo sobre una rebelión, ¡que los Jedi han intentado derrocar a la República! Y que, oh, cielos... ¡Mace Windu ha intentado asesinar al Canciller Palpatine! ¿Será verdad?

"NO LO SÉ. ANAKIN YA NO HABLA CONMIGO."

C-3PO negó impotente con su conjunto craneal.

—¿Cómo puede ser un asesino el Maestro Windu? Tenía unos modales impecables.

"YA TE LO HE DICHO. LOS FACTORES NO CUADRAN."

—He estado oyendo unos rumores espantosos. Dicen que el Gobierno piensa prohibirnos... Prohibir los droides, ¿te lo imaginas?

"NO CREAS TODO LO QUE OIGAS."

—Shh. ¡No tan alto!

"SÓLO DIGO QUE NO CONOCEMOS LA VERDAD."

—Pues claro que no —suspiró C-3PO—. Y probablemente no la conoceremos nunca.

—¿Qué ha sido de Obi-Wan?

Ella parecía afectada. Pálida y aterrada. Eso hizo que la quisiera más aún.

—Han matado a muchos de los Jedi —dijo, negando con la cabeza.

—Pero... —ella miró los ríos de tráfico que se cruzaban en el cielo—. ¿Estás seguro? Eso resulta tan... increíble...

—Yo estaba allí, Padmé. Es todo cierto.

—Pero..., pero ¿cómo podía Obi-Wan estar implicado en algo así?

—Puede que no lo sepamos nunca.

—Proscritos... —murmuró ella—. ¿Qué pasará ahora?

—Se exige la rendición inmediata de todos los Jedi. Nos ocuparemos de todo el que se resista...

—Anakin... Son tu familia...

—Son traidores. Tú eres mi familia. El bebé y tú.

—¿Cómo pueden ser todos traidores...?

—No son los únicos. También hay senadores implicados.

Ahora, por fin, ella le miró, y el miedo brillaba en sus ojos. Él sonrió.

—No te preocupes. No dejaré que te pase nada.

—¿A mí?

—Tienes que distanciarte de tus... amigos... del Senado, Padmé. Es muy importante que evites hasta la apariencia de deslealtad.

—Anakin... suenas como si me estuvieras amenazando...

—Son tiempos peligrosos. Todos somos juzgados por nuestras compañías.

—Pero... me he opuesto a la guerra, me he opuesto a que Palpatine tuviera esos poderes de emergencia. ¡Le he llamado públicamente "amenaza a la democracia"!

—Todo eso ha quedado atrás.

—¿El qué? ¿Lo que he hecho yo? ¿O la democracia?

—Padmé...

—¿Se me considera sospechosa? —repuso ella, alzando la barbilla y endureciendo la mirada.

—Palpatine y yo hemos hablado de ti. Estás limpia, siempre y cuando evites... asociaciones inapropiadas.

—¿Como que estoy limpia?

—Porque estás conmigo. Porque yo digo que lo estás.

Ella se le quedó mirando como si no lo hubiera visto nunca.

—Se lo has dicho.

—Él lo sabía.

—Anakin...

—Ya no necesitamos ocultamos, Padmé. ¿No lo ves? Ya no soy un Jedi. Ya no hay Jedi. Sólo quedo yo.

Él buscó la mano de ella, y ella permitió que se la cogiera.

—Y tú, y nuestro hijo —dijo él.

—Entonces podemos irnos, ¿verdad? —su mirada endurecida se disolvió en una súplica—. Podemos dejar este planeta. Ir a alguna parte en la que podamos estar juntos, algún lugar donde estemos a salvo.

—Estaremos juntos aquí. Estás a salvo. Yo he hecho que estés a salvo.

—A salvo —repitió ella con amargura, retirando la mano—. Mientras Palpatine no cambie de opinión.

La mano que había retirado estaba temblando.

—Los líderes separatistas se esconden en Mustafar. Ahora voy a ocuparme de ellos.

—¿A ocuparte de ellos? —las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo—. ¿Como se han ocupado de los Jedi?

—Es una misión importante. Voy a acabar la guerra.

Ella apartó la mirada.

—¿Vas a ir solo?

—Ten fe, amor mío.

Ella negó con la cabeza, impotente, y dos lágrimas se derramaron de sus ojos. Él las tocó con la mano mecánica. Las yemas de los dedos de su guante negro brillaron al alba.

Dos gemas líquidas, indescriptiblemente preciosas porque eran para él. Se las había ganado. Como la había ganado a ella, como se había ganado el hijo que esperaba.

Había pagado por todo ello con sangre inocente.

—Te quiero —dijo—. Esto no me llevará mucho tiempo. Espérame. Nuevas lágrimas surcaron sus mejillas de marfil, y ella se arrojó a sus brazos.

—Siempre, Anakin. Por toda la eternidad. Vuelve a mí, amor mío, vida mía. Vuelve a mí.

Él la sonrió.

—Dices eso como si ya te hubiera dejado.

***

La gélida agua salada hizo que Obi-Wan recuperara la consciencia. Flotaba en una negrura absoluta. No había forma de saber si estaba a mucha profundidad, ni en qué dirección quedaba la superficie. Tenía los pulmones ahogados, medio llenos de agua, pero no se asustó ni se preocupó especialmente; como mucho, estaba vagamente complacido de descubrir que incluso en su caída semiinconsciente se las había arreglado para no soltar el sable láser.

Volvió a engancharselo al cinturón, empleando el tacto, y controló su diafragma mediante un ejercicio menor de disciplina Jedi, conteniendo una tos convulsa y obligándose a expulsar de los pulmones todo el agua que pudo. Cogió de su cinturón de equipo el respirador y un pequeño depósito de aire comprimido que debía usarse sólo en emergencias, cuando el entorno respirable no era adecuado para mantener la vida.

Obi-Wan estaba bastante seguro de que su actual situación podía ser calificada de emergencia.

Recordaba...

El salto repentino de Boga, retorciéndose en el aire; la fuerza de los impactos y múltiples detonaciones empujando a ambos más y más lejos de la pared del cráter...

Usando su enorme cuerpo para escudar a Obi-Wan de sus propios hombres.

Boga lo había sabido, de algún modo... La montura dragón había sabido lo que Obi-Wan había sido incapaz de llegar a sospechar, y no había dudado en dar la vida para salvar a su jinete.

Supongo que eso me convierte en algo más que su jinete, pensó Obi-Wan mientras desechaba el cilindro y se colocaba el respirador en la boca. *Supongo que eso me convierte en su amigo*.

Desde luego, la convierte en mi amiga.

Permitió que la pena se apoderara por un momento de él. Pena no por la muerte del noble animal, sino por el poco tiempo que tuvo para apreciar el regalo que había supuesto el servicio de su amiga.

Pero la pena también es un apego, y Obi-Wan dejó que fluyera lejos de su vida.

Adiós, amiga mía.

No intentó nadar; parecía pender inmóvil, suspendido en una noche infinita. Se relajó, reguló su respiración y dejó que el agua le llevara adonde quisiera.

C-3PO apenas tuvo tiempo de desear buena suerte a su pequeño amigo y de recordarle que se mantuviera alerta. El amo Anakin pasó por su lado y trepó la carlinga del caza. Luego encendió el motor y despegó, llevándose a R2-D2 al cielo sabía dónde, probablemente a algún planeta absurdamente horrible a padecer alguna cantidad ridícula de peligro, sin pensar ni por un momento en cómo se sentiría su leal droide viéndose arrastrado por toda la galaxia sin una simple disculpa...

Pero ¿qué había sido de los modales de este joven?

Se volvió hacia la senadora Amidala y vio que estaba llorando.

—¿Puedo hacer algo, mi señora?

Ella ni siquiera se volvió para mirarlo.

—No, gracias, Trespeó.

—Un aperitivo, ¿tal vez?

Ella negó con la cabeza.

—¿Un vaso de agua?

—No.

Lo único que pudo hacer fue quedarse allí parado.

—Me siento tan impotente...

Ella asintió, apartando la mirada y clavándola en la luz fugaz que era el caza de su marido.

—Lo sé, Trespeó —dijo—. Todos nos sentimos así.

Bail Organa estaba muy serio en el hangar subterráneo, bajo el Edificio Administrativo del Senado, al abordar el *Tantive IV*. Cuando el capitán Antilles lo recibió en lo alto de la rampa de descenso, Bail hizo una seña con la cabeza hacia las figuras vestidas de escarlata apostadas en todos los accesos.

—¿Desde cuándo los Túnicas Rojas vigilan las naves del Senado? Antilles negó con la cabeza.

—No lo sé, señor. Tengo la sensación de que Palpatine no quiere que algunos senadores salgan del planeta.

Bail asintió.

—Gracias a la Fuerza, yo no soy uno de ellos. Todavía. ¿Consiguió el señalizador?

—Sí, señor. Nadie ha intentado detenernos. Los clones del espacio-puerto parecen confusos, como si no estuvieran seguros de quién está al mando.

—Eso cambiará pronto. Demasiado pronto. Todos sabemos quién está al mando —dijo Bail con gesto hosco—. Dispóngase a despegar. —¿Volvemos a Alderaan, señor?

Bail negó con la cabeza.

—Vamos a Kashyyyk. No hay forma de saber si algún Jedi habrá sobrevivido a esto, pero si tengo que apostar por alguno, lo haría por Yoda.

***

Algún tiempo indefinido después, Obi-Wan sintió que su cabeza y sus hombros rompían la superficie del océano sin luz. Desenganchó el sable láser y lo elevó por encima de su cabeza. A la luz de su brillo azul pudo ver que había emergido en una enorme gruta. Mientras sostenía el sable en alto, se guardó el respirador y nadó con un brazo por la corriente, hasta dar con una roca lo bastante accidentada como para ofrecerle un asidero. Se apoyó en ella para empujarse fuera del agua.

Las paredes de la gruta por encima del nivel del agua estaban holladas de aberturas. Tras inspeccionar las bocas de varias cuevas, encontró una en la que sentía un débil halito de aire. Tenía un olor claramente desagradable que le recordaba más que un poco el corral de las monturas dragón, pero cuando redujo un momento la luz de su sable láser y escuchó atentamente, pudo oír un débil rumor en la distancia que podía pertenecer a ruedas y repulsores pasando sobre piedra... ¿Y qué era eso? ¿Una aerotuba? Quizás un dragón muy molesto... En cualquier caso, ése parecía ser el camino adecuado.

Apenas había recorrido unos cuantos cientos de metros cuando la oscuridad que tenía delante se vio traspasada por el brillo blanco de unos focos de gran intensidad. Desconectó el sable láser y se metió en una grieta profunda y estrecha, mientras una pareja de droides rastreadores pasaba flotando por su lado.

Al parecer, Cody no se había rendido.

Sus focos iluminaron, y parece que despertaron, una especie de anfibio enorme pariente de una montura dragón. El animal parpadeó adormilado al levantar hacia ellos su lustrosa cabeza del tamaño de un caza estelar.

Oh, pensó Obi-Wan. *Eso explica el olor*.

Susurró en la Fuerza la sugerencia de que esos pequeños esferoides oscilantes hechos de circuitos y de duracero eran en realidad, y contrariamente a lo que indicaba su olor y su aspecto, una variedad sorprendente de delicioso alimento caída del cielo, cortesía de los bondadosos dioses de los Enormes Monstruos Viscosos de las Cuevas.

El Enorme Monstruo Viscoso de las Cuevas en cuestión abrió rápidamente unas fauces que podían engullir un bantha y atrapó a uno de los rastreadores, masticándolo hasta hacerlo astillas con claras muestras de satisfacción. El segundo rastreador, sobresaltado, emitió directamente un pitido de alarma y salió disparado hacia la oscuridad perseguido de cerca por la criatura.

Obi-Wan reencendió el sable láser y continuó andando precavidamente por la caverna, hasta que llegó a un nido que contenía lo que debían de ser crías de Enormes Monstruos Viscosos de las Cuevas. Lo rodeó mientras ellas saltaban, se estiraban y mordían el aire en su dirección, y reflexionó distraídamente que la gente que considera que todos los bebés son guapos debía salir más a menudo de casa.

Obi-Wan caminó. A veces trepó, se deslizó o tuvo que saltar. Y caminó algo más.

Pronto la oscuridad de la caverna dio paso al pálido brillo de las luces de tráfico utapaunas, y Obi-Wan se encontró parado en un pequeño túnel lateral que daba a un túnel más grande. Pero era evidente que estaba poco transitado. El arenoso polvo del suelo era

tan espeso que prácticamente parecía una playa. De hecho, podía ver con claridad las huellas del último vehículo que había pasado por allí.

Anchas huellas paralelas holladas por pivotes: un ciclópodo.

Y a su lado, huellas separadas de garras pertenecientes a un dragón corriendo.

Obi-Wan pestañeó medio asombrado. Nunca se acostumbraría del todo a la forma en que la Fuerza acudía siempre en su ayuda, pero tampoco era reticente a aceptar sus regalos. Frunció el ceño, pensativo, y siguió las huellas una corta distancia, hasta doblar una curva del túnel y llegar a la pequeña plataforma de aterrizaje.

El caza de Grievous seguía allí. Al igual que los restos del biodroide. Parecía que no le había gustado ni a los buitres de roca de la zona.

***

El *Tantive IV* cruzó el sistema Kashyyyk en silencio; seguía siendo zona de combate. El capitán Antilles no se arriesgó a realizar escaneos estándar, ya que podían ser detectados fácilmente y rastreados por las fuerzas separatistas.

Y los separatistas no eran los únicos que preocupaban a Antilles.

—Ahí está otra vez la señal, señor. Espere, que la recupero —Antilles trasteó un poco más con los controles del señalizador—. Maldita cosa —murmuró—. ¿Es que no puede calibrarse sin usar la Fuerza?

Bail miró por la ventana delantera. Kashyyyk apenas era un pequeño disco verde a doscientos mil kilómetros de distancia.

—¿Tiene ya alguna trayectoria?

—Apenas, señor. Parece estar en una tangente orbital y dirigirse fuera del sistema.

—Creo que podemos arriesgarnos a un escaneo. Muy cerrado.

—Muy bien, señor.

Antilles dio las órdenes necesarias, y momentos después los técnicos de escaneo informaban de que el objeto localizado parecía ser una especie de cápsula de salvamento.

No es un modelo de la República, señor... Espere que llame a la base de datos...

El técnico frunció el ceño ante la pantalla.

—Es... wookiee, señor. Esto no tiene sentido. ¿Por qué iba a estar una cápsula de salvamento wookiee en rumbo de alejamiento de Kashyyyk?

—Interesante —Bail no se permitió todavía tener esperanzas—. ¿Signos vitales?

—Sí, bueno, puede... Esta lectura no tiene mucho... —el técnico se limitó a encogerse de hombros—. No estoy seguro, señor. Sea lo que sea, no es wookiee, eso seguro...

Bail Organa se permitió una sonrisa por primera vez en todo el día.

—¿Capitán Antilles?

El capitán saludó con firmeza.

—En camino, señor.

***

Obi-Wan condujo el caza estelar del general Grievous tan deprisa hasta más allá de la atmósfera que salió de su campo gravitatorio y dio el salto al hiperespacio antes de que el *Vigilancia* pudiera alertar a sus cazas. Retornó al espacio real bastante lejos del sistema, trazó una nueva ruta y volvió a saltar. Unos cuantos saltos más, de dirección y duración variable, le situaron en las profundidades del espacio interestelar.

—¿Sabes? —se dijo en voz alta—. La capacidad hiperespacial integrada resulta de lo más útil en un caza, ¿por qué no la tendremos todavía?

Mientras el sistema de navegación del caza chirriaba y calculaba su posición, tecleó los códigos necesarios para conectar su comunicador Jedi con el sistema de comunicaciones del caza.

El comunicador generó una señal de audio en vez de una holoimagen, una serie acelerada de pitidos.

Obi-Wan conocía esa señal. Todos los Jedi la conocían. Era el código de rellamada.

Estaba siendo emitido por todos los canales de todos los repetidores de la HoloRed. Se suponía que significaba que la guerra había acabado. Se suponía que significaba que el Consejo ordenaba a todos los Jedi volver de inmediato al Templo.

Obi-Wan sospechaba que en realidad significaba que lo sucedido en Utapau estaba lejos de ser un incidente aislado.

Tecleó el comunicador de audio y respiró hondo.

—Código de emergencia nueve trece —dijo, y esperó.

El sistema comunicador del caza pasó por todas las frecuencias de respuesta.

Esperó algo más.

—Código de emergencia nueve trece. Aquí Obi-Wan Kenobi. Repito, código de emergencia nueve trece. ¿Hay algún Jedi a la escucha? Esperó. El corazón le latía con fuerza.

—Algún Jedi, por favor, responda. Aquí Obi-Wan Kenobi declarando una emergencia nueve trece.

Intentó ignorar la vocecita de su cabeza que le susurraba que él podía ser el único en línea.

Que podía ser el único, y punto.

Cuando empezó a teclear coordenadas para dar un único salto que lo situaría lo bastante cerca de Coruscant para coger su señal directa, un estallido de estática brotó de su comunicador. Una mirada rápida confirmó la frecuencia: un canal Jedi.

—Por favor, repita —dijo Obi-Wan—. Estoy rastreando su señal. Por favor, repita.

La estática se convirtió en un chorro de láser azul que acabó conformando la figura borrosa de un humano alto y delgado, de pelo negro y elegante perilla.

—¿Maestro Kenobi? ¿Se encuentra bien? ¿Está herido?

—¡Senador Organa! —exclamó Obi-Wan con profundo alivio—. No, no estoy herido, pero, desde luego, no estoy bien. Necesito ayuda. Mis clones se volvieron contra mí. ¡Apenas pude escapar con vida!

—Ha habido emboscadas en toda la galaxia.

Obi-Wan bajó la cabeza, deseando silenciosamente que las víctimas encontrasen la paz en la Fuerza.

—¿Ha establecido contacto con otros supervivientes?

—Sólo con uno —dijo con gravedad el senador alderaaniano—. Sintonice mis coordenadas. Le está esperando.

La curva de un nudillo despellejado con una costra negra coagulada con polvo y un ribete rojo...

El borde deshilachado del puño de una manga beige oscura, manchada con salpicaduras de la muerte de un general...

La veta ambarina y granulada del mantel color vino tinto de pulido kriin alderaaniano...

Ésas eran las cosas que Obi-Wan Kenobi podía mirar sin empezar a temblar.

Las paredes de la pequeña sala de conferencias del *Tantive IV* eran demasiado lisas para retener su atención. Mirar a una pared vacía hacía que su mente vagase...

Y que empezara el temblor.

El temblor empeoró ante la anciana mirada verde del pequeño alienígena sentado al otro lado de la mesa, pues esa piel de cuero arrugado y esos mechones de pelo ralo eran su recuerdo más antiguo, y le recordaban a todos los amigos que habían muerto hoy.

El temblor empeoró aún más cuando se volvió hacia el otro ser de la sala, pues llevaba ropas de político que le recordaban al enemigo que aún vivía.

El engaño. La muerte de Maestros Jedi que había admirado, de Caballeros Jedi que habían sido amigos suyos. La muerte de su juramento a Qui-Gon.

La muerte de Anakin.

Anakin debía de haber caído con Mace y Agen, con Saesee y Kit. Había caído con el Templo.

Con la propia Orden.

Sólo eran cenizas.

Cenizas y polvo.

Veinticinco mil años borrados de la existencia en un solo día. Todos los sueños. Todas las promesas.

Todos los niños...

—Nos los llevamos de sus casas —luchó por permanecer en su silla. El dolor de su interior le exigía moverse y se convertía en una oleada tras otra de temblores—. Prometimos a sus familias...

—Controlarte debes. ¡Jedi aún eres!

—Sí, Maestro Yoda —la costra en su nudillo. Si se centraba en eso aún podía contener los temblores—. Sí, somos Jedi. Pero ¿y si somos los últimos?

—Si los últimos somos, nuestro deber el mismo es —Yoda posó la barbilla en las manos plegadas sobre el pomo de su bastón de gimer. Parecía tener hasta el último día de sus casi novecientos años—. Mientras un Jedi viva, la Orden sobrevive. Resistir a la oscuridad con cada aliento debemos.

Alzó la cabeza y levantó el bastón para pinchar a Obi-Wan en la espinilla.

—Sobre todo a la oscuridad en nosotros, joven. Del Lado Oscuro la desesperación es.

La simple verdad de esa declaración le atrajo. Hasta la desesperación es apego, una garra que se aferra al dolor.

Despacio, muy despacio, Obi-Wan Kenobi recordó lo que era ser un Jedi.

Se recostó en la silla y se cubrió la cara con ambas manos, inhalando aire entre las palmas. Al entrar el aire en él, arrastró el dolor, la culpa y el remordimiento; y al exhalarlo se fueron con él y se desvanecieron en el aire.

Exhaló su vida entera.

Todo lo que había hecho, todo lo que había sido, amigos y enemigos, sueños, esperanzas y miedos.

Vaciándose, encontró claridad. Al limpiarse, la Fuerza brilló a través de él. Se incorporó y asintió en dirección a Yoda.

—Sí —dijo—. Quizá seamos los últimos. Pero ¿y si no lo somos? Cejas de cuero verde se unieron sobre unos ojos brillantes.

—La señal del Templo.

—Sí. Cualquier Jedi que sobreviva podría obedecer la llamada y ser asesinado.

Bail Organa miró a un Jedi y a otro, frunciendo el ceño.

—¿Qué estáis diciendo?

—Estoy diciendo —replicó Obi-Wan— que tenemos que volver a Coruscant.

—Es demasiado peligroso —dijo el senador al instante—. El planeta entero es una trampa...

—Sí, pero tenemos una... Ah...

La pérdida de Anakin se clavó en él.

Y también dejó marchar eso.

—Tengo —se corrigió— una política respecto a las trampas...

19
El Rostro de los Sith

Mustafar ardía con lava que descendía de volcanes de resplandeciente obsidiana.

Al borde de su campo gravitatorio, un chorro de prismática luz estelar se combó para dar paso a un caza estelar que soltó su anillo de hiperimpulso y entró en la atmósfera asfixiada de rescoldos y denso humo.

El caza seguía un rumbo preprogramado hacia la única instalación del planeta, una mina automatizada de lava construida por la TecnoUnión para extraer metales preciosos de los continuos ríos de piedra ardiente. La instalación había sido habilitada con las mejores defensas mecanizadas que podían comprarse con dinero, convirtiéndose en el último reducto de los líderes de la Confederación de Sistemas Independientes. Era completamente inexpugnable.

A menos que se tuvieran los códigos de desactivación.

Motivo por el cual el caza pudo aterrizar sin provocar el menor revuelo en las defensas de la instalación.

Las zonas habitables de la instalación estaban repartidas en torres que parecían setas venenosas brotando de la orilla de un río de fuego. El principal centro de control estaba construido encima de la más grande, junto a la pequeña plataforma de aterrizaje en la que se había posado el caza. Fue en ese centro de control desde donde, menos de una hora antes, se había enviado una orden codificada a todos los repetidores de la HoloRed que había en la galaxia.

Ante esa señal, todos los droides de combate de todos los ejércitos de todos los planetas regresaron a sus transportes, se recolocaron en sus alveolos y se desconectaron. Las Guerras Clon habían acabado.

O casi.

Faltaba un último detalle.

Una figura envuelta en una capa oscura que bajaba de la carlinga del caza.

Bail Organa entró en el hangar del *Tantive IV* y encontró a Obi-Wan y a Yoda mirando dubitativamente la pequeña carlinga del caza del primero.

—Supongo —decía éste con reticencia—, que si no te importa viajar en mi regazo...

—Puede que no sea necesario —dijo Bail—. Acabo de ser convocado de vuelta a Coruscant por Mas Amedda. Palpatine ha convocado una sesión extraordinaria del Senado. Se requiere nuestra presencia.

—Ah —repuso Obi-Wan con las comisuras de los labios curvadas hacia abajo—. Es evidente de qué tratará.

—Me preocupa que pueda ser una trampa —dijo Bail despacio.

—Improbable es —repuso Yoda, cojeando hacia él—. El motivo de tu repentina partida de la capital desconocido es; que el joven Obi-Wan y yo estamos muertos se supone.

—Y Palpatine no actuará contra el Senado en su conjunto —añadió Obi-Wan—. Al menos, todavía no. Necesita una ilusión de democracia para mantener controlados los sistemas estelares individuales. No se arriesgará a un levantamiento general.

Bail asintió.

—En ese caso... —respiró hondo— ...igual puedo ofrecer transporte a Sus Gracias.

Dentro del centro de control del búnker separatista, en Mustafar... Wat Tambor ajustaba la mezcla de gases de su armadura...

Poggle *El Menor* se masajeaba sus carnosos tentáculos labiales...

Shu Mai jugueteaba con el anillo de bronce con que mantenía sus cabellos unidos al estilizado cuerno curvo que se elevaba tras su cabeza...

San Hill se estiraba la media corporal, que se le había empezado a meter por la entrepierna...

Rune Haako desplazaba con nerviosismo su peso de un pie al otro... Mientras, Nute Gunray hablaba con la holopresencia de Darth Sidious.

—El plan se ha desarrollado tal y como prometió, mi señor —decía Gunray—. ¡Éste es un día glorioso para la galaxia!

—Sí, así es. Gracias, en gran medida, a ti, virrey, y a tus socios de la TecnoUnión y el CBI. Y, por supuesto, al archiduque Poggle. Todos habéis actuado de forma magnífica. ¿Se han desconectado por completo vuestros ejércitos droides?

—Sí, mi señor. Hace casi una hora.

—¡Excelente! Seréis generosamente recompensados. ¿Ha llegado ya mi nuevo aprendiz, Darth Vader?

—Su nave descendió hace un momento.

—Bien, bien —dijo con tono agradable la holoimagen del hombre encapuchado—. He dejado vuestra recompensa en sus manos. Él se ocupará de vosotros.

La puerta giró para abrirse.

Una figura alta envuelta en una capa, esbelta pero de hombros anchos y con el rostro ensombrecido por una pesada capucha, apareció en el umbral.

San Hill se adelantó a los demás en su saludo.

—¡Bienvenido, Lord Vader! —sus alargadas piernas casi tropezaron la una con la otra en su prisa por estrechar la mano del Señor Sith—. En nombre de la Confederación de Sistemas Independientes, deje que sea el primero en...

—Muy bien. Tú serás el primero.

La figura encapuchada entró e hizo un gesto con una mano enguantada de negro. Las puertas blindadas se cerraron en todas las salidas. El panel de control estalló en una lluvia de chispeantes cables.

La figura se echó atrás la capucha.

San Hill retrocedió, agitando las manos como si fueran pájaros asustados cosidos a sus muñecas.

—¡Eres..., eres Anakin Skywalker! —tuvo tiempo de jadear antes de que una fuente de plasma azul claro le quemara el pecho, girando en curva para abrasar sus tres corazones.

Los líderes separatistas contemplaron horrorizados cómo el cadáver del jefe del Clan Bancario Intergaláctico se desplomaba como un droide de protocolo desconectado.

—El parecido —dijo Darth Vader— es engañoso.

El guardia del Senado pestañeó, se puso firme y se alisó la túnica. Arriesgó una mirada a su compañero, que flanqueaba el otro lado de la puerta.

¿De verdad habían tenido la suerte que creían tener?

¿De verdad había salido ese senador del turboascensor acompañado por una pareja de Jedi sin capturar?

Vaya. Habría ascenso para todos.

El guardia intentó no mirar a los dos Jedi e hizo lo posible por mantener un tono profesional.

—Bienvenido, senador. ¿Me permite su pase?

Un identichip se entregó sin titubeos: Bail Organa, senador de Alderaan.

—Gracias. Puede continuar —el guardia devolvió el identichip. Estaba encantado con lo seguro y profesional que sonaba—. Nosotros custodiaremos a los Jedi.

Entonces, el más alto de los dos murmuró en tono suave que sería mejor que su compañero y él continuaran con el senador, y la verdad es que el hombre parecía muy razonable. Además, era una gran idea, ya que, después de todo, la Gran Cámara de Convocatorias del Senado Galáctico era un lugar tan seguro que no había forma de que un Jedi pudiera causar problemas, pues podía ser fácilmente arrestado cuando saliera de allí, y el guardia no quería parecer poco razonable. Así que se encontró asintiendo y admitiendo que sí, que sería mejor que los Jedi siguieran con el senador.

Y todo el mundo fue tan razonable y correcto que al guardia le pareció de lo más razonable y correcto que los Jedi y el senador se despidieran diciéndose: "Que la Fuerza te acompañe", en vez de permanecer juntos como habían dicho, y no se le ocurrió objetar nada ni siquiera cuando el senador entró en la Cámara de Convocatorias y los dos Jedi se dirigieron a... bueno, parece que a otro sitio.

Los ocho miembros de la Escuadra Señuelo Cinco estaban desplegados en un nivel inferior de carga. Ese desde el cual se entregaban a diario los víveres que los Jedi no podían cultivar por su cuenta en los jardines del Templo.

Ya no.

El sol no brillaba nunca sobre ese nivel tan inferior de Coruscant; su única iluminación procedía de anticuados globos luminosos cuya luz amarilla como pergaminos antiguos sólo oscurecía las sombras. En esas sombras vivían los despojos de la galaxia: vagabundos y saqueadores, locos y fugitivos de la justicia de los niveles superiores. En Coruscant había niveles inferiores que podían ser peores que Nar Shadda.

Los hombres de la Escuadra Señuelo Cinco habrían estado alerta en cualquier puesto, habían sido criados para ello. Pero aquí estaban en zona de combate, donde sus vidas y

misiones dependían de sus percepciones y de lo rápidamente que sus pistolas láser podían salir de sus túnicas estilo Jedi.

Así que cuando un desarrapado y babeante jorobado salió de la cercana penumbra, acunando un bulto en sus brazos, la Escuadra Señuelo Cinco dio por hecho que era un peligro. Los láseres aparecieron con velocidad milagrosa.

—Alto. Identifíquese.

—No, no, no, Sus Gracias, oh, no, he venido a ayudar, ¿oigan? ¡Estoy de su lado! —el jorobado se sorbió la baba con labios fláccidos mientras cojeaba hacia ellos—. Mirad lo que tengo aquí, de verdad, mirad... es un bebé Jedi, ¿oigan?

El sargento de la escuadra miró de reojo al bulto que el jorobado llevaba en sus brazos.

—¿Un bebé Jedi?

—Oooh, señor. Señor, Su Gracia. Es un bebé Jedi, señor guarda. Se ha escapado de su Templo, ¿sabe? ¡Mírelo!

El jorobado estaba ahora lo bastante cerca como para que el sargento pudiera ver lo que llevaba en su sucio hatillo. Era un bebé. O algo así. Era el bebé, alienígena o no, más feo que el sargento había visto nunca. Estaba avejentado y arrugado como un bolso de cuero gastado, con grandes ojos saltones y una sonrisa de idiota desdentado.

El sargento frunció el ceño con escepticismo.

—Cualquiera puede coger un niño deforme y decir que es cualquier cosa. ¿Cómo sabes que es un Jedi?

—Mi sable láser la primera pista debería ser, ¿mmm? —dijo el bebé. Una ardiente hoja verde se inclinó hacia la cara del sargento, acercándose tanto que éste pudo oler el ozono, y el jorobado dejó de ser jorobado y pasó a sostener un sable láser del color de un cielo de verano y a hablar con educado acento de Coruscant.

—Por favor, no intentéis resistiros. Nadie tiene por qué salir herido. Los hombres de la Escuadra Señuelo Cinco no estuvieron de acuerdo. Seis segundos después, sus ocho miembros estaban muertos. Yoda miró a Obi-Wan.

—Ocultar los cuerpos sentido no tiene.

Obi-Wan asintió, mostrando su acuerdo.

Son clones; un puesto abandonado es tan delator como un montón de cadáveres. Vamos a por esa señal.

Bail entró por la parte de atrás de la plataforma de la delegación de Naboo en el Senado en el momento en que Palpatine bramaba desde el podio:

—¡Esos asesinos Jedi me dejaron marcado y deforme, pero no pudieron marcar mi integridad! ¡No pudieron deformar mi resolución! Los traidores que quedan con vida serán cazados, arrancados de donde se escondan y traídos ante la justicia, ¡vivos o muertos! Y todos sus colaboradores sufrirán el mismo destino. ¡Los que protegen al enemigo son el enemigo! ¡Éste es nuestro momento! ¡Ahora contraatacaremos! ¡Ahora destruiremos a los destructores! ¡Muerte a los enemigos de la democracia!

El Senado rugió.

Amidala ni siquiera miró a Bail cuando éste se deslizó en un asiento situado a su lado. Al otro lado, el representante bink le saludó con una inclinación de cabeza, pero sin decir nada, pestañeando solemne. Bail frunció el ceño. Si hasta el incontenible Jar Jar estaba preocupado, es que era peor de lo que se esperaba. Y había esperado que fuera muy, muy malo.

Tocó con suavidad el brazo de Amidala.

—Es todo mentira. Lo sabes, ¿verdad?

Ella miraba fijamente hacia el podio. Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas.

—No sé lo que sé. Ya no. ¿Dónde has estado?

—Me han... retenido —como le dijo ella una vez, "hay cosas que es mejor no decirlas".

—Lleva toda la tarde presentando pruebas —dijo con tono monótono e inexpresivo—. No sólo del intento de asesinato. Los Jedi estaban a punto de derrocar al Senado.

—Es una mentira —volvió a decir él.

En el centro de la Gran Cámara de Convocatorias, Palpatine se apoyaba en el podio del Canciller como si obtuviera fuerzas del Gran Sello de su parte frontal.

Hemos pasado por tiempos difíciles, pero hemos superado esta prueba. ¡La guerra ha terminado!

El Senado rugió.

Los separatistas han sido derrotados por completo, ¡y la República sigue en pie! ¡Unida! ¡Unida y libre!

El Senado rugió.

—La rebelión Jedi ha sido la prueba definitiva... ¡El último aliento de las fuerzas de la oscuridad! ¡Y ahora hemos dejado atrás las fuerzas de la oscuridad para siempre, y empieza un nuevo día! ¡Está amaneciendo en la República!

El Senado rugió.

Padmé miraba sin pestañear.

—Aquí viene ya —dijo aturdida.

Bail negó con la cabeza.

—¿Aquí viene qué?

—Ahora lo verás.

—¡Nunca más volveremos a estar divididos! ¡Nunca más un sector se volverá contra otro sector, un planeta contra otro planeta, hermano contra hermano! ¡Somos una única nación, indivisible!

El Senado rugió.

—Pero la República debe cambiar para asegurarnos de que siempre permaneceremos unidos, de que siempre hablaremos con una única voz y actuaremos con una sola mano. Debemos evolucionar. Debemos crecer. Nos hemos convertido en un imperio de hecho; ¡convirtámonos también en un imperio de nombre! ¡Seamos el primer Imperio Galáctico!

El Senado enloqueció.

—¿Qué están haciendo? —dijo Bail—. ¿Se dan cuenta de lo que están aclamando?

Padmé negó con la cabeza.

—¡Somos un Imperio —continuó diciendo Palpatine— que continuará siendo gobernado por ese augusto cuerpo! Somos un Imperio que nunca volverá a las maniobras políticas y a la corrupción que tan profundamente nos han herido. Somos un Imperio que será dirigido por un solo soberano, ¡elegido de por vida!

El Senado enloqueció aún más.

—¡Somos un Imperio regido por la mayoría! ¡Un Imperio regido por una nueva Constitución! ¡Un Imperio de leyes, no de políticos! ¡Un Imperio dedicado a preservar nuestra sociedad! ¡Una sociedad protegida y segura! ¡Somos un Imperio que durará diez mil años!

El rugido del Senado era continuo, como el interior de una tormenta permanente.

—Celebraremos el aniversario de este día, el Día del Imperio. Por el bien de nuestros hijos. ¡Por los hijos de nuestros hijos! ¡Por los próximos diez mil años! ¡Protección! ¡Seguridad! ¡Justicia y paz!

El Senado perdió el control.

—¡Decidlo conmigo! ¡Protección, seguridad, justicia y paz! ¡Protección, seguridad, justicia y paz!

El Senado repitió el cántico más y más alto, hasta que pareció que toda la galaxia rugía con ellos.

Bail no podía oír a Padmé por encima del escándalo, pero sí leerle los labios.

Así es como muere la libertad, decía para sus adentros. *Con aclamaciones y aplausos*.

¡No podemos permitir que pase esto! —repuso Bail, poniéndose en pie—. Tengo que llegar a mi plataforma, aún podemos iniciar una moción...

—No —la mano de ella le cogió del brazo con asombrosa fuerza, y le miró a los ojos por primera vez desde su llegada—. No, Bail, no puedes presentar una moción. No puedes. Ya han arrestado a Fang Zar y a Tundra Dowmeia, y no pasará mucho tiempo sin que se declare enemigos del Estado a todos los miembros de la Delegación de los Dosmil. Tú te quedaste al margen de esa lista por un buen motivo; no añadas tu nombre a ella haciendo eso.

—Pero no puedo cruzarme de brazos viendo...

—Tienes razón. No puedes. Tienes que votar por él.

—¿Qué?

—Es la única forma, Bail. Es la única esperanza que tienes de mantenerte en posición de hacer algún bien a alguien. Vota por Palpatine. Vota por el Imperio. Haz que Mon Mothma también vote por él. Sed buenos senadores. Cuidad vuestros modales y mantener la cabeza gacha. Y seguid haciendo... todas esas cosas de las que no podemos hablar. Todas esas cosas que yo no puedo saber. Prométemelo, Bail.

—Padmé, eso de lo que estás hablando... de lo que no estamos hablando, ¡podría llevar veinte años! ¿Es que sospechan de ti? ¿Qué vas a hacer tú?

—No te preocupes por mí —dijo ella, distante—. No sé si viviré tanto tiempo.

***

Dentro del búnker del centro de control separatista había docenas de droides de combate. Había guardias armados y acorazados. Había sistemas defensivos automatizados.

Había gritos, lágrimas y súplicas de piedad.

Nada de todo ello cambió algo.

Los Sith habían llegado a Mustafar.

Poggle *El Menor*, archiduque de Geonosis, se tambaleó como un animal por entre un suelo cubierto de piernas, brazos y cabezas cortadas, tanto de carne como de metal, lloriqueando y agitando sus viejas alas sedosas hasta que una barra de relámpago le quemó la cabeza separándola del cuello.

Shu Mai, presidente del consejo del Gremio de Comercio, alzó la cara de las rodillas, agarrándose las manos ante ella, con lágrimas surcando sus arrugadas mejillas.

—Se nos prometió una recompensa —jadeó—. U... u... una gran recompensa...

—Yo soy vuestra recompensa —dijo el Señor Sith—. ¿No me consideras grande?

—¡Por favor! —chilló entre sollozos—. Por faaa...

La hoja azul claro entró y salió de su cráneo, y su cuerpo se balanceó. Un giro displicente de muñeca cortó a través de la columna de anillos del cuello. La cabeza con el cerebro quemado cayó y botó por el suelo.

El único sonido que se oyó entonces fue un asustado rumor de pisadas, cuando Wat Tambor y los dos neimoidianos corrieron por un pasillo hacia una sala de conferencias cercana.

El Señor Sith no tenía ninguna prisa. Todas las salidas del centro de control estaban cerradas con puertas blindadas y selladas, y él había destruido los controles.

La sala de conferencias, como suele decirse, era una vía muerta.

***

Miles de soldados clon llenaban el Templo Jedi.

Los múltiples batallones que había en cada piso no eran una simple fuerza de ocupación, ya que estaban enzarzados en el largo y cansino proceso de preparar los cadáveres para su identificación. Los Jedi muertos debían ser cotejados con los rollos que se mantenían en los archivos del Templo. Los clones muertos debían ser cotejados con las listas de cada regimiento. Había que contabilizar a todos los muertos.

Y estaba resultando más complicado de lo que los oficiales clon esperaban. Aunque la lucha había concluido horas antes, los soldados seguían desapareciendo. Normalmente eran pequeñas patrullas, de cinco hombres o menos, que seguían haciendo batidas aleatorias por los pasillos del Templo, comprobando cada puerta y ventana, cada escritorio y cada armario.

A veces, cuando se abrían esos armarios, lo que se encontraba dentro eran cinco clones muertos.

Y también se recibían informes preocupantes: los oficiales que coordinaban las batidas informaban que se había avistado algún movimiento; normalmente una túnica desapareciendo tras una esquina, captada por la visión periférica de algún soldado, que cuando se investigaba resultaba ser sólo producto de la imaginación o de una alucinación. También había múltiples informes de sonidos inexplicables procedentes de zonas apartadas que resultaban estar desiertas.

Aunque los soldados clon, incluso antes de despertar, eran educados en sus escuelas-cuna de Kamino para ser implacablemente pragmáticos, materialistas e inmunes a la superstición, algunos de ellos empezaron a sospechar que el Templo podía estar encantado.

En la vasta penumbra envuelta en neblina de la Estancia de las Mil Fuentes, uno de los clones de la brigada de limpieza captó a alguien moviéndose más allá de un macizo de bambú hylaiano.

—¡Alto! —gritó—. ¡Tú! ¡No te muevas!

La figura en sombras corrió y se perdió en la oscuridad, *y* el clon se volvió a sus hermanos de escuadra.

—¡Vamos! ¡Sea lo que sea, no podemos dejarlo escapar!

Los clones entraron en la neblina. Detrás de ellos, junto a los cuerpos sobre los que habían estado trabajando, la niebla y la penumbra dieron nacimiento a un par de Maestros Jedi.

Obi-Wan pasó sobre cuerpos acorazados de blanco para arrodillarse junto a cadáveres de niños quemados por disparos láser. Las lágrimas fluyeron libremente sobre rastros de lágrimas que no habían tenido oportunidad de secarse desde que entró en el Templo.

—No se salvaron ni los niños. Parece que se hicieron fuertes aquí. El rostro de Yoda se arrugó con una tristeza de viejo.

—O huir intentaron, quedándose algunos atrás para la persecución retrasar.

Obi-Wan se volvió hacia otro cuerpo, uno mayor, un Jedi adulto y más que adulto. La pena le arrancó un jadeo del pecho.

—Maestro Yoda, es el troll...

Yoda miró hacia donde le señalaba y asintió con dolor.

—A sus jóvenes estudiantes Cin Drallig no pudo abandonar. —Fue mi instructor de sable láser —repuso Obi-Wan, cayendo de rodillas junto al Jedi caído.

—Y suyo fui yo —dijo Yoda—. Con nosotros la pena podrá si la dejamos.

—Lo sé..., pero una cosa es saber que un amigo está muerto, Maestro Yoda. Y otra encontrar su cuerpo...

—Sí —Yoda se acercó y señaló con su bastón el corte sin sangre del hombro de Drallig, que se hundía profundamente en su pecho—. Sí lo es. ¿Esto ves? Esta herida un láser hacerla no pudo.

Un vacío helado se abrió en el corazón de Obi-Wan. Se tragó el dolor y la pena, dejando tras de sí una calma precariamente vacía.

—¿Un sable láser? —susurró.

—Trabajo con la señal de llamada aún tenemos —Yoda señaló con el bastón a las figuras de entre árboles y estanques que se dirigían hacia ellos—. Los clones vuelven ya.

—Descubriré quién ha hecho esto —dijo Obi-Wan, levantándose.

—¿Descubrir?

Yoda meneó la cabeza con tristeza.

—Eso lo sabes ya —dijo, y se hundió renqueando en la penumbra.

***

Cuando dejó la sala principal del centro de control, Darth Vader no dejó nada vivo detrás de él.

Caminó por el pasillo con despreocupación, con aire casual, marcando la pared de duracero con la punta de su hoja y disfrutando con el siseo del metal al desintegrarse como antes había saboreado el humo de la carne alienígena chamuscada.

La puerta de la sala de conferencias estaba cerrada. Una barrera tan insignificante sería un insulto para su hoja. Una mano enguantada en negro formó un puño. La puerta se arrugó y cayó.

El Señor Sith pasó sobre ella.

La sala de conferencias tenía paredes de transpariacero. Más allá de ella, montañas de obsidiana hacían llover fuego sobre la tierra. Ríos de lava rodeaban la instalación.

Rune Haako, ayudante y secretario confidencial del virrey de la Federación de Comercio, tropezó con una silla y se tambaleó hacia atrás. Cayó al suelo, temblando como un gusano en una sartén al fuego, e intentó refugiarse bajo la mesa.

—¡Para! —gritó—. ¡Basta! Nos rendimos, ¿me oyes? No puedes matarnos así...

El Señor Oscuro sonrió.

—¿No puedo?

—¡Estamos desarmados! ¡Nos rendimos! Por favor, por favor. ¡Eres un Jedi!

—Librasteis una guerra para acabar con los Jedi —Vader se paró sobre el tembloroso neimoidiano, sonriéndole y haciéndole tragar medio metro de plasma—. Felicidades por vuestro éxito.

El Señor Sith pasó por encima del cadáver de Haako para llegar hasta donde Wat Tambor arañaba inútilmente el transpariacero con sus guanteletes acorazados. El dirigente de la TecnoUnión se volvió ante su cercanía, lloroso, con brazos alzados para proteger su placa facial de las llamas de los ojos del dragón.

—Por favor, te daré lo que sea. ¡Lo que quieras!

La hoja refulgió dos veces. Los brazos de Tambor cayeron al suelo, seguidos por su cabeza.

—Gracias.

Darth Vader se volvió hacia el último líder vivo de la Confederación de Sistemas Independientes.

Nute Gunray, virrey de la Federación de Comercio, le esperaba temblando en una alcoba, con lágrimas tintadas en sangre corriendo por sus mejillas moteadas de verde.

—La guerra... —gimió—. La guerra ha terminado. Lord Sidious prometió, prometió que nos dejarían en paz...

—La transmisión era defectuosa —el sable se alzó—. Prometió que os dejaría en pedazos.

***

En el centro principal de holocomunicaciones del Templo Jedi, en lo alto de la torre central, Obi-Wan usó la Fuerza para buscar dentro del mecanismo del faro de llamada, alterando sutilmente la calibración para pasar la señal de "volver a casa" a "huid y esconderos". Lo había hecho sin alterarlo de forma visible, así que los soldados tardarían un tiempo en detectar la recalibración, y más tiempo aún en cambiarla. Era todo lo que podía hacerse por cualquier posible Jedi superviviente: emitir una advertencia, darles una oportunidad de luchar.

Obi-Wan se apartó del faro de llamada para acercarse a las pantallas internas de seguridad. Tenía que descubrir contra qué les estaba avisando exactamente.

—Hacer eso no debes —dijo Yoda—. Antes de ser descubiertos irnos debemos.

—Tengo que verlo —dijo Obi-Wan con gravedad—. Como ya dije abajo; una cosa es saber, y otra ver.

—Ver sólo dolor te causará.

—Entonces será un dolor que me habré ganado. No me ocultaré de él —tecleó un código que invocó una holoimagen de la Estancia de las Mil Fuentes—. No tengo miedo.

Los ojos de Yoda se estrecharon hasta ser rendijas verde dorado. —Tenerlo deberías.

Obi-Wan miró con rostro inexpresivo cómo los jóvenes entraban corriendo en la sala, huyendo de una tormenta de disparos. Vio a Cin Drallig y a un par de padawan adolescentes —¿no era ese Whie, el chico que Yoda había llevado a Vjun?— entrar en la escena. Hicieron girar los sables y acabaron con los primeros soldados clon con disparos rebotados.

Vio una hoja de sable láser entrar en el plano, matando primero a un padawan y luego al otro. Vio la zancada rápida de una figura con capa que traspasaba el hombro de Drallig y que se apartaba mientras el viejo troll caía, dejando que los demás clones acabaran de matar a los demás niños.

La expresión de Obi-Wan no se alteró nunca.

Se abrió a lo que iba a ver; estaba preparado y centrado, y confiaba en la Fuerza, pero, aun así...

El hombre de la capa se volvió para recibir a una figura encapuchada que había tras él, y era...

Era...

Mientras miraba, Obi-Wan deseó tener fuerzas para arrancarse los ojos de la cara.

Pero incluso ciego seguiría viendo eternamente esa escena.

Vería a su amigo, su estudiante, su hermano, volverse y arrodillarse ante un Señor de los Sith envuelto en una túnica negra.

En su cabeza resonó un grito silencioso.

—Los traidores han sido destruidos, Lord Sidious. Y los archivos son nuestros. Nuestros antiguos holocrones vuelven a estar en manos de los Sith.

—Bien..., bien..., juntos dominaremos todos los secretos de la Fuerza —el Señor Sith ronroneaba como un rancor satisfecho—. Lo has hecho bien, mi nuevo aprendiz. ¿Sientes ya cómo aumenta tu poder?

—Sí, Maestro.

—Lord Vader, tu talento no tiene rival en ningún Sith anterior a ti. Continúa, muchacho. Continúa y trae la paz a nuestro Imperio.

Manoteando nervioso, Obi-Wan se las arregló para apagar la holoimagen. Se apoyó en la consola, pero sus brazos no le sostuvieron; cedieron, y él se retorció y cayó al suelo.

Se encogió contra la consola, ciego de dolor.

Yoda fue tan compasivo como la raíz de un árbol weoshyr.

—Avisado estabas.

—Debí dejar que me mataran... —dijo Obi-Wan.

—¿Qué?

—No. Eso ya habría sido demasiado tarde, en Geonosis ya era demasiado tarde. Con el zabrak, en Naboo... Debí morir entonces... no debí traerlo aquí...

—¡Parar esto debes! —Yoda le dio un golpe en las costillas con el bastón, lo bastante fuerte como para enderezarlo—. Hacer caer a un Jedi uno no puede; más allá de Lord Sidious esto está. Esto Skywalker eligió.

Obi-Wan inclinó la cabeza.

—Y me temo que sé por qué.

—¿Por qué? El por qué no importa. Motivo no hay. Sólo un Señor de los Sith y su aprendiz. Dos Sith —Yoda se acercó a él—. Y dos Jedi.

Obi-Wan asintió, pero seguía sin poder mirar al anciano Maestro a los ojos.

—Yo iré a por Palpatine.

—Bastante fuerte para enfrentarte a Lord Sidious nunca serás. Luchando con él morirás, y con dolor.

—No me hagas matar a Anakin. Es como mi hermano, Maestro.

—Desaparecido está el chico que entrenaste, por el Lado Oscuro ha sido cambiado. Por Darth Vader consumido. Ahorrarle este sufrimiento debes. Visitar a nuestro nuevo Emperador mi tarea será.

Esta vez fue Obi-Wan quien le miró.

—Palpatine se enfrentó a Mace, Agen, Kit y Saesee, cuatro de los más grandes espadachines que han salido de nuestra Orden. Él solo. Ni siquiera los dos juntos tendríamos una oportunidad.

—Cierto —dijo Yoda—. Pero los dos separados, una oportunidad podemos crear...

20
Claroscuro

C-3PO identificó la nave atracada en la baranda como un Deslizador Intergaláctico DC0052 y no desconectó la cortina de seguridad, por si acaso. En estos tiempos difíciles, la seguridad pesaba más que la cortesía, incluso para él.

Un varón humano con capa y capucha bajó del DC0052 y se acercó al velo de energía. C-3PO acudió a recibirlo.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarle?

El humano se llevo las manos a la capucha y, en vez de quitársela, la apartó hacia atrás lo suficiente para que C-3PO pudiera registrar la distintiva combinación de ojos, nariz, boca y barba.

—¡Maestro Kenobi!

Hacía tiempo que C-3PO había recibido instrucciones detalladas y muy específicas sobre el procedimiento a seguir ante la llegada inesperada de algún furtivo Jedi.

Desactivó al instante la cortina de seguridad y le hizo una seña. —Pase, deprisa. No deben verlo.

—¿Ha estado aquí Anakin? —preguntó el Maestro Kenobi mientras C-3PO lo conducía rápidamente a la sala de estar.

—Sí —dijo C-3PO con reticencia—. Llegó poco después de que el ejército y él salvaran a la República de la Rebelión Jedi...

De pronto notó que el Maestro Kenobi parecía dispuesto a desmantelarlo allí mismo, tornillo a tornillo, y decidió callar. Igual no debió darse tanta prisa en hacer pasar al Jedi.

¿No era ahora como un proscrito?

—Yo, ah, debo... —tartamudeó C-3PO, retrocediendo—. Iré a buscar a la senadora, ¿le parece? Está acostada... No se encuentra muy bien desde la Gran Convocatoria de esta mañana, y no...

La senadora apareció en lo alto de la curvada escalera, con una bata encima del vestido, y C-3PO decidió que el rumbo de acción más apropiado a seguir sería retirarse discretamente.

Pero no demasiado lejos. Si el Maestro Kenobi pensaba hacer algo malo, C-3PO debía estar en posición de alertar al momento al capitán Typho y al equipo de seguridad.

Desde luego, la senadora Amidala no parecía dispuesta a tratar al Maestro Kenobi como si fuera un peligroso proscrito...

Más bien todo lo contrario. Había caído en sus brazos y tenía la voz ahogada por la emoción mientras expresaba un nivel de alegría posiblemente inapropiado al descubrir que el Jedi aún seguía con vida.

A eso le siguió una discusión que C-3PO no comprendió del todo. Era información política completamente al margen de su programación relacionada con el amo Anakin, con la caída de la República (significara lo que significara eso), con algo llamado un Señor Sith, con el Canciller Palpatine y con el Lado Oscuro de la Fuerza; y, la verdad, no

conseguía encontrarle sentido alguno. Las únicas partes que comprendía con claridad mencionaban que la Orden Jedi estaba proscrita y prácticamente exterminada (la noticia había corrido esa mañana por toda la Vía Lipartiana), y revelaba algo no muy inesperado: el Maestro Kenobi había ido allí buscando al amo Anakin. Después de todo, eran compañeros, aunque la reciente conducta del amo Anakin dejaba tristemente claro que, pese a todos los años juntos, los encantadores modales del Maestro Kenobi no se le habían pegado.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? ¿Sabes dónde está?

Los fotorreceptores de C-3PO registraron el sonrojo de la senadora cuando ella bajó la cabeza y dijo:

—No.

Tres años a cargo de la casa de un político impidieron a C-3PO presentarse en la sala y recordar a la senadora que el amo Anakin le había dicho ayer mismo que se dirigía a Mustafar. Sabía muy bien que la memoria de la senadora sólo fallaba cuando ella decidía que fallara.

—Padmé, debes ayudarme —dijo el Maestro Kenobi—. Hay que encontrar a Anakin. Hay que detenerlo.

—¿Cómo puedes decir eso? —ella se apartó de él y se volvió, cruzando los brazos sobre la curva de su vientre—. ¡Acaba de ganar la guerra!

—La guerra nunca fue entre la República y los separatistas. Fue entre Palpatine y los Jedi. Y la hemos perdido. Lo demás fue sólo una ficción.

—¡Fue muy real para todos los que han muerto!

—Sí —esta vez le tocó al Maestro Kenobi bajar la mirada—. Incluso para los niños del Templo.

—¿Qué?

—Fueron asesinados, Padmé. Yo lo vi —la cogió por los hombros y la hizo volverse para que le mirase a la cara—. Fueron asesinados por Anakin.

—Eso es mentira... —ella lo apartó con fuerza suficiente para que C-3PO estuviera a punto de disparar la alerta de seguridad allí mismo, pero el Maestro Kenobi se limitó a mirarla con una expresión que encajaba en los archivos internos de reconocimiento de C-3PO: era pena y compasión—. Él nunca podría... Nunca podría... Mi Anakin no...

La voz del Maestro Kenobi era suave y baja.

—Hay que encontrarlo.

La respuesta de ella fue aún más baja. Los sensores de audio de C-3PO apenas consiguieron captarlo.

—Has decidido matarlo.

—Se ha convertido en una gran amenaza —dijo el Maestro Kenobi con gravedad.

Ante esto, el estado físico de la senadora pareció más fuerte que ella. Sus rodillas cedieron, y el Maestro Kenobi se vio obligado a cogerla y ayudarla a llegar al sofá. Parecía que el Maestro Kenobi sabía un poco más de fisiología humana que C-3PO; pues,

aunque sus fotorreceptores no habían estado a oscuras respecto a los continuos cambios en el contorno físico de la senadora Amidala, no tenía ni idea de lo que podían significar.

En cualquier caso, el Maestro Kenobi pareció comprender la situación al instante, aposentó a Padmé cómodamente en el sofá y la miró con el ceño fruncido.

—Anakin es el padre, ¿verdad?

La senadora apartó la mirada. Sus ojos volvían a gotear.

—Lo siento mucho, Padmé —dijo el Maestro Jedi en voz baja—. Si pudiera ser de otro modo...

—Vete, Obi-Wan. No te ayudaré. No puedo —dijo ella, apartando la mirada—. No te ayudaré a matarlo.

—Lo siento mucho —volvió a decir el Maestro Kenobi, y se fue.

C-3PO volvió a la sala de estar y fingió inquirir acerca de la salud de la senadora, pero antes de que pudiera acceder a una frase lo bastante delicada como para iniciar la conversación, la senadora le dijo:

—¿Trespeó? ¿Sabes lo que es esto?

Ella levanto hacia él un pendiente que colgaba de un cordel de cuero de jerba y que siempre llevaba alrededor del cuello.

—Desde luego, señora —replicó el droide de protocolo, desconcertado pero feliz, como siempre, de poder servir de ayuda—. Es un fragmento de japor. Los jóvenes de Tatooine tallan runas tribales en ellos para convertirlos en amuletos. La gente supersticiosa cree que dan buena fortuna y protegen del daño, y a veces se consideran amuletos de amor. Debo decir, mi señora, que me sorprende que lo haya olvidado, dado que lo lleva encima desde que se lo entregó hace muchos años el amo An...

—No lo he olvidado, Trespeó —dijo ella con voz distante—. Gracias. Sólo me... acordaba del niño que me lo dio.

—¿Mi señora?

¿Por qué se lo preguntaba si no lo había olvidado? Antes de que C-3PO pudiera componer una frase interrogativa apropiadamente cortés, ella se le adelantó.

Llama al capitán Typho. Que prepare mi esquife.

—¿Mi señora? ¿Va a alguna parte?

—Nos vamos los dos —dijo—. A Mustafar.

Obi-Wan observó desde las sombras, bajo la rampa de descenso del esquife, cómo el capitán Typho intentaba convencer a Padmé.

—Mi señora —protestaba el jefe de seguridad de Naboo—, deje al menos que yo la acompañe...

—Gracias, capitán, pero no es necesario —dijo ella con aire distante—. La guerra ha terminado y..., y esto es un asunto personal. Y, capitán, debe seguir siendo personal, ¿entiende? No sabe nada de mi partida, ni hacia dónde me dirijo ni para cuándo espera mi regreso.

—Como desee, mi señora —dijo Typho con una reticente reverencia—. Pero discrepo de esta decisión.

—Estaré bien, capitán. Después de todo, tengo a Trespeó para velar por mí.

—Oh, cielos —murmuró el droide con claridad suficiente para ser oído por Obi-Wan.

En cuanto Typho subió a su deslizador y se alejó, Padmé y su droide abordaron el esquife con acabado de espejo. No perdió tiempo alguno, y conectó los repulsores antes incluso de que se hubiera recogido la rampa de descenso.

Obi-Wan tuvo que entrar de un salto.

Se columpió al interior justo cuando la escotilla se cerró y la brillante nave estelar saltó a los cielos.

***

Darth Vader estaba en el puente de mando del centro de control de Mustafar, con la mano de duracero a su espalda, aferrando la de carne. Miraba por la ventana de transpariacero a la galaxia que un día gobernaría.

No prestó atención a los cuerpos que cubrían el suelo a sus pies.

Podía sentir cómo aumentaba su poder. Ya tenía la medida de su "Maestro" y, en cuanto Palpatine compartiera con él el secreto del descubrimiento de Darth Plagueis, su relación pasaría por una repentina... transformación.

Una transformación definitiva.

Todo procedía según el plan.

Pero...

No podía deshacerse de cierta sensación molesta..., una especie de rezumar pegajoso que se arrastraba por las venas de sus piernas y se propagaba por sus entrañas en pegajosos zarcillos...

Casi como si aún estuviera asustado...

Sabes que morirá, susurró el dragón.

Se estremeció, desdeñoso. Imposible. Era Darth Vader. El miedo no podía nada sobre él. Había destruido su miedo.

Todas las cosas mueren.

Pero era como si al aplastar al dragón bajo su bota, éste se hubiera revuelto y hundido sus venenosos colmillos en el talón.

Y ahora su veneno le helaba hasta el hueso.

Hasta las estrellas se consumen.

Volvió a estremecerse y caminó hacia la holoconsola. Hablaría con su Maestro.

Palpatine siempre le había ayudado a controlar al dragón.

***

Un comunicador tintineó.

Yoda abrió los ojos en la oscuridad.

—¿Sí, Maestro Kenobi?

—Estamos aterrizando ya. ¿Estas en posición?

—Lo estoy.

Un momento de silencio.

—Maestro Yoda..., si no volvemos a vernos...

—En el mañana no pienses, Obi-Wan. El presente eterno será. Otro momento de silencio.

Más largo.

—Que la Fuerza te acompañe.

—Me acompaña. Que a ti también te acompañe, joven Obi-Wan. La transmisión concluyó.

Yoda se levantó.

Un gesto abrió la rejilla del conducto de ventilación donde había esperado en meditación, revelando ante él un gran foso cónico: la Gran Cámara de Convocatorias del Senado Galáctico. A veces se la llamaba la Arena del Senado.

Hoy, ese apodo sería especialmente apropiado.

Yoda se estiró para hacer circular la sangre por su carne verde. Era su momento.

Novecientos años de estudio y entrenamiento, de enseñanzas y de meditación; todo ello enfocado, refinado y resuelto en este único momento. La única finalidad de esta vasta existencia había sido la de prepararlo para entrar en el corazón de la noche y enfrentar su luz a la oscuridad.

Enderezó el ángulo de su sable contra su cinto.

Se ajustó la túnica sobre los hombros.

Con reverencia, con gratitud, sin miedo y sin ira, Yoda se dirigió hacia la guerra.

Un fogonazo plateado llamó la atención de Darth Vader, como si un espejo elegantemente curvado se columpiara entre el humo y las cenizas, recogiendo el brillo de la lava al rojo. Con una rodilla en el suelo, podía mirar a través de la holoimagen de su Maestro mientras continuaba con su informe.

Ya no estaba asustado; estaba demasiado ocupado simulando sentir respeto.

—Los líderes separatistas ya no existen, Maestro.

—Entonces se ha acabado —la imagen mostraba la translúcida burla de una sonrisa—. Has devuelto a la galaxia la paz y la justicia, Lord Vader.

—Ésa es mi única ambición, Maestro.

La imagen inclinó la cabeza, su sonrisa pasó sin transición a ser una mueca.

—Lord Vader, siento una perturbación en la Fuerza. Puedes estar en peligro.

Miró al fogonazo espejado de afuera. Conocía esa nave. *En peligro de morir a besos, quizá...*

—¿Qué peligro puedo correr, Maestro?

—No sabría decirlo, pero el peligro es real. Mantente alerta. *Mantente alerta, mantente alerta*, pensó Darth Vader con una mueca mental. *¿Es lo más que puedes hacer? Obi-Wan me habría dicho lo mismo...* —Lo estaré, Maestro. Gracias.

La imagen se desvaneció.

Se puso en pie, y esta vez la mueca estaba en sus labios y en sus ojos. —Tú eres quien debería estar alerta, "Maestro". Yo soy una perturbación en la Fuerza.

Fuera, el esbelto esquife se posó en la plataforma. Darth Vader pasó un momento recuperando su rostro de Anakin Skywalker y dejó que el amor de Anakin Skywalker fluyera por él. Dejó que la alegre sonrisa de Anakin Skywalker acudiera a sus labios y dejó que la energía juvenil de Anakin Skywalker diera una alegre elasticidad a su zancada mientras trotaba hasta la entrada, pasando por encima de los cadáveres y los pedazos de cuerpos.

Se reuniría con ella afuera y la mantendría al margen. Tenía la sensación de que ella no aprobaría cómo había... redecorado... el centro de control.

Después de todo, pensó con un encogimiento mental de hombros, *sobre gustos no hay nada escrito...*

El despacho del Canciller Supremo de la República estaba situado en el vértice inferior de la Arena del Senado. Era poco más que una zona circular preparatoria, una sala verde donde los invitados del Canciller podían entretenerse antes de acceder al Podio del Senado, la plataforma circular situada sobre un inmenso pilar hidráulico, desde la que se controlaba el movimiento de las plataformas flotantes de los delegados del Senado, y que podía elevarse hasta el punto focal de la Cámara.

Sobre ese podio se veía la vasta presencia de un Sith arrodillándose ante una sombra que se mantenía en pie. Guardias vestidos de escarlata flanqueaban a la sombra. Un sapo chagriano gimió cerca de allí.

—Pero el peligro es real. Mantente alerta.

—Lo estaré, Maestro. Gracias.

La holopresencia se desvaneció, y allí donde antes se había arrodillado su enorme imagen translúcida, ahora se mostraba otra presencia, una presencia física, pequeña y anciana, vestida con una túnica y apoyada en una rama retorcida. Pero su presencia física era una ilusión; la verdad de su ser sólo podía verse en la Fuerza.

Era una fuente de luz en la Fuerza.

—A tu nuevo discípulo compadezco; aprendiz desde hace tan poco, tan pronto sin un Maestro.

—¡Vaya, Maestro Yoda, qué sorpresa más encantadora! ¡Bienvenido! —canturreó con previsión la voz de la sombra.

—¡Deje que sea el primero en desearle feliz Día del Imperio!

—Feliz no lo encontrarás. Ni tampoco el asesino al que Vader llamas.

—Ah —la sombra se acercó más a la luz—. Así que ésta es la amenaza que sentí. ¿Puedo preguntar quién es? ¿A quién has enviado a matarlo?

—Basta con que a tu propio destructor conozcas.

—Oh, por favor, Maestro Yoda. No será Kenobi, ¿verdad? Por favor, dígame que es Kenobi. Lord Vader disfruta tanto matando a gente que le quiere...

Detrás de la sombra, a unos metros de distancia, Mas Amedda, el sapo chagriano portavoz del Senado Galáctico, oyó un susurro en la voz de Palpatine: "Vete."

Se fue.

Ni la luz ni la sombra dedicaron una sola mirada a su partida. —Fácil de matar Obi-Wan no es.

—Parece que tampoco tú, pero eso está a punto de cambiar. La sombra dio otro paso, y otro.

Apareció un sable láser, verde como la luz del sol en un bosque.

—Hoy a prueba eso pondremos.

—Hasta una fracción del Lado Oscuro es más poderosa de lo que puede concebir tu arrogancia Jedi. Viviendo en la luz nunca habéis visto lo profunda que es la oscuridad.

La sombra extendió brazos que convertían sus mangas en alas negras.

—Hasta ahora.

De las manos extendidas brotaron rayos, y la batalla comenzó.

Padmé se tambaleó por la rampa de descenso hasta caer en brazos de Anakin.

Tenía los ojos enrojecidos y embotados. Una vez dentro de la nave, su control emocional se había desintegrado del todo y había sollozado a lo largo de todo el viaje. Lloró, presa de un incesante temor, y ahora tenía los labios hinchados, le temblaba todo el cuerpo y se sentía agradecida, tan increíblemente agradecida que volvió a derramar lágrimas. Estaba agradecida porque él estaba vivo, porque había acudido a recibirla corriendo por la plataforma, porque aún era fuerte y hermoso, porque sus brazos eran aún cálidos al rodearla y porque sus labios eran suaves contra su cabello.

—Anakin, mi Anakin... —ella se estremeció contra su pecho—. He estado tan asustada...

—Shh. Shh, no pasa nada —él le acarició el pelo hasta que los temblores empezaron a desaparecer. Entonces le cogió la barbilla y la levantó para que ella le mirara a los ojos—. No tienes por qué preocuparte por mí. ¿No lo entiendes? Nadie puede hacerme daño. Nadie puede hacernos daño a ninguno de los dos.

—No es por eso, amor mío, es por... Oh, Anakin, ¡me dijo unas cosas horribles sobre ti!

—¿Sobre mí? —él sonrió—. ¿Quién querría decir cosas malas sobre mí? —se rió—. ¿Quién se atrevería?

—Obi-Wan —ella se enjugó las lágrimas de las mejillas—. Dijo... Me contó que habías caído en el Lado Oscuro y que habías asesinado a los Jedi... Hasta a los niños...

Conseguir decirlo hizo que se sintiera mejor, ya sólo le quedaba descansar en sus brazos mientras él la sostenía, la abrazaba y le prometía que nunca haría nada así. Empezó a formar media sonrisa mientras le miraba a los ojos...

Pero vio reflejos de lava en ellos, y no la luz del amor.

No dijo: "Yo nunca caería en el Lado Oscuro."

No dijo: "¿Asesinar niños? ¿Yo? Eso es una locura."

Dijo:

—¿Obi-Wan está vivo?

Su voz había descendido una octava de tono y era más fría que los escalofríos que le recorrían la columna vertebral.

—S... sí... Dijo que te buscaba...

—¿Le dijiste dónde estoy?

—¡No, Anakin! Quiere matarte. No le dije nada... ¡No podía!

—Lástima.

—Anakin, ¿qué...?

—Es un traidor, Padmé. Un enemigo del Estado. Tiene que morir.

—Calla. Deja de hablar así... ¡Me estás dando miedo!

—Tú no necesitas tenerme miedo.

—Es como..., como... —las lágrimas volvieron a brotar—. Ya no sé quién eres...

—Soy el hombre que te ama —dijo, pero lo dijo con dientes apretados—. Soy el hombre que haría lo que fuera para protegerte. Todo lo que he hecho ha sido por ti.

—Anakin... —el horror ahogó su voz hasta reducirla a un susurro pequeño, frágil y muy joven—, ¿... qué has hecho?

Y rezó porque él no le respondiera.

—He traído la paz a la República.

—La República ha muerto —susurró—. Tú la has matado. Tú y Palpatine.

—Tenía que morir.

Brotaron nuevas lágrimas, pero ya no importaba. Nunca tendría suficientes lágrimas para esto.

—Anakin, ¿no podemos... irnos? Por favor. Vámonos. Juntos. Hoy. Ahora. Antes de que tú... Antes de que pase algo.

—No pasará nada. No puede pasar nada. Deja que Palpatine se haga llamar Emperador. Déjale. El hará el trabajo sucio, toda la opresión que requerirá poder unir a la galaxia para siempre... Unirla contra él, se convertirá en el hombre más odiado de la historia. Y cuando llegue el momento, acabaremos con él...

—Anakin, calla...

—¿No te das cuenta? Seremos héroes. La galaxia entera nos querrá, y podremos gobernarla. Juntos.

—Por favor, calla... Anakin, calla, por favor, no puedo soportarlo... Él no la escuchaba. No la miraba. Miraba más allá de su hombro. Una alegría animal ardía en sus ojos, y su rostro ya no era humano.

—Tú...

Desde detrás de él le llegó una voz calmada y precisa, con claro acento de Coruscant:

—Padmé. Apártate de él.

—¿Obi-Wan? —ella se volvió y le vio en la rampa de descenso, inmóvil y triste—. ¡No!

—Tú —gruñó una voz que debía haber sido la de su amor—. Lo has traído tú...

Ella se volvió, y esta vez él la miraba a ella.

Con ojos ardientes.

—¿Anakin?

—Padmé, apártate —en la voz de Obi-Wan había una urgencia que se parecía al miedo más que nada que Padmé hubiera oído antes—. No es quien crees que es. Te hará daño.

Los labios de Anakin se separaron de sus dientes.

—Te hubiera dado las gracias por esto si hubiera sido un regalo hecho con amor.

Ella empezó a apartarse, temblando y negando con la cabeza.

—No, Anakin... No...

—Palpatine tenía razón. A veces los que no ven son los que están más cerca. Te quise demasiado, Padmé.

Él formó un puño con la mano, y ella no pudo respirar.

—¡Te quise demasiado para poder verte! ¡Para ver lo que eras! Un velo rojizo cubrió el mundo. Ella se llevó las manos a la garganta, pero no había nada que pudiera tocar con las manos.

—Suéltala, Anakin.

Su respuesta fue un ladrido de depredador sobre el cuerpo de su presa.

—¡No te la llevarás de mi lado!

Ella quería gritar, suplicar, aullar: "No, Anakin, perdona. Lo siento... Te quiero...", pero su constreñida garganta estranguló la verdad dentro de su cabeza, y el mundo velado de rojo se sumió en un humo negro.

—¡Suéltala!

—¡Nunca!

El suelo cedió bajo ella, y entonces el fogonazo blanco de un golpe la arrojó a la noche.

En la Arena del Senado, los rayos surgían quebrados de las manos de un Sith y eran desviados por el gesto de un Jedi para que sumieran en la inconsciencia a los Túnicas Rojas.

Y entonces sólo quedaron ellos dos.

Su enfrentamiento trascendía lo personal. Cuando brillaba un nuevo rayo, no era sólo Palpatine quien quemaba a Yoda con su odio, sino el Señor de todos los Sith buscando convertir al Maestro de todos los Jedi en un humeante montón de ropa y carne verde.

Mil años de ocultamiento Sith se exaltaron en la victoria.

—¡Vuestro tiempo ha pasado! ¡Los Sith gobiernan la galaxia! ¡Ahora y por siempre!

Y fue la totalidad de la Orden Jedi la que salió proyectada de ese montón, convirtiendo su propio cuerpo en un arma con la que derribar al Sith al suelo.

—Al final de tu reinado estás. Que, debo decir, no lo bastante corto fue. Entonces apareció un sable láser del color de la vida.

Dentro de la sombra de un ala negra, desde un bolsillo, saltó una pequeña arma, un refuerzo fácilmente ocultable, un toque de traición que expresaba la maestría de los Sith. Saltó a una mano arrugada y escupió un sable del color del fuego.

Cuando las dos hojas se encontraron, fue mucho más que Yoda contra Palpatine, más que un milenio de Sith luchando contra las legiones Jedi; fue la expresión del conflicto fundamental del mismo universo.

La luz contra la oscuridad.

Y el ganador se lo quedaba todo.

Obi-Wan se arrodilló junto al cuerpo inconsciente de Padmé, que yacía flojo y roto en el humeante crepúsculo. Le buscó el pulso. Era débil y errático.

—Anakin... Anakin, ¿qué has hecho?

En la Fuerza, Anakin ardía como un soplete.

—La volviste contra mí.

Obi-Wan miró al mejor amigo que había tenido nunca.

—Esto lo has hecho tú solo —dijo con tristeza.

—Te daré una oportunidad, Obi-Wan. Por los viejos tiempos. Vete.

—Ojalá pudiera.

—Vete a alguna parte y quítate de en medio. Retírate. Ve a meditar. Es lo que te gusta, ¿no? Ya no tienes por qué luchar por la paz. Ha llegado la paz. Mi Imperio es paz.

—¿Tu Imperio? En él nunca habrá paz. Se ha fundado con traición y sangre de inocentes.

—No me obligues a matarte, Obi-Wan. Si no estás conmigo, estás contra mí.

—Sólo los Sith hablan en términos absolutos, Anakin. La verdad nunca es blanca o negra —se levantó, mostrando las manos vacías—. Deja que lleve a Padmé a un centro médico. Está mal, Anakin. Necesita atención médica.

—Ella se queda.

—Anakin...

—No puedes llevarla a ninguna parte. No puedes tocarla. Es mía, ¿entiendes? Esto es culpa tuya, todo es culpa tuya... ¡Has hecho que me traicione!

—Anakin...

De la mano de Anakin brotó una barra de plasma azul.

Obi-Wan suspiró.

Sacó su propio sable láser y lo inclinó ante sí.

—Entonces haré lo que debo hacer.

—Lo intentarás —dijo Anakin, y saltó.

Obi-Wan lo recibió en el aire.

Las hojas azules se cruzaron, y el volcán que había sobre ellos se hizo eco de sus relámpagos con un grito de fuego.

C-3PO asomó con cuidado la cabeza por el borde de la escotilla del esquife.

Sus subrutinas de aversión al peligro le gritaban sobrecarga, y lo único que quería hacer era buscar un bonito armario oscuro en el que poder plegarse y desconectarse hasta que hubiera pasado todo, a ser posible un armario blindado con puerta que pudiera cerrarse desde dentro o que pudiera soldarse (no tenía preferencias al respecto), pero,

pese a ello, se encontró bajando con cuidado por la rampa de descenso hacia lo que parecía ser una impresionante lluvia de lava fundida y cenizas ardientes...

Era un gesto por completo ridículo en cualquier droide, pero siguió andando porque no le había gustado nada el tono de esas conversaciones.

Ni pizca.

No podía estar completamente seguro de que el desacuerdo de los humanos le concerniera en algo, pero una cosa sí le había quedado muy clara.

Está mal, Anakin... Necesita atención médica.

Se deslizó hasta el humo. Rocas ardientes crepitaban a su alrededor. La senadora no estaba a la vista, y aunque la encontrara, no tenía ni idea de cómo podría llevarla de vuelta a la nave, ya que, desde luego, no estaba diseñado para transportar nada más pesado que una bandeja de cóctel; después de todo, ¿acaso no quedaba en manos de los droides cargadores la capacidad de llevar cargas? Pero, entre el rugido de los volcanes y las ráfagas de viento, sus sonorreceptores captaron unos pitidos familiares que sus protocolos de autotraducción convirtieron en un: "NO SE PREOCUPE. SE VA A PONER BIEN."

—¿Erredós? —llamó C-3PO—. ¿Erredós, eres tú?

Unos pasos más y C-3PO pudo ver al pequeño astromecánico. Tenía enredado su brazo manipulador en la ropa de la senadora, y la arrastraba por la plataforma de descenso.

—¡Erredós! ¡Para en este instante! ¡La vas a averiar!

La cabeza de R2-D2 giró para enfocar su fotorreceptor en el nervioso droide de protocolo. "¿QUÉ SUGIERES QUE HAGAMOS?", silbó.

—Bueno... Oh, de acuerdo. Lo haremos juntos.

En el enfrentamiento entre la luz y la oscuridad, llegó un momento decisivo.

No provino de un fogonazo relampagueante o de la estocada de una hoja de energía, aunque hubo mucho de ambas cosas. No provino de una patada voladora o de un puñetazo perfectamente estudiado, aunque también se intercambiaron.

Llegó cuando la batalla pasó del despacho al gran Podio del Canciller; llegó cuando el elevador hidráulico bajo el podio lo elevó sobre su torre de duracero hasta más de cien metros de altura, convirtiéndolo en la punta láser de una batalla que restallaba en el centro del vasto vacío que era la Arena del Senado; llegó cuando la Fuerza y los controles del podio liberaron de las curvas paredes las plataformas de las delegaciones, convirtiéndolas en martillos, arietes y catapultas que se estrellaban y chocaban unas con otras en un reciente tronar, como el eco de las aclamaciones del Senado por el nuevo Emperador de la galaxia.

Llegó cuando el avatar de la luz se concretó en el linaje de los Jedi, cuando el linaje de los Jedi se refinó en un único Jedi.

Llegó cuando Yoda se vio solo contra la oscuridad.

En ese tornado de pies, puños, sables y máquinas golpeadoras asaeteado por los rayos, su visión traspasó por fin la oscuridad que había nublado a la Fuerza.

Por fin vio la verdad.

Esta verdad:

Que él, el avatar de la luz, Maestro supremo de la Orden Jedi, el enemigo más feroz, más implacable, más devastadoramente poderoso que había conocido nunca la oscuridad...

No...

podía...

ganar.

Nunca había podido. Había perdido antes de empezar.

Había perdido antes de nacer.

Los Sith habían cambiado. Los Sith habían crecido, se habían adaptado, habían invertido mil años de estudio intensivo en todos los aspectos no sólo de la Fuerza, sino de la sabiduría Jedi, preparándose precisamente para este día. Los Sith se habían cambiado a sí mismos.

Se habían convertido en algo nuevo.

Mientras que los Jedi...

Los Jedi habían pasado ese mismo milenio entrenándose para volver a luchar la última guerra.

Los nuevos Sith no podían ser destruidos con un sable láser, no podían ser consumidos por ninguna llama de la Fuerza. Cuanto más luminosa era su luz, más oscura su sombra. ¿Cómo se podía ganar una guerra contra la oscuridad, cuando esa misma guerra es un arma de la oscuridad?

En ese instante supo que en esa revelación se albergaba la esperanza de la galaxia. Pero si caía aquí, esa esperanza moriría con él.

Mmmm, pensó Yoda. *Un problema esto es*...

Eran idénticos, sable contra sable. Tras miles de horas practicando con sus armas, se conocían mejor que hermanos, más íntimamente que amantes; eran las mitades complementarias de un solo guerrero.

En cada intercambio, Obi-Wan cedía terreno. Era su forma de luchar. Y sabía que derribar a Anakin convertiría su propio corazón en cenizas.

Los intercambios restallaban. Los saltos eran esquivados o recibidos con patadas voladoras, los barridos al tobillo eran evitados y los puñetazos bloqueados. La puerta del centro de control cayó hecha pedazos, y siguieron luchando dentro de él, entre los cuerpos. Las consolas explotaron en fuentes de chispas al rojo al ser arrancadas de sus agarres y arrojadas al aire. Manos muertas se tensaron en gatillos, y disparos láser sisearon en dibujos de rebote imposiblemente intrincados.

Obi-Wan apenas pudo captar alguno y devolverlo contra Anakin en un gesto de desesperación. Cualquier cosa valía para distraerlo, para retrasarlo. Anakin lo rechazó con facilidad, con desdén, y los disparos refulgieron al rebotar entre sus hojas, más y más próximas, hasta que el rebote fue tal que el galvanizado de los paquetes de partículas de rayos se desintegró, y éstas se dispersaron en una niebla radioactiva.

—No me obligues a matarte, Obi-Wan —la voz de Anakin se había vuelto más profunda que un pozo, y árida como los riscos de obsidiana—. No eres rival para el poder del Lado Oscuro.

—Ya he oído eso antes —dijo Obi-Wan entre dientes, parando enloquecidamente los ataques—, pero nunca creí oírtelo a ti.

Un rugido de la Fuerza aplastó a Obi-Wan contra una pared, arrancándole el aire de los pulmones, dejándolo mareado, medio aturdido. Anakin pasó por encima de los cadáveres y alzó la hoja para matar.

A Obi-Wan sólo le quedaba un truco, uno que no le funcionaría dos veces...

Pero era un truco muy bueno.

Después de todo, le había funcionado espléndidamente bien con Grievous...

Contrajo un dedo, buscando en la Fuerza para invertir la polaridad de los servomotores de la mano mecánica de Anakin.

Los dedos de duracero se abrieron, y un sable láser cayó libre.

Obi-Wan alargó la mano. El sable láser de Anakin giró en el aire hasta su mano. Enarboló ambas hojas ante él, formando una cruz.

—El defecto del poder es la arrogancia.

—Dudaste —dijo Anakin—. El defecto de la compasión...

—No es compasión —dijo Obi-Wan con tristeza—. Es reverencia ante la vida. Incluida la tuya. Es respeto por el hombre que fuiste —lanzó un suspiro—. Es pesar por el hombre que debiste ser.

Anakin lanzó un rugido y voló hasta él, usando tanto la Fuerza como su cuerpo para volver a aplastar a Obi-Wan contra la pared. Sus manos aferraron las muñecas de Obi-Wan con fuerza imposible, obligándole a abrir las manos.

—¡Estoy harto de tus sermones!

El poder oscuro aumentó la presión.

Obi-Wan sintió que los huesos de sus antebrazos cedían, empezando a agrietarse para convertirse en las fracturas que sobrevendrían antes de romperse del todo.

Oh, pensó. *Oh, esto es grave*.

El final llegó de forma asombrosamente repentina.

La sombra pudo sentir lo mucho que le costaba al monstruito verde rechazar los rayos dentro de la jaula de energía que los envolvía; la criatura había llegado al límite de sus fuerzas. La sombra liberó su poder por un instante, sólo lo bastante para girar en el aire hasta una de las plataformas de las delegaciones, cuando ésta pasó volando sobre ellos, y la criatura saltó tras él...

Medio segundo demasiado lento.

La sombra desató su rayo mientas la criatura aún estaba en el aire, y el monstruito verde la recibió de lleno. El impacto lo envió de espaldas contra el podio, y cayó.

Cayó un largo trecho.

La base de la Arena estaba cien metros más abajo, cubierta de trozos de metal retorcido pertenecientes a las plataformas destruidas durante el combate. Y cuando por

fin el monstruito verde cayó, la victoriosa sombra volvió a ser sólo Palpatine: un hombre muy viejo y muy cansado que jadeaba en busca de aire mientras se apoyaba en la barandilla de la plataforma.

Podría ser viejo, pero veía perfectamente. Examinó los restos de abajo, y no vio el cuerpo.

Movió un dedo y, en el Podio del Canciller, a una docena de metros de él, un interruptor se movió y una sirena sonó por todo el enorme edificio. Otro empujón de la Fuerza hizo descender su plataforma en espiral hasta el despacho en la base de la torre del podio. Los soldados clon llegaban ya.

—Ha sido Yoda —dijo mientras bajaba de la plataforma—. Otro intento de asesinato. Encontradlo y matadlo. Volad el edificio si hace falta.

No tenía tiempo de dirigir personalmente la búsqueda; la Fuerza cantaba una advertencia en sus huesos: Lord Vader corría peligro.

Peligro mortal.

Los clones se dispersaron. Detuvo a un oficial.

—Tú. Llama a la plataforma y diles que voy hacia allí. Que tengan mi nave preparada y a punto.

El oficial saludó, y Palpatine, con un vigor que le sorprendió incluso a él, echó a correr.

Ayudado por la Fuerza, Yoda corría por el pasillo de servicio situado bajo la Arena más deprisa de lo que podía correr un ser humano. Cortaba los conductos a medida que pasaba, llenando el pasillo tras él con tentáculos de cables de alto voltaje, retorciéndose y escupiendo relámpagos. Cada varias docenas de metros hacía una pausa lo bastante larga como para cortar un agujero en la pared del pasillo. En cuanto sus perseguidores pudieran franquear los cables tendrían que dividir sus fuerzas para registrar cada una de sus posibles salidas.

Pero sabía que podían permitírselo; había miles de ellos.

Sin aminorar el paso, sacó el comunicador de dentro de su túnica. La Fuerza le susurró un conjunto de coordenadas y él las repitió al comunicador.

—Demorarte no debes —añadió—. En cerrada persecución están. He fallado y matarme podrían.

El Centro de Convocatorias del Senado Galáctico era una cúpula de más de un kilómetro de diámetro edificada sobre altas paredes; y, hasta ayudado por la Fuerza, Yoda respiraba con fuerza cuando llegó al borde. Cortó un agujero en el suelo bajo él y se dejó caer en otro pasillo utilizado para el mantenimiento del enorme sistema luminoso que alumbraba la Plaza de la República mediante paneles de transpariacero que cubrían la parte inferior del borde de la enorme cúpula. Cortó el foso luminoso, y los vatios reflejados estuvieron a punto de cegarlo a la vertiginosa caída que había más allá del transpariacero sobre el que estaba.

También abrió un agujero en él sin dudarlo, y saltó de cabeza a la noche.

Se cogió los bordes de su larga capa para usarla como planeador improvisado y dejó que la Fuerza lo guiara en una caída libre lejos del Centro de Convocatorias. Era demasiado pequeño para disparar el perímetro de defensas automatizadas, pero el deslizador con la carlinga abierta hacia el que caía sería derribado del cielo si se desplazaba a un lado un metro más de su actual rumbo.

Soltó la capa para que ondease hacia arriba, haciendo una especie de acrobacia que lo enderezó en el aire para caer, con los pies por delante, en un asiento junto a Bail Organa.

Mientras Yoda se ajustaba el arnés de seguridad, el senador de Alderaan hizo girar el deslizador alquilado en un ángulo que habría impresionado a Anakin Skywalker, y se dirigió hacia la intersección más cercana de las congestionadas aeroautopistas de Coruscant.

Yoda cerró los ojos con fuerza. ¿Maestro Yoda? ¿Estás herido?

—Sólo en mi orgullo —dijo Yoda. Y lo decía en serio, aunque Bail no podía comprender lo profunda que era esa herida, ni lo mucho que sangraba—. Sólo en mi orgullo.

Cuando la presión de Anakin en sus muñecas le dobló los brazos hasta el punto de ruptura, obligándolo a soltar los dos sables láser en un arco lento pero imparable, Obi-Wan se deshizo de ello.

De todo.

De sus esperanzas. De sus miedos. De sus obligaciones para con los Jedi, de su promesa a Qui-Gon, de su fracaso con Anakin.

Y de los sables láser.

Sorprendido, Anakin alteró instintivamente su tenaza en la Fuerza, soltando una muñeca para coger su sable. En ese instante, Obi-Wan liberó la otra mano y cogió con la Fuerza su propio sable, invirtiéndolo a lo largo de su antebrazo para que su rápida parada del atronador revés de Anakin no sólo bloquease el golpe, sino que desviara ambas hojas para cortar la pared contra la que estaba parado. Desvió la siguiente estocada hacia la pared contraria, guiando nuevamente ambas hojas hacia arriba y sobre su cabeza en un barrido circular que le permitió emplear el siguiente embate del poder de Anakin para empujarse hacia atrás, a través de la pared, afuera, hasta el humo y las brasas que caían de los cielos.

Anakin le siguió, atacando constantemente. Obi-Wan volvió a ceder terreno, retirándose a lo largo de una estrecha balconada sobre la orilla de arena negra de un lago de fuego.

Mustafar cantaba a muerte tras él, a sólo un instante de distancia, en alguna parte entre los ríos de roca fundida. Obi-Wan dejó que Anakin lo empujara hacia allí.

Decidió que era un lugar al que debían llegar juntos.

Anakin le obligaba a retroceder, golpeando con su hoja con una fuerza que parecía fluir del volcán que tenían sobre ellos. Giró, cortó astillas de acero de la pared y las lanzó contra su contrincante con todo el calor de su furia. Cortó un panel de control que había en la pasarela, y el campo de fuerza que mantenía a raya la tormenta de lava desapareció.

Alrededor de ellos llovía fuego.

Obi-Wan retrocedió hasta el borde de la balconada; más allá sólo había un cable energético, no más grueso que su brazo, que llevaba a la principal planta colectora de la vieja mina de lava. Obi-Wan retrocedió y puso el pie en el conducto sin titubeo alguno, manteniendo un equilibrio impecable mientras paraba un golpe tras otro.

Anakin siguió adelante.

En la cuerda floja que era el cable energético, sus espadas eran borrones incluso más veloces que antes. Atacaban, cortaban, paraban y bloqueaban. Bombas de lava atronaban en el suelo bajo ellos, desprendiendo gotas de ardiente piedra que les quemaron las túnicas. El humo amortajaba la estrella del planeta, y las únicas luces que quedaban eran el brillo infernal de la lava bajo ellos y la de propias hojas. Bengalas de energía que crepitaban y escupían.

Esto no era un Sith contra un Jedi. No era la luz contra la oscuridad o el bien contra el mal; no tenía nada que ver con el deber o la filosofía, con la religión o la moral.

Era Anakin contra Obi-Wan.

Era personal.

Los dos solos, y el daño que se habían hecho mutuamente.

Obi-Wan dio una voltereta hacia atrás, desde el cable hasta su conexión con la planta colectora. Cuando Anakin fue tras él, volvió a saltar. Los dos giraron y saltaron por todos sus niveles, subiendo escaleras y cruzando plataformas. Lucharon encima de los paneles colectores sobre los que se derramaban las cascadas de lava, y Obi-Wan, al borde del panel colector, encogido bajo una curva de duracero que apartaba las salpicadura de lava, desviando las descargas de la Fuerza y contrarrestando los mandobles de esta criatura llena de furia que había sido su mejor amigo, comprendió de repente una verdad inesperadamente profunda.

El hombre al que se enfrentaba era todo aquello que Obi-Wan se había comprometido a destruir. Asesino. Traidor. Jedi caído. Señor de los Sith. Pero aquí, y ahora, pese a todo...

Obi-Wan seguía queriéndolo.

Yoda lo había dicho con toda claridad: "Permitir que esos apegos pasen por la vida un Jedi debe conseguir", pero Obi-Wan nunca se había permitido entenderlo. Había defendido a Anakin, le había excusado, le había encubierto una y otra y otra vez; y durante todo ese tiempo, ese apego cuya existencia hasta negaba lo había cegado al camino oscuro que había tomado su mejor amigo.

Obi-Wan supo que, al final, sólo había una respuesta para el apego... Lo dejó pasar.

El lago de fuego, que ya no estaba contenido por el campo de fuerza, se comía la playa en la que estaba instalada la planta, y la enorme estructura se desmoronó, haciendo resbalar a ambos guerreros, forzándolos a buscar desesperadamente un asidero en las inclinadas laderas de duracero que se convertían rápidamente en riscos. Se agarraron a cables sueltos mientras la superestructura de la planta flotaba hasta la lava, hundiéndose lentamente a medida que sus niveles inferiores se fundían y quemaban.

Anakin saltó de la superestructura, sujeto a su cable y columpiándose en un amplio arco sobre el calor de la lava. Obi-Wan saltó también para reunirse con él, sujetando el cable con una mano y con la Fuerza, inclinando la hoja hacia arriba. Anakin propinó un mandoble a sus rodillas, pero Obi-Wan elevó las piernas y cortó el cable por encima de la mano de Anakin, haciéndolo caer.

Bolsas de gas se elevaban hasta la superficie de lava, escupiendo llamas que eran como brazos que buscaban cogerlo.

Pero la curva de Anakin ya lo llevaba de vuelta a las desmoronadas ruinas en las que se había convertido la planta colectora, y la Fuerza lo puso al alcance de otro cable. Obi-Wan enredó las piernas en su cable, alterando su arco para ponerse al alcance del que ahora colgaba Anakin, pero éste ya se había hecho al juego y se columpiaba de cable en cable, alejándose de los avances de Obi-Wan y empleando la Fuerza para subir más y más, obligando a su perseguidor a hacer lo mismo. En ese terreno, la altitud lo era todo.

Empellones simultáneos de la Fuerza llevaron a ambos girando cables arriba, hasta la inclinada azotea de la superestructura. Obi-Wan apenas pudo poner los pies sobre el metal antes de que Anakin saltase sobre él. Permanecieron casi pegados, con las hojas girando y entrechocando por todos lados, mientras los droides de mantenimiento de la planta colectora seguían funcionando a su alrededor, trabajando inconscientemente en la maquinaria condenada, como seguirían haciendo hasta que la lava se cerrara sobre ellos y los fundiera, reduciéndolos a sus moléculas esenciales y disolviéndolos en la corriente.

Un rugido más sonoro que el de la erupción del volcán vino de río arriba. El metal empezó a chillar y a estirarse. El río descendía bruscamente en una sábana vertical de fuego que se desvanecía en ardientes nubes de humo y gases.

La planta colectora entera estaba siendo arrastrada, de forma inexorable, hacia una catarata de lava.

Obi-Wan decidió que no quería ver lo que había en el fondo.

Apartó la hoja de Anakin con un bloqueo a dos manos y propinó una patada bien colocada que los separó. Antes de que Anakin pudiera recuperar el equilibrio, Obi-Wan echó a correr para dar un salto que se convirtió en una zambullida de cabeza fuera de la azotea. Descendió, nivel tras nivel, a sólo unas decenas de metros de la lava. La Fuerza llevó a su mano un cable que colgaba, convirtiendo su zambullida en un arco que lo elevó muy arriba y muy lejos, hasta el mismo límite del cable.

Y lo soltó.

Con la misma seguridad con la que habría saltado desde un columpio en una de las salas de juego del Templo, su velocidad lo envió volando en un arco que lo disparó hacia la orilla del río.

Hacia. No hasta.

Pero la Fuerza le había llevado hasta allí, y seguía sin traicionarlo. Abajo, zumbando a pocos metros sobre el río de lava, apareció una enorme, lenta y vieja plataforma repulsora que transportaba droides y equipo hacia la planta colectora, dado que su

programación no era lo bastante sofisticada como para darse cuenta de que estaba a punto de resultar destruida.

Obi-Wan giró en el aire y dejó que la Fuerza le permitiera aterrizar como un gato. Un golpe rápido de sable láser inutilizó el sistema de guía de la plataforma, y Obi-Wan pudo dirigirla hacia la orilla con un simple desplazamiento de su propio peso.

Se volvió para ver cómo la planta colectora chillaba como los condenados en el infierno corelliano, derrumbándose por el borde de la catarata hasta precipitarse a una destrucción invisible.

Obi-Wan bajó la cabeza.

—Adiós, viejo amigo.

Pero la Fuerza le susurró una advertencia, y Obi-Wan alzó la cabeza a tiempo de ver a Anakin saltando hacia él desde la humareda que había sobre la catarata, agarrado a un pequeño droide movido por repulsores. El pequeño droide era mucho más rápido que la aparatosa plataforma de carga, y Anakin pudo rodear a Obi-Wan y cortarle el acceso a la orilla. Obi-Wan volvió a desplazar su peso a un lado y a otro, pero el droide de Anakin era ágil como una pantera de las arenas; no había forma de sortearlo, y el calor, tan cerca de la lava, era lo bastante intenso como para chamuscar el pelo a Obi-Wan.

—Éste es tu final, Maestro —dijo Anakin—. Ojalá fuera de otro modo.

—Sí, Anakin, yo también lo hubiera preferido —dijo Obi-Wan mientras corría para dar un salto, convirtiendo su hoja en una lanza.

Anakin se echó a un lado y desvió el embate casi con desdén. Falló un mandoble a las piernas de Obi-Wan cuando este pasó por su lado.

Obi-Wan convirtió su salto en un rodar hacia delante que lo dejó balanceándose al borde de un pequeño risco, justo encima de la suave arena negra de la orilla. Anakin ladró una maldición al darse cuenta de que le había engañado, y saltó de su droide contra la espalda de Obi-Wan...

Medio segundo demasiado lento.

El giro de Obi-Wan para parar el ataque no encontró la hoja de Anakin. Encontró su rodilla. Y luego su otra rodilla.

Y mientras Anakin aún seguía en el aire, con las quemadas extremidades apenas iniciando su caída por el risco, el gesto de Obi-Wan al devolver su arma a la posición de guardia hizo que su hoja pasase a través del brazo izquierdo de Anakin, por encima del codo. Dio un paso atrás mientras Anakin caía.

Anakin soltó el sable láser para poder arañar el borde del risco con su mano mecánica, pero sus dedos eran demasiado fuertes para el banco de lava, que se desmoronó, haciéndole resbalar hasta la arena negra. Sus piernas y su brazo cortados rodaron hasta la lava y se convirtieron en cenizas con repentinos estallidos de llamas escarlatas.

Del mismo color que una hoja Sith, observó Obi-Wan con distancia.

Anakin arañaba la blanda arena negra, pero su forcejeo sólo le hacía resbalar aún más. La arena en sí era lo bastante caliente como para quemar el guante de los dedos de duracero que se hundían en ella, y su ropa empezó a humear.

Obi-Wan cogió el sable láser de Anakin y levantó también el suyo, sopesando los dos en sus manos. Anakin había basado su diseño en el de Obi-Wan. Eran muy semejantes.

Se habían usado de forma muy diferente.

—Obi-Wan...

Miró abajo. Las llamas lamían los bordes de la túnica de Anakin, y su largo cabello estaba negro y empezaba a chamuscarse.

—¡Eras el Elegido! Se decía que acabarías con los Sith, no que te unirías a ellos. Que traerías el equilibrio a la Fuerza, no que la dejarías en la oscuridad. Eras mi hermano, Anakin. Te quería, pero no pude salvarte.

Un fogonazo de metal cruzó el cielo, y Obi-Wan sintió que la oscuridad se cerraba alrededor de los dos. Conocía esa nave: la lanzadera del Canciller. Supuso que ahora sería la lanzadera del Emperador.

Yoda había fallado. Igual había muerto.

Igual había dejado solo a Obi-Wan: el último Jedi.

Bajo sus pies, Darth Vader estalló en llamas.

—Te odio —gritó.

Obi-Wan bajó la mirada. Matarlo sería un gesto de misericordia. No se sentía misericordioso.

Se sentía calmado y despejado, y supo que bajar hasta esa playa negra podía costarle más tiempo del que tenía.

Se acercaba otro Señor Sith.

Al final sólo le quedó una elección. La elección que había hecho muchos años antes, cuando pasó sus pruebas para ser Caballero Jedi y juró ser un Jedi por siempre. Al final seguía siendo Obi-Wan Kenobi, seguía siendo un Jedi, y no mataría a un hombre indefenso.

Lo dejaría a la voluntad de la Fuerza.

Se volvió y se alejó caminando.

Al cabo de un momento, empezó a correr.

Empezó a correr porque se dio cuenta de que, si era lo bastante rápido, aún podía hacer algo por Anakin. Aún podía honrar el recuerdo del hombre al que había querido, o a la desaparecida Orden a la que ambos habían servido.

En la plataforma de aterrizaje, C-3PO le esperaba en la rampa de descenso del esquife, agitando frenéticamente los brazos.

—¡Maestro Kenobi! ¡Por favor, dese prisa!

—¿Dónde está Padmé?

—Ya está dentro, señor, pero está muy mal.

Obi-Wan subió la rampa hasta la carlinga del esquife y encendió los motores. Cuando la lanzadera del Canciller trazó una curva en dirección a la plataforma, el esbelto esquife de acabado de espejo ya se dirigía a las estrellas.

Obi-Wan nunca miró atrás.

21
Una Nueva Orden Jedi

Un esquife de Naboo revirtió al espacio real y se dirigió hacia una instalación médica alienígena situada en el cinturón de asteroides de Polis Massa.

El *Tantive IV* reentró en la realidad sólo momentos después.

Y en Mustafar, bajo el tronar rojo de un volcán, un Señor Sith ya había recuperado de la arena de cristal negro el torso y la cabeza quemados de lo que una vez fue un hombre. Ya había saltado sin esfuerzo al risco, y ya había rugido a sus clones: "¡Traed inmediatamente la cápsula médica!"

El Señor Sith depositó con ternura en el suelo frío de arriba al hombre sin extremidades, extendió las manos sobre el ennegrecido y agrietado amasijo que una vez fue su frente y le alentó con su voluntad.

Vive, Lord Vader. Vive, aprendiz mío.

Vive.

Al otro lado del cristal de transpariacero de la cúpula de observación, en los peñascos sin aire de Polis Massa, la galaxia giraba en un chorro de cortantes y fríos puntos luminosos en el velo de la noche infinita.

Bajo esa cúpula se sentaba Yoda, pero no miraba a las estrellas.

Permaneció sentado un tiempo muy largo.

Incluso después de casi novecientos años, el camino al conocimiento de uno mismo seguía siendo lo bastante escarpado como para dejarlo amoratado y sangrando.

Habló en voz queda, pero no para sí mismo.

Aunque no había nadie con él, no estaba solo.

—Fracaso mío esto fue. A los Jedi he fallado.

Hablaba con la Fuerza.

Y la Fuerza le respondía. *No te culpes, mi viejo amigo*.

En los últimos trece años, cuando la Fuerza le hablaba, a veces lo hacía con la voz de Qui-Gon Jinn.

—Demasiado viejo fui —dijo Yoda—. Demasiado rígido. Demasiado arrogante para ver que el viejo camino el único no era. Para ser como los Jedi que a mí me entrenaron, hace largos siglos, a esos Jedi entrené, pero esos Jedi de otro tiempo eran. La galaxia mucho ha cambiado. La Orden nada ha cambiado. Que cambiara yo no permití.

Eso es más fácil de decir que de hacer, amigo mío.

—Un misterio infinito la Fuerza es —Yoda alzó la cabeza y clavó la mirada en la rueda de estrellas—. Mucho por aprender aún queda. Y *tendrás tiempo para aprenderlo*.

—Conocimiento infinito... —Yoda negó con la cabeza—. Infinito tiempo requiere.

Con mi ayuda podrás unirte a la Fuerza, reteniendo tu consciencia. Podrás unir tu luz a la de ella por siempre. Con el tiempo, puede que hasta tu yo físico. Yoda no se movió.

—Vida eterna...

El objetivo final de los Sith. Pero ellos nunca podrán alcanzarlo; sólo se consigue liberándose del yo, no exaltando el yo. Se consigue con la compasión, no con la avaricia. El amor es la respuesta a la oscuridad.

—El amor uno con la Fuerza es, pero influencia aún tiene... —musitó Yoda—. Un poder más grande que todo es.

No se puede otorgar; sólo enseñar. Puedes aprenderlo, si quieres. Yoda asintió despacio.

—En gran Maestro Jedi te has convertido, Qui-Gon Jinn. Un gran Maestro Jedi siempre fuiste, pero demasiado ciego fui yo para verlo.

Yoda se levantó, cruzó las manos ante él e inclinó la cabeza en la reverencia Jedi de respeto.

La reverencia del estudiante en presencia del Maestro.

—Agradecido en tu aprendiz me convierto —dijo Yoda.

Ya estaba muy avanzada su primera lección cuando la escotilla se abrió tras él. Se volvió.

Al otro lado de la escotilla estaba Bail Organa. Parecía alterado.

—Obi-Wan pide tu presencia en la sala de operaciones —dijo—. Es Padmé. Se muere.

Obi-Wan estaba al lado de ella, cogiéndole una mano fría e inmóvil entre las suyas.

—No te rindas, Padmé.

—Es... —sus ojos se movían ciegamente—. Es una niña. Anakin cree que es niña.

—Aún no lo sabemos. En un momento... Tienes que seguir con nosotros.

Bajo la tienda opaca que la cubría del pecho para abajo, un par de droides cirujanos la ayudaban en el parto. Un droide médico se agitaba y manoseaba entre el conjunto de escáneres y de equipo.

—Sí, es... una chica... Oh, oh, oh no...

Obi-Wan clavó una mirada de suplica en el droide médico.

—¿No puede hacer nada?

—Ya se ha reparado todo el daño orgánico —el droide examinó otra lectura—. El fallo sistémico no tiene explicación.

No es físico, pensó Obi-Wan. Le apretó la mano como si pudiese retener la vida en su cuerpo con la simple presión.

—Padmé, tienes que aguantar.

—Si es niña... —jadeó—, que se llame Leia...

Uno de los droides cirujano salió de detrás de la tienda, acunando en sus brazos acolchados un pequeño bebé, ya limpio y respirando, pero sin el menor asomo de lágrimas.

—Es un niño —anunció el droide con voz suave.

Padmé alargó hacia él su temblorosa mano libre, pero no tenía fuerzas para cogerlo; sólo pudo tocarle la frente con los dedos.

Sonrió débilmente.

—Luke...

El otro droide también rodeó la tienda con otro bebé limpio, también callado y solemne.

—... y una niña.

Pero ella se había desplomado nuevamente contra la almohada.

—Padmé, tienes gemelos —dijo Obi-Wan con desesperación—. Te necesitan... Por favor, aguanta...

—Anakin...

—Anakin... no está aquí, Padmé —dijo, aunque no creía que ella pudiera oírle.

—Anakin, lo siento. Lo siento mucho... Anakin, por favor, te quiero...

Obi-Wan sintió en la Fuerza la cercanía de Yoda y alzó la mirada para ver al anciano Maestro junto a Bail Organa. Ambos miraban con el mismo gesto interrogante a través del panel de observación de la sala de operaciones.

La única respuesta que tenía Obi-Wan fue una impotente negación con la cabeza.

Padmé alargó la mano libre, la mano que había posado en la frente de su hijo primogénito, y puso algo en la mano de Obi-Wan.

Por un momento, la mirada de ella se despejó, y le reconoció.

—Obi-Wan..., hay..., aún hay bondad en él. Sé que todavía... la hay... Su voz se desvaneció en un suspiro vacío, y se desplomó contra la almohada. Media docena de escáneres zumbaron con conflictivos tonos de alarma, y los droides médicos le hicieron salir de la sala.

Estaba parado en el vestíbulo de la sala, mirando lo que ella había puesto en su mano. Era algún tipo de colgante, un amuleto con signos desconocidos tallados en algún material orgánico y engarzado en un cordel de cuero. En la Fuerza, pudo sentir rastros del tacto de su piel.

Cuando Yoda y Bail se reunieron con él, aún seguía allí parado, mirándolo.

—Me puso esto en la mano... —por lo que parecía la duodécima vez en ese día, se encontró pestañeando para alejar las lágrimas— ...y ni siquiera sé lo que es.

—Precioso para ella debía de ser —dijo Yoda despacio—. Quizá enterrado con ella debería ser.

Obi-Wan miró los sencillos símbolos infantiles tallados en él y sintió en la Fuerza que emitían los ecos de un amor trascendente y la desoladora, desoladora desesperación de un corazón insoportablemente roto.

—Sí —dijo—. Sí. Quizá sería lo mejor.

Bail Organa, Obi-Wan Kenobi y Yoda se reunieron alrededor de una mesa de conferencias en el *Tantive IV* para decidir el destino de la galaxia.

—A Naboo enviad su cuerpo... —Yoda estiró la cabeza, como saboreando una corriente en la Fuerza—. Embarazada todavía debe parecer. Ocultos, a salvo, los niños deberán estar. Base de la nueva Orden Jedi serán.

—Deberíamos separarlos —dijo Obi-Wan—. Así, si los Sith encuentran a uno, el otro podría sobrevivir. Yo puedo coger al niño, Maestro Yoda, y tú a la chica. Podemos esconderlos, mantenerlos a salvo... Entrenarlos como Anakin debió ser entrenado...

—No.

El anciano Maestro bajó otra vez la cabeza, cerrando los ojos, posando la barbilla en sus manos plegadas sobre el mango de su bastón. Obi-Wan parecía inseguro.

—Pero ¿cómo van a aprender la autodisciplina que necesita un Jedi? ¿Cómo van a dominar las habilidades de la Fuerza?

—El entrenamiento Jedi única fuente de autodisciplina no es. Cuando sea el momento de esas habilidades enseñarles, la Fuerza viviente nos los traerá. Hasta entonces, esperaremos, vigilaremos y aprenderemos.

—Yo puedo... —Bail Organa se interrumpió, sonrojándose ligeramente—. Siento interrumpir, Maestros, sé poco sobre la Fuerza, pero sí sé algo de amor. La Reina y yo... Bueno, siempre hemos pensado en adoptar una niña. Si no tenéis objeción, quisiera llevarme a Leia a Alderaan y criarla como si fuera nuestra hija. Sería muy querida por nosotros.

Yoda y Obi-Wan intercambiaron una mirada. Yoda inclinó la cabeza.

—Destino más feliz no podría pedir ningún niño. Con nuestra bendición, y la de la Fuerza, Leia tu hija será.

Bail se levantó, un poco torpemente, como si no pudiera continuar sentado. Su sonrojo había pasado de la vergüenza a una alegría pura y sin complicaciones.

—Gracias, Maestros. No sé qué más decir. Sólo gracias. ¿Y el niño?

—Creo que Cliegg Lars aún vive en Tatooine con el hermanastro de Anakin... Owen, creo que se llama, y su mujer, Beru. Trabajan en una granja de humedad fuera de Mos Eisley...

—Los parientes más cercanos que el niño tiene —dijo Yoda con aprobación—. Pero Tatooine como Alderaan no es... Muy alejado en el Borde Exterior está, un planeta salvaje y peligroso es.

—Anakin sobrevivió a él —dijo Obi-Wan—. Luke también puede. Y yo puedo, bueno, puedo llevarlo allí y cuidar de él. Protegerlo de los peores peligros del planeta hasta que aprenda a protegerse solo.

—¿Como un padre deseas ser, joven Obi-Wan?

—Más bien un... tío excéntrico. Es un papel que puedo hacer bien. Velar al hijo de Anakin... —Obi-Wan suspiró, permitiendo que a su rostro asomara un recuerdo de su vieja sonrisa amable—. No imagino mejor manera de pasar el resto de mi vida.

—Decidido está, entonces. A Tatooine lo llevarás.

Bail se movió hacia la puerta.

—Si me disculpáis, tengo que llamar a la Reina... —se detuvo en la puerta, mirando hacia atrás—. Maestro Yoda, ¿crees que los gemelos de Padmé podrán derrotar a Palpatine?

—Grande en el linaje Skywalker la Fuerza es. Sólo esperanza tenemos. Hasta que ese momento llegue, nosotros desapareceremos.

Bail asintió.

—Yo debo hacer lo mismo, al menos metafóricamente. Puede que oigáis... cosas preocupantes... sobre lo que hago en el Senado. Debe parecer que apoyo al nuevo Imperio, como lo harán mis camaradas. Fue... deseo de Padmé, y ella tenía una mente política mucho más aguda de lo que nunca será la mía. Por favor, pensad que sólo lo hacemos para ocultar nuestra verdadera tarea. Nunca traicionaremos el legado de los Jedi. Nunca rendiré la República a los Sith.

—Confianza en ello siempre tuvimos. Ve ahora; noticias felices tu Reina espera.

Bail Organa hizo una reverencia y desapareció por el pasillo.

Cuando Obi-Wan se dispuso a seguirlo, el bastón de Yoda le bloqueó el paso.

—Un momento, Maestro Kenobi. Para tu soledad en Tatooine un entrenamiento te reservo. Yo y mi nuevo Maestro.

Obi-Wan pestañeó.

—¿Tu nuevo Maestro?

—Sí —Yoda le sonrió—. Y tu viejo Maestro...

C-3PO caminaba por el corredor de la nave junto a R2-D2, siguiendo al senador Organa que, a efectos prácticos, los había heredado a los dos.

—No puedo decirte por qué se averió ella de ese modo —decía al pequeño astromecánico—. Los seres orgánicos son terriblemente complicados.

Delante de ellos, el senador se paró ante un hombre cuyo uniforme fue identificado por los algoritmos de reconocimiento de conformaciones de C-3PO como capitán de la Flota Civil Real de Alderaan.

—Voy a poner estos droides a su cuidado —dijo el senador—. Que los limpien, pulan y los equipen con lo mejor; pertenecen a mi nueva hija.

—¡Qué maravilla! —exclamó C-3PO—. Su hija es la hija del amo Anakin y de la senadora Amidala —explicó a R2-D2—. ¡Apenas puedo esperar a hablarle de sus padres! Estoy seguro de que se sentirá muy orgullosa...

—Ah, y al droide de protocolo... —dijo el senador Organa pensativo—. Que le borren la memoria.

El capitán saludó.

—Oh —dijo C-3PO—. Oh, cielos.

En el recién rebautizado Centro de Reconstrucción Quirúrgica Emperador Palpatine, un prototipo hipersofisticado de droide cirujano ubrikkiano DD-13 se apartó del proyecto que reconstruía desde hacía muchos días en compañía del droide médico modificado FX-6.

Miró a una sombra vestida de negro, parada al borde del estanque de luz de alta intensidad.

—Mi señor, la construcción ha concluido. Vive.

—Bien. Bien.

La sombra fluyó hasta el estanque de luz como si se hubieran averiado los iluminadores del techo.

Los droides se apartaron cuando llegó al borde de la mesa de operaciones.

En la mesa estaba el primer paciente del Centro ReQuiEmPal.

A algunos ojos, habría parecido un híbrido parcheado de droide y humano, cubierto con un caparazón sustentador de vida de brillante negro alimentado por un procesador torácico que guiñaba con colores pálidos contra la capa de sombra. A algunos ojos, sus extremidades articuladas habrían parecido torpes, desmañadas, monstruosas incluso. Las negras curvas sin rasgos que hacían las veces de ojos podrían parecer inhumanas, y la rejilla inclinada de su vocalizador podría recordar a las mandíbulas de un saurio depredador construido de coraza pulida, pero para la sombra...

Era glorioso.

Un joyero magnífico, creado para proteger y exhibir el mayor tesoro de los Sith.

Aterrador.

Hipnótico.

Perfecto.

La mesa rotó lentamente hasta una posición vertical, y la sombra se acercó más.

—¿Lord Vader? Lord Vader, ¿me oyes?

***

Esto es lo que se siente siendo Anakin Skywalker, para siempre:

El primer alba de la luz en tu universo te provoca dolor.

La luz te quema. Siempre te quemará. Parte de tu ser siempre reposará sobre la arena de cristal negro, junto a un lago de fuego, mientras las llamas te roen la carne.

Puedes oírte respirar. La respiración es trabajosa y difícil, y te araña nervios que ya están en carne viva, pero no puedes impedirlo. No puedes detenerla. Ni siquiera reducirla.

Ni siquiera tienes ya pulmones.

Mecanismos conectados a tu pecho respiran por ti. Bombearán oxígeno en tu corriente sanguínea, eternamente.

¿Lord Vader? Lord Vader, ¿me oyes?

Y no puedes oírlo, no como lo oías antaño. Sensores en el caparazón que aprisiona tu cabeza gotean significado directamente en tu cerebro.

Abres tus pálidos ojos chamuscados. Sensores ópticos integran la luz y la sombra en un horrible simulacro del mundo que te rodea.

O puede que el simulacro sea perfecto y que lo horrible sea el mundo.

¿Padmé? ¿Estás aquí? ¿Estás bien? intentas decir, pero otra voz habla por ti, por un vocalizador que sustituye a tus labios, tu lengua y tu garganta quemados.

—¿Padmé? ¿Estás aquí? ¿Estás bien?

Lo siento mucho, Lord Vader. Me temo que ha muerto. Parece ser que la mataste en tu rabia.

Esto te quema mucho más que la lava.

—No... No, ¡no es posible!

Tú la querías. La querrás siempre. Nunca podrías desear su muerte. Nunca.

Pero lo recuerdas...

Lo recuerdas todo.

Recuerdas el dragón que quisiste matar liberando a Vader de tu corazón. Recuerdas el frío veneno en la sangre de Vader. Recuerdas el horno que fue la furia de Vader y el negro odio con el que apretaste el cuello de ella para acallar su boca mentirosa...

Y entonces hay un momento luminoso en el que por fin comprendes que no hay ningún dragón. Que no existe ningún Vader. Que sólo estás tú. Sólo Anakin Skywalker.

Que todo eso eras tú. Tú.

Sólo tú.

Lo hiciste tú.

Tú la mataste.

La mataste porque, al final, cuando podías haberla salvado, cuando podías haberte ido con ella, cuando podías haber pensado en ella, estabas pensando en ti mismo...

Es en este momento abrasador cuando por fin comprendes la trampa que es el Lado Oscuro, la crueldad definitiva de los Sith...

Porque ahora lo único que tendrás siempre será a ti mismo.

Y rabias, gritas y buscas en la Fuerza para aplastar a la sombra que te ha destruido, pero eres muy inferior a lo que eras, eres más que medio máquina, eres como un pintor que se ha vuelto ciego, como un compositor sordo. Puedes recordar dónde estaba el poder, pero el poder que puedes tocar sólo es un recuerdo, y con toda tu furia destructora de mundos sólo puedes hacer implotar a los droides que te rodean, y al equipo, y a la mesa a la que estás sujeto. Y al final no puedes tocar a la sombra.

Al final, no quieres ni hacerlo.

Al final, la sombra es lo único que te queda.

Porque la sombra te comprende, la sombra te perdona, la sombra te acepta en ella...

Y en el horno de tu corazón, ardes en tus propias llamas.

Esto es lo que se siente siendo Anakin Skywalker. Para siempre.

***

Ha empezado la larga noche.

Enormes y solemnes multitudes atestan la Plaza del Palacio en Theed, capital de Naboo, cuando seis hermosas gualaars blancas cargan a través del Arco Triunfal con un féretro abierto envuelto en flores que contiene los restos de una querida senadora, cuyos dedos aferran, por fin y por siempre, un pedazo de japor tallado hace mucho por la mano de un niño de nueve años en un oscuro planeta desierto del lejano Borde Exterior...

En el planeta selvático de Dagobah, un Maestro Jedi inspecciona el extraño pantano de su exilio...

En el puente de un destructor estelar, dos señores Sith hablan con un gobernador de sector llamado Tarkin, y examinan el creciente esqueleto de una estación de combate esférica del tamaño de una luna...

Pero hasta en la noche más profunda hay quienes sueñan con el alba.

En Alderaan, el príncipe consorte deposita una niña en los amorosos brazos de su Reina.

Y en Tatooine, un Maestro Jedi entrega un niño en el hogar de Owen y Beru Lars...

Luego cabalga en su eopie, rumbo al desierto de Jundland, hacia los soles que se ponen.

La oscuridad es generosa, y es paciente, y siempre gana..., pero en el corazón de su fuerza reside su debilidad: una sola vela basta para mantenerla a raya.

El amor es algo más que una vela.

El amor puede encender las estrellas.